

MAYLIS DE KERANGAL

Nacimiento de un puente

PREMIO MÉDICIS
PREMIO FRANZ HESSEL



de

Lectulandia

El puente de Coca, en una California imaginaria, es el sueño de cemento y acero de un alcalde megalómano. Un proyecto que surge tras una estancia en Dubái, donde el político experimenta un raptó místico ante la proliferación de rascacielos, se contagia de la fiebre del progreso y decide propagarla en su ciudad. Pero la novela narra también la historia de todos aquellos que entretajan sus vidas con la construcción de la faraónica obra. Entre ellos, un minero chino de diecisiete años, una intendenta rusa, unos buscadores de oro, un conductor de grúas... Y, al mando, el jefe de obra, un ingeniero ególatra y alcohólico que surca el planeta de proyecto en proyecto en su afán de domesticar el espacio. Al ritmo de la construcción del puente, con el que el alcalde pretende acabar con el aislamiento económico del lugar, la novela discurre vital y violenta como la lucha entre los hombres y la naturaleza que estos tratan de conquistar.

Lectulandia

Maylis de Kerangal

Nacimiento de un puente

ePub r1.0

Titivillus 20.05.18

Título original: *Naissance d'un pont*

Maylis de Kerangal, 2010

Traducción: Jaime Zulaika

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Pero como los mares urden oscuros canjes
y el planeta es poroso, también es verdadero
afirmar que todo hombre se ha bañado en el Ganges.

JORGE LUIS BORGES,
«Poema del cuarto elemento»,
en *El otro, el mismo*

Al principio conoció el norte de Yakutia y Mirny, donde trabajó tres años. Mirny, una mina de diamantes que había que abrir bajo la corteza de hielo, gris, sucia, tundra desesperante salpicada de viejo carbón enfermo y de campos de deportados, tierra desierta bañada de sabañones por la noche, cizallada once meses al año por una ventisca que te raja el cráneo, bajo la cual dormitaban aún miembros desperdigados y cuernos gigantes bellamente curvados, rinocerontes con pieles, belugas lanosas y caribús congelados; esto se imaginaba él por la tarde en el bar del hotel, ante un alcohol fuerte y translúcido, con la misma puta subrepticia que le prodigaba mil caricias mientras le insinuaba un matrimonio en Europa a cambio de leales servicios, pero nunca la tocó, no podía, mejor nada que follarse a aquella mujer que no le deseaba, se atuvo a esta norma. Así que había que excavar para encontrar los diamantes de Mirny, romper el permafrost a base de explosiones de dinamita, perforar una cavidad dantesca, ancha como la ciudad misma —allí habrían hundido cabeza abajo las torres habitables de cincuenta pisos que muy pronto surgieron alrededor—, y, portando una linterna frontal, descender al fondo del agujero, golpear las paredes con un pico, excavar la tierra, ramificar las galerías en una arborescencia subterránea lateralizada que llegase lo más lejos posible, hasta lo más duro y oscuro, apuntalar los corredores e instalar raíles en ellos, electrificar el barro, y entonces perforar la gleba, rascar el pedregal y tamizar las angosturas, acechar el resplandor espléndido. Tres años.

Expirado su contrato, regresó a Francia a bordo de un Tupolev poco democrático —su asiento en clase económica está completamente hundido, un ovillo de hilos metálicos se pasea bajo la tela del respaldo, la traspasa aquí y allá hasta sacar una varilla que le atormenta los riñones—, siguen otros contratos y le vemos convertido en jefe de obra en Dubái, un palacio que brota de la arena, vertical como un obelisco pero laico como un cocotero, y de cristal esta vez, cristal y acero, ascensores como burbujas que se deslizan a lo largo de tubulares dorados, mármol de Carrara para el vestíbulo circular cuya fuente gorgoteaba un lujo de petrodólar, y todo amenizado por plantas verdes enceradas, sofás de ante y aire acondicionado. A continuación estuvo en todas las apuestas, dio la medida de su valor. Estadio de fútbol en Chengdu, anexo de puerto de gas en Cumaná, mezquita en Casablanca, gasoducto en Bakú —los hombres caminan deprisa en la ciudad, vestidos con gabardinas oscuras que les estrechan las caderas, y el nudo de la corbata forma como un puñito cerrado sobre el cuello duro, el sombrero negro de tres jorobas, miradas tristes y bigotes finos, todos se parecen a Charles Aznavour, telefona a su madre para decírselo—, planta depuradora móvil en el norte de Saigón, complejo hotelero para asalariados blancos en Djerba, estudios de cine en Bombay, centro espacial en Baikonur, túnel bajo la Mancha, presa en Lagos, galería comercial en Beirut, aeropuerto en Reikiavik, ciudad lacustre en el corazón de la selva.

Teletransportado de este modo de un biótopo a otro, a bordo de vuelos correo de larga distancia que muy a menudo acaban en trastos de dos turbinas, se queda apenas dieciocho meses en un emplazamiento y no viaja nunca, asqueado de exotismo, de su trivialidad —plenos poderes del blanco contra la colonización vengativa de las amebas, drogas y mujeres dóciles a cambio de divisas occidentales—, y vive con poco, casi siempre en un alojamiento situado en las inmediaciones de la obra y alquilado por la empresa —un lugar radical hasta ese punto es una broma: ninguna de esas fruslerías que uno acarrea consigo, ninguna foto clavada con chinchetas en una puerta, tan solo algunos libros, discos, un televisor gigante de imágenes con colores Buitoni y una bici, un artilugio magnífico de fibra de carbono cuyo oneroso envío al puesto termina siendo objeto de una cláusula contractual única en los anales—, lo compra todo in situ —cuchilla de afeitar, champú, jabón—, toma sus comidas en figones aceitosos y llenos de humo, dos veces por semana engulle, si lo hay, un filete internacional en el restaurante de un hotel, se levanta temprano, trabaja a horas fijas, echa todos los días una corta siesta después del almuerzo y, los días de meteorología indulgente, recorre en bicicleta un mínimo de cincuenta kilómetros con el viento de frente, el torso inclinado sobre el manillar, pedalea a toda velocidad; por la noche sale a la calle, camina o se desliza, con las sienes refrescadas y el cerebro despejado, aprende los idiomas locales en los antros nocturnos, en los burdeles, en los garitos —el lenguaje de los naipes es una especie de inglés rudimentario—, en los bares. Porque todo el mundo sabe que es un dipsómano, y desde hace mucho.

Veinte años de este régimen habrían acabado con cualquier cuerpo, cada nueva obra le exigía adaptarse —conversiones de verdad, climáticas, dermatológicas, dietéticas, fonológicas, por no hablar de las nuevas costumbres de la vida cotidiana que entrañan realizar actos desconocidos—, pero el suyo se innovaba, adquiría fuerza, se volvía expansionista, y algunas noches en que volvía solo al campamento de barracones después de que se hubiesen marchado los últimos equipos, a veces se plantaba delante del planisferio colgado con alfileres de la pared del cuartito de su despacho, con los brazos separados, la piel y las pupilas dilatadas por igual y, con un hermoso movimiento lateral que empezaba en la Isla de Pascua y terminaba en Japón, sus ojos enumeraban lentamente los puntos de la superficie del planeta en que había intervenido. Cada obra futura actuaba, pues, contra las anteriores, del mismo modo que se mueven las caderas bailando una salsa rápida, y se mezclaba con ellas, activando así la experiencia contenida en toda su persona y a la que tanta atención prestaban en el mundo entero. Ahora bien, aunque su cuerpo continuamente desplazado no se consumiera más deprisa que el de un sedentario sujeto a migraciones pendulares, su boca, por el contrario, sufría curiosos trastornos: toda

lengua hablada en la obra y fácilmente aprendida modifica íntimamente su francés — un francés ya muy perturbado— hasta tal punto que a veces se le embarullaban las frases en las breves cartas que escribía a su madre. Así que veinte años de este régimen no eran nada para él, no contaban.

Quisieron saber de qué madera estaba hecho, dieron vueltas alrededor de él. Le describieron sucesivamente como ingeniero apátrida, mercenario del hormigón y desbrozador paciente de selvas tropicales, yonqui reincidente sometido a una desintoxicación, hombre de negocios suicida que por las noches fumaba opiáceos debajo de los amancayos o con una botella helada sostenida entre los muslos y la mirada perdida en la estepa mongola; le retrataron como un vaquero lacónico, salido de ninguna parte, tenso por su misión sin un solo gesto inútil y dispuesto a todo para ganarse la prima —aquí sí se percibía algo, un fragmento al menos, un vago matiz, y se reían de ello—, y sin duda era todos estos hombres simultánea, sucesivamente, sin duda era plural, desplegaba una gama de disposiciones variables para atravesar la vida hincándole el diente por todas partes. Les habría gustado que estuviera buscándose a sí mismo, misterioso, enloquecido, le atribuyeron un resquicio secreto devorador de millas, le supusieron un remordimiento, una deserción, una traición o, mejor aún, un fantasma de mujer que se había quedado en la metrópoli, sin duda con algún otro, y de la que debía huir: esta mujer existe y no tiene nada de fantasmal, respira perfectamente y convive con otro, la ve algunas veces cuando pasa por Francia, encuentro en París, ella llega puntual, el pelo en la cara los ojos brillantes los bolsillos llenos, y han envejecido, seguramente, y recorren la ciudad, los cuerpos muy desunidos pero los corazones sintonizados, hablan toda la noche en un bar cualquiera, un montón de cervezas les emborracha despacio y se besan a la hora en que despunta el alba y entonces se encuentran en estado de amor, se acarician el cuerpo, levantados, y después se separan, tranquilos, rey y reina, el tiempo no existe, es una pura invención, y se dan la espalda con tal confianza que el mundo les murmura gracias. Decían que una soledad tan grande no debía asumirse, que era un desastre, algo malsano a la larga, un hombre semejante, una fuerza de la naturaleza, le buscaron mujeres en el fondo de los consulados, mujeres bellas, blancas, entregadas, le buscaron jóvenes, le buscaron las cosquillas, una falta original, al menos un origen, una falla íntima trazada en su infancia, le susurraron roto, en el fondo —aunque nadie sabía en el fondo de qué—. Por eso volvía poco a Francia —¿y su madre? Está claro que tiene una madre puesto que le escribe, ¿no piensa en ella, entonces?—, sobrevolaba el Hexágono con un silencio poco agradable, apenas conservaba algo más que la nacionalidad inscrita en su pasaporte, una cuenta bancaria juiciosamente abultada, el gusto por la conversación y por cierto confort, y nunca dejó de ver el París-Niza. Les habría gustado pillarle en una experiencia interior, enclaustrado, no tan fuerte, habría sido muchísimo más simple, muchísimo más fácil de pensar: un

hombre tan lleno y que además aprecia el alcohol brutal forzosamente oculta algo; les habría gustado que no supiera amar, que fuese incapaz de hacerlo, que se deslomara en el trabajo para no pensar en ello. Les habría gustado que fuera melancólico.

Pero los que le habían tratado en las obras se atragantaban al oír estas fruslerías; fantasmas de mujeres, poemas rompepelotas, tópicos azucarados. Machacaban aquella estatua de cartón piedra a base de encogimientos de hombros y miradas socarronas, porque ellos le habían visto en acción, habían tenido constancia del buen hombre. Decían: vale, es verdad, el tiempo no le hace nada, el que pasa, el que huye, todo eso no le hace nada, todo eso no transcurre ni crea adherencias o brumas salobres —¿es precisamente porque está solo en el tiempo, solo y perdedor en cada empeño, con la nariz pegada a las pérdidas, a los líquidos bacilares removidos en el fondo de los cubos, a los jirones de tristeza cosidos a la yema de los dedos como esparadrapos viejos, y que tendríamos que terminar de arrancar a mordiscos?—, no es algo estanco, de acuerdo, pero él no piensa en eso, no le interesa, apenas dispone de ocio para hacerlo, le importa un bledo el origen y un bledo la historia, ha mezclado su sangre, piensa todos los días en la muerte, como todo el mundo, y basta. Decían: su tiempo se cuenta chasqueando los dedos *one! two! three! four! let's go!*, y aquí unían el gesto a la palabra, representando mediante gestos un «¡ya!» al instante tendido hacia su fin, hacia su objeto, la entrega de un texto cuyo *deadline* trazado en la parte inferior del pedido con tinta escarlata anticipaba los días según un plan de trabajo, según las fases debidamente cuantificadas, según contratos y estaciones del año, en especial la de lluvias y la de nidificaciones que nunca le convienen, ya se verá por qué. Decían: su tiempo es el presente, es el instante o nunca, actuar correctamente, tratar la situación, es su única moral y el trabajo de toda una vida, así de sencillo. Y aún más: es un hombre del terreno, el raso de las margaritas, ahí está su elemento — él mismo hablaría así, con el ojo entornado, el cigarrillo entre los labios, burlón, añadiría sin pestañear que ahí está la aventura, ahí están los riesgos, ahí vive mi cuerpo, y al decir esto se golpearía el tórax con los puños cerrados como hacen los grandes gorilas de las selvas tropicales—, pero a veces, sin reírse ya, levantaría la cabeza para declarar, receloso, lo que yo aborrezco es la utopía, el buen pequeño sistema, la joya quimérica en la ingravidez del mundo, blablablá, asunto zanjado, siempre demasiado miniatura y tan bien engrasado, es droga de pacotilla, ahí queda dicho, ahí no hay nada para mí, nada que me interese, nada que me empalme; me llamo Georges Diderot y lo que a mí me va es trabajar la realidad, activar los parámetros, situarme a ras de suelo, en la culera de las cosas, ahí me despliego.

Se arroga zonas, hurga en los campos, ocupa suelos, levanta edificios, se avitualla de lo múltiple, lo locuaz, lo sonoro, de todas las mescolanzas y los olores de las pieles, de la multitud de las megalópolis, la agitación revolucionaria, las ovaciones en los estadios, el alborozo de los carnavales, el de las procesiones, la dulzura de las fieras

observando las obras a través de los bambúes, del cine al aire libre en las lindes de los pueblos —la pantalla desplegada en el cielo nocturno, cuando los espacios se encastran y los tiempos actúan—, de los ladridos de los perros en la oquedad de las curvas. Siempre fuera, concentrado, empírico, descreído: la experiencia interior nunca está dentro, masculla riéndose, cuando aquellos a los que su trivialidad defrauda le hostigan para que tenga más interioridad y más profundidad, no es un repliegue, es una desgarradura, y me gusta que desgarre.

Caminar en la noche violeta

El 15 de agosto de 2007, el *New York Times* anunció en sus páginas de «Business» la construcción de un puente en tres líneas breves en caja baja y letras de cuerpo 12 que en otros tan solo suscitó cejas arqueadas; pensaron: vaya, hay gente que va tener trabajo; o bien, ya está, se relanzan mediante una política de grandes obras públicas, eso es todo. Pero las empresas de ingeniería hundidas en el fango de la crisis económica se pusieron en marcha mucho más rápido: sus equipos se apresuraron a buscar informaciones, a establecer contactos dentro de las empresas que habían suscrito los contratos, a infiltrar topos en ellas, todo con objeto de ocupar un buen puesto en la lista de candidatos y proveerlas de personal, de máquinas, de materias primas y servicios de todo tipo. Pero era demasiado tarde, la partida ya estaba jugada, los acuerdos firmados. Eran fruto de un proceso de selección lento y delicado que, aunque acelerado como si hubiese sido objeto de un procedimiento especial, tardó dos años en plasmarse en párrafos oficiales al pie de contratos de como mínimo ciento cincuenta páginas. Un calendario que parecía una carrera de vallas: septiembre de 2005, el municipio de Coca convoca una licitación abierta a participantes internacionales; febrero de 2006, se preseleccionan cinco empresas y, por añadidura, definen la licitación; 20 de diciembre de 2006, entrega de expedientes; 15 de abril de 2007, se designa a las dos empresas finalistas para la última etapa de selección; 1 de junio de 2007, el presidente de la CPNC (Comisión para el Puente Nuevo de Coca) proclama el nombre del vencedor: Pontoverde —agrupación de sociedades francesa (Héraclès Group), americana (Blackoak, Inc.) e india (Green Shiva Entr.)— se lleva el pastel.

El concurso había impuesto un calendario infernal y sometido a presión a centenares de personas en todo el mundo. Hubo excitación y hubo gresca. Los ingenieros trabajaban duro quince horas al día y el resto del tiempo vivían con la BlackBerry o el iPhone pegado a la oreja, metido por la noche debajo de la almohada, y subían el volumen cuando entraban en la ducha o se machacaban en el squash o el tenis, ponían el vibrador a tope cuando iban al cine, e iban muy poco porque solo pensaban en eso, en ese puto puente, esa puta licitación que les obsesionaba, les excluía de la vida. Pasaban las semanas, los niños se alejaban, las casas se ensuciaban y pronto no tocarían más cuerpos que el suyo. Hubo agotamientos nerviosos, depresiones, abortos espontáneos y divorcios, escarceos sexuales en los *open spaces*, pero no eran divertidos, no eran lúdicos, una simple ocasión al vuelo, y la incapacidad de resistirse a una promesa de placer cuando la nuca cruje y te has quemado las pestañas durante doce horas con los gráficos de Excel, accesos de fiebre convertidos en coitos rápidos, cualquier cosa, y finalmente, aunque atrocamente frustrados al anunciarse el ganador, a los rechazados les alivió no seguir adelante: habían envejecido, estaban agotados, muertos, sin más jugo que el de las lágrimas de cansancio vertidas en cuanto estaban solos en el coche al volver del trabajo, cuando la radio emitía una melodía de rock, un fragmento pletórico de juventud y de ganas de juerga, *Go Your Own Way* de Fleetwood Mac o cualquier cosa de los Beach Boys, y

cuando anochecía y aparcaban en el garaje no se apeaban inmediatamente, sino que se quedaban en la oscuridad, con los faros apagados y las manos sobre el volante, y de pronto proyectaban abandonarlo todo, vender el piso, pagar los créditos y en marcha, todo el mundo descalzo dentro del coche hacia California.

Los demás, los que trabajaban para Pontoverde, volvieron a sus casas victoriosos la noche de la proclamación, qué chollo, tenían que construir un puente, sus cuerpos saludables encarnaban el progreso, sus manos comprometidas aportaban una piedra al edificio, saboreaban su lugar en forma de destino, seguros ahora de ser los actores del mundo. Ellos también se eternizaron en su vehículo con el motor apagado, los ojos clavados en una hoja de laurel seca contra el parabrisas y los brazos cruzados sobre el vientre, la espalda contra el respaldo, y ellos también guardaron silencio pensando en su futura expatriación, en cuantificar su carrera, que de repente se aceleraba porque sabían aprovechar la oportunidad, valorar los puntos que acumularían de este modo antes de regresar a la Sede para ejercer en ella funciones superiores, en prever la remodelación del servicio que asumirían, e incluso reflexionando sobre el traslado de la familia o imaginándose solteros desubicados que van y vienen para las vacaciones escolares, ellos también de pronto a punto de partir, pero no era desconectarse de todo, una escapada, no eran realmente vacaciones, ahora tendrían que coger impulso e ir a hablar con su mujer, anunciar la noticia, y algunas inflarían el pecho de orgullo y alegría, eran buenas compañeras, su marido triunfaba, tenía envergadura, y, soñadoras, se imaginaban que pronto les mimaría la Empresa, les atenderían criadas locales, un chalé con piscina, sí, eso como mínimo, dos coches, un jardinero, una niñera a tiempo completo y hasta una cocinera industriosa, la gran vida, ya se reían e iban a despertar a los niños, preparadas para el bonito salto en la escala social; otras, pasmadas, recogerían nerviosas la cocina en silencio y acabarían levantando hacia el marido una cara angustiada porque, querido, cómo se arreglarían con los estudios de los mayores, con los padres enfermos, con el logopeda del pequeño, y pedirían que las tranquilizasen, habría que enfriar el asunto, prometerles que tendrían voz y voto en todo aquello y comunicarles que contaban con ellas; y, por último, otro puñado de esposas, de lejos las más tenaces, encenderían un pitillo después de poner en marcha la lavadora y luego, pam, se darían la vuelta, adoptando una postura frontal, con las nalgas apoyadas en el fregadero y la cara curiosamente iluminada por el plafón de la cocina, irreales y sin embargo marmóreas, al estilo de Marlene Dietrich, un modelo ambiguo que las tornaría enigmáticas, abominablemente lejanas, y sonreirían, sentenciando con una voz divertida me alegro por ti, pero ¿yo qué pinto en todo esto? Estas mujeres se aferrarían a su trabajo, habría que convencerlas, trabajarles el cuerpo hasta que una noche el pie accediese de nuevo a reptar bajo las sábanas para acariciar el del hombre acostado a su lado, habría que actuar con astucia hasta que ejecutasen ese pequeño gesto, ese roce de piel, un signo sutil de aquiescencia que les otorgaría el

mundo y entonces ellos triunfarían en silencio, completamente inmóviles, tumbados de espaldas. A continuación, después de precisada la partida de la familia, un ambiente febril invadiría el hogar. De paso tendrían que rescindir los alquileres, los contratos de teléfono y electricidad, encontrar guardamuebles —y por lo tanto seleccionar el batiburrillo, el de los críos y el de ellos, juguetes rotos, ropa demasiado pequeña, montones de revistas viejas, jarrones mellados, fotografías ajadas, todo al buen tuntún—, someterse a revisiones médicas y luego despedirse de los amigos, la familia, y finalmente hacer las maletas y emprender el viaje a Coca. Y exactamente eso es lo que hicieron a finales de agosto y principios de septiembre.

No fueron los únicos que partieron. Todos se pusieron en marcha en la noche violeta y se dirigieron hacia la ciudad cuyo nombre de soda actuaba como mil alfileres corrosivos en sus bocas secas. Los anuncios que se publicaban en la web pedían cableadores, ferrallistas, soldadores, encofradores, albañiles, asfaltadores, montadores de andamios, de elevadores, enlucidores de fachadas que liarón el petate como un solo hombre, sincrónicos, la gran maniobra, y emprendieron la ruta por todos los medios. Una primera hornada se embarcó en aviones de mercancías fletados por oficinas prestatarias de servicios especializadas en la subcontrata de mano de obra — y que moviéndose deprisa, valiéndose del tópico racial en vigor, preferían a este respecto al turco fuerte, al coreano industrial, al tunecino esteta, al finlandés carpintero, al austriaco ebanista y al keniano geómetra, y evitaban al griego bailarín y al español susceptible, al japonés hipócrita, a los eslavos impulsivos— para un bautismo aéreo, los mozos aterrados echaban los hígados en el fondo de la carlinga. Otros saltaron al furgón de cola de los trenes de mercancías, zarandeados en el acto, con el culo rebotando contra los petates que se entrechocaban, enseguida ebrios de ruido y de polvo, con la cabeza gacha entre las rodillas porque les lloraban los ojos. Hubo incluso algunos que montaron en esos autocares que blindan la noche en las autopistas, peligros públicos conducidos por chóferes de ojos desorbitados —falta de sueño, coca—, transportes de pobres que no tienen trescientos dólares para agenciarse una tartana de segunda mano y a los que recoge el coche escoba como a los rezagados, por eso apesta tanto ahí dentro, el terciopelo de los asientos está impregnado de cansancio y sudor frío, un olor a pies reventados —ya conocemos el olor a humanidad—, y así fueron a apostarse en aparcamientos sórdidos a las afueras de la ciudad y levantaron un brazo débil para que el conductor parase, la noticia de la apertura de la obra se había extendido como un reguero de pólvora y la ciudad centelleaba ya en un rincón de su cerebro; por último, hubo quienes se fueron a pie y nada parecía capaz de desviarles de su trayectoria, acudieron directamente, como perros, como si hubieran seguido la pista de un trapo mágico con el que les hubiesen restregado el hocico, mientras que otros eran simplemente vagabundos, gente a la que le daba igual estar aquí o allá, se hacían una idea determinada de su vida y

consideraban con orgullo que tenían derecho a la aventura.

Un chino llamado Mo Yun, de piernas flacas y perfil de acantilado, forma parte de este grupo. Nueve meses antes, minero entre millones de otros, minero porque su padre y su madre también lo habían sido, minero porque no sabe hacer otra cosa y bajar al fondo del agujero no es más que seguir el movimiento, da la espalda de pronto a Datong, capital mundial de la escoria del carbón y violenta olla proletaria, en realidad un reflejo de supervivencia, ya que salir pitando del atolladero de la infancia equivalía a dar una oportunidad a su juventud; tras lo cual la vida errante, incluso miserable, tiene el gusto de la patata escogida entre todas por su forma y su color, el rábano más ínfimo huele a libertad. Mo atraviesa Mongolia acurrucado en el fondo de un 4×4 en compañía de un par de botánicos rusos y una vez en los barrios de Ulán Bator, salta en marcha y gira a la derecha, recto hasta el mar, o sea, tres meses de viaje no se sabe cómo ni con qué dinero ni sobre todo con qué fuerza, y luego embarca en un portacontenedores neerlandés y hace Vladivostok-Vancouver en quince días, una quincena de tinieblas al término de la cual Mo sale de su cajón ignífugo a la noche glacial. La ciudad le parece despoblada. Desciende hacia el sur en la parte de atrás de un autocar Greyhound y en cuanto llega al Chinatown de San Francisco llama a la puerta de un tugurio en Grant Avenue, un cuchitril aceitoso pero lucrativo donde un tío suyo le explota durante cuatro meses trabajando de dieciséis a dieciocho horas al día. Allí, en la trascocina, oye hablar por primera vez del puente, deposita con calma las teteras y las cajas de arroz, se desata el delantal y abandona la cocina, recorre el pasillo central del restaurante y sale por la puerta delantera, la de los clientes, que da a la calle y es la puerta principal, elige esta y ninguna otra, la puerta inaugural, ¡adiós! Con callosidades más espesas en las plantas de sus pies oscuros, callos y verruguitas que dibujan el planisferio, Mo tiene ahora diecisiete años y divisa las luces de Coca.

Entre los que llegan a la obra están Duane Fisher y Buddy Loo, diecinueve y veinte años, piel roja, piel negra, sangres mezcladas. Por el momento beben latas de cerveza acuclillados contra una pared en el aparcamiento de la estación de autobuses de Coca. Están sofocados, deslumbrados, recién salidos corriendo del bosque en la orilla de enfrente, vuelven de tres meses en la selva, en una cuenca de oro clandestina demasiado a menudo hostigada por policías y bandidos, tres meses cribando un aluvión aurífero con la nuca devorada por los parásitos, sin comer otra cosa que judías hervidas y yuca cocinada de todas las formas posibles. Han huido de la zona siguiendo los barrancos, con zapatillas de deporte y sin calcetines, con barro hasta los tobillos y la arcilla pegajosa llena de gusanos que afloran entre los dedos del pie, chup chup, mosquitos atrapados dentro de los vaqueros, garrapatas en la cintura, pero tienen oro, sí, algunos gramos, una pizca con que comprar tequila y un pie de cerdo para cocinar sobre ramitas arrancadas deprisa a los arriates enfermizos que crecen sobre el hormigón de las aceras de Colfax Avenue, en las afueras de la ciudad. Delante de ellos, sentado sobre el capó de un Mercedes 4×4, dos hombres con mono

de trabajo hablan a media voz, se ponen de acuerdo, se dirigen hacia ellos. Tienen formularios de contratación en la mano: un año de trabajo, chicos, sueldo, seguro de enfermedad, puntos de jubilación y el orgullo de participar en una obra histórica, una oportunidad de oro, la suerte de vuestra vida. Los dos muchachos manipulan el papel, no lo leen porque ya no saben leer, intercambian una mirada, firman al pie de la hoja, se les convoca para el primero de septiembre y ya está, hecho, están contratados: construirán el puente.

Hay mujeres allí que han tenido que abrirse paso a codazos para trabajar en la obra. Poco numerosas pero muy presentes, con el esmalte comido sobre las uñas negras, las pestañas revestidas de rímel y el elástico de la braga gastado sobre los talles imprecisos. Han hecho sus cálculos y han ido: la paga es buena, sobre todo si se incluyen de antemano las horas extraordinarias y las dietas de todo tipo. La mayoría de esas mujeres se han ido de su casa de la noche a la mañana, avisando a sus colegas in extremis, con el tiempo justo de colocarles una planta o un gato entre sus manos amables, luego dos besos y listo, sobre todo nada de ir a tomar cervezas entre tías la última noche, sobre todo nada de promesas. Al llegar a Coca han asediado la oficina de empleo local de Pontoverde, se han presentado voluntarias para los trabajos más duros, la falta de cualificación las obliga, y en los turnos horarios más jodidos, es decir, los de fin de semana y los nocturnos. Después han alquilado un cuchitril en uno de los moteles que abundan en Colfax, cuyos rótulos rivales despliegan en la noche espesas cintas rosas fluorescentes o de color amarillo oro entre los K-Mart, los Safeways, los Trader Joe's, los Wallgreen, los aparcamientos de coches de ocasión y todos los bazares de ropa de saldo del mundo, todos los *outlets*.

En uno de los moteles, el Black Rose, en una de las habitaciones de sucinto mobiliario, una de esas mujeres, Katherine Thoreau, abre una Coors y sonríe. Lleva todavía el anorak puesto y un contrato abulta el bolsillo del pecho. Ninguno de los que ven la televisión en el cuarto —un hombre, dos adolescentes— le presta atención cuando ella entra, hasta cabría preguntar si la han oído; ahora bien, afirmo que han oído muy bien cómo empujaba la puerta y se servía algo de la nevera. La mujer recuesta un hombro en la pared, da un sorbo de la botella y, siempre sonriente, anuncia: ¡lo tengo! Los dos chicos se sobresaltan, ¡sí! El más joven se precipita hacia ella, pega una mejilla contra su vientre y le ciñe la cintura. Katherine hunde una mano en las greñas, le acaricia suavemente, soñadora, alza la cabeza, ¿no está la tele demasiado alta?, posa la mirada en los ojos graves del hijo mayor y le repite: lo tengo, saldremos adelante, el adolescente mueve la cabeza y la gira de nuevo hacia la pantalla. Solo se oye en el cuarto la voz de Larry King, su *swing* brutal, profesional, y la risa de Sarah Jessica Parker, que muestra los dientes grandes y el mentón puntiagudo entre los rizos dorados, risas y aplausos, la ficha técnica del programa. Katherine repite bajad un poco el volumen, está demasiado alto, os dará dolor de

cabeza. Apura la botella lentamente y, con la cabeza del pequeño aún apretada contra ella, le pasa una mano por la frente, susurra ¿habéis acostado a Billie? El pequeño asiente con la cabeza. El hombre, tullido, inmóvil en su silla de ruedas, no ha desviado en ningún momento la mirada del televisor, no ha mirado a su mujer.

Otro trabajador se suma a la comitiva sin llamar la atención; ni uno solo de nosotros habría apostado un centavo por su silueta angulosa, solapada, tatuada con un imperdible, un gato poco querido que recibiese arañazos y soñase con devolverlos. Soren Cry se ha presentado después de recorrer tres mil kilómetros en autostop desde Kentucky y la Eastern Coalfields: ruralidad fantasmal, villorrios monótonos y pendencieros diseminados por una tierra taladrada por la miseria, la droga y el alcohol para acabar con los espectros amenazadores de cheyenes apostados en los Apalaches, la juventud que esnifa en trapos impregnados de *white-spirit* o trementina, caza ardillas con carabina, organiza rodeos de coches en el fango, vacía cargadores contra botellas de cerveza vacías, prende fuego a carcasas de camionetas oxidadas, todo esto con el fin de sacudirse un poco los cojones cuando ha anochecido, escucha rock metal hasta reventarse los tímpanos, como vomitonas de decibelios, como estertores de muerte. Un lodazal. Expulsado del ejército hace seis meses a causa de su conducta violenta con su superior jerárquico —el coronel era una mujer de treinta y tres años, una pécora tecnócrata que le había humillado en público, tachado de patán y escupido en la cara, sin duda porque había visto demasiadas películas, y algo dentro de él se había aflojado y le había roto los dientes—, desde entonces va tirando en casa de su madre con empleos eventuales, trabajos de temporada, y el resto del tiempo nada, holgazanea, chapucea, juega a la Game Boy delante del televisor del condominio que comparte con esta mujer piadosa, pobre y depresiva, a la que centenares de veces se ha planteado asesinar con un puñal, un fular, pero a la que besa todas las noches tiernamente en la sien, y sin duda se ha marchado para no tener que matarla.

Así que una multitud se encamina hacia Coca y otra multitud la escolta, flujo sonoro y espeso en que se mezclan asadores de pollos, dentistas, psicólogos, peluqueros, pizzeros, prestamistas, prostitutas, plastificadores de documentos oficiales, reparadores de televisiones y aparatos multimedia, amanuenses, vendedores de camisetas a peso, fabricantes de ungüento de laurel para los callos y loción contra los piojos, curas y agentes de operadores de telefonía móvil, todos ellos se infiltran en el lugar, empujados por la ola que engendra una obra semejante, apuestan sobre las consecuencias económicas del proyecto y se aprestan a recoger en cazuelas de hojalata los manás colaterales como la primera lluvia después de la sequía.

Se acerca el mediodía de este 30 de agosto. Un joven circula en dirección al aeropuerto al volante de un Chevrolet Impala azul petróleo, pesado, blando, un cacharro. Sancho Alfonso Cameron ha bajado la ventanilla para sentir el asfalto que carboniza, la autopista es nueva, fluida, ha llenado el depósito y aprovecha el momento, sabe que pronto pasará las jornadas a setenta metros de altitud manejando una grúa genial y que se habrá terminado la propulsión horizontal.

Conoce bien la carretera: diez días antes él también aterrizó en este aeropuerto, recibido por su nombre escrito en una pancarta blandida por una mano grande que entonces le pareció desmesurada, de falanges gruesas y ligeramente enrojecidas y de uñas arregladas y con esmalte de color magenta, una mano que prolongaba el cuerpo saludable de Shakira Urga; su voz ronca marcando fuerte la erre de su patronímico. Al verla entera en cuanto la mano se apartó del gentío que aguardaba, Sancho se cuidó de evitar que su mirada se azorase como la de un crío excitado en el umbral de la feria, porque la chica era grande, tanto que le sacaba una cabeza, un cuerpo raro, a la vez flaco y compacto, de espaldas anchas y brazos ágiles, articulaciones prominentes, caderas estrechas y pechos redondos que se mantenían altos y sin sujetador debajo de una fina blusa de tirantes, los muslos largos moldeados por unos vaqueros, los pies bronceados en sus sandalias de tacón. Había aferrado su maleta sonriéndole con una sonrisa tan exuberante como el resto, y Sancho, sorprendido, había seguido los bolsillos posteriores del pantalón vaquero, tachonados de estrás, hasta la berlina metalizada que destellaba en el aparcamiento; caminó al trote, obligado por el paso de alabardero de la rusa. El móvil maulló dentro de su bolso y ella se alejó lentamente del vehículo para alzar el tono, enfurecida, con la voz acelerada, antes de regresar hacia el coche con la oreja roja y la sonrisa forzada, y mirando a Sancho por encima del techo de la berlina se puso unas gafas oscuras con siglas en las patillas antes de aullar con una voz de trueno *welcome to Coca, the brandnew Coca, the most fabulous town of the moment!*

Sancho aborda los cruces de la autopista, hélices dobles de hormigón que revolotean alrededor de las terminales del aeropuerto, consulta su reloj, tiene tiempo de sobra, conduce el Chevrolet al aparcamiento —séptimo sótano, las paredes rezuman—, y en cuanto emerge a la luz del día, levanta los ojos hacia el cielo envuelto a esta hora en un azul cobalto, duro, absolutamente nítido, es una puerta inmensa: ha venido al encuentro del hombre que en este instante sobrevuela el territorio de Coca en *business class*, Georges Diderot.

A cincuenta millas de allí, el avión inicia el descenso. Los pasajeros ejercitan las cervicales y miran el reloj, tienen hambre, la azafata recorre lentamente el pasillo central, impecable, con un moño italiano y medias color carne, lanza breves ojeadas a

los laterales para comprobar las hebillas de los cinturones y la posición de los asientos y cimbrea con tanta suavidad las caderas que tranquiliza a los pasajeros más aeróforos, siempre más inquietos en el momento del aterrizaje. Georges Diderot aplasta su perfil contra la focal doble de la ventanilla, saliva, se sobresalta: el escenario de las operaciones. *Here we are!*, susurra con las manos candentes unidas como una bocina alrededor de la boca. Dos zonas inmensas y siamesas soldadas por una costura serpentina y sobrevolada así, es un esquema de una potencia loca, Diderot entrecierra los párpados, el corazón le da un salto, está conmovido.

Doce mil pies. La superficie terrestre precisa su división binaria: al este es una extensión clara, una cera gredosa que tira hacia el amarillo pálido, paja sembrada de agujas que al converger forman un ovillo metálico; al oeste, un macizo oscuro, musgo negro con reflejos esmeralda, denso, irregular. Diez mil pies: la zona blanca vibra, crepita, miles de astillas desperdigadas centellean mientras que la zona negra se mantiene impenetrable, totalmente cerrada. Ocho mil pies. Aparece una línea frontal que compone esas dos zonas y contra la cual se frotan y deslizan como dos placas tectónicas a lo largo de una falla: el río. Sonrisa de Diderot, sonrisa de connivencia. Cinco mil pies. Seguir ahora el curso del río que vertebra el espacio, lo articula, abre en él un soplo, un movimiento que le dota de vida. Tres mil pies. Observar, soberano, las variaciones cromáticas fluviales —rojo ladrillo arcilloso a lo largo de las riberas, marrón oscuro y después violáceo sobre la medianera del lecho, sombras turquesas al borde de los manglares y lenguas blancas en el hueco de los meandros—, incisión de color dentro de este espacio tiznado de blanco y negro. Dos mil pies. A toda velocidad escudriñar el suelo que se complica, hay fricción abajo, guerra, separación: topografía del enfrentamiento y tensión del relieve, habrá que tener cuidado. Mil pies. Inclinar la cabeza hacia delante e inspirar largamente, cerrar los ojos, ¿cuál es la obra? Comparar entre sí esos dos paisajes, mira, esa es la obra, esa es la historia: chisporroteo eléctrico, reconciliación, fluidificación de fuerzas, elaboración del informe, es eso lo que hay que hacer, es el trabajo, lo que me espera. ¡Oh, Señor!

Más tarde, en el preciso instante en que el vientre del avión acarició la superficie de las aguas que precedían al asfalto de la pista, Diderot tembló violentamente, espasmos rápidos le recorrieron la piel, sacudió la cabeza. Se volvieron hacia él ojos inquietos o molestos. Era como ver a un caballo pesado resoplar en el fondo de su box y escarbar en la paja con el casco reclamando salir al exterior, a la pradera y a la luz, pero en verdad solamente era un escalofrío de júbilo y de terror.

Ahí está Diderot, cruzando el vestíbulo del aeropuerto, es reconocible de inmediato: no muy grande pero fuerte, cráneo dolicocefalo y torso como un baúl, puños cuadrados, piernas largas y calmosas, cara bronceada, afeitada a fondo, dientes

podridos, melena blanca peinada hacia atrás en la que descansan las Ray-Ban ahumadas y siempre este aire suyo de venir de muy lejos, de los confines del espacio con el soplo de la llanura en la espalda: Astana, Kazajistán, el palacio presidencial inaugurado tres días antes era una réplica de la Casa Blanca, Diderot había entregado la obra el día convenido al dictador local y esa misma noche se había emborrachado a conciencia con un joven maestro de ajedrez que volvía de Berlín. Sancho se abre paso entre la gente hacia su encuentro, con la mano tendida y exageradamente firme, y lo registra todo: la cazadora de aviador, el reloj de buceo, la camisa blanca con el cuello levantado, los mocasines flexibles, los vaqueros limpios y de cintura alta y los periódicos doblados bajo el brazo, la bolsa de deporte de cuero rojo donde se entrechocan cadenciosamente el ordenador portátil, la linterna Maglite ultrapotente, la cinta métrica enrollada en una cápsula, la camisa blanca de repuesto, calzoncillos, algunos cartones de Lusitania, un grueso fajo de dinero en efectivo y, protegido dentro de una carpeta grande de anillas, el expediente técnico del puente por construir. Saludos, apretones de manos en medio de la riada de viajeros. Diderot articula Diderot y Sancho responde Sancho Alfonso Cameron, su nombre completo, porque Sancho Cameron suena a españolito no demasiado perseguidor y Sancho solo mide un metro sesenta y dos, así que Alfonso, erguido en pleno centro con esa A en forma de montaña, le engrandece unos centímetros: Alfonso es un nombre de grande de España, es su plantilla simbólica.

Cielo rígido, estabilizado con laca, hace tanto calor que es imposible abrir las ventanillas, el Chevrolet se arrastra. A lo lejos, los edificios de Coca salen de la tierra, Lego de alturas diferentes. ¿No tienes radio en este trasto, Sancho Alfonso? Diderot ha pronunciado Sanchoalfonso con un chasquido de la lengua, Sancho lo toma por un sarcasmo, se ofende, no tendría que haber dicho el nombre entero, mierda, mierda. No tengo radio, señor, responde Sancho con los ojos clavados en la camioneta Dodge que se dispone a adelantarles por la izquierda, no tengo aire acondicionado, ni suspensión, ni radio. Pues estamos buenos, ¿eh? Diderot se quita la cazadora, la arroja al asiento de atrás, se desata con cuidado los botones de las mangas, levantando uno tras otro los puños en vertical, se remanga la camisa, parece más delgado, más elegante, enciende un Lusitania: ¿han llegado todos los muchachos? Sancho lanza una ojeada por el retrovisor, todos, solo falta la chica. Justo en ese momento la camioneta se coloca delante y después se distancia, es una Viper último modelo, lleva llantas de 22 pulgadas, tiene una potencia de 500 caballos, un bicho que cuesta cuarenta y cinco mil dólares, Sancho lo sabe. Diderot sacude el cigarrillo en el cenicero que se bambolea encima de la caja automática. Ah. ¿Y qué hace? Sancho pisa el acelerador, nada, ha tenido un problema, un asunto personal.

Silencio. La llanura es un jergón reticulado donde se aglutinan aquí y allá las cabezas de ganado y los almacenes industriales. Diderot mira los dedos delgados de

Sancho que golpean el volante, nerviosos, taptaptap, echa la cabeza hacia atrás, contempla a través de sus cristales ahumados el techo relleno del Chevrolet y las huellas mugrientas que rezuman en el fondo de los regueros excavados en el caucho. Sabe lo que se trama en el subterráneo de su conversación. El pequeño ha dicho asunto personal y acaba de hacerle una primera jugarreta a esa chica a la que nunca ha visto —asunto personal, o sea, palabras que exudan la psicología, el tormento íntimo, palabras que apestan a mujer, asunto personal, ¿qué quiere decir eso, tiene la regla?—, puesto que sabe perfectamente, la mala pieza, que en una obra de tres mil millones de dólares, como dicen los de la Sede, con el tórax abombado y sonrisa en proporción a la hora de descorchar magnums de champán, que en una obra de tres mil millones no hay asunto personal que valga, nunca.

Dejas la autopista, entras en Coca. Sancho conduce a la misma velocidad por el carril de la izquierda, el silencio le pesa, dice que su abuela ha muerto o algo parecido y Diderot responde suavemente me la suda su abuela, después baja la ventanilla girando la manivela, saca fuera un brazo, calcula la temperatura del aire, treinta y siete, treinta y ocho grados, calor seco, continental, está bien. Se acercan al río, al sur de la ciudad, paran delante de un edificio de ladrillo marrón situado en un barrio tranquilo sobre la ribera, Diderot coge su bolsa, abre la portezuela, en el momento de apearse gira el busto, clava los ojos en los de Sancho, mañana a las siete, reunión de obra.

La chica se llama Summer Diamantis y huye a la otra punta del mundo por las calles de Bécon-les-Bruyères, acera lado sol escarpines piernas desnudas, con prisa para preparar su bolsa, acaba de enterarse por el propio director de la empresa —una boca grande y sin embargo muy poco prolija, de esas que solo componen frases de sujeto-verbocomplemento y las acentúan con un movimiento de la cabeza— de que la han incluido en el equipo del puente, una chica eufórica en ese momento, por tanto, seleccionada, nombrada, designada responsable de la producción de hormigón para la construcción de los pilares. Tiene prisa en ir a preparar el equipaje porque parte al día siguiente, en serio, mañana me voy a Coca, se dice apresurándose hacia la estación del RER, embarcaré en el avión a la hora en que los amigos se instalarán delante del televisor para ver la final de la copa de campeones de copa, sentados codo con codo, con el tórax inclinado hacia delante, los pies separados hacia su tramo externo y una lata de cerveza posada encima del miembro, sostenida con dos dedos, la otra mano fumando o festejando el partido, y el Tigre entre ellos guardará el silencio informado del que conoce el césped, yo me largaré cinco horas antes de que mi padre apague la televisión y vaya a mascar un somnífero, y poco después de que las Rubias, acicaladas como un relicario y maquilladas como un crimen, siempre con problemas para ser puntuales, aparezcan en el tejado de su inmueble para saludar al Boeing 777 que me exporta. ¡Oh, Coca!

Esta mañana ha sonado el teléfono. Ella no duerme, hace muchos minutos que ha abierto los ojos y mira el par ajeno de zapatillas de deporte al lado de la cama. Es una llamada de la secretaria de la dirección: quieren verla, tienen algo para ella. Desnuda y atenta, Summer se acerca a la ventana. El alba se remueve, las acacias se tuestan. Responde con una voz monocorde, bien, ya voy. Más tarde se pone una braga, prepara un café y entonces, en la cama, el Tigre mueve un hombro, levanta un párpado pesado por el tabaco e imágenes en movimiento. Mira a Summer a través de las pestañas, le susurra que lo de Coca creo que saldrá, sonrío. Es la primera vez que ha ido a casa de ella, la primera que..., como si todo llegara siempre al mismo tiempo.

Me voy mañana. Summer Diamantis viaja de pie en el metro, agarrada a la manilla de la puerta, con el cuerpo que cabecea en las curvas y el corazón encogido, me voy a Coca, voy para allí. El tren se embala por debajo del Sena, las ventanillas tiemblan en un estruendo de chatarra subterránea, son negras y líquidas, la cara del Tigre se refleja en ellas, borroso con la velocidad, el perfil de las Rubias como una sombra chinesca bajo el platino de las melenas, la silueta de su padre. Cuando salen del túnel ha anochecido. Port-Royal. Summer se estremece. Se carga al hombro la bandolera de su bolsa y se dispone a abrir la portezuela para apearse en el andén. Poca gente en la estación, sus tacones resuenan tac tac tac contra las baldosas. Tiene que encontrar una farmacia abierta. Stilnox para el avión; Mar calma para más adelante, también

vacunas, sí, tiene que comprobar todo eso y encontrar un modo de ir a besar al Tigre.

Porque parte al día siguiente lejos, lejos, a la otra punta del mundo. Porque dentro de exactamente diecisiete horas la verán salir del aeropuerto de Coca y sentarse en la trasera de un taxi amarillo limón, con la cola de caballo bien sujeta por una goma, la frente y el cuello despejados, dará la dirección al taxista que arrancará sin responder y se internará en un laberinto de autopistas que la propulsará de repente al centro mismo de una extensión llana y vacía donde el cielo ocupará un espacio excesivo. Summer sentirá vértigo al descubrir la desmesura del paisaje, una inmensidad incontrolable como su respiración, que se trastorna y que ya no domina, poco a poco la invadirá un sofoco, malestar que le subirá a la boca un gusto amargo, tendrá dolor de cabeza, le pedirá al taxista que pare para que pueda tomar el aire, él detendrá el vehículo en un arcén sin hacer preguntas, y una vez fuera ella aspirará un largo rato con la cara hacia el suelo, las manos en las rodillas, escupirá varias veces y en cuanto se enderece pasará por encima de la valla para dar unos pasos en la llanura rosa, polvorienta, casi lunar en la luz rasante del alba, una piel. Se quedará inmóvil un breve instante para escuchar el silencio perforado por los escasos coches que pasan a su espalda, un silencio mineral donde cada ruido suena distinto y poliniza el espacio —un guijarro rueda, una rama cruje, un escorpión rasca el suelo—, un auténtico silencio de gata salvaje, y entonces la noche hará ascender el día como una palanca, estirando el espacio hasta lo más lejos, como una pantalla que se despliega, y el horizonte de pronto estará tan cerca que Summer alargará el brazo para posarle la mano, tocada a su vez, y la sobresaltará súbitamente el rumor de pasos humanos, el taxista dirá a su lado, ¿se encuentra bien, señorita? Subirán al coche, Summer bajará la ventanilla y luego se reclinará en el asiento de atrás, sacudida, seguirán la carretera hasta los barrios de Coca, penetrarán efluvios en el habitáculo, cubos de basura, vasos de plástico deformados por el calor, carnes pasadas, periódicos manchados de gasolina, flores marchitas, verduras podridas, ropa blanca sucia y sudor en abundancia sobre todo ello; pues sí, es el olor de Coca, pensará Summer, como si el olor de una ciudad fuese en principio el de su basura. Al llegar se despedirá del taxista que la mirará a los ojos y moverá la cabeza, *good luck, miss*, y a continuación, siguiendo la hoja de ruta que le ha entregado la empresa y ella ha memorizado, tecleará el código del inmueble, un vestíbulo, un pasillo, un ascensor, pulsará el piso, al salir al rellano sacará la llavecita dorada, clac, abrirá la cerradura, empujará la puerta conteniendo la respiración, tanteará en la penumbra, caminará hacia la ventana, una cortina, serán las seis de la mañana. Se concentrará para recapitular lo que debe hacer en las horas siguientes —ante todo conectar el ordenador y lavarse el pelo— y luego hará rápidamente el inventario del cuarto que ocupará en adelante; habrá una cama, una estantería vacía, una mesa y dos sillas normales, un televisor, un teléfono, una butaca, un fregadero, dos placas eléctricas, una nevera, una alfombrilla

y en un cuarto de baño con azulejos de un verde pálido un lavabo, una bañera y un inodoro. No echará una ojeada a las hojas clavadas con chinchetas en la puerta — consignas de seguridad, instrucciones de uso de los aparatos y un plano de evacuación en caso de incendio—, pero abrirá la ventana, un balcón, la calle, y descubrirá el edificio de enfrente, donde una joven embarazada tenderá con cuidado ropa blanca y sus miradas se cruzarán, la joven sonreirá por encima de la cuerda del tendedero y Summer le hará una señal breve con la mano sin saber muy bien por qué, volverá a entrar para sentarse en la cama, mirará el reloj, mirará alrededor, tendrá que deshacer el equipaje, abrir los armarios, guardar dentro su ropa, ducharse y por último sacará el ordenador de su funda. Summer se levantará de un salto, encadenará gestos rápidos como si cualquier pausa, cualquier silencio la debilitase.

Una hora más tarde cruzará las verjas de la obra con el casco en la mano y la espalda recta, la respiración entrecortada y el corazón desbocado. Reinará el silencio en la explanada, habrá vehículos parados, ni un alma en torno, avanzará impelida por su propio impulso, con el paso cada vez más firme, silueta en marcha muy clara en el espacio inmenso. Al término de su trayecto, una serie de barracones y delante de la puerta abierta unos hombres que se volverán hacia ella y le tenderán la mano, bienvenida, Diamantis, ya solo la esperábamos a usted, ¿ha tenido un buen viaje, Diamantis? Diderot aparecerá de pronto, la saludará igualmente y Summer desconfiará al instante del tipo, habría preferido un personaje más fresco, una flecha de la ecuación, el bolígrafo de comulgante prendido en el reborde del bolsillo del pecho, pelo cortado al cepillo y la mirada franca, y en vez de eso tiene a ese fulano, Diderot, la leyenda, a sus ojos un Steve McQueen colosal y ajado que la mira como a una cría pero también como a una chica, se quedará frustrada. Sancho Cameron, por su parte, se apartará para mirarla mejor mientras se la presentan a los demás, la estudiará sin llegar a hacerse una idea, la encontrará rara, guapa de cara pero pesada, andares de gorila, manos cortas y hombros cuadrados, ancha de caderas, una hermosa piel mate, espesa melena rubia pero un mentón como una pila de agua bendita, nariz de perro, ya ves, será plenamente consciente de que es el animal curioso, querrá causar buena impresión y no sonreirá, una chica de hormigón no es nada corriente.

Organizar los tanteos

John Johnson, llamado el Boa, es un hombre de estatura mediana, cuerpo lampiño, torso de halterófilo y tez china, nuca fuerte, cejas tupidas sobre sus ojillos rasgados, carece de labios, dientes puntiagudos, lengua gris. Se apodera de la alcaldía de Coca en enero de 2005. Electo, se equipa. Renuncia a sus camisas negras satinadas y sus sombreros flexibles, se busca un sastre de Savile Row, le encarga una docena de trajes a medida de antracita oscurísima. Se somete a un régimen de adelgazamiento, implantes capilares, se inventa una bella sonrisa, aprende a jugar al golf. Ahora bien, lejos de ver en su nuevo cargo una jubilación con una vista impagable sobre los réditos posibles de la corrupción, adquiere de pronto aires de grandeza. Se acuerda de los lemas de su campaña —frases minuciosamente elaboradas por profesionales, fórmulas poderosas que retumban como estandartes en los estadios y plazas, consignas dodecasílabas que prestan fuerza a su verbo y una mandíbula de orador—, los articula con suavidad en la noche dorada, apostado en el balcón del ayuntamiento que es para él como una pasarela que le muestra al mundo, imagina una gesticulación idónea e, inflamado por sus propias palabras, subyugado por las promesas maravillosas que ha hecho a la multitud, se le sube la sangre a la cabeza, el corazón le late al galope: sin duda va a convertirse en quien dice ser, lo ha decidido. En adelante, trata a la fortuna como al mecanismo útil de la respetabilidad y solo piensa en dejar huella. Le recordarán, dejará impronta en su tiempo.

Unas semanas después de su elección, viaja a Dubái. Es su primer viaje fuera del continente. Está febril. En el avión toma sedantes, bebe champán, camela a la azafata y se duerme antes de aterrizar. Lo acompañan a una sala especial del aeropuerto y de allí a una limusina blanca de cristales oscuros, seguida por otra con el equipaje y el séquito que hace las veces de gabinete especial. Lo que ve entre el aeropuerto y la ciudad le produce una sensación ambivalente de euforia y aplastante opresión.

De entrada le marean las grúas: agolpadas a centenares, sobrevuelan el cielo con sus brazos como sables láser más fluorescentes que los de los guerreros del Jedi, y su halo macilento aureolando la ciudad en obras con una cúpula de noche blanca. El Boa tuerce el cuello para contarlas todas y, al verle, el hombre en *dishdash* blanco instalado junto a él en el asiento de atrás le señala que una tercera parte de las grúas que existen en la superficie del planeta han sido confiscadas para este paraje: una de cada tres, repite, una de cada tres está aquí, en este sitio. Su boca pequeñísima, subrayada por un trazo de bigote, articula muy suavemente construimos la ciudad del futuro, una empresa faraónica. El Boa no dice nada. Traga saliva, maravillado. La proliferación de torres le deja estupefacto, tan numerosas que las crees multiplicadas por un ojo enfermo, tan altas que te frota los párpados temiendo sufrir alucinaciones, sus ventanas blancas son como miles de pequeños paralelogramos cegadores, como miles de pastillas efervescentes Vichy en la noche deslavada: aquí trabajan las veinticuatro horas del día, los obreros se alojan en el exterior de la ciudad, los turnos

se hacen mediante una lanzadera; el hombre susurra cada información, escolta con delicadeza el asombro del Boa. Más allá, señala con un índice ceroso un edificio en construcción, que tiene ya un centenar de plantas, y precisa: tendrá una altura de setecientos metros. El Boa sacude la cabeza, pregunta de repente qué altura alcanza el Empire State Building de Nueva York o el Hancock Center de Chicago, se informa sobre las torres de Shanghái, de Ciudad del Cabo, de Moscú, está eufórico y pasmado. Así que en Dubái el cielo es sólido, macizo: terreno edificable. El trayecto es largo en el largo automóvil, el mar tarda en aparecer, el Boa lo espera liso, inalterado, un pesado mantel negro como el petróleo cuyo contorno borraría la noche, y se sobresalta al descubrirlo también construido, transformado en sólido, costoso y apto para servir de soporte a un archipiélago artificial que reprodujese un planisferio —Gran Bretaña está a punto de vender allí tres millones de dólares— o un complejo de viviendas de lujo en forma de palmera: así pues, el mar también es terreno edificable.

El Boa llega a su hotel trastornado, con las mejillas rojas y los ojos desorbitados, le cuesta dormir, la noche es demasiado clara, como tamizada por una gasa cálida, también él está excitadísimo: el Burj Al-Arab es el hotel más alto del mundo, una inmensa vela de cristal y de teflón inflado delante del Golfo Pérsico, que a esta hora está absolutamente negro y cerrado como un arcón custodiado por unos piratas andrajosos armados de kaláshnikovs. Al despertar, el Boa está convencido de que ha encontrado la inspiración que le faltaba a su misión. Lo que tiene ante los ojos es un espacio dominado, un espacio, piensa, donde el dominio se combina con la audacia, y en esto reside el sello del poder.

A media mañana, el hombre que fue a recibirlo la víspera vuelve a recogerle para enseñarle la ciudad. Su *kefia* se despliega y flota calmosamente en su espalda como una capa de mago en cuanto aprieta el paso; nadie, aparte de mí, sabe que se ha sumido en una melancolía funesta, que acompaña a los oficiales para huir del palacio, nadie sabe que planea volver al desierto para vivir con los órix, los fénecs y los escorpiones, tumbado bajo una tienda suavemente oreada por las brisas del desierto, escribiría poemas y fumaría el narguile, nadie sabe que escupe de rabia contra el espejo que le refleja, a él y al vestíbulo de su mansión tan vacía, marmórea, tan gigantesca, inerte y extravagante como el resto. El Boa se embala, se le acelera el ritmo cardíaco, placer y aturdimiento mezclados. La ciudad se percibe como una fantasmagoría consumista, un gueto gigantesco para multimillonarios nómadas y un modelo de universo virtual donde perder la cabeza: extraña combinación de hoteles de un fasto ostentoso, de galerías comerciales de una opulencia inaudita —el duty-free más grande del mundo a lo largo de kilómetros de escaparates, nombres de impacto brutal que excitan el deseo y fustigan a una clientela selecta de príncipes árabes, estrellas del rock anglosajonas, oligarcas rusos, magnates de la industria

chinos—, de parques temáticos dispendiosos: una estación de esquí *indoor* con la cumbre nevada, telesquíes mecánicos y un oso polar, un complejo termal de estilo andaluz, un pueblo nubio, un hotel submarino, un megazoo. El Boa se pierde en el espacio-tiempo. Deberíamos alcanzar pronto los quince millones de visitantes, el acompañante comenta estos datos en un inglés tan elegante que al Boa le cuesta comprenderlo, pierde los estribos, sucumbe, balbucea continuamente cuando pienso que hace veinte años aquí no había nada, un pedazo de desierto, corteza terrestre arenosa y ni siquiera petróleo, ¿y hoy qué? El paraíso.

Le llevan al palacio antes de mediodía para una breve audiencia con el emir Mohammed Al-Maktun, a quien el Boa llama imprudentemente «mi homólogo». Espera tres horas a ser recibido, aprovecha la espera imaginando asociaciones entre Coca y Dubái, rumia ideas mientras, detrás de la gruesa puerta acolchada, el jeque Mo mordisquea pistachos con su ministro de la Guerra mascullando preguntas sobre las capacidades técnicas y militares de los aviones Rafale presentados la víspera sobre la pista de Le Bourget en París, Francia. Finalmente acceden a recibir al Boa y él avanza hombrecillo perfumado por una sala pavimentada de mármol cuya superficie le recuerda de pronto la sala de espera de la Grand Central Terminal de Nueva York. Le fortalece una idea, los caballos, y su paso rebosa firmeza. De lejos, el jeque le parece macizo e inmaculado como la autoridad, pero adquiere forma humana a medida que se acerca; el *akal* de su *kefia* le cae ligeramente sobre una oreja, de modo que el monarca tiene la cabeza torcida. El Boa saluda al príncipe de acuerdo con el protocolo: sobre todo no hay que acercarse demasiado al cuerpo sagrado del jeque. Después este último chasquea los dedos, ordena que sirvan a su huésped otro cuenco de pistachos y acto seguido los dos están sentados a cinco metros uno de otro. Los caballos, pues. El Boa, en vez de limitarse a presentar sus respetos al príncipe, le comunica su deseo de desarrollar las remontas en su ciudad, Coca. El jeque frunce las cejas, no sabe de dónde ha salido esta criatura enérgica, no ha oído nunca el nombre de su ciudad, menea la cabeza con mucha calma. El Boa se explaya, se explaya con el impulso, las altiplanicies al este de Coca figuran entre los mejores pastos del mundo, la hierba allí es maravillosa y el agua pura. Es un tema que el jeque aprecia: es jinete, también ha brillado en los concursos y la familia principesca posee la cuadra de purasangres más grande del planeta, ejemplares magníficos comprados a precio de oro y en su mayoría cuando se venden los yearlings en Deauville. La conversación discurre por estos cauces durante más de cuatro minutos, un récord, y al final el jeque asiente: se perfila una colaboración. El Boa se hiere el interior de la boca al morder con fuerza un pistacho.

En Coca, lo que ahora se denomina el viaje a Dubái se convierte en un acontecimiento. Se mide su influencia por el rasero del urbanismo demencial que desquicia a la ciudad. En lo sucesivo el Boa asigna a su municipio una ambición muy

clara: poner fin a tres siglos de prudencia conservadora, deshacerse de una vez por todas del viejo dinero encorbatado que regenta los barrios pudientes del centro, derribar a la dinastía de los Cripplecrow y los Sandless que desde hace dos siglos mantienen relaciones incestuosas entre las sábanas de raso y los vapores de habano y que dominan la ciudad en vez de gobernarla. Quiere acabar con su gravedad erudita, su cultura, sus archivos, demasiada Europa aquí, demasiada Europa, repite a todas horas, identidad pesada, tradiciones que se adhieren: ¡apesta a muerte! Se esfuerza desde entonces en dinamitar el centro urbano, en volar su núcleo histórico, en pulverizar su sentido en la periferia. Los viejos edificios y barrios burgueses, garantes de los orígenes y símbolos de los valores de los pioneros —valentía física, espíritu de conquista, trabajo, devoción religiosa, monogamia y cualquier otra realidad que exalta el arraigo—, se reprograman en museos: lo que mejor les va es el polvo, dice con una risa sarcástica el Boa, al que su acción conduce a otro sitio, fuera de todo perímetro patrimonial, lejos de todas las viejas ficciones que han engendrado el plano urbanístico. Voy a airear todo eso. Voy a desenclavar la ciudad y situarla en el mundo. Viene una era de grandes maniobras en que circulan sobres de papel de estraza que contienen fajos de billetes nuevos que crujen como galletas.

En menos de tres meses, el Boa consigue que el Senado de Coca declare la urbe zona franca y la hermane con Dubái, obtiene del banco estatal —controlado ahora por su sociedad de inversiones— un préstamo en dólares a un interés bajo y fijo para un programa urbanístico de envergadura y otorga al municipio una concesión durante cincuenta años sobre los principales equipamientos realizados. Sus intereses privados en los proyectos municipales espantaban con motivo tanto a sus colaboradores más astutos como a los más serviles, pero no hubo nadie que le pusiera en guardia y todos saben por qué: el Boa preside una fortaleza fabricada para el tráfico de influencias de la que controla todos los accesos y todos los ascensores, es poderoso, rico y poco escrupuloso a la hora de pagar el precio para conservar el favor de las instituciones y organismos respetados de Coca. Muestra en todo la prudencia táctica de los reptiles carnívoros que él caza desde la infancia y despliega estrategias tan discretas que solo los individuos dotados de su perfidia pueden detectar el vigor predatorio a largo plazo —esos bichos eran raros, pasmados y aporreados, huían pitando—, y el Boa se vale de ventajas microscópicas que acaban activándose entre ellas y ataca por sorpresa, con la brutalidad glacial que es su marca de fábrica, y golpea. Los que se plantean interponerse en su camino son objeto de mofa pública como seres secos, estrechos, afligidos. No han entendido nada del curso del mundo. A él mismo le consternan, pero los elimina, ¿qué otra cosa puedo hacer, sinceramente, qué quieren que haga? La máquina implacable que gira ahora a tope se encarga de asfixiarlos lentamente. Al fin y al cabo, ¿no actúa el Boa por el bien de la ciudad? ¿No se pone enteramente —él, sus sociedades, sus pantallas, sus hombres, sus perros— al servicio de sus

conciudadanos? Tiene ideas para Coca, le han elegido y cumple sus promesas: es John el bienhechor.

A partir de entonces administra el territorio mediante ucases, circulando a paso lento alrededor de la maqueta inmensa de la ciudad que ha hecho instalar en el centro de su despacho —un general en campaña que elabora estrategias, esa es la imagen que evoca—, inclinado sobre su modelo a escala, con las manos cruzadas detrás de la espalda, escrutando un pedazo de cartón para de repente, cogiendo una varilla, ordenar una Internet City aquí, una Media City allá, un complejo comercial aquí —laberinto de *malls* con pavimento de pórfido y ornados con fuentes y quioscos de capuchinos—, un estadio polideportivo acullá, una pista de patinaje en forma de platillo volante, un multicine subterráneo de cincuenta salas, una pista de ceniza en la azotea de un bloque de viviendas tipo colmena, un casino bajo una campana de cristal. Quiere transparencia, plástico y polipropileno, caucho y melamina, algo provisional, consumible, desechable: todo debe ser móvil, ligero, convertible, flexible. Sobreexcitado, se entrega a la manipulación de un mecano gigantesco que reconfigura todos los días, exaltado por la gama infinita de nuevas posibilidades formales, por los *polos* que dibuja, las *zonas* que recorta y los *nudos de actividad* que define y posiciona sobre los planos. Tiene en mente una idea única, sacar a Coca del anonimato provinciano en que dormita tranquila para introducirla en la economía mundial, convertirla en la ciudad del tercer milenio, polifónica y omnívora, destinada a la satisfacción, al gozo, a la experiencia del consumo.

Sin embargo, hay una cosa que hiere su orgullo: aislada, Coca tiene la energía racionada y depende de las ciudades costeras. Los inversores han huido por esto, imposible impulsar el crecimiento en un villorrio apurado que se aprieta el cinturón, que vigila los gastos. Además, los petroleros que abastecen el lugar y sus escasos centros industriales son reacios a remontar el río hasta las cisternas situadas más arriba de la ciudad y el Boa ve condescendencia en este hecho: mierda, ¿paga en metálico sí o no? Fulmina, reflexiona, primero solo, luego convencido de que los suyos son incapaces de concebir una idea. Un día la televisión emite un documental sobre los biocarburantes. El tema le engancha, es una revelación, lo estudia a conciencia. El maíz abunda en el valle y Coca dispone de miles de hectáreas de reservas —los altiplanos rojos y el bosque cuyos linderos se podrán desbrozar, y además el interior del macizo, si los indios «se avienen» (que no empiecen a jodernos, es lo único que les pido, se dice a sí mismo el Boa). Al final de un consejo municipal celebrado a la carrera, a principios de marzo de 2006, decide introducir el etanol en Coca. Crearán un puerto autónomo río arriba, en la curva de su cauce, una terminal capaz de albergar buques de cualquier tonelaje y las refinerías consiguientes.

Abastecida de este modo, la ciudad exportará el excedente de energía a la costa, invertirá la situación, se pondrá a la vanguardia de los envites ecológicos mundiales. Coca ciudad verde. El Boa se frota las manos, encantado con su iniciativa, ha hecho un buen trabajo. Ahora necesita un puente. Un puente para entrar en la selva y alcanzar los valles fértiles al sudeste del macizo, un puente para conectar la ciudad con la bahía oceánica.

Peligra la existencia del viejo Golden Bridge. Es una obra estrecha, estrangula el tráfico, provoca nerviosismo, dedos en ristre que insultan a través de la ventanilla, lentitud y retraso en los negocios. Es insuficiente. El Boa ya no puede verlo sin enfurecerse. Quiero acabar con lo lento, lo viejo, lo parado. Quiero que lo destruyan. Que lo manden al desguace, que lo arrumben, que se pudra hecho pedazos. Pero hay asociaciones que se conmueven. Circulan peticiones para salvar el puente —es el alma de la ciudad, una enseña de nuestra identidad, un lugar de memoria— que deploran la uniformización de las urbes, los *fast-foods* y los rótulos de prendas idénticas desde Quito hasta Vladivostock, las especificidades identitarias que ceden ante la presión capitalista, la globalización que contamina hasta el más ínfimo trecho de acera y alisa las fachadas. El Boa está desconcertado, escucha pero no comprende, no ve el problema, alega los deseos de la juventud y la modernidad: ¡basta de cadenas! ¿Qué hay de malo en querer avanzar? Además el viejo puente cae en el abandono y el río que fluye bajo los pilares es oscuro y nauseabundo. La herrumbre convierte en una lepra tóxica sus vigas y sus planchas, la madera del piso cruje, se nota que se mueve. Los indios han acabado colonizando los tenderetes que se extienden a lo largo del suelo, nichos minúsculos donde pasan días enteros fumando amontonados o vendiendo indolentes todo género de alhajas, amuletos, pipas, bagatelas. Mierdecillas para bolsillos débiles, se cabrea el Boa: quiero que desalojen.

Así que el Boa quiere su puente. No cualquier arco, no cualquier viaducto concebido con prisa, sino un puente a imagen de la nueva Coca. Quiere algo grande y funcional, quiere seis carriles como mínimo, una autopista por encima del río. Quiere una obra única. Hace la ronda de sus protegidos, de sus conocidos, les formula su deseo pero nadie le devuelve la interpretación que espera. Coge en secreto papel y lápiz, traza él mismo los bocetos, pero por mucho que se esfuerce en acelerar la velocidad del trazo para captar una forma pura —ridícula en ese instante, conmovedora, desgredada y torpe, imitando el gesto del artista—, no la encuentra. Uno de sus consejeros le sugiere hábilmente que convoque un concurso. Un asunto así requiere un peritaje, prestigio, un arquitecto cuya carrera gloriosa llevaría a la cima, lo más alto posible, las ambiciones de una ciudad. El Boa se vio como un Médicis, príncipe mecenas con capa de terciopelo, se amó a sí mismo todavía más, y lejos de albergar recelo aceptó que una celebridad extranjera viniese a lucirse en su territorio para enaltecer su propia gloria.

¿Había que recargar la tierra en lugar del cielo? ¿Tenía que demostrar su fuerza, optar por una obra poderosa, una combinación de piezas macizas, pesadas, como el puente de Maracaibo? ¿Hacía falta una obra transparente, aérea, una construcción donde las estructuras concentrasen la materia en pocos elementos, una opción de finura, como el viaducto de Millau? ¿Había que desenclavar una ciudad o soldar dos paisajes, había que suplantar a la naturaleza, utilizar sus líneas o incorporarse a ella? El Boa no lo sabe, lo quiere todo. Quiere la innovación y la referencia, la empresa floreciente, la belleza y el récord mundial. Se presenta un hombre que tiene la solución. Se llama Ralph Waldo, viene de São Paulo, es un arquitecto a la vez famoso y secreto. Entra en la sala designada para las audiciones del concurso, con las manos libres y tranquilas a lo largo del cuerpo, describe la forma que condensa el paraje: para expresar la aventura de la emigración, el océano, el estuario, el río y el bosque, la pasarela de lianas sobrevolando las gargantas y la plancha colgada sobre el vacío, ha elegido una hamaca altamente tecnológica; para transmitir la ductilidad y la fuerza, la flexibilidad y la resistencia a las fuerzas sísmicas, ha optado por un matalotaje de cables y de anclajes de hormigón macizo; para plasmar la ciudad ambiciosa, ha escogido dos torres de metal hundidas en el lecho del río, rascacielos que emiten potencia y captan energía; para hablar del mito, se ha decantado por el rojo. Es decir, un puente suspendido de acero y de hormigón. El arquitecto anuncia medidas comparables a los más grandes puentes suspendidos del mundo, la mayoría puentes de estuarios o de pasos oceánicos. Longitud: mil novecientos metros; tramo central: mil doscientos cincuenta metros; anchura: treinta y dos metros; altura del tablero por encima del agua: setenta metros; altura de las torres: doscientos treinta metros. Una locura megalómana, como un deseo enorme en un cuerpo muy pequeño. Ahora bien, Waldo afirma que la sola presencia de este puente en el corazón de Coca hará que la ciudad parezca más grande, más abierta y más próspera: un simple juego de proporciones añadido a las armonías del espacio, la percepción de un paso más que de un puente, una singularidad óptica.

Dame los planos y te construyo lo que quieras, cualquier cosa, hasta un puente al infierno: Diderot fumando en su despacho del piso veinte de la torre Héraclès de La Défense, delante del ventanal, masa negra recortada a contraluz sobre las baldosas, hombre de gran formato que domina una capital de confeti electrizado por las partidas de la noche del viernes; dame los planos, joder, solo los planos.

Interrumpidas sus zalemas, el presidente director-general de Héraclès había impuesto una pausa y sonrió mientras estampaba un expediente en la mesa de trabajo, y al oír el ruido mate del cartón contra la madera del tablero —un bum que resonó en la habitación como la pistola de salida—, Diderot había hecho una inspiración enorme que infló exageradamente el volumen de su caja torácica y furtivamente cerró los párpados: perfecto, la obra era para él. No se volvió de inmediato hacia el mensajero y saboreó la noticia: no terminaría edificando el ala nueva de un gran museo privado, la plancha adicional de una central nuclear ni la excavación de un enésimo aparcamiento ultramoderno en una ciudad de provincias, no, los hombres del Comex (comité ejecutivo de Héraclès) le ofrecían un puente como final de carrera, consagración y chapuza de la directiva sobre las que ocultaría su disgusto, dejaría que acudiesen a felicitarle, a darle palmadas lisonjeras y concluyentes en el hombro que le darían ganas de estamparles el puño en su jeta hipócrita, pero no haría nada, tomaría lo que tenía a su alcance, un puente, simularía un orgullo dócil y en cuanto a lo demás, la corona y los embelecos, lo devolvería al remitente: aquello solo representaba para él un horizonte de trabajo. Se criticaría en la oficina, por supuesto, se comentaría su nombramiento bastón de mariscal, Héraclès le debe mucho, gracias, querido amigo, y los ingenieros jóvenes que habían competido cuando se anunció la apertura de la obra no se abstendrían de refunfuñar en los pasillos porque, mierda, Georges Diderot ya podía ser una leyenda, pero había envejecido, sus métodos de gestión no eran precisamente modélicos y tampoco había salido del serrallo, no era un joven chacal de la politécnica con un hormigueo en las piernas, un *performer* de Minas o un cacique de Puentes y Caminos, no era un cerebro supersónico lubricado en el cálculo vectorial, funciones con diversas variables, derivadas, diagonalización, espacios euclidianos y series de Fourier. La de Diderot era una carrera compleja, difícil de seguir, más lateral que vertical, entreverada hasta el más alto grado de todo tipo de competencias, una mezcla de ingeniero de la casa que había entrado por la puerta falsa y terminaba ocupando una silla en el Comex y de free-lance estrella, un tío que fumaba en los ascensores y tuteaba a los jefazos.

Cuando Diderot se volvió por fin, el hombre al que él llamaba con ironía el gran jefe indio estaba en el umbral de su despacho y alzando las cejas le indicaba un expediente: ahí tienes lectura. En la insustancial camisa, las conclusiones de los

primeros sondeos realizados por los geotécnicos en Coca y la cuantificación de la obra. Sentado a la mesa, Diderot hojeó el expediente por este orden, que era el inverso.

Desde las primeras hojas reconoció su lenguaje, estaba en su salsa. Medidas, cuadros, gráficos, aquellas conclusiones detallaban con precisión las informaciones proporcionadas por los sondeos recientemente realizados en el suelo de Coca, cabezas buscadoras provistas de pequeñas cargas explosivas cuyas deflagraciones se analizaban —ruido, propagación y vibraciones de las ondas de choque— para conocer la realidad de la materia, su morfología interna, sus elementos constituyentes, su potencialidad. Para Diderot, aquellas notas tenían algo terriblemente emocionante: era como leer la repercusión en la superficie de los golpecitos del bastón blanco que el ciego da contra el suelo para caminar encima; solo que todavía había que trabajar precisamente para obtener esos bastones, había que inventarlos, después manipularlos con cuidado para que golpearan correctamente con golpecitos netos, secos y fueran simplemente dignos de confianza. Era la descripción sensible de un tanteo gigantesco, todo lo que él amaba, aquello se parecía de verdad a la vida.

Hacía mucho tiempo que había anochecido y la torre estaba vacía cuando echó un vistazo al análisis cuantitativo, las cifras que se alineaban o se ordenaban en varias hojas de columnas. Cifras que hablaban por sí mismas, habrían dicho jóvenes cabezas de ex alumnos de la politécnica en escuelas sin encanto, cifras a las que había que hacer hablar, habría replicado Diderot, que se frotaba las manos. Aquellas medidas entrañaban algo más que ellas mismas, una temporalidad, una organización del trabajo. Doscientos sesenta millones de toneladas de hormigón. Ochenta mil de acero. Ciento veintinueve mil kilómetros de cables. Diderot asimilaba estos datos sin dejarse impresionar, se los susurraba para su coleteo y prolongaba su significado a toda velocidad: prever la construcción in situ de una central hormigonera y anticipar el envío de sus componentes —cemento, grava, agua, arena—, planificar los suministros de acero, coordinar su transporte a Coca y, sobre todo, una vez en la plataforma Pontoverde, conducirlos hasta el mismo emplazamiento del puente, a la orilla del río. Habría disputas de ingenieros, los partidarios de la vía terrestre defenderían su construcción de vías —carreteras o raíles— que evitarían las rupturas de cargamentos largos y costosos, ya que los metales se cargaban en su lugar de producción, en las acerías de la Blackoak Inc., situadas en Maryland, Nueva Jersey y Pensilvania, y se descargaban directamente al pie de los pilares del puente, mientras que los defensores de la vía marítima alegarían la flexibilidad y la comodidad de gabarras flotantes que emigrarían por el río, y el pleito lo ganarían estos últimos, entre los que contaba Diderot.

Volvió a levantarse para ir a la ventana. Ser un *bridgeman* de nuevo. Está bien serlo. Exultaba en silencio: construir un puente sigue siendo una fuente de alegría, incluso en un agujero podrido como Coca, un poblacho del que nadie ha oído hablar. El trabajo por excelencia cuando eres ingeniero. Pateaba el suelo delante del ventanal, con la frente ardiendo ahora pegada al cristal donde crepitaban las luces de la noche como un papel que arde, y ya le divertía la idea de desconcertar a sus colaboradores demasiado dispuestos a adularle, la idea de frustrar su admiración bobalicona, porque, la verdad, lo sentía mucho pero el simbolismo de la obra —el nexo, el paso, el movimiento, blablablá— le resultaba indiferente, le importaba un bledo: lo que a él le emocionaba era la epopeya técnica, la realización de las competencias individuales dentro de una puesta en marcha colectiva, lo que le apasionaba era la suma de decisiones contenida en una construcción, la sucesión de acontecimientos breves relacionada con la permanencia de la obra, su inserción en el tiempo. Lo que le alborozaba era validar a tamaño natural miles de horas de cálculos.

En la reunión de obra, pasadas las siete de la mañana, Diderot habla, montaña erguida en un extremo de la mesa oval. Sala desnuda, tabiques delgados, moqueta rasa, instalada deprisa, olor a cola, olor a nuevo, café liofilizado, han traído arrastrando sillas de escuela. Las ocupa una cincuentena de individuos, entre ellos Sancho Cameron, el conductor de grúas, y Summer Diamantis, la encargada del hormigón. Diderot observa a estos dos a hurtadillas, el chico con la cara alucinada y la chica tomando notas sin levantar la cabeza. Diderot se ha dirigido a ambos, con los dedos unidos sobre el pecho, para informarles de que, oh, jovencitos, llamadme Diderot.

Carraspea y empieza en voz alta. Muy bien, allá vamos. Hoja de ruta: uno, excavar la tierra —levanta el pulgar—; dos: dragar y habilitar el río —levanta el índice—; tres: volcar el hormigón —levanta el dedo corazón—. Se vuelve para bajar una pantalla mural, pone en marcha un ordenador portátil, se da media vuelta, mira lentamente a su auditorio, enuncia las primeras palabras.

Excavar la tierra. Se vuelve hacia el mapa geomorfológico proyectado en la pantalla, saca un mando a distancia del bolsillo trasero de su pantalón: aquí coexisten dos tipos de suelos. Uno: un punto luminoso se posa sobre el mapa, perfectamente sincrónico: el río Coca. La meseta calcárea del altiplano. De superficie árida, fracturado en profundidad, duro y de corazón tierno, es lo típico del franchipán, ya sabemos, no nos gusta mucho pero preferimos esto que al revés, ¡eh! La sala asiente, suenan unas risas, suaves y aquiescentes. Problema —Diderot se vuelve sin sonreír hacia sus oyentes—, hay rocas calcáreas que descansan sobre arcillas margosas capaces de provocar deslizamientos del terreno. Hay que tener mucho cuidado. Dos: la misma coreografía de Diderot: el río Edgefront. Suelo húmedo y habitado, raíces que arrancar, perforar la gleba y descender en busca del mineral para apoyarse en él, para convertirlo en soporte. En suma, dos tipos de suelo y dos tipos de material, pero una sola competencia: ¡el gesto neolítico! Dicho de otro modo, cortar la tierra, y siempre une el gesto a la palabra, el canto de la mano hiende el aire que tiene delante, interpreta la escena, le gusta el teatro. Por último, recapitula en voz alta señalando una detrás de otra dos manchas rojas en el mapa: empezaremos haciendo dos agujeros para anclar el puente. ¿De acuerdo? Bien. Continúo. Dragar el río; Diderot prosigue mientras se produce un cambio de mapa en la pantalla: procederemos como de costumbre, introducimos la draga, limpiamos, desenlodamos, almacenamos los materiales biodegradables en los claros desbrozados aquí y allí —dos clics del mando consecutivos en el macizo forestal—, y los materiales contaminados en una gabarra que volverá a bajar el río y lanzará esa mierda a un fondo de dos mil metros en el océano. Ya está. Hemos suscrito acuerdos con el municipio, hay que hacerlo. Y detrás no hemos acabado, se sanea el río, se vuelve a cavar el canal, lo ensanchamos hasta la altura del futuro puerto autónomo, después se consolida, se erigen los diques que recibirán los metales y excavamos, excavamos el río para hundir dentro las torres.

Los hombres en camiseta clara toman notas y trazan garabatos en sus libretas, hace calor, abren las ventanas para que entre aire fresco, el clamor de fuera penetra en la sala —rugido de las autopistas, estruendo de las plazas bursátiles, agitación de los patos silvestres, motores tof tof tof de las canoas en el río, ladridos de perros, disparos— y la voz de Diderot se enreda con él sin acallarlo. Vaya banda sonora, piensa Sancho Cameron, que cierra los ojos un instante porque no los ha cerrado en toda la noche, presa bajo las sábanas del desasosiego que le embargaba, tan contento estaba de que la obra arranque, de que empiece por fin la gran vida que le aguarda allí. Mira de reojo a Summer, que no para de escribir, se dice que está bien que las chicas sean tan concienzudas. Diderot ha vuelto a tomar la palabra.

Y ahora el hormigón. ¡Su feudo, Diamantis!; dirige la mirada a Summer, los ojos de ambos se cruzan, la chica se endereza de golpe en su silla, Diderot extiende los brazos y traza círculos en el aire, añade con voz neutra: suya es la responsabilidad de abastecer la obra, Diamantis, usted se encarga del movimiento perpetuo. Luego sube la pantalla con un gesto seco, como tirando de un estor, apaga el ordenador, empiezan a circular unas hojas multicopiadas que detallan la fase 1 de la obra. Nadie ha hecho preguntas en voz alta, se inclinan sobre los documentos, conversan sobre los datos técnicos, después el agrimensor confirma los elementos cuantitativos de la construcción, el intendente presenta los menús de la primera quincena, se habla del vino a mediodía —25 centilitros por obrero— y Diderot zanja, *niet*, rojo de cólera. Salgan todos. Se acabó.

Summer Diamantis solo tiene una idea en la cabeza: ir a ver la central de hormigón. Trasteo de papeles, recolocación de sillas, se aísla en un extremo de la mesa, se demora, finge leer notas, aguarda a que los hombres terminen de salir y ahora algunos se vuelven hacia ella desde el umbral, ¡hasta mañana, Diamantis! ¡Y en plena forma, eh, Diamantis!

Cuando sale de los barracones, son alrededor de las nueve de la mañana y se deja sorprender por el calor, por el soplo del calor cuando nada se mueve, sin embargo, en el cielo, un almohadón de vapor ardiente la agarra por la nuca y le calienta las cervicales ya, se enjuga la frente. Emprende la marcha a través de la obra, cien metros en diagonal, suelo pedregoso de color yeso, crujido de sus pasos en el silencio, avanza, sobrepasa las grúas y los vehículos parados que relucen, los barracones azulados, franquea pares de raíles y rodea cisternas, la tierra humea a su paso, pronto le enharina los tobillos, ni un alma por este lado, nada, es de locos, mira su reloj maquinalmente, piensa que mañana a la misma hora ya habrán empezado, sigue andando con un nudo en la garganta, el paso cada vez más firme, silueta precisa en la obra limpiísima, haciendo pronto visera con la mano a la altura de las cejas, acelera, se repite las palabras de Diderot, una sonrisa le tensa los maxilares y congestiona la boca porque no entreabre los labios, demasiado febril también ella, o

sea que había dicho: el hormigón es su feudo, Diamantis —ella había movido la cabeza, seria, sí—, la central, las torres, los almacenes, los volquetes, todo eso es suyo, y lo había dicho con un gesto amplio y voz fuerte, la miraba al fondo de los ojos, le asignaba su puesto. Ve todo eso ahora que se encuentra en la entrada de la central, todo eso mide alrededor de cien metros de largo por sesenta de ancho, en otras palabras es un buen pedazo de territorio, flanqueado en toda su longitud por un muelle sobre el río. Summer empieza al instante a reconocer la organización interna de la central. Su mirada va del río al muelle, del muelle al montículo gigante plantado en el centro del espacio —cemento, grava, arena—, sigue el trazado de las cintas transportadoras que unen el cono de los materiales a las torres de hormigón de color naranja sanguina, descubre los edificios donde se prepara la mezcla, recorre el laboratorio, pasa revista a cada uno de los camiones mezcladores, los volquetes alineados en tendel y listos para actuar, se detiene en la zona de reciclaje, las dársenas de decantación y tratamiento de aguas. Traveling panorámico, esquema de circulación, Summer comprueba la validez del organismo: una fábrica a cielo abierto, una factoría de hormigón. ¿Y todo esto es mío?

Es comprensible que se haga preguntas. Aunque el puente de Coca la había elegido, Summer aún no había sido seleccionada. Este empleo la redimía de golpe de determinado acontecimiento de su infancia, un suceso etiquetado como trauma inaugural por un psicólogo que durante las sesiones coloreaba las cuadrículas de un papel: su madre, al marcharse de casa, se llevó a su hermano pequeño en brazos y la dejó sola a ella. No le alcanzaba el tiempo para dos niños, tampoco le alcanzaba el dinero ni había sitio suficiente en el apartamento de dos habitaciones del extrarradio chic de Saint-Raphaël adonde se había ido para rehacer su vida. Así que racionalidad, pragmatismo, ya eres bastante mayor, siete años se festejan, mi amor, mi amor, murmuraba ella, y también la pequeña se parecía muchísimo a su padre, no necesitaba a nadie, capacitada para todo y otras caricias sospechosas en lo alto del cráneo. Summer se quedó de este modo con el ex marido que la había buscado bien, ya que estaba entregado a una poligamia admirablemente organizada y además sincera. Así que soy yo el que te recupero, le dijo él la noche en que se encontraron solos, sentados a la mesa de la cocina, delante de un plato de Pyrex donde se enfriaba el picadillo con puré de patatas. Después estuvo en Saint-Raphaël durante las vacaciones escolares, su madre la reclamó poco. Su padre también, a su manera. Dejaron a la pequeña en paz. Queremos creerlo, al menos. ¿Habría tenido que nacer con un cuerpo de chico para que su madre la escogiese? ¿Habría tenido que reemplazar después para su padre al pequeño varón rechoncho que estaba en la Costa Azul? Se observa que se crio como un chico, o más bien como ella se imaginaba que debía hacerlo un chico, lo que la indujo a considerar obligatorias unas etapas tan facultativas como aleatorias. Se pertrechó de un modo que compensara el gesto

materno: fútbol y juegos de vídeo, cómics y novelas de ciencia ficción, matemáticas, física y dibujo industrial. Vestida de forma idéntica en todas las estaciones —vaqueros, una chaqueta, pocos colores, el pelo recogido en una coleta—, aprendió a desmontar y montar un motor de mobylette, en las fiestas se ocupaba del sonido y mezclaba los discos para no tener que pegarse a la pared a los primeros compases de las lentas, bebía como una esponja y fumaba como un carretero, Marlboro, por supuesto; vaquero por vaquero, es experta en westerns e imbatible en conocimientos sobre todos los Río y los *River*, Sufrida, concisa, infatigable, chica de acero con los ojos secos, en resumen se podía contar con ella, abstenerse de cuidarla: ¿qué tal, chicarrona, en qué piensas? Era algo tan grosero que nadie vio nada de sus poses masculinas, de aquella exageración falsa, menos que nadie su padre, atrapado en un harén múltiple del que le costaba deshacerse y que se felicitaba cada día por aquella hija que le exigía tan poco, no reclamaba, no parloteaba, no hacía cursilerías, no lloraba nunca; total, una chica tan poco femenina, pensaba él en la ventana al verla cruzar la puerta del jardín, un buen soldadito, sí, qué suerte tenía. Se comprende que Summer, estimulada así, acabase mirando a las crías de su edad como a menores. Se apresuró a huir de su obsesión por el amor, sus confidencias interminables, sus lamentaciones masoquistas, la fragilidad un tanto ácida que adoptaban de buena gana para seducir. Se privó igualmente de su piel, sus bromas, sus complicidades nocturnas, su solidaridad, se privó tontamente de su dulzura. Y decidió por sí misma a los trece años, un día que se había dejado acariciar en el cine por un chico que le gustaba pero que sabía que pasaba de ella —le amasaba los pechos sin vergüenza, le subía la mano por entre los muslos y le frotaba el paladar con una lengua brutal—, decidió que el amor, vale, pero sin exagerar y no a cualquier precio. Ahora bien, decidir algo así por sí misma, hacerlo en su vida sin empapuzarse de pamplinas como que el corazón tiene sus razones, blablablá, porque el amor justifica todas las gilipolleces, perder el tiempo en eso, dejarse la piel, liarse a golpes para devorarse inmediatamente después, aullar en los huecos de escalera, telefonar a cada hora por la noche, circular como una cuba por el campo hostil, así son esas cosas, exactamente así, sí, comportarse de este modo, con agallas ante los obstáculos, resultaba sorprendente en una chica tan joven. Zigzagueaba entre chicos. La encontraban dura, fría, orgullosa y muy poco femenina, en suma. Le reprocharían esto. Hoy se mide mal la fuerza increíble que tuvo que reunir para atenerse a la autonomía y a los fastos de la soledad, elegir que nunca más la pondrían con el corazón en vilo en el platillo de la balanza, ni la «recuperarían» a falta de aceptarla. A los veinte años valoraba los afectos con una sonrisa libre: ¿cómo es eso de una sonrisa libre? ¿Cómo es la sonrisa tan bonita de Summer Diamantis?

Le gustaba el estudio y el deporte, le gustaba competir. Se arriesgó, por tanto, a otras selecciones donde brilló demasiado a menudo sin rematar la faena: en cuanto solo quedaban dos candidatos en liza, un pánico mudo le taladraba el plexo y parasitaba sus impulsos; elegían al otro. Finalista de servicio, rara vez campeona,

etiquetaron a Summer: la elección de su madre, cuyo corazón no había logrado conquistar y los metros cuadrados de moqueta de terciopelo que la acompañaban fue calificada de síndrome de fracaso y, así clasificada, muchas veces vagaba por la línea de banda, aunque con mucha elegancia. Su padre, impermeable a estos diversos análisis, censuraba estas propuestas con un mismo silencio aburrido y gratificaba a su hija todas las mañanas con su crapulosa sonrisa *british*, bostezando vagamente no te preocupes. Llegaron las Rubias, a quienes no engañaba y que bonitamente repudiaron a la gafe como quien se aparta de la frente un mechón de pelo con un gesto brutal, para tener más visibilidad, más presencia y alegría. Admitieron a Summer una noche de julio en que estaban las tres tendidas en el césped del estadio, con el cuerpo colocado en forma de flecha ante el área de penalty, después de que Summer hubiese parado sus lanzamientos mediante felices zambullidas aproximativas. No se trató de un segundo puesto: buscaban una tercera para compartir los gastos de alquiler en Manchester durante el mes de agosto. Summer ya se las había cruzado en las inmediaciones del club, había envidiado su pelo rubio, su cabeza alta, y admirado su aspecto, aunque también le habían exasperado con sus bromas histéricas, su complicidad exagerada de chicas entre ellas. John Diamantis tuvo que observar la escena desde la terraza del mirador, con el transistor pegado a la oreja y el purito bajo el panamá, y cuando su hija volvió, intuyó delicadamente lo que ella haría en el mes de agosto, se llevó la mano a la cartera y le dio una buena cantidad de dinero.

Pasa un año y Summer aprueba el examen de ingreso en la Escuela Superior de Obras Públicas. Su padre la invita esa misma noche para festejar el éxito; era uno de los gestos convencionales que prodigaba con la ostentación del que quiere pasar por hombre de principios a pesar de su vida disipada. La escena tuvo lugar en una sala de baile en la rue de Malta: un claroscuro halagador, champán, *It Had To Be You*, los bártulos pasablemente manidos de un seductor que envejece, fue lo que pensó Summer con las piernas enredadas debajo de la silla. Antes del postre, James Diamantis depositó sobre el plato de su hija un casco de obra, la observó con una ternura poco común y le dijo que haría falta que pensases en arreglarte un poco. Summer meneó la cabeza riéndose, molesta, entró en los servicios, allí se puso el casco, se miró en el espejo, con las manos posadas en el borde del lavabo, se encontró horrible, se vio manipulada. Y mientras el cantante melódico se untaba el pelo con brillantina entre bambalinas antes de acometer el segundo set, mientras su padre escuchaba el contestador de su móvil, Summer, roja, ofendida, pronto enloquecida de rabia y como si le estallara el cerebro, rompió el espejo con fuertes golpes del casco.

En el último año de la Escuela, Summer escogió la especialidad del hormigón. A su alrededor, risas disimuladas, muecas, el hormigón es ingrato, no es sexy para nada,

¿qué quiere demostrar? ¿Estás segura de ti, Summer?, le pregunta un día James desde su planeta, y ella, tontamente envalentonada por la pregunta, le responde vivamente que sí, precisamente, con esa especialidad le será más fácil encontrar trabajo. ¡Tienes unas ideas! James pasa las páginas de su periódico, ella está allí plantada, furiosa, se enjuga los canales lacrimales hundiendo el índice en el rabillo del ojo. Transcurren algunos meses y, en primavera, el hormigón se desquita. Una cena en la terraza, un fotóforo, seis cubiertos, sillas de paja, banco para James Diamantis que lleva un panamá nuevo: ha cocinado, aireado el vino, cortado un ramo de la glicina y cepillado su sombrero. Los invitados son unos vecinos. Summer se encontraba guapa, habla, bebe. Esta chica estudia el hormigón, figúrense, James sirve el vino en copas disparejas. Hay allí un tipo que le gusta a Summer. Él le pregunta qué hace. Obras públicas, soy ingeniera del hormigón. Ah. El tío levanta la cabeza. Su mirada sobre ella rechina y Summer sabe ahora que van a pasar la noche juntos. Él está fascinado. Es exactamente lo que me habría gustado hacer, un oficio fuerte, concreto, una profesión directamente relacionada con la realidad.

Summer se aleja de la central y se dirige hacia el río con paso titubeante, el corazón encogido de pronto, divisa un pequeño erial al fondo del muelle, penachos de hierba han agrietado el hormigón, el agua chapotea contra la orilla, Summer se acuclilla, se remanga y se desata la coleta, sacude la cabeza, observa la orilla de enfrente, impenetrable, lanza tres guijarros al agua, hop hop hop, un colibrí evoluciona a ras del río, excremento turquesa sobre líquido cobrizo, ahora estoy aquí, estoy aquí, cierra los ojos también, estoy aquí, y luego se levanta, aturdimiento, piensa, el hambre, el desfase horario, piensa mañana tengo que estar en forma, sabe por fin dónde está, velo negro y después de nuevo cielo crudo.

En la otra punta de la explanada Pontoverde, Sancho Cameron también toma sus referencias. Su «despacho» es una cabina acristalada de dos metros cuadrados, situada en la cima de una grúa torre, caja translúcida suspendida a cincuenta metros de altura. Sube a ella por un ascensor que se desliza a lo largo del fuste, pero algunos días, por hacerse el listo y hasta para asombrar al personal, sube de dos en dos las barras de una escala de crinolina sin pasar por el rellano de descanso, me entretengo, es lo que afirma cuando los que se quedan abajo se alarman al ver escalar al hombrecillo a lo largo de la estructura. Una vez dentro de la cabina, Sancho se sienta en su sillón, con la espalda bien recta contra el respaldo, y toma posición del puesto, controla el tablero de mandos —indicadores luminosos, volante, walkie-talkies, pantallas y ábacos gráficos, anemómetro, pulsadores—, comprueba los frenos y los mecanismos de seguridad, coloca las manos en los botones y se concentra. Localiza a Summer que atraviesa la explanada, sigue con la mirada su silueta decidida, la ve desaparecer detrás de las máquinas estacionadas cerca de la central y resurgir a la orilla del río, con el pelo rubio paja bien alisado por el sol, ¿qué hace?

Le gusta estar en este enclave tecnológico donde su corta estatura deja de hacerle sufrir, porque ahora mide cincuenta y un metros y sesenta y dos centímetros, porque es inmenso; está en su sitio en este cajón paradójico que le incorpora al espacio ilimitado donde cada gesto se halla controlado al milímetro, delante de este pupitre que le transmite a la yema de los dedos una fuerza demencial donde cada impulso sobre el botón es un asunto de precisión, de minuciosidad, de vigilancia; se siente en su salsa en este tugurio exiguo donde se produce durante ocho horas al día la ejemplaridad de la métrica anglosajona que mide el espacio por el rasero del cuerpo humano, del pulgar y del pie, exactamente de su abdomen, de la prominencia de su nariz aguileña, de sus flacos pies largos y sus pestañas de jirafa. Desde allá arriba, Sancho lanza a la obra y sus inmediaciones una mirada panóptica que le confiere un poder nuevo combinado con una distancia ideal. Es el epicentro solitario de un paisaje en movimiento, intocable y protegido, es el rey del mundo.

Sin embargo, al principio vivía en la tierra como cualquier cristiano, y más exactamente en Dunkerque —hormigón proletario, industria portuaria, turismo familiar, mejillas frescas y viento en la frente, dunas y cervezas claras—, en cuyo hospital municipal nace un domingo de noviembre de 1978, retoño único de una progenie tardía. Es un milagro: nadie habría dado un céntimo por su madre, cuarenta y dos años, que desde hacía mucho tiempo había dejado de encender velas a la Virgen, de frotarse el bajo vientre con aceite de ricino o de llevar ropa interior roja; en resumen, que también había dejado de creérselo. Apenas el bebé ha emitido su grito primario, y aunque presenta un cuerpo flacucho, una cara inquietante —la frente aplanada, epidermis cetrina bastante arrugada, dos canicas negras que nunca pestañean—, lo ponen por las nubes. Es el primer y último hijo, la belleza y el amor en persona. Vale, vale. Pero ¿qué dice el padre? Nada, en realidad, recorta su figura seca contra el mostrador de un bar tiñoso y se calla, alucinado por su paternidad y aún

más atónito a causa de su mujer —una chica del Alentejo a la que conoció en una asociación parroquial que solo le había dedicado siempre atenciones conyugales, una mezcla invariable de platos pesados, camisas almidonadas, asentimientos sumisos y sexualidad dominical—, se queda postrado, como el mal conductor al que pilla la patrulla y le pone una buena multa. Ya no es el amo en su casa: fortalecida por su hijo, la mujer ya no es la misma, irradia un vigor nuevo. Regenta la casa, lleva las cuentas, fija las prioridades, canta en voz alta. Se acabaron las manos temblorosas y la vocecita que pedía el dinero para la compra a principio de semana, se acabaron las veladas tristes esperando a su costilla, se acabaron la vergüenza y los pesares. El curso de su vida gira ahora en torno de un eje único: viste al niño como a un príncipe, le aloja como a un señor, le alimenta como a un prelado; se desvivirían. El padre conduce camiones de carga entre Dunkerque y Rotterdam o París, se ausenta a menudo, la madre tiene el campo libre. Acumula las horas todo lo posible para engrosar su peculio: por la mañana hace la limpieza en las agencias del puerto, a mediodía la cantina de una escuela privada en el centro de la ciudad —allí da de comer a su hijo antes del almuerzo, le reserva los mejores pedazos de carne, birla las mejores frutas, le duplica las raciones—, y por la noche cuida a las dos hijas de una pareja de burgueses de la vecindad, niñas a las que observa con interés y cuya educación copia. Lustra el pelo a Sancho, le lleva a la biblioteca, le habla en francés. Le matricula en el curso de baile clásico que frecuentan las vecinitas: allí es el principito con mallas blancas, exhibido como ejemplo. Sancho es un niño endeble, solitario y preciso, viste blusas abullonadas y calzones de terciopelo azulado, da brincos en el salón. El padre se impacienta, grita a su mujer le estás volviendo marica y arrastra al chico al estadio los domingos en que tiene libre, Sancho está contento de complacer a su padre pero se resfría en las gradas, resfriado y otitis: el matrimonio se pelea. A los once años, cuando le preguntan qué quiere ser de mayor, Sancho duda gravemente entre director de orquesta y arqueólogo, ambiciones que el colegio erosiona inevitablemente, que el instituto —centros privados, su madre conocía en ellos a otras asistentes como ella— se encarga de normalizar: este chico es un buen elemento, necesita un oficio verdadero, ¿por qué no la construcción? El chico no dice ni pío sobre esta recomendación, el padre está satisfecho, la madre consternada. Una mañana se abrocha su bata de seda negra, se ciñe su abrigo de alcántara con cuello de conejo y se va a llamar con tres golpes resueltos a la puerta del director: su hijo es portugués, ¿es necesario por eso que sea albañil? Protesta argumentada y cólera fría por donde se insinúa una sospecha de racismo: no nos dejan instruirnos. El director la tranquiliza hipócritamente, en la construcción hay una plétora de oficios —impacto positivo de la palabra «plétora» en la madre, que ve un centelleo, brillo y hasta quizá cielo—, y al final, tras aprobar un bachillerato tecnológico, la grúa reconcilia a todo el mundo, alta y reluciente, pieza maestra. Un manejo que exige cualificaciones superiores, un ojo de lince, una vista que resista a los deslumbramientos y aprecie los relieves, un oído fino —la agudeza auditiva en el ruido se somete a prueba antes de

obtener un trabajo— y la sangre fría de un tirador de élite. Sosegada, la madre acepta la grúa, ve en ella una posición aristocrática donde uno permanece limpio, abrigado, con los pies secos, separado por arriba de la masa obrera que pulula por el suelo con las manos en la mierda, ve una buena posición que posiblemente implica un rango de cuadro dirigente cuando el padre desliza en el oído de Sancho vivirás tan pancho, libre, sin un patrono a la espalda, y por primera vez cómplice, pasándole una mano alrededor de los hombros, añade como yo en el camión.

Sancho no conoce ni el vértigo ni la dificultad de trabajar solo en un espacio restringido, posee el sentido del equilibrio y la responsabilidad, también el de la seguridad —las grúas son peligrosas dentro de un perímetro grande—, y por último tiene una formidable capacidad de concentrarse: ha encontrado su sitio. Aprende a conducir y a manejar las grúas —grúa de tijera automotriz, grúa oruga, grúa telescópica de cualquier tonelaje—, cursa las formaciones conexas de gruista barrenero, de responsable de material —dirige a un equipo de treinta personas en la obra de un túnel en Luxemburgo— y parte al extranjero, Nuakchot, Mauritania, donde se ocupa de las operaciones de carga y descarga entre barcos y plataforma petrolífera. Allí conoce al hombre que le inicia en la política y al que escucha al principio para matar el aburrimiento que sobreviene cuando se prolongan los momentos de pausa, cuando la lasitud releva al cansancio. El hombre trabaja en la plataforma, es portugués como él, se refugió en Francia durante las guerras de Salazar. En unas noches de vigilia, mientras el aire tibio y salobre les corroe la piel al igual que oxida las escaleras metálicas, introduce a Sancho en una inmensidad nueva en la que resuenan ecos de catedral: la revolución. La voz es lo primero que cautiva al gruista: una colada negra que lo deflagra todo a su paso, un combustible semejante al petróleo que han venido a extraer en las costas de África. Las palabras giran en la atmósfera, lazos superpotentes que capturan el pensamiento, orientan hacia su cerebro, con la fuerza del puño, conceptos recalcitrantes y bastante anticuados en esos albores del siglo XXI. A Sancho, de entrada, le gusta la teoría, ve claridad, poder, en ella, pronuncia ciertas palabras por primera vez, palabras como pueblo, dialéctica, colectivo, alienación, emancipación, palabras como capital y opresión, expresiones como materialismo histórico e incluso vanguardia ilustrada del proletariado, les da vueltas en la lengua para sentir su peso, su espesor, para asimilarlas bien, como si esos vocablos mágicos fueran los reveladores de la lógica del mundo, de su plástica, su mecánica, sus flujos y su devenir. Se apropia de todo lo que es posible apropiarse, es un buen calentamiento, le dice al hombre cuando se estrechan por última vez la mano, un amanecer de noviembre en que el ardor de la conversación les ha secado la boca. Posteriormente, de vuelta en Francia, los contratos se encadenan sin tiempos muertos, se convierte en uno de los mejores historiales de la oficina de empleos interinos que gestiona su carrera. Y ahora el puente.

Es el primer día del puente, la primera mañana. El alba polaroid. Los negros que se aclaran y los blancos que se oscurecen, la pigmentación progresiva de todos los verdes —fluorescente, esmeralda, pistacho, veronés, almendra, anís, ajeno, turquesa, chicle de Hollywood, espinaca y malaquita, inglés, celedón— que enseguida se grabarán en la retina, y allí está el río, flexible, de pliegues tranquilos, largas hierbas fluorescentes decoran la superficie, leños, bidones, botellas a la deriva: el agua es lechosa y está sucia.

Diderot ha hecho la ronda del emplazamiento principal, la plataforma Pontoverde que es en adelante su feudo, una superficie de veinticinco kilómetros cuadrados cementada, hormigonada, desbrozada, abierta al río mediante un largo muelle vacío y estriada de raíles que conectan entre sí hangares, talleres de construcción, de mantenimiento y de reparación, barracones de los equipos, despacho de estudios, cantinas, vestuarios. Y ahora se fuma un Lusitania. De perfil tiene una nariz realmente grande, el torso prominente, lleva las Ray-Ban levantadas sobre la frente y la camisa se le sale del pantalón, está en plena forma, está exactamente en su elemento y su mano bate contra la pierna un tempo secreto en el fondo del bolsillo. Es la hora llena, la hora que precede al zafarrancho, la hora de silencio antes de la batalla y el minuto del esquiador preparado en la portilla de la carrera —evaluar la pista antes de lanzarse, visionar el trazado, recapitular las dificultades, los virajes, las jorobas, los huecos, la placa de hielo detrás de la última bandera, localizar las zonas de aceleración posibles, la flexión exacta de las rodillas que tendrá que ejecutar para saltar y después planear en la última curva, las propulsiones exactas del torso, el balanceo de la cabeza, la posición de los brazos—, la hora de la inquietud meteorológica, y en esto Diderot tiene sus preferencias, sabe lo que necesita: clima continental, inviernos secos y rudos, veranos calurosos. Para un hombre como él, no hay nada peor que la lluvia, el viento, la tormenta, nada peor que el barro.

Los hombres aguardan ya al otro lado de las verjas. Los recién llegados y la mano de obra local, muchachos silenciosos con la raya al lado, el cigarrillo en los labios, las manos limpias y la tartera debajo del brazo, gente con abundante ropa, gorras del revés, con las viseras en el cuello o capuchas colgando entre los omoplatos, jóvenes calzados con zapatillas de deporte baratas, un puñado de mujeres, pero se confirma que no hay allí ningún niño, contrariamente al rumor y las alertas de las organizaciones internacionales. Entre ellos, prioritarios, indios admitidos en grupos de tres o cuatro, pesados, con las caras cerradas, contratados en gran número porque no sufren vértigo y soportan el clima, los parásitos, les es familiar el terreno, puesto que están en su casa: el Boa exige su presencia en la obra, una estrategia de neutralización. Saben poco de lo que les espera. Los parados autóctonos que habían solicitado un puesto se habían informado sobre las cualificaciones que había que presentar: ¿qué son las cualificaciones? Y el agente encargado de contratarlos, el que

tecleaba los nombres en el ordenador antes de entregarles la tarjeta magnética que daba acceso a la obra en cuanto la introducías en la máquina, se había pellizcado los bíceps: las cualificaciones, bonito mío, son tres cosas: músculo, músculo y músculo. Nadie se rio y todos se fueron.

Al abrir las puertas, avanzan por la obra como una tortuga romana. Son cerca de ochocientos. Mo Yun está entre ellos, dispuesto, con una camiseta limpia sobre el tórax hundido y gafas de minero alrededor del cuello, lo mira todo, trata de imitar a los que le rodean —solo sabe las palabras y que rebotan en los fregaderos de la cocina— y flota entre la multitud como dentro de su buzo de trabajo comprado en una *thrift store* por cincuenta centavos, erguido sobre la punta de los pies, la cabeza hacia delante para respirar mejor, tan ligero que la marea humana le levanta del suelo y le desplaza, tan flaco que le transporta el gentío, entre ellos Duane Fischer y Buddy Loo, que fuerzan y empujan a unos metros de él, no quieren ceder, que les adelanten: la víspera encontró cómo vender parte de su botín en un apartamento cutre del barrio de la iglesia, una mujer pesó el oro en una balanza electrónica mientras un doberman le lamía los pies, y después de embolsarse el fajo exiguo se largaron derechos a gastarlo todo en las salas de juego, se divertieron con las consolas bebiendo cervezas templadas, se rieron como críos con las manos en los mandos, y luego se fueron a tomar el transbordador para Edgefront al caer la noche, ya con los bolsillos pelados hasta la última moneda, y después, en la otra orilla, erraron en busca de un cuchitril, un pequeño *squat* donde dormir, y sin saberlo realmente, desorientados, caminaron hacia el bosque, el mismo bosque que les había atrapado como dentro de una nasa, el mismo del que habían huido, y más allá, en la retaguardia de la multitud, Katherine Thoreau avanza con el móvil pegado a la oreja, recomienda a sus hijos que aten bien a la pequeña en su cochecito si salen a pasear por Colfax, y les recuerda que lean, que no se queden apalancados todo el día delante de la tele, y que no se peleen. Y, rozándola sin verla, Soren Cry, receloso, mirando desde abajo, con la tez nublada y la navaja como un peine en el bolsillo trasero de sus vaqueros.

Todos van a los barracones de las obras después de haber introducido su código en las máquinas para fichar, y en cuanto entran en los vestuarios toman posesión de la casilla metálica donde cuelgan su ropa y cogen su casco, obligatorio desde la construcción del Golden Gate de San Francisco, California, a mediados de los años treinta. Se instalan e instintivamente se forman grupos: los que hablan la misma lengua, los que han viajado juntos, los que proceden del mismo lugar —entre los cuales los tipos de Detroit, a los que el cierre de la fábrica de automóviles ha dejado en la calle, son una veintena de jóvenes, una banda que da miedo, como si la cadena que había remachado su fuerza de trabajo en operaciones automáticas hubiese liberado sus gestos hasta el punto de que ocupan su sitio en los vestuarios, dan grandes pasos y tuercen brazos, hablan alto—, los que se han encontrado juntos delante de la verja y se han ofrecido fuego para encender el pitillo. Los indios se reúnen también en un rincón de la sala, son grises bajo los neones, lentos, tienen el

torso tatuado de follaje, desde los omoplatos hasta los riñones, se hablan en voz baja.
Y luego suena la sirena y ahora hay que ponerse en marcha.

En medio del erial a la orilla del río, un hombre grita con un megáfono anclaje uno, anclaje dos, y así sucesivamente hasta el anclaje seis. Unos hombres saltan de los transbordadores que les han transportado hasta allí por el río, avanzan por el muelle toscamente habilitado contra la ribera del terreno y forman pequeños grupos que caminan hacia el fondo de la explanada donde brillan dos enormes máquinas paradas.

Anchorage. Anclar el puente. Excavar para asentar los cimientos sólidos de la estructura: dos agujeros en el fondo del río para plantar allí los pilares que sostendrán las torres, y otro en cada orilla: sesenta millones de toneladas de hormigón serán volcados sobre los cables.

Así que hay que atacar el puente por debajo, partir de lo más negro, lo más sucio, lo más elemental, comenzar a la inversa, avanzar hacia atrás, iniciar cercenando, perforar, vaciar, desfondar. Un trabajo de perros. Somos perros, es lo que piensa Diderot, que atraca en una zodiac y se asombra todavía de que para edificar una obra, para erigirla ante los ojos del mundo, para hacerla emerger de la tierra, primero haya que ennegrecerse hasta la cabeza en las profundidades del suelo. Y Mo, que enjuga sus preciosas gafas en la tela de su mono de trabajo, se dice exactamente lo mismo que Diderot porque es de los que piensan primero en el agujero antes de evaluar el edificio. Se acuerda de que no siempre había habido minas en Datong, no habían surgido por las buenas una hermosa mañana, como emanadas de un soplo divino, abismos de doscientos metros de profundidad apuntalados como catedrales, provistos de jaulas para bajar a los hombres y raíles para transportar las vagonetas, no, había habido que crear aquellas cavernas colosales y un día, caminando entre sus padres por el barro rojo que cubría las calles de la ciudad desde las primeras lluvias, le había asaltado esta idea, pasmado, con los pies hundidos en el suelo de la plaza del Pueblo transformada en una piscina infantil pesada y viscosa, y entonces había preguntado a sus padres: ¿qué había allí antes? ¿Qué había incluso antes de que Datong brillase en primera fila de las urbes laboriosas de la República Popular? El hombre y la mujer, grandes y secos por igual, habían fruncido el ceño y se habían acordado entre nubes, emergiendo por un instante de un coma de penoso trabajo, de que sí, habían conocido la ciudad todavía herbosa, los barrios donde proliferaban miserables chozas trogloditas, las aves de corral magras y el lechón gris, habían conocido el suelo intacto, pero se asombraban sinceramente de la pregunta de su hijo, porque de aquello hacía mucho, mucho tiempo, era otra época, una época anterior a la Revolución, dicho de otro modo antes de que la luz de la razón se extendiese por el país, era la prehistoria de la humanidad, y bajaron los ojos, púdicos, sorprendidos, es verdad, habían sido de los que habían forjado la herramienta que les había vuelto útiles, convertido en agentes del progreso, habían fabricado con sus manos la jaula de hierro que los había enviado abajo, habían cavado los agujeros.

Mo mira el terreno y mira a los hombres, el miedo le paraliza las piernas, la

cabeza le da vueltas y siente ganas de huir. Delante de él, unas excavadoras calientan los motores y se ponen en marcha lentamente, mastodontes mecánicos capaces de excavar en un día un orificio del tamaño de un campo de fútbol de veinticinco metros de profundidad. Abre los ojos como platos y sofoca un grito, cree reconocerlas, han viajado hasta allí desde las minas a cielo abierto, desde Datong, desde el crisol de barro negro que él ha dejado atrás. Le han encontrado aquí, han atravesado el océano y remontado el río por un precio de oro, han venido a buscarle en forma de pieza sueltas. Los hombres congregados las admiran, esto es la artillería pesada de Pontoverde, mientras Mo está en plena pesadilla, aturdido, no oye ya al capataz que les arenga como a un ejército en el campo de batalla antes del combate —muchachos, acometemos la fase del anclaje, hay que construir un puente, un puente que será el más bonito del mundo—, se azora, encoge la cabeza dentro de los hombros y avanza para fundirse con el equipo del anclaje cinco.

A cincuenta metros de la de Mo, la cabeza de Soren Cry también le da vueltas —es una locura, todos esos tíos alelados— solo con oír la palabra Anchorage. Pero lo que oye no es la proclamación de la fase inaugural de la obra, no oye las órdenes impartidas a gritos como si estuviesen haciendo maniobras al salir de los cuarteles, ni el énfasis que se supone que galvanizará a los obreros: lo que le desgarró es un aullido de lobo, y con él la vergüenza de haber sido expulsado del paraíso perdido. En otra vida, Soren Cry vivió en Anchorage Alaska: lo diría así, diría «en otra vida» porque ese pasado ya no le pertenece, es incapaz de contarlo, pero lo siente como un ladrillo ardiente olvidado en la trastienda de su cerebro; le ha gustado su vida, no se sentía distinto de los otros muchachos que andaban por allí, gente reacia a la conversación, temporeros concentrados que se entretenían con los bolos, la cerveza y el sexo. Soren es en principio carpintero en un astillero. Al cabo de tres días llama a su madre desde una cabina telefónica a la hora de la comida —un acto extraordinario para él, que ya no hablaba—, carraspea y le anuncia: me voy a quedar aquí, es una ciudad a mi gusto, creo que va a resultar. Al otro lado de la línea, la mujer con los rulos verde claros y salto de cama del mismo color meneaba la cabeza sin saber muy bien qué pensar, ese entusiasmo es sospechoso, no parece propio de Soren; es tan incapaz de ver posible una conversión en él que le imagina primero en las garras de una secta, drogado, en peligro. Ahora bien, en Anchorage a Soren le gusta vivir lejos de su madre, la luz azul, el frío de cristal. La oscuridad que envuelve las calles ocho meses al año le libera de su sucia jeta. Le confiere una segunda piel que le protege, un camuflaje que le disimula: se funde en la noche polar con una alegría nueva y se apropia fácilmente de este espacio de vida salvaje donde los hombres cohabitan con gruesos mamíferos de piel: los osos hurgan en los cubos de basura de las casas, deambulan por los vestuarios de los estadios, se exhiben en los arenales, te cruzas con alces en los aparcamientos de los supermercados, los osos pardos se aventuran hasta

las puertas de los McDonald's y además, sobre todo, hay lobos. La muerte ronda por las calles, los hombres van armados, los animales son enormes y carnívoros, Soren se siente vivo como en ninguna otra parte y se abre camino entre todos ellos. Terminada la obra, es manipulador en una conservera de pescados y después trabaja de conductor de autobús. Acaba conociendo la ciudad como la palma de su mano, la calle más pequeña, el barrio más insignificante. Conduce su pequeño autobús amarillo de tracción de cuatro ruedas, recoge a los chavales al salir de la escuela, ayuda a los discapacitados, saluda incluso a los ancianos. A menudo, al terminar su turno, después de anochecido, parte hacia el norte y se interna en la naturaleza hostil. Al pie de las primeras colinas de hielo, baja a escuchar los efectos sonoros del espacio, se suma a ellos. Escucha a los lobos. Los llama. Una noche, hay allí una chica que filma a la jauría, agazapada en la oscuridad. Esos aullidos humanos estropean su trabajo, le increpa en la noche. Acaban encontrándose en la penumbra, ella es investigadora de un laboratorio de zoología, conoce bien la zona. Pronto se va a vivir con él en un apartamento de dos habitaciones donde la calefacción eléctrica les reseca el pelo y les enrojece los ojos. Soren cocina para ella, beben moderadamente y hacen incursiones cada vez más profundas en medios salvajes. Y luego la cosa se va al carajo. Un mañana, Soren huye de la ciudad, toma el primer avión a Chicago, sube a un Greyhound también él, con los ojos desorbitados por el paisaje monótono que le vuelve de pronto, tan pegajoso como la fatalidad. Se dirige a Kentucky. A la mañana siguiente, al verle franquear el umbral de su choza, su madre comprende pero no dice nada. Soren se sienta en el sofá, se quita la cazadora: su chaqueta polar está llena de manchas parduscas, así como los bajos de su vaquero. Ella no hace ninguna pregunta, lo apretuja todo en el tambor de la lavadora, pone en marcha el programa, contentísima de que haya vuelto.

Las excavadoras desfondan, los hombres cavan, la obra ha empezado. El terreno parece entregarse sin ofrecer resistencia, blando, lavado ya de toda habitación humana a pesar de que unas placas de formas geométricas de tierra aplanada evidencian la ocupación aún reciente de los suelos. Estrechos cordones de hierba tupida delimitan estas superficies, huellas de neumáticos las rozan, incluso hay algunas superpuestas que han horadado la tierra, se ven numerosas fosas malolientes, focos cubiertos de ceniza granosa, y si se mira de cerca, si te agachas con precaución en el suelo, todavía se podría recoger basuras para llenar un cesto.

Diderot choca con un balón de fútbol reventado y se lo coloca debajo del brazo. No sabe casi nada de la campaña de expropiación que ha precedido al comienzo de las obras. Por ejemplo, los habitantes se mostraron reacios a marcharse de aquel terreno, complicando enormemente la tarea de los hombres de Pontoverde. Al principio se habían sublevado, aquí nadie posee ningún título de propiedad, en el fondo solo son okupas que al cabo de los años han blindado sus caravanas, colocado

un techo sobre sus tiendas sofisticadas, impermeabilizado sus cabañas de madera —la del cerdito número dos—, habitáculo totalmente provisto de una antena satélite encima del tejado. Nada es peor que la costumbre, había jurado el Boa rascándose la cabeza, estamos mal. Pontoverde había acabado enviando un ejército de abogados jóvenes hipertécnicos con órdenes de expropiación falsas, pero los de enfrente eran marrulleros y espabilados, conocían sus derechos, los juristas se estrellaron y el Boa exigió enfurecido que los devolvieran al redil: negociaría él mismo. Propusieron a los habitantes alojamientos nuevos y funcionales situados en el extrarradio, en la llanura. Algunas mujeres fueron a visitarlos, desconfiadas, altivas, e inspeccionaron los fregaderos, comprobaron los interruptores, tiraron de las cisternas. Volvieron escupiéndole que al final no, mejor reventar que marcharse de sus casas. Se instalaron cámaras en el campo y enseguida cada tarde dieron la palabra a aquellas familias, alabaron su insumisión, su desprecio de la modernidad, su libertad. Las salchichas ensartadas en ramitas y asadas con fuego de leña, los críos descalzos creciendo como la hierba salvaje, el calor de la comunidad contra el anonimato de lo prefabricado, la soledad urbana y los instintos individualistas. Las imágenes sugerían vacaciones eternas, el buen rollo de los príncipes de la tierra: los habitantes del campo se convertían en héroes. Según el Boa, todo el mundo se marcaba un farol y las pujas aumentaban. Sonreía: ¿de verdad preferían su terraplén desfondado a la orilla del río a una casita nueva, aquellas tribus, aquellas familias con sus carpas, aquellos marginados de pelo largo? Pero pronto, cansado, temiendo el mal efecto de una operación policial para desalojar el lugar a porrazos al alba y embarcar a empujones en furgonetas a las familias que gritan antes incluso de que empiecen las obras, el Boa se dirigió a Pontoverde. La empresa indemnizó a los habitantes, pagó las mudanzas y alojó a todo el mundo en el centro de la ciudad.

Una milla al sur, Duane Fischer y Buddy Loo han saltado sobre la draga, codo con codo —estos dos no se separan ni un palmo, duermen juntos por la noche debajo de la misma manta, beben a morro de la misma botella, en la misma cabaña de chapa escondida en la orilla verde—, han seguido el movimiento del grupo en la playa de atrás y muy pronto son descubiertos por el oficial mecánico Verlaine, que apunta sus nombres en un cuaderno de espiral y luego los conduce a través de crujías cada vez más estrechas a la sala de máquinas, donde el estruendo es tal que ya nadie habla. Duane y Buddy no han subido nunca en una embarcación de esta envergadura —la draga es una embarcación recia, mide alrededor de treinta metros de largo y dieciséis de ancho, y lleva un disgregador capaz de excavar a veinte metros de profundidad con el que están conectados tubos de aspiración y de retroceso—, solo conocen las piraguas propulsadas por motores recuperados de los fuerabordas, de esos que iban a toda pastilla en los años cincuenta en la costa de Florida, esquí náutico biquinis pesca al por mayor ron coco whisky en garrafas amplias curvas y gavillas de agua en

vertical como una lluvia celeste, solo conocen los émbolos desatornillados deprisa, los coches muertos a los se habrá aplicado un eje y una hélice, cosa que Verlaine sabe, los tipos que le envían son todos iguales, ni uno solo sabe bandearse, fulmina —a la inversa, el hombre con quien uno se cruza a veces en la estación del Havre cuando vuelve para visitar a sus dos hijos, solo conoce los barcos de servidumbre, las dragas, los remolcadores, la puerca maría que no sale del puerto y avanza por el canal cojeando, con pasos medidos—. A Duane y Buddy les destinan al control de los efluvios, supervisarán la regularidad de los flujos en las bombas, evitarán que los motores se calienten, es un trabajo que exige oído y estos chicos tienen un par cada uno, así que no son sordos: hay que oír cuando la bomba gime, cuando se atasca y cuando se cansa. Verlaine les explica todo esto en un inglés sumario, aunando siempre que puede el gesto a la palabra.

La draga avanza lentamente por el hilo del río, pesada y terca, desbroza, rasca, aspira, arranca del lecho fluvial toda la mierda depositada allí, que se deposita ahí, día tras día; desatasca el canal, saludada entonces maravillosa criada hacendosa, su enorme fresa de tres cabezas —que triplica la envergadura y la fuerza de la más hermosa herramienta de perforación petrolera en aguas muy profundas— escarba la roca para abrir paso a las quillas de los navíos majestuosos, cargueros de aventura y petroleros último grito. Los dos muchachos retroceden delante de las cisternas donde se vuelca el fondo del río, cieno negruzco masa sedimentaria emergida de las profundidades, aluviones sin edad, ningún centelleo allí dentro, nada, pero de todos modos se ponen a acechar la rodaja de un pecio, un pedazo de chapa, un desecho humano, quizá un hueso de cráneo, sí, un cráneo o un cofre que esconda piedras preciosas diversas, un tesoro, sí, sería fantástico. Se excitan, guasones, no buscan nada, no esperan nada, ni siquiera la fortuna, el porvenir carece de forma para ellos, que viven al día, sin otra tensión que la de su juventud, tienden las manos, palmas extensas y dedos ágiles, siempre listos para palpar algo con que jugar, algo con que agenciarse un poco de pasta, siempre dispuestos para cualquier chorrada.

La cuarta semana desembarcan los buzos. Son una cincuentena. Los precede su aura, un lustre de admiración angustiada, y cuando se apean de las furgonetas negras de la Deep Seawork Company, saltando del vehículo uno tras otro con saltitos flexibles, ejecutados a intervalos regulares: comandos de marsopas en acción, todos escrutan sus caras color jabón de Marsella, sus rostros heroicos. Acto seguido su reputación se abre camino por entre la multitud de obreros agolpados a su paso —es la división de las aguas—, avanzan a paso lento, con soltura, con grandes bolsas de deporte al hombro. Entre ellos, los escafandristas, sobre todo, se llevan la palma: criaturas anfibias veinte mil leguas submarinas, se codean con las morenas bárbaras, los peces

dragón y los peces linterna, rozan a las medusas extraviadas que emigran hacia la superficie, acarician el vientre de los cetáceos y tiran de los bigotes a las focas, se ciegan con el plancton en suspensión en los boquetes de luz, se maravillan ante el coral, recogen algas extrañas; obreros multiplatinos, caminan con casco y con los pies lastrados a ras de la corteza terrestre, respirando gracias a un narguile conectado por un tubo con la superficie; los hombres rana, por su parte, se zambullen con aletas, una reserva de gas ad hoc adosada a la espalda, son individuos mutantes, la negrura de los abismos es su oficina, su fábrica, allí trabajan, reparan, sueldan, hunden, explotan, dinamitan el fondo fluvial, pulverizan la capa sedimentaria, recortan las riberas, aplanan el relieve submarino, ayudan en las operaciones de perforación iniciadas por ingenieros en seco, activan en la superficie un sistema satélite que sirve para integrar la menor incidencia de la curvatura de la tierra en la tarea que se realiza, controlan su precisión increíble: boj plantado en un jardín a la francesa. Debajo del agua, sus pulmones se inflan, alojan poco a poco el aire que se comprime, su caja torácica cruje bajo la presión, tienen el corazón pesado por dentro pero poco a poco se adapta y bate más despacio, y todo su cuerpo moldeable aguanta el desafío.

Diderot les recibe personalmente, estrecha un buen rato la mano del jefe del equipo, un hombrecillo de tez cerosa al que conoce desde las obras del puerto de Busan, Corea del Sur, donde el asalto a los diques titánicos había exigido pólvora, se felicita de su presencia: divos de renombre internacional, los chicos del DSC son en su mayoría antiguos buzos artificieros licenciados por el ejército y que ahora trasladan su pericia de una obra a otra, y su intervención cuesta cara: Pontoverde habrá tenido que rascarse el bolsillo, la calidad se paga.

Su programa: preparar el fondo para los futuros cimientos. Nivelar el suelo de roca, localizar las fallas y después romper la costra con explosivos; la dinamita se lanzará desde la superficie dentro de grandes tubos de acero. Los buzos trabajarán a ciegas, las aguas aquí son glaucas, fangosas, están cargadas de aluviones, tendrán que lidiar con fuertes corrientes, con curiosos remolinos centrífugos y caudales aleatorios debidos a escapes de gas, a resurgencias de fuentes o a azares climáticos capaces de hinchar el flujo de las aguas y acelerar su curso. Diderot les advierte de todo esto con voz suave en la intimidad de la sala de reuniones. A continuación, prosigue, se excavarán los agujeros, se apuntalarán mediante vigas y bloques de hormigón que, una vez sellados e impermeabilizados, formarán un depósito capaz de contener cada uno treinta millones de litros de agua, y entonces se bombearán esas bolsas enormes antes de verter en ellas cien mil metros cúbicos de hormigón y convertirlas en fundas indestructibles de las torres futuras. Un anillado hercúleo.

Hay que recorrer un día entero la vía de la explotación forestal y luego, al final de la pista, caminar todo derecho durante algunas horas para encontrar a los indios. Un camino acanalado por las lluvias y lleno de baches, obstruido por árboles desplomados, a veces hasta borrado debajo de helechos gigantes e incluso el cadáver de algún animal. No es un trayecto exento de peligro, es alto el riesgo de que te ataque un mamífero carnívoro, y el de perderse es aún mayor. Es preferible subirse a una canoa con motor río arriba de Coca y después viajar en el fondo de una piragua y emplear dos días en llegar al pueblo. Llegas al final de la jornada, cuando los niños se bañan en la ribera, juegan a salpicarse y unos se zambullen en las cascadas y otros pescan con cerbatana, los hombres deambulan fumando, las mujeres conversan, el aire del atardecer es de una suavidad increíble. Es además el momento del día en que Jacob prepara el café, vierte el polvo y el agua en un modelo grande de cafetera italiana que pone después en el fuego delante de su casa, y aguarda, aguarda a que el café se caliente y a que los del pueblo, sus amigos, se acerquen a tomarlo con él en tazas de hojalata.

Esa noche, al enterarse de la construcción de un puente de autopista por encima del río, a Jacob le embarga un gran cansancio. Traga su café a sorbitos, paseando la mirada por la superficie de las aguas ahora opacas y que reflejan los fragmentos de un cielo de leche filtrado a través de la vegetación. En primavera hará veinte años que viene a pasar aquí largas temporadas, veinte años que estudia esta pequeña sociedad sitiada por la historia y que hace lo que puede para ignorarla. Ha cambiado mucho, como es de suponer —el joven intelectual que desembarcaba de Santa Fe, firme en su convicción del poder absoluto de las ideas y resuelto a describir este precioso alvéolo de estabilidad en su transparencia racional, no tiene mucho que ver con el hombre que esta noche piensa que una sociedad no deriva de un sistema, y para quien vivir aquí un semestre de cada dos equivale a vivir de otra manera su propia existencia—; la otra mitad del año la pasa en Berkeley. Han llegado ahora unos hombres de la tribu que beben a su alrededor y bromean, pasan a saludarles unas mujeres, tienen el pelo alisado hacia atrás desde la frente y sujeto por peines de obsidiana, la cara ancha y los pómulos carnosos, se ríen, pegadas una a otra, una de ellas luce su embarazo debajo de una camiseta grande y blanca con las siglas de la divisa de los Lakers de Los Ángeles. Jacob enciende un cigarrillo —nunca se ha decidido a fumar otra cosa que tabaco rubio—, conoce perfectamente la intrusión de las carreteras, la probable degradación de la selva y la desaparición programada de los indios, y hace ya mucho tiempo que se debate contra la nostalgia: no será el paladín documentado de una etnología de facultad, no será un sabio triste, no, mejor palmarla. Y, por otra parte, en este instante —la hora del café, hora pacífica en que la plenitud es tan grande que duele como una piedra en el vientre, en que el corazón parece no caber dentro de la caja torácica— solo piensa en su vida, su vida aquí y ahora, su primera emoción la

reserva a este presente que se agota. Su cansancio viene de ahí. Entonces deposita su taza en el enrejado de madera blanca y entra a echarse en su casa. Necesita dormir.

Uno se pregunta cómo se ha enterado Jacob de esta historia del puente de Coca, se imagina que el rumor de la obra ha llegado hasta él introducido entre las escamas de una trucha huidiza, oculta bajo las alas de un junco color pizarra o plantada en el peciolo de una hormiga trabajadora que se habrá adentrado hasta el corazón del macizo por alguna red de galerías subterráneas. Pero son solo unos hombres, siempre los mismos, los que han remontado el río de Coca —personas como vosotros y yo— y han traído la noticia. Son hombres que comercian con los pueblos del «interior», saben cómo llegar hasta ellos y entrar allí sin riesgo, bifurcándose en un brazo de la orilla y luego en otro aún más delgado, y después en otro más, siguiendo una pista que solo ellos conocen en el laberinto asiático que envuelve la selva. Son ellos los que, entre otras cosas, llevan a Jacob sus paquetes de café molido y sus cartuchos de cigarrillos. Y esa noche, como siempre, han atracado su barca delante de las casas del pueblo, descargado fardos de ropa y de mantas, cajas de conservas, pilas, un televisor, dos transistores, y luego se han ido ellos también a ver a Jacob, que les ha visto llegar y les ofrece los tazones levantando los brazos hacia el cielo, venid, muchachos, acercaos aquí. Son tres, dos grandes y fuertes y un adolescente tocado con un sombrero anaranjado, y se acercan, estrechan la mano del «profesor» —así llaman a Jacob— y después los dos mayores dan instrucciones para la transacción, una cantidad que Jacob traduce utilizando categorías como «poco», «un poco más», «mucho», los indios empiezan a traer los cestos, que son muy hermosos, cestos redondos cuyo fondo circular representa el cosmos, cestos de valor. Entonces el joven del sombrero anaranjado habla del puente de Coca, pronto vendrán más, ya no valdrá la pena, cargarán un camión y todo quedará resuelto el mismo día, ¡en un pispás! Tiene las manos en los bolsillos, concluye que todo irá más rápido, eh, ya no pasaremos la noche fuera, sonrío chutando las piñas que tapizan el suelo, y Jacob que vigilaba la cafetera se vuelve, le mira al fondo de los ojos y le interroga suavemente dominando su sorpresa y fingiendo desenvoltura, ¿ah, sí, vaya, construyen un puente en Coca? El pequeño pica y ahora se embala, sí, una cosa estupenda, seis carriles, parece ser, eso nos va a dar oxígeno, ya han empezado, lo trazan, ¡vale la pena verlo! Jacob le regala una caja de metal mientras los hombres a unos metros de distancia cargan ahora los cestos en la barca con cuidado de enrollarlos debajo de unos toldos de plástico, ¿azúcar? Jacob ha hablado tan brutalmente que el chico se sobresalta y se quita el sombrero precipitadamente, es pelirrojo, tiene el pelo tan anaranjado como la tela de su sombrero, farfulla, sí, dos terrones, y cuando Jacob le tiende la taza la toma con una mano, la aprieta contra el pecho como un hombre y se mantiene muy erguido. Los hombres han terminado de cargar. Uno de ellos mira su reloj —un gesto de locos en estos lugares— y declara, en marcha, nos vamos. Quieren hacer un alto

para pasar la noche en otro pueblo, estrechan la mano del profesor y la de los indios —el más joven no se atreve a mirar a Jacob, vagamente consciente de haber hablado demasiado, de haber sido pájaro de mal agüero— y saltan a su embarcación, que oscila suavemente. Les escoltan unos críos, gritan entre las ramas o se agarran a la quilla, los hombres del barco no les miran, ocupados en la maniobra, y luego los niños vuelven a la orilla, parece entonces que los árboles empiezan a encorvarse sobre la ribera, que las hierbas altas se aprietan a lo largo de ella, flexibles como gomas, y de nuevo el pueblo humea, la calma zumba en la envoltura forestal, dominio infinitamente dilatado dentro de la naturaleza y bolsita de tiempo: la anfractuosidad de vida que Jacob ha elegido.

La noche está avanzada cuando Jacob sale de su casa, remonta la ribera y se aleja poco a poco del pueblo. La oscuridad es densa, saturada de materia y ruido, Jacob camina con los oídos atentos. A la luz de las estrellas le cuesta pasar por debajo de los árboles —demasiados zigzags, demasiados rebotes que hacer—, pero cuando se adentra, resplandores de una suavidad de parafina tocan entonces una piedra, una hoja, agua, y al instante proporcionan sombras al cuerpo de Jacob, una tercera dimensión, en otras palabras algo con que construir espacio, algo con que avanzar. Al pie de un árbol, fría y húmeda, una piragua. Jacob la desata, la acerca, salta dentro. Se aleja del borde apoyándose con el remo contra la ribera y enseguida flota a través del bosque. Aunque conoce el camino, nunca ha salido solo a la selva por la noche: operación sensible, parecida a las incursiones que hacen los cosmonautas en el espacio, la excitación y el terror combinados en el fondo de las mismas entrañas.

Jacob se desliza lentamente por los bosques húmedos, al acecho. Sabe que deberá virar cuando le obligue el ruido de las aguas, señal de que se aproxima a un flujo más fuerte y más rápido. Sería un error fiarse de la regularidad de sus gestos, del cuidado que pone en no golpear con demasiada brutalidad la superficie para evitar precisamente irse a pique, y que el estrépito ensordezca aunque fuera un minuto el rumor del macizo, sería un error fiarse de la precisión de sus movimientos, de sus nalgas contraídas en el fondo del casco, de su busto erguido, de su cara abierta y sus ojos que se esfuerzan en desgarrar la noche de anilina, se equivocaría quien creyera todo esto porque se trata de fiebre. De una fiebre negra nacida de la cólera, un sofoco de bilis.

No consiguió conciliar el sueño en ningún momento de esa noche, al principio se tumbó de espaldas, inmóviles los párpados cerrados, y luego cambió de táctica y se puso de costado, pero seguía teniendo delante de los ojos, desproporcionada, como en

una pantalla, la cara del chico pelirrojo anunciando la construcción del puente, y después aparecía de pie, con las manos en los bolsillos y chutando piñas o riéndose de los niños que les escoltaban sumergidos en el agua hasta la cintura en el momento de partir, cuando les daban golpecitos en los dedos para que soltaran la borda de la barca, y le oía repetir continuamente esta expresión como un presagio funesto, «en un pispás», y finalmente, cuando se levantó, cuando quiso coger el libro, el fastidio del malestar le había colonizado, vacilaba con las piernas flojas, sudaba como un enfermo: precisemos que el jugo que ahora fluía exteriormente y goteaba a lo largo de su cuerpo no tenía nada que ver con el que exudaba en la *sweat lodge* de los indios cuando le invitaban a visitarla, porque esto era hiel, un zumo amargo y animal, un concentrado de rabia y amargura. Estabilizado, Jacob se había mantenido de pie durante un largo rato, tieso como una estaca en el centro de su casa y de repente, como quien chasquea una cerilla, impulsado por la explosión de su voluntad, se había vestido y había salido.

Jacob rema un día más y después otra noche en la selva visceral. Hiende el esfagno, aparta el manglar, elude las cascadas. La fiebre y la cólera actúan como un combustible y él también discurre, de hecho carbura sin beber nada más que alcohol de conífera en una cantimplora de plástico, sin comer ni fumar, zigzagueando en los rápidos, deslizándose sobre la corriente; divisa la silueta de los gamos, los jabalíes, pero de los lince *niet*, choca contra un grupo de estudiantes que disfrutan del rafting y apenas se fijan en él, frunce los ojos al ver a unos indios que recogen piedras en la orilla, hombres de otros pueblos que contienen la respiración por la noche, cuando las tinieblas se estiran, venenosas, absolutamente inhumanas, cuando él cree que se asfixia, sucumbiendo fascinado a la belleza nocturna, con los ojos en blanco, los labios secos y unas ganas de aullar que le estrangulan malignamente la laringe. No duerme. Ha comprimido la tensión del cuerpo a la manera en que se condensa la materia en una bala de cañón, y se mantiene ligeramente inclinado hacia delante, concentrado en captar en el agua el más mínimo flujo de fuerza que acrecienta su propulsión y le transporte sin esfuerzo, atento a fluidificar las energías a su alrededor, a reciclar en cada uno de sus gestos su angustia y su febrilidad, y extrañamente el cansancio vitrifica su furia, la conserva intacta.

Al alba del segundo día, cuando de pronto los edificios de Coca se alzan perpendiculares a la superficie del río, es otro hombre el que sale de los bosques, un hombre desquiciado. El sol se levanta, rebota contra las fachadas de cristal y de acero, irisa las capas de hidrocarburos, reflectantes arco iris que aureolan las aguas, y las placas de metal talladas en triángulo que adornan la borda de la piragua, dibujando una mandíbula abierta, rutilante en la luz.

Interceptando con la mirada la piragua, los automovilistas que a esa hora circulan por las riberas desorbitan los ojos en los retrovisores, reducen la velocidad peligrosamente y más tarde, al entrar en sus despachos, se precipitan a las ventanas de las torres para seguir el avance del tipo, se comunican oh, ven a ver, hay un tío raro allí, ¿lo ves?, y despertándose, los ribereños que alzan los estores de las ventanas acaban saliendo a las terrazas. No es la piragua lo que les asombra, no, hay muchas por aquí, de mil modelos, es más bien el ver encajonado a este hombre lívido que rema todo derecho, con la corbata negra como un sable otomano a través del pecho sobre la camisa clara, la chaqueta de terciopelo oscuro universitario, los calcetines blancos que se adivinan en los mocasines, ¿de dónde sale este?

Al avistar los puntos de anclaje situados de una parte a la otra del río, impresionado por el gigantismo de su superficie, por la multitud de máquinas, Jacob reduce la marcha, suspende en el aire, horizontal, su pagaya e impulsa la cabeza hacia atrás, con la garganta tensa como un arco, flota lentamente sobre el agua tranquila, minúsculas olitas rompen suavemente contra el casco, el cielo es del color de la cera.

Inspira largamente y reanuda su curso, da grandes golpes de remo en el río, splash, splash, un ruido que pauta su avance, y acaba cruzándose con lanzaderas fluviales barrigudas como teteras, saturadas de submarinistas y de obreros que se dirigen a todo trapo hacia los puestos de anclaje, sus remolinos levantan la piragua que cabecea, vacila, Jacob, rociado, se repone y de pronto distingue contra la orilla una ancha zona centelleante, plateada, se acerca para verla mejor, docenas de peces flotan muertos, desalojados de las profundidades por las explosiones, tienen los ojos abiertos y fijos. La cólera vuelve a invadirle, el cansancio huye de su cuerpo, sorteando el charco macabro, hediondo, con los labios apretados para no gritar, y cada golpe de remo ejecutado le inyecta la energía para continuar. Llega enseguida a la vista del largo muelle de la plataforma Pontoverde, siluetas agolpadas embarcan en una última motora parecida a las lanzaderas con las que se ha cruzado, los mismos colores, las mismas siglas. Es ahí, piensa, y se pone a remar como un loco.

Amarra la piragua debajo de la hormigonera, contra el erial, y se aleja del casco. El cielo se ha tornado gris con extensiones de color carbón. Escala la orilla agarrándose a asideros y se endereza, pero curiosamente una vez de pie no se desmaya. Tiene hambre, sed, le apetece un café. Summer Diamantis, que a esa hora camina hacia su local después de la reunión cotidiana en la obra, frunce los ojos al ver esa silueta vagamente polvorienta, con la ropa arrugada y la cabeza desnuda, y al sobrepasarla se vuelve hacia ella con una torsión maquinal —¿quién es este tío sin casco?—, sin por ello aminorar el paso, lo que en ese momento le preocupa son los resultados de formulación del hormigón en el túnel de pruebas. Hasta el punto de que Jacob atraviesa sin ser interceptado toda la explanada con paso seguro y llega al barracón principal. Empieza a llover. En ese momento Diderot empuja la puerta,

inquieto por el cielo.

Desde la altura de los tres pequeños escalones que conducen a la puerta del edificio, ve al tipo frente a él y le percibe de inmediato como un intruso, eh, usted, ¿qué hace aquí? Jacob se queda inmóvil al pie de la escalera, articula con una voz blanca ¿es usted el responsable? Tiene los brazos caídos a lo largo del cuerpo pero el azul lechoso de sus ojos inquieta a Diderot tanto como el cielo que ahora se abre y vierte gruesas gotas blandas, tibias, una cochinada. ¿El responsable de qué? Diderot lo ha dicho sin agresividad pero con impaciencia, y emprende pesadamente el descenso de la escalera para hablar con el otro individuo, y le detiene en el segundo peldaño la mano que Jacob le planta en el pecho, con los largos dedos nudosos bien separados sobre la tela de la camisa que cruje, la palma metálica a fuerza de ser dura, ¿es usted o no el responsable de esta obra? Diderot se queda inmóvil. Escruta con la mirada a Jacob de arriba abajo y a toda velocidad, sin captar bultos sospechosos que permitan esconder un arma, rechaza la mano con firmeza, se dispone a bajar el último peldaño, articula sí, soy yo, qué pasa, y al sonar estas palabras la mano previamente rechazada vuelve con fuerza contra su barriga, cerrada en un puño, pam. El puñetazo sorprende a Diderot tanto como la tormenta que oye rugir a lo lejos, se dobla en dos, se tambalea y luego, arrastrado por su peso se desploma sobre Jacob, que trastabilla hacia atrás y los dos hombres ruedan por el suelo. Se quedan allí un momento, inertes, el tiempo suficiente para que la lluvia les salpique la ropa de guisantes oscuros, que enseguida se funden casi en una sola aureola, y para que la explanada se barnice y luego se convierta en una masa pegadiza, y por último empiezan a incorporarse. Diderot resbala de costado y se apoya en el suelo para levantarse mientras que Jacob, ya de pie, se bambolea sobre sus piernas flacas, con los bultos de los tobillos salientes en el algodón blanco de los calcetines, bien visibles debajo del pantalón demasiado corto. Es él quien está más arriba que Diderot ahora, el que le domina con su estatura y un cuerpo diez años más joven. Pero en ese instante no ve esta ventaja, se asombra de este gesto primitivo, un puñetazo, un directo a la barriga, cuando habría querido —podría jurarlo con la mano en alto— sentarse a una mesa y argumentar con este gordo de buena pinta, explicar con calma su punto de vista, demostrarle que el puente que construye será un factor de aniquilación y de extinción, que está fabricando una tragedia y una pérdida, que dirigir esta empresa lo convierte en una especie de asesino. En lugar de esto, como si la lluvia que tamborilea hostigase su pensamiento, impidiéndole formarse en una frase posible, como si la explanada empapada, fangosa, enviara sus palabras, como una ventosa, al fondo de la cloaca, sopla y escupe ¡cabrón! Hay salvajismo en ese cuerpo rudo y lleno de violencia, en esa voz que insulta y profiere aunque el cuerpo se mantenga rígido, pero es un salvajismo que Diderot no sondea, rebelado de repente, presa de furor, este majara no va a joderme vivo, es lo único que se dice. Una vez incorporado, el dolor

en la panza le asalta de nuevo, hace fintas, le molesta y es él el que acomete. Carga contra Jacob con la cabeza baja, como un bisonte, como una locomotora, una borrasca de músculos y de grasa, el choque es violento, Jacob eructa, súbitamente sin aire, retrocede y de nuevo cae de espaldas al suelo. El sol esponjoso le recibe con un silbido de cieno, Diderot avanza y se le planta delante, enorme, con las piernas separadas por encima de Jacob, tienes dos segundos para largarte de aquí, dos segundos antes de que llame. Pero Jacob, al que creía neutralizado en la lona, se revuelve, le agarra de los tobillos con las dos manos extendidas, le empuja hacia delante, Diderot cae de culo, vuelve a desplomarse, plaf. Ahí empieza la pelea. Los dos hombres se pegan por turnos, uno tras otro, hay un intervalo de algunos segundos entre cada golpe, una respiración entre cada impacto, se agarran por el cuello de la camisa con un puño violeta mientras el otro, replegado en su fuerza, toma impulso hacia atrás con el hombro y se abalanza como un proyectil contra la mejilla, engancha la nariz, la oreja, el arco de las cejas; se zurren con igual lentitud y pesadez, con la misma torpeza, y es de locos ver cómo se parecen ahora, la ropa del mismo color aunque empapada de barro, los ojos tumefactos, enrojecidos y sudorosos bajo el diluvio. Si alguien hubiera presenciado esta pelea —el puente contra la selva, la economía contra la naturaleza, el movimiento contra la inmovilidad—, no habría sabido a quién jalearse. Al final, Diderot no puede más y se aleja tambaleante, da media vuelta, pero la voz de Jacob, a su espalda, le retiene todavía: mírame, cabrón. Diderot se detiene, duda en volverse, se vuelve, ¿me hablas a mí? Jacob, de pie, mugriento, extiende hacia él una navaja que acaba de sacar del calcetín, una mierda de cuchillo que no impresiona a Diderot, pero tiene la hoja untada con un ungüento amarillo limón que aguza el filo, una pasta grasienta que actúa sobre el metal como la colofonia sobre el arco del violín. ¿Me hablas a mí? Diderot da un paso adelante. Sí, Jacob ha bajado la mano y con una voz oficial enuncia exijo que paren la obra; la glotis sube y baja a lo largo de la tráquea pero sus ojos no pestañean. Es grotesco. Diderot sonríe, ahora se marcha. Se estremece, la lluvia arrecia y el aire refresca. Los chicos en sus puestos de trabajo deben de chapalearse en la mierda, habrá que tener cuidado con los deslizamientos de tierra, los riesgos de crecida, tendría que ir a verles, se vuelve para llamar a los vigilantes, ha llegado al pie de los tres peldaños de la escalera cuando oye otra vez los ruidos a su espalda y se da media vuelta, exasperado. Fulgor de cuchilla, quemazón en el costado, sangre que brota, mil velas. Jacob ha desaparecido.

Ahora se han formado charcos diseminados por la superficie de la gran plataforma Pontoverde, charcas más o menos grandes y más o menos profundas, son ellas las que producen el retumbo de la lluvia, la resonancia de su ploc ploc agobiante. Hay una en forma de estrella, al pie de los tres peldaños del barracón principal —las pisadas de los hombres habían aplanado el suelo en este lugar concreto, sus pesadas suelas

hundían la tierra—, y ahí yace Diderot, con los ojos mirando al cielo. Todavía no ha salido nadie para ver lo que ocurre fuera: ¿es posible, realmente, que los que trabajan dentro no hayan oído la reyerta? ¿Es posible que, absortos ante las pantallas de ordenadores donde aparecen feos pronósticos meteorológicos, y conteniendo el aliento, inquietos por los fenómenos, se hayan vuelto sordos? Han pasado apenas tres minutos desde la cuchillada y Diderot pierde sangre, la camisa se ha tornado púrpura a la altura del vientre, gotea escarlata en el charco sin que él intente alejarse del barro, sin que haga un movimiento, ahora relajado, y su conciencia flota en los pliegues indistintos del cielo, convoca grandes campanas por encima de su frente, sonando a todo volumen: «¡Cabrón, cabrón!»

Es la misma palabra que Katherine Thoreau ha gritado agitando el puño hacia el conductor del autobús cuando ha arrancado el motor mientras ella tamborileaba contra la puerta, eh, oh, abra, por favor, ¡oh! Pero el tipejo no ha querido saber nada, no la miraba: aquello no era la parada sino un semáforo, y en rojo, en el borde de una mísera rotonda de Colfax. Una catástrofe para Katherine, que mira su reloj y frunce los labios, se aturulla: si no llega a tiempo para fichar, si pierde otra vez las lanzaderas fluviales que remontan hasta los emplazamientos, van a penalizarle en el sueldo y hasta seguro que perderá el empleo, mierda, mierda. Lanza un puntapié rabioso contra el poste eléctrico erigido allí, gesticula, se vuelve, sorprende una silueta reflejada en las paredes de cristal de un concesionario de motos, una silueta de pie, Katherine la observa y después se acerca: sigue siendo una mujer hermosa, cuarenta años, quizá, grande, una parka fucsia demasiado fina para abrigarse en invierno le cubre el abdomen que se adivina denso —pecho y barriga—, ya sin cintura, un vaquero blanco le ciñe las piernas delgadas, estilizadas por un par de zapatillas de deporte sucias, el espeso pelo castaño, oscuro en la raíz, se aclara, amarillento, en los hombros, paja rojiza saturada de rizos descuidados, tiene las uñas mordidas y la piel de las manos seca, agrietada, una cadenita dorada, con un corazón colgante es su única joya; no es que sea fea o esté sucia, no —se adivina que es el tipo de mujer que solo posee un sujetador pero se lava las bragas en los lavabos, el tipo de mujer que se enjabona a fondo, con la lengua apretada entre los dientes—; es solo que al verla uno piensa en la pobreza. Katherine Thoreau contempla su reflejo, está cansada, se le pegan los ojos, se le hunden las arrugas en la piel enrojecida y le dan un aire triste, pero no se ve tan mal en el espejo de cristal, no está acabada, con algunos dólares, un corte de pelo, cremas hidratantes y descanso aún podría gustar; pero a las siete de la mañana aprieta los dientes para continuar, para aguantar y no largarse lejos de aquí y dejar que se las arreglen los cuatro, su marido depresivo, sus hijos exigentes, la niña que está echando los dientes. La noche había acabado mal: a las tres de la mañana, cuando ya no aguantaba más, se había levantado del sofá cama para apagar el televisor que Lewis miraba con los ojos fijos, yo tengo que dormir si

quiero ir a trabajar mañana, había sentenciado ella con una voz melosa, una voz que había humillado a su marido porque de repente él había eructado, blandiendo un cenicero, ¡precisamente! Precisamente no quiero que vuelvas a esa puta obra, que todos esos tíos te miren el culo, sé que vas por eso, para que se empalmen, lo sé, ¿me tomas por idiota?, ándate con ojo, te lo advierto, y Kate, estupefacta, pensando en sus jornadas laborales —el casco en la cabeza, la visera encima de la nariz y encajonada en una máquina diez horas seguidas despejando el terraplén del orificio de anclaje, el estruendo abominable que la deja atontada a la hora de la sirena de la noche—, había emitido una risa de superioridad que comunicó a Lewis su impotencia —también habría podido llamarle pobre diablo, preguntarle cómo pensaba ingeniárselas, prácticamente, para impedirle que fuera al trabajo—, una risa que prolongó con una sonrisa guasona, vale, no iré más, ciao ciao, dimito, pero dime, si no eres gilipollas, ¿qué haremos entonces? ¿Qué haremos para vivir? Estaba con los brazos en jarras y su deshabilé sintético, pero no pudo esquivar el cenicero arrojado contra su sien, pum, lanzó un grito que reprimió al instante tapándose con una mano la boca abierta porque en aquel momento Matt, el mayor de los chicos, había empujado la puerta de la cabaña y estaba borracho, todo el mundo había vociferado insultos, y el menor, Liam, de repente apareció en pijama en medio de la sala y como de costumbre se había precipitado sollozando hacia su madre, y el ambiente eléctrico forzosamente había despertado a la pequeña, hay que decir que todos estaban con los nervios crispados y apretujados como sardinas en aquella urbanización de mierda. Más tarde, acostados de nuevo en el sofá cama, con la niña entre ellos, con el chupete en la boca, Kate le había dicho a Lewis con una voz firme que se disculpara y él había murmurado perdóname y luego le había cogido la mano por encima de su hija y se habían quedado así en la oscuridad hasta que les venció el sueño.

Ahora Katherine Thoreau deambula rabiosa por Colfax fumando un pitillo tras otro, y cuando por fin divisa el autocar mira su reloj, sabe ya que llega tarde, que las lanzaderas han partido. Ficha mientras las primeras gotas de lluvia se estrellan en el suelo y se dispone a atravesar toda la plataforma Pontoverde hasta el barracón principal para anunciar su llegada —le resulta humillante ir a pedir un favor, una nota que justifique su retraso, como una colegiala que acaba de despertar, como una muchachita perezosa—. El lugar retumba rápidamente bajo la metralla, siniestro así, despoblado de obreros. Katherine Thoreau avanza bajo el chaparrón, su pobre parka mal impermeabilizada se empapa velozmente, se vuelve pesada, el agua se le filtra hasta dentro, le corre por el busto y los brazos, por el cuello, y sus zapatillas absorben el agua, sus calcetines chorrean, Katherine baja la cabeza, el pelo le cuelga delante de la cara en mechones chorreantes mientras el agua se estampa contra la coronilla, mira de través y después se concentra en los pies para sortear los pequeños charcos que se forman a toda velocidad, es largo el trayecto hasta los barracones y súbitamente

observa que el agua le gotea de las suelas y se dice, ya ves, esto es mi vida, chapotea, hace agua por todas partes, no salgo adelante, Lewis que desbarra, los niños que la inquietan, Billie todo el día delante de la tele al lado de su padre, Matt que trasnocha y lleva semanas sin sonreír y Liam que llora a todas horas, piensa en ellos y se dice que no va a aguantar mucho más tiempo: al despertar, ha ido a ver a la vecina para pedirle que vaya a echar un vistazo a la cabaña a la hora del almuerzo, los chicos estarían en la escuela y su marido está inválido, sí, un accidente de trabajo, tienen una niña y todavía no disponen de los medios para llevarla a la guardería, ¿podría pasar a ver si todo andaba bien? Y la mujer, una matrona negra y con un bocio increíble y los ojos rosa miró de mal humor a Katherine y dijo vale, iré, y de pasada le comunicó su tarifa, diez dólares, y Katherine entonces se sobresaltó, por ese precio da de comer a la pequeña, la cambia y la acuesta para que eche la siesta, y la vecina asintió, trato hecho, pero ahora Katherine sacaba las cuentas: la tarifa de la vecina era excesiva, tendría que arreglar este asunto si no quería gastarse la paga en ella.

Desde muy lejos ha visto a las dos siluetas enzarzarse a golpes en el barro y luego una se ha desplomado al suelo y la otra ha huido corriendo hacia la hormigonera, Katherine se ha apartado la melena chorreante para ver mejor y ha aligerado el paso. Ahora se inclina sobre Diderot semiinconsciente en la charca, se arrodilla para tomarle la cabeza entre los brazos y le murmura todo saldrá bien, grita volviéndose hacia el edificio, ¡socorro, un herido, socorro! Oyen la voz, después vuelve a inclinarse sobre él, murmura respire tranquilo, respire, sus mechones de pelo mojados acarician el rostro de Diderot como pinceles chinos, vagamente cosquilleado él abre los ojos, balbucea ¿quién es usted? Pero ya bajan la pequeña escalera, gruesos calzados secos, hombres cargados de rollos de papel blanco y mantas. En dos tiempos y tres movimientos, Diderot es transportado a la enfermería, se vuelven hacia Katherine y le preguntan qué coño hace allí a esa hora, Dios santo, ¿otra vez llega tarde, Thoreau?

La obra está en su apogeo. Al principio un despliegue sordo, hasta clandestino, nadie en la ciudad habría podido adivinar lo que se tramaba de una parte a la otra del puente, nadie pudo imaginarse lo que iba a salir de la tierra, aunque se levantaran al alba para observar intrigados el paso en tromba de algunos autocares llenos de tipos prensados como sardinas, que al caer la noche volvían a pasar a la misma velocidad en sentido contrario, aunque espiasen el tráfico de las lanzaderas en el río; no hubo nada de solemne colocación de la primera piedra ni el Boa fotografiado con la llana en la mano y la sonrisa de circunstancias delante de un público de forzudos sombríos y chicas inmensas, casi desnudas sobre sus largas piernas, que cuchicheaban entre ellas en una lengua donde las erres sonaban fuertes, la cabeza por delante como si fuesen cayendo al fondo de un pozo; no hubo anuncios pegados a paredes o postes o en los pasillos del metro, nada, no hubo nada. El Boa se había ocupado de situar en el sur de la ciudad la inmensa plataforma de Pontoverde y de prohibir toda publicidad sobre la obra con el fin de no alertar a los habitantes y usuarios de Coca —su electorado, sus clientes— sobre las molestias inherentes a unos trabajos de aquella naturaleza: evisceración de perspectivas amadas, polvo, ruido, contaminaciones heterogéneas, congestiones de ejes circulatorios, recrudescencia del asalto y robo de vehículos, afluencia de poblaciones miserables que trataban de arañar una subsistencia ínfima en los márgenes de la obra. El puente progresaba camuflado: los puntos de perforación fueron cercados por empalizadas pronto cubiertas de empalmes de trampantojo con el vecindario, casi invisibles salvo por la calavera en el triángulo de metal que pirateaba cada portal.

Las percusiones de las excavadoras se fundieron con los choques y los estruendos naturales de la ciudad, con los humos de los motores de coches y las ráfagas de polvo. No tardó en sobrevolarla una nube de contaminación amarillo limón. Los hombres del puente seguían llegando de todas partes, engrosaban de pronto la parroquia de los bares donde dejaban una buena porción de su soldada, idénticos en esto a los individuos recién llegados que siempre intentaban invitar a rondas para obtener contactos y apostaban por la ebriedad para tener ideas de negocio porque, joder, allí estaban, en el sitio.

Nadie vio nada. Las primeras semanas, los habitantes iban a una ciudad similarmente resplandeciente y fluida, los negocios rentaban gruesos dividendos, los cubitos de hielo entrechocaban suavemente, chin-chin, en el fondo de los whiskies cobrizos mientras en los rincones chicas de ojos tatuados tragaban *speedballs* —coca + bicarbonato sódico—, antes de rondar en sujetador y minifalda vaquera por los aparcamientos subterráneos de los grandes hoteles de lujo, se vendían kilómetros de tiras de estrás, la cosmética invadía los escaparates, mocosos de dieciséis años amasaron una fortuna jugando a la ruleta por medio de una martingala descubierta en Internet, el puente se construía, los hombres y las mujeres del tajo ya no levantaban la

cabeza, sino que trabajaban absortos en los gestos que debían hacer, cada día completaban los cupos de metros cuadrados, metros cúbicos y toneladas exigidos en los cuadros relativos a las fases de la obra, sí, el puente se alzaba, nacía de lo más bajo, de lo más profundo, de una profundidad de la que nadie en Coca tenía la menor idea, se apoyaba en el fondo de boquetes calibrados al milímetro que traspasaban uno por uno los estratos de sedimentos, tenía como soporte el corazón del milhojas mnésico, se sostenía sobre la gleba más negra y pesada, una masa grasienta que exudaba sus regueros de jugo arcaico, goteaba un ploc ploc ploc que resonaba como en un calabozo, centelleaba en los haces de las lámparas frontales porque las cabezas encasquetadas se agachaban para examinarla y luego se erguían con la cara negra y los ojos desorbitados, ya estamos, ya llegamos, el culo del mundo, gritaban en todas las lenguas, ya llegamos, baja, un metro más, vamos, adelante, sigue, y entonces los dientes brillaban en la oscuridad, esmaltados como otras tantas luciérnagas, gritaban, walkie-talkies pegados a los oídos, vamos, vamos, adelante, baja, más todavía, hasta el culo profundo, cuando allá arriba, arriba del todo, en la superficie del mundo, bajo el sol deslumbrante y el brillo de las berlinas bruñidas carrozas, aún había tacones de aguja tac tac tac, neumáticos de goma esculpida que gastaban el asfalto, gente caminando que vivía la vida e ignoraba todo lo que había en juego.

Pero había quienes se reunían, febriles porque les habían pillado desprevenidos y azorados por la idea de que un puente de envergadura pudiera alzarse en Coca, alarmados por la idea de que una obra semejante pudiera modificar la economía de la ciudad, de la zona, y poner fin a su propia influencia. Eran los propietarios de las cuatro compañías de transbordadores que aseguran las líneas Coca-Edgefront y se reparten el conjunto del transporte fluvial, y entre ellas la Marianne creada por el Francés en el momento de la fundación de la ciudad, de lejos la más antigua, y que detenta el monopolio del tráfico Coca-Ocean Bay. La estrechez del Golden Bridge, su escasa capacidad, ha favorecido ampliamente su desarrollo hasta el punto de que a la hora de su desmantelamiento y del arranque de la obra Pontoverde, no menos de doscientos barcos, desde la simple barcaza hasta el ferry o cualquier otra lancha rápida, se agitan todos los días en el río, rotaciones incesantes punteadas por las sirenas, cuernos de bruma o bocinazos de émbolo que avisan de abordajes eventuales, y son numerosos esos choques, esas colisiones de cascos causadas por el alcohol o la niebla, un ensueño amoroso, un desfallecimiento súbito, el tribunal marítimo de Coca juzga cada semana esta serie de incidentes. Según los registros de la cámara de comercio, el conjunto de la actividad engloba un volumen anual de mil millones de dólares —de los cuales doscientos cincuenta millones de beneficio neto— y agrupa más de tres mil empleos, la tripulación normal de una embarcación de doble proa consta de cinco individuos —un jefe de servicio, un jefe de puente, un mecánico y dos marineros— a los que se añaden los pilotos de puerto, los estibadores, el personal

de mantenimiento, los obreros de los astilleros, los proveedores de fuel, electricidad, chalecos salvavidas, boyas, bolsas de vómitos, bayetas, los asalariados de la comida rápida, los empleados de las billeterías, los servicios administrativos y jurídicos, los asesores financieros, los de comunicación, los publicitarios y la unidad médica para toda esta gente. Exactamente un negocio enjundioso. Un maná. Una bicoca que la construcción del puente nuevo amenaza actualmente. Seis carriles rápidos, anchos, asfaltados como un circuito viario conectarán la ciudad con el continente, le otorgarán su puesto en la red de comunicaciones planeada desde la Bahía por la vía de las llanuras y que ha llegado a los valles fértiles y a las mineras lejanas del otro lado de la selva.

Por eso, una noche a finales del mes de octubre, cuatro limusinas frenan sincronizadas delante de un restaurante italiano de Edgefront. Cuatro tíos vestidos con abrigos oscuros que les confieren hombros anchos pero declinantes se despojan de ellos con pesadez y después se saludan en la acera mientras los vehículos desaparecen —un protocolo les induce a dar preferencia al más anciano de ellos, un hombre colosal, de melena blanca recogida en una coleta sobre la nuca, gafas ahumadas, purito, chaqueta oscura con forro satinado de púrpura, llamado el Francés, descendiente del otro por línea directa, primogenitura masculina— y a continuación entran en la sala y se sientan al fondo. Les sirven un vino de calidad mientras aguardan las carnes, pero apenas lo catan el Francés asesta un golpe con el puño en la mesa: un anillo de oro, grueso como una nuez, brilla en un dedo, vagamente agresivo: bien, hay que solucionar este problema. Dicho lo cual los tipos se inclinan sobre el centro de la mesa —de lejos parece que las cuatro cabezas se tocan, contubernio de frentes espesas y de oídos malignos—, y las propuestas surgen: corromper a la comisión de seguridad para obtener el cierre de la obra, comprar al lobby ecológico para lanzar una campaña para desacreditar el puente, sobornar a los sindicatos y promover la convocatoria de una huelga. Enseguida las voces se aceleran, se trata de no permitir que les despojen, de formular una advertencia al Boa, de «ajustar las cuentas» a Pontoverde, y ahora el cuarteto habla de sabotaje y accidentes de trabajo, de nitroglicerina y trinitrotolueno, el Francés se excita entre dientes y repiquetea con el índice contra la mesa, necesitamos tíos que estén dentro, un primo, un judas, lo compramos, arreglároslas, los otros tres aprueban y luego el Francés se deja caer contra el respaldo de su silla y resume, bien, estamos de acuerdo, alza una copa solemne por encima de la mesa, con el brazo extendido, brindo por el éxito de nuestra empresa, y al instante le imitan los otros tres comensales, y una vez sellada así la alianza se anuda la servilleta alrededor del cuello —un cuadrado grande de popelín blanco— y da una palmada para que les sirvan los platos.

Los pájaros. Aparecen en masa a mediados de noviembre. De repente el cielo parece inmensamente vasto y poblado, restalla, el menor aleteo parece inflarlo por dentro como un colchón neumático, el más mínimo paso de un volátil —incluidos los murciélagos, la libélula o el abejón asiático, asesino de la abeja *Vespa velutina*— lo expande, lo propaga al infinito. Una mañana levantan los estores y los pájaros están allí en reposo, posados en el río o desperdigados por las marismas, más allá de la ciudad. Centenares de manchas negras flotan sobre el agua lechosa, centenares de cabezas redondas y de picos en una sombra chinesca, indistintamente mezclados en un mismo clamor. Se ponen a observarlos, a calcular el número de kilómetros recorridos, recitan las distancias más disparatadas —11.000 kilómetros de una sola tirada para la picudilla o 65.000 en seis meses para la fardela fuliginosa—, se empeñan en identificarlos, en reconocerlos y nombrar los tipos de vuelo y de formación, recuerdan que la mayoría ha seguido pasillos concretos desde Alaska, y emigran también de noche guiándose por las estrellas, tienen el mapa del cielo ampliamente desplegado en su pequeño cerebro, el sentido de orientación más riguroso, más matemático que un GPS —y los investigadores del MIT de Boston, los de Vancouver y el desierto de Atacama los estudian por eso, perplejos y fascinados—, se asombran de que hasta las más solitarias, las más asociales de estas aves hayan emigrado en grupo, como si la supervivencia solo pudiera lograrse gracias a una solución colectiva, se preguntan incluso qué aspecto tendríamos nosotros después de haber surcado de este modo el cielo, después de haber planeado sobre las corrientes térmicas, alto, muy alto, a veces hasta a diez mil kilómetros de la superficie terrestre, de haber traspasado la estratosfera, tejiendo con nuestras plumas los cúmulonimbos, huyendo del frío y el hambre, gastando en el periplo la mitad de nuestras reservas de grasa —y en este instante dicen que un colibrí mide tres centímetros y atraviesa sin pararse el golfo de México—, se maravillan, por último, de que sean tan precisos y puntuales, porque muchas veces hacen un alto en el mismo poste del mismo campo, en el mismo balcón de la misma ventana, y los niños que los reconocen salen pitando a la calle en pijama a llevarles migas de pan, se precipitan, la carne de gallina les eriza la piel, las zapatillas se les manchan de barro, pero no se dan cuenta, vuelven a casa y gritan ¡es él, ahí está, ha vuelto! Y preparan un nido de algodón, de paja y de ramitas, un abrigo con despensa y bebedero: clase práctica.

En Coca, los ornitólogos montan guardia, escudriñan el cielo con sus prismáticos o se apuestan sobre las zonas de nidificación: observan, enumeran, anillan y desanillan —no será que les falten pequeños—, contienen la respiración, dispuestos a desenfundar el *Convenio sobre la conservación de especies migratorias de la fauna salvaje* —tratado internacional ratificado en Bonn en 1979—, dispuestos a blandirlo porque este año, en el río, está la obra y aunque las grúas proporcionen nuevas perchas de descanso a los pájaros sin aliento, los expertos sentencian que el ecosistema está

perturbado, se inquietan. Una delegación alerta a los responsables del ayuntamiento: la degradación de los humedales compromete la nidificación, amenaza a las especies, un estudio sobre los cisnes salvajes en el sur de Bakú acaba de establecer que la contaminación de los hábitats naturales alrededor del mar Caspio, que obliga a las aves migratorias a mezclarse con las especies domésticas, agrava la propagación de la gripe aviar. Esos hombres no bromean en absoluto y es un error no hacerles caso, burlarse de su vestimenta —camisa de leñador sobre camiseta blanca, vaqueros limpios con un cinturón alto sobre el abdomen, botas amarillas Timberland, gorra de béisbol, grueso estuche siamés de portátil contra el muslo pasando por el cinto, prismáticos Swarovski alrededor del cuello—, es un error tomarlos por gilipollas, hacerles esperar horas en pasillos desiertos para luego enredarles en el curso de entrevistas expeditivas donde les aseguran que las normas ecológicas de la obra son draconianas y que incrementan en un 17,8% el coste global de los trabajos, es un error porque ellos ya se organizan. Como las primeras muestras confirman sus teorías, pasan a la ofensiva y cuarenta y ocho horas después el Tribunal Internacional de Justicia decreta por medio de un procedimiento expreso la interrupción de las obras del puente de Coca durante el periodo de nidificación de las aves. Es decir, tres semanas. Tres semanas como mínimo, tres semanas a la vista. Los ornitólogos de Coca respiran mientras en Bécon-les-Bruyères los directores financieros de Pontoverde se estrangulan calculando el sobrecoste de esta broma, pasmados al saber que unos pájaros tan pequeños, tan ligeros, cagarrutas de la naturaleza, puedan reducir el ritmo de su obra cumbre, y los directores de comunicación, dando prueba de una reactividad ejemplar, se imaginan de inmediato una campaña —Pontoverde, valoramos la ecología para vosotros, niños— y reclaman a los equipos in situ de Coca fotos de críos acariciando pájaros bajo la batuta de los ingenieros del puente, que sonríen ante el objetivo con el casco en la cabeza y las siglas de la empresa bien visibles por encima de los ojos.

El Boa se entera de la noticia al instante, se la notifica una llamada de su director de gabinete cuando vuelve de un viaje oficial a Dubái, donde los pájaros, al parecer, son más discretos. Por supuesto, monta en cólera. ¿Cómo es posible que no se haya podido llegar a un trato con esos ornitólogos? ¿Les han propuesto al menos financiarles nuevos estudios, nuevas campañas de anillado, prismáticos nuevos, tan potentes como telescopios de astronomía, nuevos ordenadores? Con la frente pegada al ventanal de su desmesurado despacho, contempla un largo rato a los pájaros que flotan mansamente en el río, y de pronto se vuelve y exclama: ¿y no hay un solo imbécil aquí que haya pensado en la *Migratory Bird Hunting Stamp Act*? ¿Tratar con esos rompepelotas está más allá de vuestras fuerzas? Hectáreas de marismas a cambio de una tolerancia ecológica sobre la obra de mi puente, ¿no forma parte de vuestras competencias imaginar un trato parecido? Se desploma sobre una amplia butaca club

y se afloja la corbata. Uno de los secretarios del Boa cree que se trata de un momento de calma —un chico estúpido— y toma la palabra para asegurar que él conoce esa medida votada en el Congreso americano en 1934, cuyo nombre popular es Ley del Timbre del Pato, pero justamente ese sistema entrañaba el riesgo de que los cazadores de Coca lo entendieran como un impuesto adicional. El Boa le mira tan fijamente que la voz del muchacho se convierte en un hilo, se estrangula hasta el silencio, echa hacia atrás la cabeza en su butaca y vuelve la mirada a través de la ventana, lejos, lo más lejos posible, hacia el cielo agitado.

Es el mismo cielo que Diderot examina en cuanto sale a fumar un Lusitania, harto de dar vueltas por la sala de reunión como un león en su jaula, con un iridio en la oreja para apaciguar a los jefazos de la Sede que rebuznan como asnos, furiosos, los pájaros, joder qué mierda, qué chusma, hay que deshacerse de ellos, Diderot, apáñeselas. La situación le preocupa. Tres semanas es mucho tiempo. Los muchachos van a callejear por la ciudad, y los que al principio se hayan tomado a chirigota esta historia de volátiles, y frotado las manos —dos, tres días libres para correrse la juega, o hacer novillos, un chollo en un tajo así, no van a despreciarlos—, pronto se sentirán desorientados, cuerpos desocupados y cabezas gachas, acorralados en la latencia, se levantarán tarde, rondarán hasta la mitad de la jornada por figones de carne aceitosa o se darán al juego, se les saldrán los ojos de sus órbitas en los cibercafés a fuerza de valorar en la pantalla promesas de culo, de sexos, de nalgas y pechos, de bocas entreabiertas en las que se vea la lengua si es posible, y teclearán con toda su alma, la mayoría solteros geográficos elegidos entre el contingente universal de trabajadores móviles, y al llegar la noche se palparán en vano los bolsillos a lo largo del río, todavía no hay paga, no hay realmente efectivo que quemar, al final se vendrán abajo, darán la vuelta al colchón para ir a cocerse o encontrar algo con que colocarse, porque esto es un coñazo, aquí no hay nada que hacer, y si algunos se deprimen otros se darán el piro, ni más ni menos, un panorama de mierda. Diderot se muerde las mejillas por dentro y patea el suelo, tres semanas de ocio obligatorio significan bastante más que un retraso que recuperar: rompen la mecánica de la obra, quiebran un flujo de energía, interrumpen el ritmo de trabajo. Después será más difícil reactivarlo todo, será más pesado, más lento, más doloroso, como reanudar una carrera después de hacer un alto con los músculos enfriados.

Una formación de golondrinas de mar árticas vuela a lo lejos y se lanza en picado sobre el río, el ave que la encabeza cede de pronto su puesto, agotada, y se coloca en la retaguardia, en el extremo de la línea. Diderot se siente también exhausto: le duele el costado vendado, un dolor lancinante le traspasa como un taladro cuando acelera sus movimientos y le condena a una rigidez de busto, se desplaza ahora como un

viejo, a pasitos, con el torso tieso inclinado hacia delante, y como solo mueve la cabeza las cervicales se le resienten: mirar hacia arriba le supone una tortura. Se murmura que ya ha pagado su testarudez —los días siguientes a la agresión ha trabajado con la ayuda de inyecciones de morfina sin descansar siquiera el tiempo de ir a poner una denuncia—, se considera que ha duplicado su afán para no pensar más en la herida y se llega a la docta conclusión, apretando los labios, de que «se aguanta, no es bueno», pero se abstienen de hablarle de su convalecencia porque ya no entabla un diálogo con nadie y trabaja como un loco, tiene el fondo de los ojos cada vez más amarillo, el sudor cada vez más agrio, la palabra cada vez más infrecuente. Loco se vuelve a veces por la noche cuando las campanas suenan por encima de su lecho y repiten «¡cabrón, cabrón!» y le despiertan, jadeante, con la nuca ardiendo, las piernas pesadas, se levanta demacrado y se toma un pelotazo de alcohol a morro, lo que sea, exageradamente, pero sin pretender disfrutar de la borrachera, con la única esperanza de volver a dormirse como un leño, y apenas consigue llegar al alba: está perdiendo pie.

Al volver de los barracones se encamina hacia la sala de reunión, donde le esperan. La noticia le ha precedido. Los jefes de equipo están tensos: entonces, ¿paramos los trabajos? ¿Lo paramos todo por los gorriones? ¿Cuánto tiempo? ¿Después va a costarnos caro, cuando tengamos que recuperarlo! Uno de sus ingenieros se hace el listo, exclama en voz alta ¡eh, a mí también me gustaría que protegieran mi zona de reproducción! La sala se ríe. Diderot aguarda a que se haga el silencio y después anuncia fríamente que la obra se detiene durante tres semanas y, dicho esto, abandona la sala.

Procedentes de los diferentes tajos, los obreros se congregan en la explanada y los jefes de equipo se alinean frente a ellos. Uno de los jefes carraspea y anuncia la interrupción temporal de los trabajos. Tres semanas de vacaciones, chicos. Hay pajaritos incubando y no hay que molestarles, así es la cosa, muchachos, es la naturaleza. Alboroto en el grupo, agitación, cabezas que se vuelven y cuellos que se estiran como si los cuerpos intentasen de repente respirar un oxígeno que no mienta, los hombros se ondulan, las manos se agitan nerviosas en el fondo de los bolsillos — y algunas se cierran en puños apretados, hinchados, enseguida carmesíes—, las piernas flaquean o patean: a toda velocidad, el aire se tensa en la explanada. ¿Y nos van pagar? La primera pregunta que surge. Caras de fastidio de los jefes de equipo evasivos, no lo saben, aventuran consignas dudosas, aprovechad para descansar, o para visitar la región, o para estar con la familia, o para hacer amigas, eh, hay cantidad de chicas muy monas en este sitio, ¿qué os parece? Pero los tipos se ríen sin ganas, no tragan: ¿por qué no dar las gracias, ya que estamos, eh?, gracias, jefe, por qué no felicitarse dándose una palmada en la espalda, ¿no es hermosa la vida? ¿Quién nos asegura que la obra va a continuar, por qué no nos pagan, por lo menos? Ha

hablado uno de los muchachos de Detroit, un tío de cara macilenta, la piel seca, estropeada por viejas cicatrices de acné y herpes rojos, lleva el pelo rubio recogido en la nuca en una coleta, tiene los ojos muy claros, casi blancos. Desconfía, dice que se sabe de memoria los bonitos discursos, se lo advierto, no van a darme por culo dos veces seguidas, y los otros a su espalda aprueban moviendo la cabeza, sí, sí, hartos de que nos engañen. Queremos la paga ahora, la queremos ahora mismo, si no tiramos la toalla y nos largamos. La voz del muchacho se oye en toda la explanada, cavernosa y cascada, un testarazo violento acompaña cada fin de frase, esgrime ante los jefes de equipo un índice enfurecido con la uña comida hasta la sangre y rodeada de pellejos. Los jefes se ponen de acuerdo con la mirada, uno de ellos se vuelve hacia Summer, hay que avisar a Diderot, hay jaleo, le dices, quieren su pasta, y a continuación declara, con mucha calma, de acuerdo, chicos, hay que ser razonables, no podemos prometeros que vais a cobrar hoy mismo, pero haremos lo máximo posible. ¿Cuánto es ese máximo? El obrero de Detroit no ceja —allá, a miles de obreros les habían embaucado, les habían mantenido en los talleres con falsas promesas cuando todo se iba al carajo, y cuando la General Motors había empezado a despedir hombres por grupos de diez mil, era demasiado tarde, no tenía arreglo, él había sido el que había renunciado y después lamentaba no haberse ido antes de los conflictos, había menos gente en la estacada y tenía buenas referencias, habría cobrado más pasta y habría podido rehacerse más deprisa, y sin duda habría podido conservar a su mujer, que se había marchado a vivir con sus padres con la hija de ambos cuando embargaron la casa una mañana de domingo, el día de su aniversario de boda, la casa y el televisor, la bonita cocina equipada, el sofá de tres plazas, la barbacoa, la bicicleta estática de ella y la caña de pescar de él, el karaoke electrónico de la niña, el camión enviado por el banco había aparcado justo delante del garaje y había aspirado como una ventosa su vida doméstica, se lo había tragado todo, ya no se detenía, no se veía nada desde fuera pero se oía el ruido de los muebles y de los enseres amontonados de cualquier manera detrás de las lonas, empujados, hacinados, y seguro que debía de haber habido desperfectos, era como un aspirador gigantesco que vaciaba la casa, que vaciaba su vida, su mujer lo había presenciado todo, erguida y en silencio, y en cuanto precintaron la puerta había metido una maleta grande en el maletero de su Rover beige, atado el cinturón a la pequeña en el asiento de atrás y se había vuelto hacia él, glacial, ¿me permitirás, al menos, que me quede con el coche?—, vuelve a preguntar, esta vez gritando, ¿cuánto es ese máximo? Summer ha vuelto a ocupar su puesto en las filas, mensajera de Diderot: pagan. Al enterarse de la noticia, algunos muchachos se ponen en fila para percibir dinero en metálico —y entre ellos Katherine Thoreau, Soren Cry, Duane Fisher y Buddy Loo, los indios—, mientras que los demás se dirigen hacia los vestuarios, perplejos. Summer y Sancho están el uno al lado del otro: ¿y a nosotros? ¿Nos van a pagar o no? Es Sancho el que lo ha dicho, haciendo pequeños movimientos oscilantes para auparse sobre la punta de los pies. Todo el mundo, Summer sonrío, todo el mundo va a cobrar su soldada y tiene una cita

aquí dentro de tres semanas.

Más tarde Summer se quita el casco en un rincón de su despacho, se dirige al lavabo para beber agua del grifo, salpica alrededor —y eso que hay vasos, todo lo necesario, y el agua de Coca está sucia, de eso no cabe duda—, se enjuga con el dorso de la mano y se sienta delante del ordenador: no hay noticias del Tigre, cuyo rostro empieza a disolverse, la figura y el cuerpo parpadean, precisos, en el curso de alucinaciones intermitentes, de improviso arenosas y virando a translúcidas —por eso Summer cierra los ojos cada vez con más frecuencia y hasta apoya unos puños duros sobre sus párpados, inquieta por la idea de que un día ya no habrá nada para hacer que reaparezca lo más pronto posible, para oponerse a la desaparición gradual de este tipo exactamente igual que se iza de un pozo de tinieblas la pesada cadena del cubo, igual que lo izas hasta la superficie, a él y a su cargamento frágil, percedero, hop, hop, qué cara tiene el Tigre, qué timbre de voz, qué textura de piel, a qué huele su cuerpo, a qué sabe su boca, hop, hop.

A su alrededor, la central de hormigón ronronea, los obreros —conductores de cargadoras y chóferes de mezcladoras— trabajan, los granulados circulan a velocidad constante, bien repartidos sobre las cintas transportadoras, y este flujo de energía continua le infunde seguridad, la envuelve como una manta, una especie de cabaña mental donde pasa ahora la mayor parte de su tiempo: la central se ha convertido en su morada, en un refugio. Como dispone de un punto de vista sobre el conjunto del emplazamiento, desde él controla todas las herramientas industriales, bajando los ojos sobre el último grito de pantalla táctil, en ella sigue en tiempo real, etapa por etapa, la fabricación del hormigón, y está preparada para efectuar cualquier ajuste: en todo momento, la naturaleza variable de los granulados puede exigir la modificación de algún parámetro de una de las trescientas cincuenta formulaciones memorizadas en el ordenador. A los que la acusan de ser una prusiana y se burlan de su tiempo de trabajo récord y lo consideran un exceso de celo o de ambición —Sancho Cameron el primero—, o incluso, y es mucho más pernicioso y violento de oír, a los que sobrentienden que la pobre solo tenía esto en la vida, nada más aparte de escrutar su consola y actuar cuando detecta una anomalía en la curva energética de la mezcladora, gráfico que informa de la consistencia del hormigón, Summer responde con calma que le gusta estar allí, en su puesto de trabajo, en su puesto de mando, que la metamorfosis de la materia es un espectáculo que la fascina, que las cosas tienen que avanzar; poco convincente en este momento, se empecinan en ver en su discurso articulado la máscara de la soledad.

Summer examina su plan de trabajo, evalúa lo que significan esas tres semanas de interrupción para ella, que sigue al cargo del movimiento perpetuo: menudo palo.

No paramos. Nosotros no paramos, ese es su primer reflejo, no paramos, nos adelantamos, solo pararemos cuando sea imposible almacenar el hormigón en la obra, *we just keep on going*, es lo único que se le ocurre decir, con una mueca de la boca sobre sus cuadros de mando, cuando dos tíos llaman a la puerta y preguntan si deben parar las centrifugadoras. Al decir esto fruncen las cejas, el más bajo de los dos, un mexicano rechoncho, puntualiza que toda la obra se para y Summer se vuelve, les fulmina con la mirada, nosotros no, vamos a adelantarnos. Los tíos retroceden en el rellano y cierran la puerta, ella les oye jurar en español la *hija de puta*, Luego llaman otra vez. Es Sancho. Asoma la cabeza por la puerta. ¿Qué tal? Se ha quitado el mono de trabajo y se ha vestido para ir a la ciudad, un impermeable de cuero negro a lo Gestapo, de costuras amarillas visibles, zapatos puntiagudos, un fular de seda con flores de cannabis impresas. ¿Qué haces tú, Miss Hormigón?

Summer sonrío, *nothing*, yo no paro, me estoy poniendo todo el equipo en contra pero me da igual. No me han dado ninguna instrucción. Sancho se alisa con un gesto maquinal los pliegues del fular, mira a Summer, se encoge de hombros, responde toda la obra para tres semanas. Summer guarda silencio. La oscuridad crece en el despacho. La lámpara de mesa le dibuja un rostro fantasmagórico anaranjado y con sombras grises, cara de calabaza de la noche de Halloween, está horrorosa, deberías parar de trabajar, Diamantis, ven conmigo, ya se han ido todos. La chica menea la cabeza, el hormigón es un tema muy complicado, ¿sabes?, mucho, todo el mundo cree que es un material básico pero es una sustancia asombrosa, juguetona, detener la producción requiere un protocolo —Sancho suspira, finge que se bate en retirada precipitándose contra la puerta, piedad, no, tamborilea contra la madera, libradme de esta loca—, ella alza la voz ahora y acelera su discurso, por ejemplo, una formulación de hormigón deben validarla pruebas de laboratorio y luego pruebas in situ, se observan sus características mecánicas durante veintiocho días y lleva tiempo, mucho tiempo encontrar la buena mezcla, a la que se le podrá pedir todo, la que responderá a los deseos del arquitecto, la buena textura, la buena resistencia a la helada, al deshielo, la que soportará cambios de temperatura, la que hará que el hormigón no cuaje demasiado rápido, no fluya, su voz se apaga suavemente, da la espalda a Sancho, que ha posado la mano en el picaporte de la puerta y se dispone a salir mientras articula basta, eres un coñazo, Diamantis. Esta se vuelve hacia él y responde que una central no es un coche, es un proceso, no se detiene apretando un botón, tenemos que demostrar seguridad, ¿está claro?

Son las cinco de la mañana. Un balcón, Diderot y ante él el paisaje que se mueve. Está apoyado en el parapeto helado, desnudo, con la manta poncho encima de la cabeza, el torso inclinado hacia la calle donde la nieve se ha endurecido ahora en forma de placas, amontonada en tiras sucias a lo largo de las aceras. Los brazos relajados y las piernas soleadas, las bóvedas plantares pronto congeladas por el frío suelo de cemento, se inclina, respira, busca ahí abajo, adelanta la cabeza hacia el río que sabe a su alcance, tanto es así que toca una parte entre dos inmuebles, superficie amaranta surgida bajo la bruma invernal: los pájaros siguen ahí.

Más de un día sin puente, piensa Diderot, con un escalofrío que le pone la carne de gallina, cuando el paisaje se despliega ante él a medida que despunta el alba, más arriba, más claro, más ancho y profundo, más contrastado, a medida que se escalona y se derrumba —fachadas heterogéneas y tejados ornados de parabólicas, slips y blasones capitalistas, aparcamientos aéreos, cruces viarios, arcos de triunfo, grúas, flechas, cúpulas—, a medida que se fragmenta y se compone con un mismo impulso que sigue siendo el de los comienzos, combinación poderosa en la cual se perfila, en segundo plano y lejos, alta y gris, la gran selva de la otra ribera. Su corazón endeble al salir de una noche cerrada se dilata también, al unísono con el ímpetu que aúna la salida del sol, que es suficiente para que la capucha le caiga sobre los hombros y sacar la cabeza fuera del poncho, su extraña cabeza que el frío inflama como un puñado de hierbas secas, siente que el corazón le bate ahora en el abdomen bang bang, late hasta el punto de que desgarrar la jornada sin puente que se anuncia, una jornada de mierda, lo sabe de antemano porque en veinte días de paro técnico es la angustia la que prevalece, el pliegue en la frente y el nudo en el estómago, es la calculadora que coloniza el cráneo y las penalidades en aumento. Bang bang. Una ojeada al cielo seco, se vuelve hacia el interior, se viste a toda prisa, sorbo de café frío y sin ducha, nada, ni siquiera dentífrico, solo una venda nueva alrededor de su barriga cicatrizada, la banda Velpeau que se la sujeta, un pantalón de ciclista, tres vueltas de bufanda, un gorro de gruesa lana amarilla, pasa por encima del desorden y sale derecho, cierra de un portazo, baja la escalera, coge la bici en el local y ya está fuera, muy vivo y con el olor de la noche en la piel, fuera fuera fuera porque es donde hay que estar.

Sabor de renacimiento. Es la primera vez que sale desde hace una semana entera —la última vez en que había conocido un debilitamiento semejante tenía diecisiete años y el riñón lastimado por un accidente de moto, meaba sangre y ya no se levantaba—, la llegada de los pájaros, condenándole a la inacción, no había hecho más que empeorar su estado. Una flojera. Había capeado días de meditación en que nada en él sabía contener la tristeza que se le infiltraba bajo la osamenta —por la fisura de la herida, pensaba, la cual, sin embargo, estaba totalmente curada, era indolora, un simple trazo ahora de piel violácea sin hinchazón ninguna— y le envenenaba la sangre. Había

pasado casi todo el tiempo sufriendo, obsesionado con el hombre con el que se había peleado, y ya hacía mil planes para volver a verle mientras que allá, en la obra, en los despachos paralizados, los muchachos se despachaban a comentarios: Diderot, coloso con los pies de barro, tigre de papel, roble abatido. Algunos hablaron de buscar al culpable —por precaución, Soren Cry arrojó su cuchillo al río—, se acalaron programando una expedición de castigo contra Edgfront, en los barrios chungos, porque solo podía proceder de allí, de aquella gente, aunque extrañamente nadie prestó atención a los testimonios de Summer Diamantis y Katherine Thoreau, que habían hablado ambas de un hombre blanco con corbata. La obra se torna un desbarajuste, la decrepitud acecha. Los trabajos se reanudarán mañana. Ya era hora.

Avanzar lentamente, primero bordear el río, seguir durante dos millas la pista asfaltada negra que recorre la ribera helada, firme e intensa como trazada a tinta china contra el incierto color glauco de las aguas estáticas, sobrepasar el Financial District juvenil, resplandeciente, erizado de esas grúas demasiado rojas, demasiado altas y nuevas, un adolescente en pleno empujón de crecimiento, a eso se parecen, dejar el Park a la derecha, prometerse que irá a dar una vuelta por él cuando llegue el buen tiempo, que irá a ver si hay tanto trapicheo como dicen —una impresora HP a cambio de un puf marroquí fabricado en Meknes, una edición de *Village Voice* a trueque de moldes para molletes, una pipa de agua cambiada por un edredón de Ikea—, si allí se trafica, si hay tanta prostitución como aseguran, si la gente se desfoga —artes marciales en el sotobosque, cometas en el prado, balones, footing y carreras por doquier—, si hacen el amor con los vapores del porro, compactados dentro de viajes de ácido con fondo de músicas flipantes o desolidarizados lánguidos bajo las amplias hojas verdes, blandas y muy acogedoras de los plátanos, si hay por allí poetas en vaqueros abolsados y tongs fluorescentes que salmodian la lengua de los búhos entreverada con la de los capitalistas, si allí se organizan políticamente, si bailan encima de tumbas indias, si rezan, hasta incluso si la zona confecciona una utopía en el corazón de Coca, un claro donde fluctúa la palabra sin riendas, una abertura donde se reformula el mundo, y Diderot que pedalea cada vez mejor acaricia con la mirada las frondas espolvoreadas de nieve, los Black Oaks de California con sus reflejos de bronce y el oro gredoso de los ginkgos, enfila hacia la muralla que respira envuelta en copos, y flanquea este parque sin verja ni rejas —cobrar impulso entonces y adentrarse en el bulevar que serpentea al costado del valle, respirar y aspirar regularmente, sobre todo no forzar, no malgastar las fuerzas, no precipitarse, sino escalar con cadencia, aguardar para cambiar de marcha cuando la cuesta alcanza un porcentaje idóneo, virar hacia la planicie adecuada sin para ello pedalear más fuerte, aprovechar las curvas, sobrepasar los McDonald's, los Trader Joe, los Wallgreen y los Safeways, y al llegar a la cima del bulevar, solo entonces, girar a la derecha y ganar el promontorio circular que avanza en el vacío, balcón que domina el valle, la ciudad, el

río y el puente que se alza en el río, con la cúpula de la selva detrás, apearse de la bici, descolgar la cantimplora y beber el agua que habrá adquirido un gusto metálico que es para Diderot el sabor mismo de Coca, abarcar el paisaje blanqueado, centelleante bajo el sol duro, y medir el camino recorrido, es el primer alto.

Diderot resopla como un buey, el agua le gotea por el mentón helado, tiene la cara de color remolacha y el sudor le baja por los ojos: nunca habría creído que le costase tanto subir la cuesta. Acodado en el pretil del que gotea hielo derretido, con los pies hundidos hasta los tobillos en un montículo de nieve manchada de mugre, la mandíbula posada en la gruesa zarpa cauchutada de un guante, contempla Coca al fondo del valle: ya no estoy para estos trotes, no tengo ya el cuerpo para esto, tampoco los hombros ni las piernas lo bastante sólidas y los pies lo bastante nerviosos, piensa enseguida en la casita de Finistère y sacude de inmediato la cabeza, *no way*, Finistère, joder, solo el nombre le ahuyenta, porque está en la punta del continente; solo estaría allí su madre como corteza terrestre, su madre podando los arbustos con una blusa azul y una podadera demasiado grande para ella, su madre encorvada sobre los macizos malva, azul cielo, rosa, su madre pequeña, toda marchita aparte de las mejillas muy rojas y lustrosas como las manzanas, toda desmenuzable, osteoporosis y lagunas de la memoria, irían a pasear por la bahía de los Trépassés, por la playa de arena donde van a parar al cabo de ocho días los cadáveres de los ahogados en la corriente de Sein, se reirían del topónimo macabro, horripilante,^[1] y caerían en la trampa que les tendiese la naturaleza implacable del paraje, su alboroto, observarían las olas que se forman a lo lejos y que se inflan poderosas, gruesos rodillos potentes, a la vez brutales y nebulosos, que pulverizan la luz a su paso y que se les impondrían como una especie de fatalidad absoluta, como el primerísimo mundo, la primerísima prueba de los días, y hasta pudiera ser que se bañase en pelotas en el mar, irguiéndose sobre la punta de los pies y levantando los brazos a cada ola que se le estampa en el vientre, gritando de frío, de alegría, de miedo, gritando con la boca abierta de par en par, al instante sofocada por tanto oxígeno y nitrógeno, mientras que la viejecita se recitaría el nombre de los cabos y de las rocas con la rebeca abotonada hasta el cuello, las zapatillas de cuadros hundidas en la arena húmeda absorbiendo el mar y los cangrejos, sí, quizá haya llegado el momento de afincarse en un lugar de la tierra donde ya no haya suelo que horadar, precisamente, ni demasiados gestos que hacer, un lugar donde pudiese disfrutar del mundo tal cual es, la simple percepción frontal, sin que haga falta añadirle la acción, sin que haga falta algo distinto de lo que ya existe, tangible como una flor que agrada y que se coge con un gesto, una sensación pura y que no obstante, exactamente como el movimiento de las olas, como su enroscamiento sabio y misterioso, le removería por dentro y le sacudiría las entrañas, así que solo un banco de arena, un poco de tierra y agua, la exuberancia animal por todas partes y el olor amargo de las algas, solo un cabo, un lugar simple y rudimentario, y desertar definitivamente de los aeropuertos.

En el fondo del valle Coca deslumbra y es como ver la impaciencia, la avidez, el deseo rapaz. Y eso repone las fuerzas a Diderot, le vigoriza. Vuelve a montarse en el sillín, hop, y vuelve la espalda a la ciudad y al Finistère futuro, se orienta hacia la llanura blanca, de nuevo sus ruedas silban sobre el alquitrán, de nuevo el placer de avanzar a toda velocidad, de hendir el aire como si fuera materia, de nuevo el gozo de traspasar el espacio con la cabeza por delante, acostado sobre el manillar en posición de velocidad y formando un solo cuerpo con la bicicleta, con el pelo y la ropa flameando ruidosamente en la atmósfera como otras tantas banderas minúsculas, y Diderot se ríe entonces a carcajadas, el aire helado que traga le seca la garganta pero le abre la boca, sus dientes dañados por sedimentos de tabaco relucen al sol y su lengua gorda todoterreno le bate el labio inferior, el aire que expira se trueca por el de la meseta calcárea, es un vértigo extraño, como si su sola presencia hiciera existir el espacio a su alrededor, como si él fuese a la vez el centro y el motor. En ese punto es el éxtasis: las fuerzas conjugadas de su cuerpo y las ruedas que le propulsan con la firmeza de una pieza de artillería, el bandazo ciclista cobra todo su sentido. Diderot despega, planea, elevado, y sus pensamientos también se materializan, circulan por su cerebro, tangibles y concretos como guijarros, tiene las ideas claras: siempre es en la bici donde todo se decanta, todo cristaliza.

Regresa por Colfax, pronto será mediodía, un local de comida rápida, camionetas con neumáticos para la nieve y, al borde del aparcamiento, un columpio vacío que chirría lúgubre sobre un pórtico: Diderot tiene hambre, entra. Sala sombría revestida de pino amarillo, en lugar de ventana hay adornos de Navidad en abundancia, música de disco a volumen muy alto —Jefferson Airplane, *Somebody to Love*— y un alboroto tremendo que cubren por fin su meteorología interna, vaivén incesante de las camareras de sonrisa dura y dicción blanda. Una chica tocada con un sombrero de vaquero le recibe con el menú en la mano, le dispensa un saludo comercial en forma de pregunta, ¿cómo van las cosas hoy?, se vuelve, lo precede entre las mesas ocupadas por cervezas y hombres vestidos con gruesas camisas de cuadros, o dos o tres pares de jovencitas, una familia. Para Diderot, una mesa en un rincón y listo: hamburguesa triple, patatas, Coca-Cola.

Cuando se abre la puerta, el rayo de luz blanquea la atmósfera y revela el polvo en suspensión dentro de la sala, mil millones de partículas sin masa, sin volumen, misterios de la materia, y entran luego unas siluetas negras que golpean su calzado contra el felpudo con una energía desproporcionada, so pretexto de que se desprenda bien la nieve que enseguida se convertirá en un charco. A Diderot le molesta oír el pam pam que hacen durante un largo rato, le joroba esa estridencia, arquea las cejas: otra familia se ha sentado a una mesa en la otra punta de la sala. Hay una niña en una silla alta, dos adolescentes, una mujer de pelo castaño y un hombre en una silla de ruedas. La mujer llama su atención. Se quita la parka de color fucsia, se saca la

melena de la capucha de su chándal y examina la carta mientras el hombre de la silla de ruedas apura una primera cerveza.

En el momento en que la camarera les lleva los platos —tres hamburguesas para cinco, dos Coca-Colas, dos cervezas, lo compartirán—, la mirada de Diderot se cruza con la de la mujer que le saluda con un movimiento de cabeza, murmura algo al hombre inválido, que a su vez le mira, y finalmente se levanta, atraviesa la sala y se planta delante de su mesa, su pantalón de *jogging* es holgado, demasiado grande para ella. Buenos días, sonrío —una capa abundante de sombra de ojos turquesa en los párpados hinchados, rímel en abundancia, ojeras oscuras, pegotes de colorete albaricoque sobre las mejillas hundidas, boca agrandada con un trazo oscuro—, ¿es carnaval o qué? Diderot deposita los cubiertos y sin levantarse dice buenos días. La mujer le tiende la mano: Katherine Thoreau, trabajo en la obra, fui yo la que le recogió el otro día. Diderot, sorprendido, se levanta al instante, ah, le estrecha la mano, vagamente contrariado por el empleo del verbo recoger. Ahora se encuentran de frente. La mujer es grande, sus hermosos cabellos huelen al champú familiar y a cigarrillo, posa los ojos en los suyos, ojos verdes pétalos de salvia, la dulzura misma, ¿ya se encuentra mejor? Su voz se pierde un poco en el alboroto del restaurante, el de la música y de las camareras *cow-boy* que gritan los pedidos, pero Diderot se ha situado por instinto en la buena frecuencia y la oye. Estupendo, ya lo ve —levanta los brazos en el aire, por poco se da una vuelta completa sobre sí mismo—, una camarera cargada con una bandeja de platos sucios pasa entre los dos, Diderot apoya las manos en las caderas, estupendo, no, de verdad, impecable. Ya lo veo, sonrío ella, con una mueca de admiración exagerada y los ojos brillantes ahora, ¿ha venido en bici? Diderot carraspea, sí —él que ya no pensaba en su pantalón ceñido de ciclista ni en sus pequeñas zapatillas planas, se siente desnudo y avergonzado y se esfuerza por revivir sus recuerdos, el hombre de corbata, la pelea, el dolor, pero no se acuerda de ella ni de que su pelo le hubiese acariciado la cara mientras yacía en el barro, empapado de lluvia y de sangre, ¿quién es esta tía? Entonces, ¿todo perfecto?, vuelve a preguntar ella, sin dejar de sonreír, haciendo ademán de volver a su mesa: pero yo sé que se entretiene un poco, incluso pasaría sin reservas el día en este lado de la sala con este hombre guapo como un continente. Están de pie, erguidos como tótems en el olor de fritura, tienen calor, arrastran los pies, molestan a las camareras que les rozan, ensimismados en el instante que se agota a toda prisa. Perfecto, Diderot la observa torciendo la boca: ¿cuánto hace que no ha hablado así con una tía? Olvidándose de las tres cabezas a su espalda y de la niña que llora, Katherine ha hundido las manos en los bolsillos, hay interés, le mira de arriba abajo, con una falsa seriedad, mañana volvemos al trabajo, así que más vale estar en plena forma, ¿no? Ahora está bonita a fuerza de mostrarse alegre, la mirada dulce, el cuello hermoso, el cuerpo esbelto, tan bonita que Diderot, buscando cómo seguir, le pregunta, abrupto: ¿en qué equipo trabaja? Fin de la risa, se acabó lo del gato y la golondrina, el paréntesis de guasas y el deseo molecular, ahora tenemos cara a cara al patrono y a la obrera, y es algo seco

como un bastonazo. Katherine Thoreau se pone rígida para contestar soy conductora del anclaje tres. Ah, muy bien. Diderot se muerde los labios, piensa eres un gilipollas, un perfecto gilipollas, mientras la mujer da un firme paso atrás que significa que se vuelve a su mesa, ahora con prisa por acabar, pero en ese momento choca con la silla de ruedas, trastabilla, se vuelve, es un hombre al que Diderot no ha visto venir detrás de ella y que anuncia, con un tono almibarado: tu plato se enfría, querida. Katherine lanza un grito de sorpresa, se tapa de inmediato la boca, ella tampoco había oído nada, porque aquí es difícil oír algo, y luego hace las presentaciones mirando a otro lado: Lewis, mi marido, el señor Diderot, el jefe de la obra; al decir estas palabras se siente deplorable, ¡el jefe de la obra! ¿Y por qué no arrodillarse y lamerle los pies, ya que lo tiene delante? Se enfurece, quisiera huir para siempre, pero Lewis tiende a Diderot una mano amable, Diderot, ¡ah, ya veo! ¿No es usted el que fue atacado por un loco? Diderot asiente, retrocede a su vez hacia su mesa, pero Lewis insiste y sigue avanzando hacia él, ¿por qué no viene a terminar su comida con nosotros, señor Diderot? No es divertido comer solo, ¿verdad, querida? Abrumada, Katherine susurra no vamos a molestarle, Lewis. Y Diderot entonces, como un actor mal aleccionado, mira su reloj y declina la propuesta, se lo agradezco pero ya ve, he terminado, tengo que irme, y a continuación paga, recoge sus cosas y saluda con la mano al pasar por delante de la familia sentada a la mesa, un saludo al que solo Lewis ha respondido, los chicos, en cambio, le miran fijamente, y ella mantiene los párpados turquesa ostensiblemente orientados hacia un vaso de agua, sin prestar atención a la pequeña que gime y le tiende los brazos reclamando justicia, han debido de disputarse el número de patatas fritas y los sorbos de Coca-Cola, y además ya no queda nada en los platos para Katherine.

Tomar la medida de los lugares

Coca se precisa cuando anochece sobre el territorio. La noche la favorece, la desquicia, la calienta, la entrega cruda y brutal, con los contornos acerados cuando su interior lo enturbian miles de resplandores rivales, la divulga anaranjada, efervescente, pastilla de vitamina C arrojada dentro de un vaso de agua turbia, bocal de combustible depositado en una cubeta, distribuidor de oxígeno, de speed y de luz.

El día que anochece multiplica su luz y acrecienta su ruido, la ciudad redobla su velocidad, las lenguas que han acudido se disparan en las excitadas bocas grandes, y este nombre que se propaga por todas partes: ¡Coca! ¡Coca! ¡Coca! ¡La ciudad flamante! Una zona de proliferación donde pululan, entre otros, hombres de negocios febriles, comerciantes de toda índole, adolescentes pérfidos, dandies opiómanos, usureros, usureras, chicas nictálopes y asesinos con peluca. Los grandes periódicos de la Costa, los primeros tentados por su reputación, al mismo tiempo que fascinados por su crecimiento, publican cada semana su imagen cálida y nerviosa, la comparan con una virgen núbil, zafia y maligna, todavía sucia, miradla, miradla bien cómo se insinúa, ataviada como una putilla, con la mano posada en una combadura recosida de estrás, feroz, determinada, escuchad cómo os llama, entrad, chicos, venid a ver, venid a probar. Fuerzan el rasgo, desde luego, porque siempre tienen que crujir las costillas, crunch crunch, pero en el fondo dicen la verdad —y el sexo era ciertamente aquí uno de los principios activadores de la gran mezcla global, practicado para abolir, o al menos se tenía esta ilusión, las diferencias sociales, físicas, generacionales —, no es un secreto para nadie, y basta atravesar Coca a cualquier hora del día para hacerse una idea del frenesí de una ciudad drogada de sudor y de pasta, tendida mortalmente como repujada de Botox, basta medir la fuerza del gigantesco efecto Joule que actúa en estos lugares.

Coca es una promesa de gran vida. Vienen de lejos, con el cuerpo impaciente y poco en los bolsillos para ir tirando solamente unos días; por tanto, *turnover* de los hombres y los deseos, mejillas brillantes y pupilas candentes, calles rápidas como motores centrífugos y rascacielos abiertos en el cielo dispendioso de buena fortuna: poderío efectivo del territorio. Allí encuentras lo que constituye el gran caldo urbano, allí se oyen los espasmos del hormigón y la escanciación violenta de los corazones sumergidos en una turbulencia común. Ahora bien, el secreto de ese *flow* incomparable que hace que aquí latan más fuerte las arterias y se perlen de sudor los riñones, ese secreto no es único para cada persona, circula por todas las redes posibles como una actualidad: ¡venir a Coca para hacer algo, y basta! No para afincarse en ella, y todavía menos para distraerse o descansar, sino para abordarla como una fiera ambiciosa, respirar fuerte, dar un gran zapatazo en la puerta y abalanzarse sin demora, sin anunciarse, y ejecutar entonces el plan.

Sin embargo, aún hoy se comprende mal que unos hombres hayan podido pensar en establecerse a los pies de una meseta calcárea tan penosamente jorobada, en el fondo

llano de un valle de flancos asimétricos al que descienden al alba hienas y lince con los incisivos todavía ensangrentados. Sí, se comprende mal cómo unos fanáticos muertos de hambre, movidos por la única misión de dar una tierra a su culto, un culto a su dios, un dios a su muerte, habían conseguido atravesar toda la anchura del continente, recorrer la pradera y las montañas, encontrar en el camino una hierba lo bastante alta para alimentar a sus animales, abrirse paso en la selva de cactus que circundaba la llanura —plantas de ramajes tan afilados como machetes o cualquier otro sable de tala—, frontera de alambre de espinos de la altura de un hombre a caballo, y cruzado el fondo de los cañones, cómo habían orillado los estanques glaucos convertidos en un lago helado durante el invierno y en reserva de mosquitos mortíferos durante el verano. Cómo habían afrontado el calor de animales y el frío de pordioseros. Cazado el gamo, atrapado a la liebre en una trampa, arponado a la tenca. Matado a indios. Cómo habían transportado a los suyos hacinados a bordo de carros mugrientos, construido casas, criado bisontes, cebado a puercos, cercado campos de patatas y de maíz para nutrirlos a todos. ¿Cuántos cadáveres y cuántos dementes al final de la marcha? ¿Cuántos caballos despedazados en filetes sobre hogueras primitivas? ¿Cuántos cueros cabelludos? ¿Cómo habían podido, sobre todo, asentarse y tomar mujer y seguir haciendo hijos, enterrando a sus muertos, primavera verano otoño invierno, un año y después dos y después diez, primavera verano otoño invierno, seguir quemando sesos y agujereando pechos, eviscerando cuerpos, primavera verano otoño invierno, cómo lo habían hecho?, sí, cabe preguntarse realmente, porque quedarse allí, en aquella lengua de tierra que se iba ensanchando como unas enaguas a la orilla del río, crecer entre los altiplanos y la selva clamorosa, arraigar allí equivalía a desafiar al cielo y la creación, pretender tutear al coyote y ahumar al oso pardo, beber nieve fundida hasta pillar una cagalera, asar los escorpiones acuclillados lomo contra lomo, escupir arena y frotar sílex. Lo han hecho, sin embargo, estos hombres barbudos con el pelo de cáñamo, estas mujeres con gorro, estos niños con fiebre, todos sucios y muertos de miedo salmodiando cánticos con el dedo en el gatillo, todos ellos asesinos: han fundado una ciudad.

Ahora bien, no se habían equivocado. El rincón valía la pena y la valía con creces, los regueros de lágrimas y las ampollas pútridas, los sabañones martillos que les agrietaban los pies pálidos: el valle mide siete kilómetros de longitud entre las planicies y el monte bajo gigante, una palma de la mano, y provista de un río en el costado oeste. Un clima áspero pero leal, que cumple sus normas un solsticio tras otro —una partitura, la escanción de su vida, el sostén de sus días, monotonía de la que acaban muriendo—, veranos ardientes que deparan tormentas con aparato eléctrico y granizos como pelotas de ping-pong, otoños resplandecientes, inviernos gélidos, primaveras espléndidas, suavidad entonces, una suavidad de prado, mil matices de verde, caballos al paso en la pradera, juventud y fuerza de las cañas, aire ácido y agua

cantarina. Y hay esos vientos virulentos que nacen en el este, cargados de loess que ellos recogen en las altiplanicies y que impregnan el suelo, siembran el valle, engordan al ganado como nata sobre mantequilla. Al llegar, los hombres que aún podían hacerlo habían hincado la rodilla en tierra y se habían llevado a la boca una pizca de la misma para probarla con un chasquido de la lengua —puesto que ahí residía el gestoy después se habían levantado, girado sobre sí mismos, lanzado el sombrero al aire y gritado ya estamos, es aquí, joder, ya estamos, ya hemos llegado; de todos modos no tenían opción, era allí o en ninguna parte, los caballos padecían fiebre, los niños ya no hablaban, el vientre de las mujeres se cubría de eczemas y ellos mismos estaban enloqueciendo.

En los primeros tiempos, Coca se eleva en postura de tortuga. Los pioneros están solos en el mundo, aterrados, convencidos de su superioridad, respaldados en su elección. Se instalan, colonizan. Proceden con método, como los griegos: delimitan el territorio, emplazan el santuario, trazan líneas en el suelo, erigen barreras, edifican casas, comparten las tierras arables. No aprovechan la vieja misión española, establecida treinta millas al sur, tan periódicamente diezmada por las incursiones indias, la disentería, las fiebres, que solo cuenta una treintena de miembros, y aun así hay que ver en qué estado: ninguno de ellos sabría relatar la mañana de enero, doscientos años antes, en que tres carabelas de cuarenta toneladas, con los coriáceos cascos negros y las velas gastadas hasta la cuerda, traspasan las brumas oceánicas, se aproximan a las costas, desembarcan en la playa a curas y soldados, pólvora, cálices, ollas, barricas, biblias e incensario; ninguno sabría hacer ese relato: apenas posan un pie en tierra, los hombres hacen exactamente lo que han venido a hacer, se desperdigan aquí y allá a lo largo de la costa, levantan campos rodeados de pequeñas murallas entre las cuales suenan pronto pesadas campanas católicas, puntas de lanza y bases detrás de la evangelización, cultivan, cazan, cantan, bautizan todo lo que les ponen delante, con las Escrituras en una mano y el mosquete en la otra, y empiezan a reventar de aislamiento, revientan de verdad, se ahorcan o se ahogan, se destrozan las entrañas con alcohol de resina; y ninguno sabría ya imaginar al monje franciscano de veinte años, un niño alucinado por la faz del capuchino (el mono), que hacia 1630 se interna en las tierras siguiendo la ribera oriental del río, con veinte hombres tras él, y que al cabo de siete semanas de marcha improvisa un altar en un prado al pie de la meseta y celebra la eucaristía mientras el río refleja un crucifijo de madera: misión cumplida, sois los hijos de Dios, estáis en Santa Maria de Coca.

Coca se aboveda detrás de sus empalizadas, sus cercados, sus pocilgas y corrales. No conoce, por tanto, el furor expansionista de las otras ciudades del continente, nacidas más o menos igual, ni planta el pie en la ribera de enfrente, al otro lado del agua, allí

donde la selva abombada incubaba tribus heréticas y antropófagas. Al revés, se esfuerza en conservar su perímetro, en consolidar su circunferencia: una ciudad madriguera crispada sobre sus activos —armas, rebaños, mujeres sumisas—, eso es lo que. Un agujero. Para sobrevivir se activan en él un conjunto de individuos groseros y brutales que de día trabajan como mulos y al anochecer tienen miedo —porque la noche en Coca era la noche en el fondo de un costal, una doble capa de oscuridad donde obra el canguelo, porque la noche estaba en el cielo pero estaba también en quienes no levantaban la nariz y limitaban su mundo a sus pies y su estómago—, y entonces matan, bailan, copulan y violan, empapados de alcohol hasta la raíz del pelo, y por último se derrumban sobre jergones que apestan a sudor y a heno húmedo. Que por la mañana salen titubeando al umbral de las casas, en calzoncillos o camiseta, con el cabello hirsuto y el aliento pastoso y un perro o dos pisándoles los talones, mean al instante con las piernas separadas ojos deslumbrantes, apuntan con el fusil a las orillas del río, disparan a las nutrias o a cualquier otro mamífero idiota que se mueve con excesivo brío en la claridad del alba, ¡pan, pan!, y desentumecidos de este modo vuelven a entrar en la casa para exigir su café con un gruñido huraño. Campesinos auténticos que transportan por el río a los pocos viajeros que se aventuran hasta Coca, ellos también con el cañón de la pistola a ras de la jeta.

Aun así, los indios acaban dejándose ver. Al cabo del tiempo. Un buen día salen del bosque y se acercan para ver, se deslizan entre los arbustos sin arrugar siquiera las hojas y de pronto se yerguen, inmensos. Están ahí, de pie cerca de las chozas, van armados con lanzas y desnudos. Respiran como hombres. Aterrorizados, ellos mismos inspiran temor, les apuntan con gruesas carabinas, les gritan que se queden donde están, que no avancen ni un paso, que no hagan ningún gesto. No comprenden nada. Se lo han advertido. Suenan unos disparos, unos cuerpos se desploman, todo el mundo se agita y después ya nada, pequeños gemidos entre las hierbas altas y el olor de la pólvora. Tras lo cual tienen miedo: no nos quieren, tienen aspecto cruel, comen carne humana y beben la sangre caliente a la altura de las carótidas, la arteria vierte directamente en su boca bestial. ¿Y si volvieran? Envían exploradores al bosque para localizarlos, calcular su número y espiar su fuerza, la misión moribunda envía también misioneros para darles una oportunidad de saber por fin que todos los hombres son hermanos a los ojos de Dios. Raros son los emisarios que regresan sanos y salvos de estas expediciones: a lo largo del río aparecen postes plantados a intervalos regulares en el lindero de la selva, exhibiendo cadáveres mutilados a los que muerden lince con ojos de bronce —*Felis tigris cocaensis*—, colibríes veteados y serpientes azul eléctrico. Por la noche arman barricadas en las pobres chozas, lloran de terror, tuercen el morro, se acarician el mentón y finalmente renuncian a arriesgar el pellejo vadeando el río hasta el otro lado, desbrozando la selva más hacia dentro. En Coca, el río lleva a cabo su obra —compone, separa— y los años pasan.

Porque es bien cierto que existe este río que le excita el costado. Larga cobra somnolienta y salvaje acostada como un ovillo sobre todo el continente. Tres mil millas. Profundo en este punto, y no hay manera de encontrar vados a pesar de que han enviado a las riberas a exploradores a caballo para sondear el lecho, ancho en cualquier caso —una milla como mínimo—, lo bastante ancho para que en su cauce puedan observarse tormentas de alta mar, y fuerte, una corriente poderosa riza la superficie de las aguas sombrías y rápidas. Lo describen siempre como un pequeño torrente helado cuyo centro se ha convertido en un perezoso gigantesco a la altura de Coca, y luego en río nacional habilitado, canalizado para el comercio entre la ciudad y el mar. Es apreciado ese brote de aguas cristalinas que se colorea, se torna opaco y después se enturbia con el aceite de motores, contaminado asqueroso en algunos meandros antes de mezclarse en el golfo con las aguas saladas del océano. De acuerdo. Pero verán: el problema es que no se sabe dónde nace el animal, se desconoce su fuente, nadie ha podido señalar nunca su ubicación exacta, sus datos GPS, es algo increíble, una historia que circula desde que la ciudad existe, ni siquiera el joven franciscano con la faz de indio capuchino y su cuerpo expedicionario, devorado por la angustia y los mosquitos, ni los perros de los primeros convoyes, ni los geólogos e hidrólogos que procedentes de Londres, de Boston, de Decazeville y Lons-le-Saunier se asentarán en Coca entre 1866 y 1925 y remontarán el río durante meses —los últimos en llegar juegan a detectives, cuentan el incendio de la fábrica Pernod en Pontarlier en 1901, el empleado celoso que vacía una tras otra en el Doubs las barricas de absenta para evitar que exploten y la ancha corriente que se alcoholiza de inmediato, los soldados de la guarnición en las orillas que se llenan el casco de agua y se la beben, se divierten, se abrevan y se pasan unos a otros el yelmo y dejan que les gotee por el mentón, que les salpique la barba con el abrigo desabrochado, un milagro, el pequeño Jesús ha bajado a la ciudad, y al día siguiente, a unos quince kilómetros, se contamina otro río, sus aguas se vuelven muy verdes, los pescadores ponen cara larga, esperemos que no nos maten las truchas, y se descubre así que el Loue, considerado autónomo, original, es solo a la postre un resurgimiento del Doubs: estupefacción general y primera coloración de la historia de la hidrología—, nadie la ha encontrado, ningún aventurero solitario, ningún héroe arrojado a la selva desde un helicóptero abigarrado y equipado de cámaras infrarrojas, todos dieron media vuelta, se extraviaron, heridos en un barranco donde se enmarañaban lianas gruesas y helechos fluorescentes, retrocedieron ante las cascadas enormes que se alzaban de pronto trescientas millas al norte, murallas líquidas cuyo remolino más delicado destruye la mejor embarcación de hierro, y al final todos coincidieron en dictaminar que no hay una sola fuente sino varias, y que regresarían más tarde, y ese más tarde sigue sin llegar.

Enseguida hay un puerto en Coca. La piedra dinamitada en los cañones al este de la

ciudad penetra pronto en el río en forma de una masa compacta que erige malecones donde atracan barcos de gran tonelaje desde comienzos del siglo XIX. Los construyen en las ciudades opulentas del estuario y remontan el río durante siete días, traen máquinas, toneles de vino, telas preciosas, remedios, libros y periódicos, zarpan cargados de ladrillos y antracita, ganado, cueros y pieles. Al aumentar el tráfico, el río se convierte en el ombligo por el que Coca engorda y se desbasta: innovaciones técnicas, evolución de las costumbres, revoluciones musicales, progresos médicos, modas indumentarias, ruidos de guerras y fiestas, todo esto refluye hacia ella sobre esos largos navíos fotóforos que la erigen en faro continental, en luz lejana que arde en la penumbra de una tierra inmensa, salvaje, de la que únicamente se civilizan sus márgenes. Por ello construyen un faro en 1850. Joshua Cripplecrow, a la sazón alcalde de la ciudad —así llamado por la piel, las uñas y los dientes morenos, por intrigante y cojo, asesino—,^[2] tiene esa idea fija en la cabeza, es la ambición de su vida. Lo levantarán para vigilar el río, allí donde el lecho se estrecha antes de ensancharse de nuevo hacia el sur en una cuenca bordeada de ciénagas, y en la cima dispondrá de un haz de luz giratoria debajo de una cúpula de cristal: es una torre de vigilancia. Pronto instalan las balizas a lo largo de las orillas, encuerdan boyas, construyen una capitanía, un dique seco, astilleros, se forma a pilotos y hoy día Coca sigue siendo el último puerto río arriba. Más allá, el manglar gana terreno a las aguas, los islotes en formación perpetua hacen temer naufragios, el mapa de los fondos se confecciona dos veces al año, y navegar requiere embarcaciones ligeras de fondo plano —canoas, piraguas, kayaks—; más allá solo hay pontones de madera musgosos que flotan delante de las cabañas ribereñas. Pero es preciso saber que a la altura de Coca, si maniobran bien, dos barcos cisterna pueden cruzarse de frente.

Por la época en que se edificó el faro —volvamos atrás—, se descubrió oro en el margen oeste, tres pepitas lavadas en el barro, tres mocosos que se revuelven al sol. Oro, oro. Entonces se produce la avalancha. Sobre todo de hombres, tipos jóvenes, fuertes, pobres, mozos llenos de convicción. Una nueva oleada de emigrantes arriba a Coca siguiendo la pista continental de los pioneros mientras que otra atraviesa el océano, costea las playas negras a bordo de barcos hediondos, avanza despacio, muy despacio, encuentra la entrada de la bahía —un paso tan estrecho, sin embargo, una puerta pequeñísima, el ojo de una aguja, y fue una emoción tan grande avistar de repente la bahía intacta, secreta, simplemente con estirar el cuello, como se asoma una cabeza curiosa por una puerta entreabierta, tanto impacto causó—, la nave fondea al fondo del golfo, desembarca una tropa que remonta el río, normalmente a pie, siguiendo sin saberlo la pista del joven misionero, y después se bifurca hacia Coca. Una vez allí, los recién llegados se escupen en las manos, fabrican barcas y almadías, pasan a la otra orilla, trasladan a ella materiales con que desbrozar el suelo. Hay tráfico, un francés monta un negocio de barcazas, fleta una primera embarcación muy

profunda, de sesenta pies, donde caben apretados dos caballos, una docena de hombres, algunas cajas de azúcar y harina, un tonel de aguardiente y veinte barriles de pólvora. La cosa va de maravilla.

Los chicos se emplean a fondo, se hacen un hueco. Los primeros que llegan se sirven primero, es la ley imperante: hay que saber lo que se quiere. Lo desconocen todo de este tramo del río, no saben nada de las tumbas indias paralelas a la orilla, de los cuerpos enterrados con la cabeza apuntando al océano, envueltos en mantas con un doble bordado de conchas, ni de los árboles sagrados, las secoyas gigantes que componen frondas catedralicias, los pinos (*Pinus lambertiana*) y los pequeños altares de arcilla donde queman plumas de cotorra o racimos de brezo (*Prosopis glandulosa*). Cortan, tallan, desbastan con energía, hunden, remueven y cavan. Se asientan y algunos palpan el oro: son escasos, pero entonces blanden su pepita con los ojos desorbitados, gritan hasta desencajarse la mandíbula, un largo grito que se amplifica entre los árboles, y se reactiva la maquinaria de la esperanza. Les miran, les envidian, se dicen que han tenido suerte y se preguntan si la suerte es democrática o si existen elegidos, si sonrío a cualquiera, si me sonreiría incluso a mí, una sonrisita que redimiría de golpe toda esta fatiga llamada mi cuerpo.

Collar de mil fragmentos, unas casas aparecen en lo que en adelante se llamará Edgefront. Se plantan dentro del barro en una noche, según la norma del «hecho consumado», se sostienen unas contra otras sobre una franja de tierra de menos anchura que un kilómetro y medio, un mínimo de una veintena flanquea el río. Se instalan familias desembarcadas en Sacramento gracias al tren que ahora une el interior del territorio. Cultivan huertos, preparan conejeras y toda clase de gallineros y pocilgas, caminos polvorientos delimitan la gran franja, las mujeres paren gritando delante de las palanganas de agua hervida y pronto unos niños juegan con palos, construyen chozas y tienden trampas a los coipos. La calma se ha restaurado, es el gran statu quo: ya no piensan en los indios, los divisan aquí y allá, en las dos extremidades de la franja, ahí donde la selva toca de nuevo el río, e incluso a veces comercian con ellos. Pero ya nadie entra en la selva, aparte de los cazadores y tramperos, y son hombres envueltos en un manto de misterio: han traficado con alcohol y armas, masticado raíces alucinógenas acucillados contra chamanes sarmentosos y aprendido su lengua, que consta de cuatro vocales y cuatro consonantes —las mujeres, en cambio, solo disponen de tres vocales—, cazado ciervos y martas cibelinas, domesticado al zorro azul y al autillo bigotudo (*Otus trichopsis*), han rastreado al lince de ojos de bronce y jugado a las tabas con los hombres-selva vestidos con túnicas de piel de salmón ornadas de conchas recogidas en las riberas: huesos y restos de cráneos, cartílagos de narices, pedazos de clavículas y toda clase de falanges—, han seguido hasta debajo de las chozas a niñas que llevaban muñecas planas con ojos de pez y comerciado con sus madres, y después

han seguido a estas mismas mujeres a las inmensas praderas pantanosas, pobladas de espíritus y de sonidos mágicos, y aunque algunos se han hecho matar otros han engendrado niños. Intermediarios, han sondeado el espesor del monte bajo a lo largo de doscientas millas como poco, y a su regreso, cuando emergen de la ganga pringosa y parpadean, deslumbrados, con los labios secos y las comisuras verdes, les acogen con respeto y les tienden los brazos: traen las plantas raras y la farmacopea, bayas amargas y hojas que salivan, y también pieles, más raramente oro, flores carnívoras.

En 1912 se construye un primer puente, bautizado Golden Bridge. Es un puente sólido, rústico, pero umbilical y por lo tanto ambiguo, como si su función principal no fuera tanto eliminar el aislamiento de Coca, favorecer su expansión en la otra orilla, como regular la marea de pobres que viven ahora en el otro lado, cribar su incursión en la ciudad vieja y facilitar a la llegada de la noche el regreso de los que trabajan en los barrios del centro, con objeto, sobre todo, de que no se queden en un lugar donde se valoran el orden y la seguridad de los bienes.

En los decenios siguientes la ciudad sedimenta, su cuadrícula se inscribe en el suelo, su plano aireado, diáfano, que conserva todavía numerosos terrenos de hierba alta, se despliega lentamente: los templos, las escuelas con campanas, los edificios civiles, aún frágiles, los fabricantes de carricoches, las tiendas, los hoteles y las ferias de mercado, una pequeña universidad, un teatro, algunos restaurantes, numerosos bares y tabernas, todo esto cuaja poco a poco durante los años de prosperidad que siguen a la Primera Guerra Mundial. Se elabora un estilo de vida que vacía todo el espacio, lo cotidiano triunfa, aspira los lugares, los absorbe y neutraliza, mientras que se implantan las ficciones vernáculas que en lo sucesivo pueblan la ciudad hasta convertirse en una segunda piel que se confunde con ella, ficciones que indagan la fundación de Coca, surgida ex nihilo bajo el cielo infinito, extrapolada a la virginidad del Nuevo Mundo con ese sentido de realización de las comunidades sostenidas por la mano de Dios, pero ficciones que tropiezan con su melancolía terrenal, su silencio afásico, como si vivir allí equivaliese únicamente a plantar cara porque los hombres no tendrían otra alternativa, otra tierra, nunca.

Muralla líquida, el río organiza siempre una frontera dentro de la urbe, paraliza más que nunca ese «otro lado del agua» que excita o repele. Tiene tanto limo, son tan tupidas las riberas, que los niños que se bañan en él entre dos nasas no se ven las manos debajo de la superficie, y aún menos los pies, que desaparecen en el cieno rojo por donde nadan finas serpientes negras. Pero es ahora todo un espacio vital donde se trabaja, se circula, se gana el sustento. Actualmente la atraviesan cientos de embarcaciones cada día. Se multiplican las barcas que cruzan o descienden hacia la bahía, las gabarras comercian, transportan, en verano una balsas sencillas trapichean,

impulsadas con astas, en invierno pequeños vapores mercantes se abren paso por los hielos grisáceos y unas canoas pescan —y cuando los salmones remontan el río en la época del desove, aparecen las barcas que de pronto casi se tocan y hay bullicio en todas partes, gritos y risas, porque, joder, los peces brotan a la superficie, es la pesca milagrosa, y esta noche hay fiesta, un festín, la barriga que estalla, la cebolla asada y el salicor hervido, las patatas, esta noche hay violines, baile, el vino de la prohibición escanciada de los toneles, aflora la teta en posición de firmes en el hueco del corsé, las pollas van de mano en mano, de boca en boca, sexo a tutiplén, esta noche es el gran desmadre, y se observan, siempre numerosas, surcando las olas como flechas, piraguas indias.

Porque sí, ahora los indios están ahí. Afincados en el lindero del bosque, sus habitáculos espesan la linde y humean en las ramas, cortinaje lechoso contra la oscuridad selvática. A los de Coca les gusta decir que han venido a la ciudad atraídos por los trueques en la orilla, por el brillo de las lámparas eléctricas y la amargura de las cervezas, que quieren leer los periódicos, hablar varios idiomas e ir al cine, que hacen lo que deben hacer para seguir la vía del progreso, que han optado por evolucionar. Les gusta decir que la urbe les atrae porque simplemente allí se está más caliente que en sus bosques lúgubres, y que el peor cuchitril sobre suelo de cemento es más envidiable que la tierra batida de sus chozas mohosas. Les gusta decir que la ciudad era simplemente deseable y que por eso la han deseado —del mismo modo que la deseas cuando tienes quince años y vives lejos de todo, sepultado en el campo, en un pobre villorrio donde el campanario suena a hora fija, empantanado en esos paisajes tediosos donde te mueres de aburrimiento, donde te acuestas con las gallinas porque no hay otra maldita cosa que hacer cuando lo que uno quisiera es que te rompan los tímpanos y brillar en la pista de baile, o por lo menos mirarla hasta la saciedad la noche entera—. Más infrecuente es imaginar que son refugiados y que, por el contrario, es el miedo, la violencia y el hambre lo que les han empujado allí, agolpados, nerviosos y perdidos.

En realidad, el statu quo había durado demasiado y los primeros leñadores habían acabado plantando el pie en el bosque. Ellos también eran recién llegados a Coca, chicos del interior, de Montana y Nebraska, pero también europeos, colosos con cabellos de lino, eslovacos, alemanes, polacos, tenían los brazos cortos y nudosos, el estómago vacío, conocían ya el trabajo y efectuaban las talas por cuenta de un patrono del centro urbano. Se sabe que al principio actuaban con tiento, eligiendo los troncos más jóvenes, espaciando las talas, dos muchachos trabajaban mientras otros tres o cuatro vigilaban y después tiraban del árbol todos juntos, uno detrás de otro, desbrozando a su paso estrechos pasillos en la foresta, como venas por las que transitarían de nuevo al día siguiente para reanudar la tarea, y todo ello para no dejar huellas, para no violar el pacto implícito que regulaba desde hacía tanto tiempo la vida del territorio: cazaban y pescaban a hurtadillas en tierras indias. Pero poco a poco, envalentonados, redujeron el espacio entre los troncos, empezaron a tender

trampas también ellos, y a veces hasta se acercaban tanto a pueblos que confundían la cría doméstica con las presas de caza a las que perseguían y se apoderaban de ellas con el mayor descaro. Después aceleraron el movimiento al mismo tiempo que su dominio del bosque, y aumentaron un grado la presión sobre las tribus: incendiaron campamentos para ganar terreno, envenenaron a animales con ácido sulfúrico, maltrataron a chicas: a una niña de siete años, violada y estrangulada, la encontraron flotando en el río con el cuerpo hinchado como un odre. Seguía sin haber carreteras, tan solo surcos forestales que en algunos años pasaron a ser una malla de senderos donde entraban vehículos a cargar los troncos. Entonces los indios se asustaron y algunos se internaron aún más en la selva inmensa, en pos de la caza, su alimento, y otros, desesperados, se dirigieron a Coca. Vieron con asombro cómo aparecían e incluso con decepción, ¿o sea que eso son los indios? ¿Así que eran aquellos los hombres que habían dado nombre el territorio y aterrorizado a los antiguos, eran ellos los nobles guerreros que avanzaban con Dios a la espalda y la llanura a sus pies? Cubiertos de plumas, con el carcaj lleno de flechas, la mirada orgullosa y el cuerpo ágil, recorriendo a la carrera la selva profunda, fascinaban y asustaban —imagen de Épinal muy práctica para designar a un enemigo digno del valor de quien le caza, fantasma sexual de mujeres bien vestidas, modelo estético para todos los nostálgicos del buen salvaje que no dejarían de sacarla a colación en sus coloquios—, cebados, recludos en los vapores del alcohol de quemar, masticando tabaco podrido de la mañana a la noche y estafados por unos chiquillos —dientes de oso a cambio de unas moneditas—, eran de pacotilla, les importaba un bledo.

Una segunda oleada de inmigración tuvo lugar en los años cincuenta. Aunque aislada, Coca atrae a poblaciones nuevas a las que hay que alojar, familias expulsadas de las costas donde la vida se ha vuelto carísima, donde el trabajo escasea, familias modestas y trabajadoras amantes de las casas individuales y la naturaleza, pobres que intentan prosperar, soñadores extraviados que buscan el mito del oeste, ese mito recalitrante que les devora la mente. Se especula sobre la tierra para parcelar, se esquilma la zona de pastos para el ganado, se gana terreno de los campos, se arrumban poco a poco los tractores para desarrollar los servicios, las camionetas y los Ford sustituyen rápidamente a los carros, y tienen lugar entonces bonitos timos inmobiliarios. Se abren algunas carreteras enseguida provistas de moteles, hileras de restaurantes de carne barata, boleras y supermercados, almacenes. Letreros luminosos dibujan pronto en la noche los contornos de chicas con ligeros rosas, un sombrero Stetson en la cabeza, una jarra de cerveza en la mano. Porque, cosa rara, cuanto más se moderniza la ciudad tanto más se apuesta sobre los tópicos del pasado para atraer a los compradores; dicho de otro modo, cuanto menos caballos hay más rodeos y, además, en corrales pintados con esmalte, erizados de anuncios publicitarios gigantescos, y entonces se paga la entrada. Los pioneros históricos optan por apiñarse

entre sí, se repliegan por reflejo, forman una aristocracia cerrada y violenta cuyo soporte financiero descansa en los grandes dominios o lo que queda de ellos, conservan el control de la policía, la justicia, los bancos, y los más intuitivos se cuidan de asociarse con los negociantes poco escrupulosos que bullen en la ciudad. También la violencia cambia de rostro. Las brutales reyertas, los ajustes de cuentas y la venganza ordinaria se transforman en pequeña delincuencia, tráfico de drogas, proxenetismo y delitos sexuales. Se transforman en mafias, expulsión, extorsión y usura, en intimidación para cobrar sin intermediarios.

Fin del milenio, Coca se aburre, archiprovinciana y confinada. Definitivamente insular. La juventud allí se muere de asco y le escupe a la cara. El culo del mundo. Algunos edificios, con todo, han verticalizado la urbe. Dicen también que es una ciudad moderna. Ayuntamiento blanco con columnatas, tribunal blanco con cúpula, cámara de comercio blanca. Un decorado de serie norteamericana donde se deslizan berlinas con los cristales ahumados. Uno se pregunta dónde está la gente. Aire acondicionado en todas partes y grandes fuentes de riego sobre parterres de césped de un verde chillón, perfectamente segados. Indiferencia ante el mundo, exacerbación de los poderes familiares, desconfianza hacia el extranjero, prosperidad recobrada, tristeza de mujeres cuya elegancia han extraído directamente de las páginas de las grandes revistas de moda impresas en París, Nueva York, Milán —copiada hasta tal punto que realmente parte el corazón, duele verlo, ninguna diferencia, ningún retraso, la última barra de labios sobre los suyos secos, el buen sujetador, la buena braga—: allí te asfixias.

Está el agua, por suerte. El movimiento del agua. La luz del agua. El río espeso, ancho, fecundo. El río helado, pista de patinaje que se agrieta por doquier cuando llega el deshielo, se despierta animal y se sacude sus escamas de hielo, tan vivo de repente contra la ciudad cansada. Por suerte existe esta libertad. Pero en la otra orilla, el barrio de Edgefront es solo un linde —un linde de la ciudad, del bosque, del río, tres veces marginal, triplemente apasionante—, una banda densamente poblada, comunicada por el viejo Golden Bridge y la cohorte de barcazas donde se amontonan los que han sido marginados de los placeres urbanos, ellos y sus motos, sus cochecitos de niño, su automóvil, los que viven en las chabolas pegadas al bosque. Hay muchos hangares, muelles, un campo de fútbol sin gradas, un supermercado, un complejo escolar. Pero nadie invierte allí un kopek. Asociaciones de voluntarios instalan allí dispensarios en módulos que sucumben a las primeras lluvias, mantienen la iglesia, cuidan el cementerio. Es todo, y dicen que es suficiente. Es el país de la chapuza y los pequeños chanchullos, de los apaños, los cambalaches, de todas las pequeñas estrategias de supervivencia que estimulan la inteligencia, el reino de los jardincitos, todos ellos huertos desordenados y fértiles, el país de las hamacas de fabricación casera en el interior de cabañas húmedas, de teles con pantalla de plasma

último grito y neveras llenas de cervezas, el de los remolques donde dormitan indios depresivos de mirada penetrante, y el de las casas construidas deprisa y corriendo que no pasan el invierno: el suelo se abomba, los hilos eléctricos se funden en cuanto se encienden los aparatos de calefacción, las tuberías se hielan a ras de la fachada. Es el país del otro lado del agua, es el lindero de la ciudad y el extrarradio del bosque, el país de la linde.

Cuando John Johnson, llamado el Boa, irrumpe en la escena política municipal, a principios de los años 2000, crea el acontecimiento, representa la reforma y lo nuevo, cortocircuita a las élites, suplanta a los herederos locales y, actuando por sorpresa, se otorga una ventaja táctica que conservará hasta su elección. En su último discurso de campaña se presentará como el príncipe encantador que habrá de despertar a la bella durmiente del bosque. Es el hombre al que esperaban para reiniciar la vida.

Un tercer paisaje

El invierno dura, funda de cristal. El frío enguanta la ciudad. Blanquea con albayalde las perspectivas, precisa los sonidos, destaca los gestos y el cielo desempeña un papel exagerado en todo esto. En el río —de un blanco descolorido como el resto—, los hombres se activan y el puente crece. Junto a pilares enormes, que ahora son como las dos clavijas indestructibles de toda esta historia, largos diques de hormigón refuerzan en adelante las orillas. Allí descargan los metales que se encaminan por vía férrea hasta la plataforma Pontoverde y después se transportan allá en barcas dotadas de rompehielos.

Están en la segunda fase de la obra, se opera hacia arriba, se coloniza el cielo. Diderot, en plena forma, alza su vaso hacia el personal durante una copa organizada en la explanada, felicitaciones de Año Nuevo formuladas in extremis el 31 de enero, un vino caliente servido en vasos de plástico translúcido que al instante se ablandan, pero se sabe que el de Diderot solo contiene Coca-Cola. Con otras palabras, la voz de Diderot restalla se acabaron los agujeros, las excavadoras y las explosiones, ya no más perforar y romper piedras, se acabó la cabeza sumergida y los pies en las simas, los tímpanos conmocionados por la dinamita y la presión de los cajones submarinos, el limo y el fango, se acabó el dragado —Verlaine ha liado el petate tres días antes de Navidad—: ha llegado el momento de las grúas y las flechas, la hora de los soldadores, la hora de los currantes y los manitas. Empezamos la erección de las dos torres: la torre Coca y la torre Edgefront, doscientos treinta metros. ¡Salud! En la explanada resuenan exclamaciones, una voz se destaca en la algarabía general —un timbre vagamente gangoso, sin duda el de Buddy Loo—: doscientos treinta metros, sí, por el estilo del Empire State Building, afirmación corregida acto seguido por Summer Diamantis, el Empire es más alto, el nuestro será más bien como la torre Montparnasse, y apenas ha concluido esta frase la voz de Sancho le susurra al oído, Diamantis, aquí no hay nadie que conozca la torre Montparnasse y, sin responderle, ella se dirige hacia la olla.

Los obreros beben, arrastran los pies y comentan con el vaso en la mano, habrá que trepar hasta allá arriba, habrá que ir, una mezcla de impaciencia y de angustia que el alcohol desata. Sancho Alfonso Cameron reprime una sonrisa, con los brazos cruzados sobre el pecho y aire inexpresivo: ha llegado su hora, lo sabe. Va a ganar altura, han sido suficientes cuatro meses destinado a la dirección del mantenimiento de los vehículos. Las torres Coca y Edgefront serán idénticas, cada una formada por inmensos pilares de acero a una distancia uno de otro de veintisiete metros, que estarán sólidamente sujetos por unos tirantes y después conectados entre sí por medio de unos largueros, una especie de pasarelas que servirán también de plataformas desde donde izar a hombres y materiales. Los pilares, por su parte, constarán de cajones de acero prefabricados en el taller, soldados y luego empernados unos con otros a lo largo de toda la altura; se trata de una cadencia de veinticinco cajones por

puesto y jornada de trabajo, ya han avisado a los chicos. Cada torre atiesada de este modo se montará paso a paso y cuanto más se eleve más introducirán en ella todo un conjunto de cuerdas, poleas, tornos, aparejos, y la grúa también evolucionará, desplegándose aún más a medida que vaya realizando el trabajo. El de Sancho consistirá en la construcción de la torre Edgfront.

Sortea al gentío hasta el bufé, se entretiene encima de la olla donde hierve el líquido color sotana de obispo y aroma de alcohol, de pimienta y de canela, de peladuras de naranja flotando, y se sirve de nuevo: le gusta este vino que le raspa la lengua, exactamente como esta ciudad le raspa la piel desde el primer día. Porque con respecto a la promesa de gran vida, Coca hacía algo más que cumplir las expectativas de Sancho: le reinventaba. En septiembre había llegado como gruista modélico, hijo único amoroso, novio considerado, pero desde entonces tenía la sensación de desprenderse cada día un poco más de su hermosa piel lisa, de su piel normal: se le secaba, se escamaba, se le caía a jirones, y él se deshacía de ella con una alegría tensa, asestando puntapiés a las virutas de madera, las limaduras metálicas. Todo sucedía como si la ciudad, actuando sobre su piel como el nitrato de plata sobre el papel fotográfico, revelase los estigmas del deseo y la ambición, el gusto por el juego, la voluntad de poder, y ahora disfrutaba al sentir que otra piel se estaba formando sobre la antigua, otra piel que él no conocía pero que era la de la auténtica vida, no cabía duda, y cuando observaba su cuerpo de leopardo en el espejo se encontraba bello, sí, y se decía simplemente que había llegado el momento de dejar que viviese lo que llevaba dentro.

Escondida entre la multitud, Katherine Thoreau se mantiene por ahora bastante lejos de Diderot, que comprueba su presencia mediante breves ojeadas laterales: se esperan. Cae la noche, la multitud se dispersa, los hombres tiran ya los vasos en grandes cubos de basura y se alejan hacia los vestuarios; el alcohol les ha calentado pero hablan de primas al abrir sus taquillas, esa prima navideña que todavía no han cobrado, habrá que procurar que no nos engatusen con el morapio, arreglaremos esto. Caballetes, hornillos y cajas de vino, hay que volver a embalar, a vaciar, a tirar, y Mo Yun, estupefacto por estos gestos, empieza a dar vueltas alrededor de la olla, todavía queda para llenar su cantimplora y es lo que se apresura a hacer, y acto seguido se pone a pescar una a una las mondaduras de naranja de la superficie y las envuelve en una hoja de papel de periódico, un cucurucho que se guarda en el bolsillo encantado de la ganga, y después se aleja, y en este preciso momento Diderot divisa la melena de Katherine que se desplaza hacia los barracones de los obreros, piensa que ella se marcha y que va a perderla, arroja también su vaso en los vertederos y se lanza en pos de ella con las manos en los bolsillos —en el fondo nunca le he dado las gracias, se dice para ponerse en marcha— y la intercepta, casi solemne, ah, Thoreau, una cosa, se lo agradezco, y Katherine, que le había avistado como a una masa en movimiento

haciendo slalom entre los últimos grupos que quedaban en la explanada, reduce instintivamente el paso para que se crucen —coreografía de la colisión, algo tan viejo como los caminos y totalmente mágico— y se detiene, con los ojos enturbiados de alcohol muy abiertos: ¿gracias? ¿Gracias por qué? Ha bebido demasiado, Diderot lo ve enseguida, tiene la cara alterada, él sigue derecho al blanco, gracias por aquella vez, la pelea, ya sabe. Ella posa en él unos ojos desnudos, singlan los iris transparentes bajo el abultamiento de los párpados, oh, de eso hace mucho, hace un mohín, queda ya lejos, le flaquean las piernas, se toca la sien, tengo que comer algo, he bebido, tengo que comer, y Diderot aprovecha esta ocasión —milagro de oportunidad— para decirle simplemente, espéreme, ya vamos.

Más tarde, Thoreau y Diderot están sentados en un café corriente, deslumbrados y atónitos de encontrarse allí y de que todo haya sido tan fácil, aunque han tenido que efectuar varios rodeos para esquivarse suavemente, y de que apenas instalados Katherine se haya levantado de la mesa para ir a vomitar en la taza, infecta, del retrete —y al hundir la cabeza en el agujero, sujetándose el pelo en una coleta sobre la nuca, aún tenía ganas de reír, estoy como una cuba, o lo que sea—, y después se ha salpicado profusamente la ropa al enjuagarse la boca en el grifo. Hay poca gente en la sala, clientes que se rezagan, dos polis que hacen un alto en su patrulla, un hombre de barba muy larga que monologa. Come un bocado enseguida —el tuteo súbito acelera la cadencia—, Diderot llama a la camarera y Katherine comprueba el olor de su aliento en el hueco de la palma. ¿Estás bien? Él la observa sonriente y ella levanta la cabeza, estupendo, y entonces ella, como si ya no pudiera aguantar, se despoja de su parka, que es fea, y para quitarse el jersey cruza y descruza los brazos, de abajo arriba, con un gesto amplio, su cara desaparece fugazmente dentro del cuello de lana, y luego se desabrocha los primeros botones de la camisa bajo la mirada de Diderot, que rastrilla, imperturbable, y por último se sacude con suavidad la cabeza para que el pelo vuelva a su sitio —una humedad empaña su labio superior y se le han enrojecido los pómulos, el gesto que acaba de hacer sugiere que tiene calor, pero no es así—, y en un impulso de una frontalidad inaudita, anuncia te advierto de que es lo único que puedo proponer cuando Diderot vagamente distanciado se muerde el interior de las mejillas y después se sitúa a su vez, muy tranquilo él también, directo, ya es mucho, dice, y Katherine, con voz clara, es lo que pienso también, dice.

A medianoche, cuando zumba la sirena que señala el fin del segundo turno, los hombres salen de la plataforma Pontoverde titubeando, con la piel tirante, los ojos ardiendo bajo los párpados que pestañean. Aunque algunos van entonces a su cuchitril, otros se encaminan hacia el centro de Coca, a la zona de los juegos y los placeres. Los solteros de la obra aprecian ese ritmo que aunque agota al organismo y perturba el sistema nervioso —se levantan hacia las catorce horas, trabajan desde las dieciséis horas hasta la medianoche, se divierten hasta el alba—, les permite los clubs nocturnos a las horas calientes. Les gusta pasar la noche en el tajo, la noche que les envuelve, les encierra en lugares iluminados —la multitud de bombillas disipan la oscuridad con una luz de fiesta, los faros de los vehículos se hacen señales mutuamente mediante juegos cifrados, las cabinas de los conductores están encendidas como alcobas— y agranda su comunidad, su solidaridad y su fuerza: allí están entre ellos, hermanos de armas. Por eso no titubean mucho tiempo sino que se excitan, embrutecidos e impacientes para ir a ligar con chicas que se ofrecen, para ir a beber y a jugar, impacientes por encontrar, tras la duración y la tensión del trabajo, un poco de circulación fácil, una poco de fluidez dulce. Una vez fuera, se ponen en marcha agrupados en la penumbra y avanzan a buen paso hasta las lanzaderas que les llevarán allá, saltan dentro, se empujan ya, es una horda de chiquillos que bromean y alborotan, una pandilla de colegiales eléctricos.

Soren Cry, con su aire de querer pasar inadvertido, por lo general se sienta al fondo del vehículo, solitario, y apoya la cabeza en el cristal, su mirada vagabunda se sumerge entonces en la oscuridad, le gustan estos trayectos parecidos a cámaras de descompresión, a túneles de flotación donde se ocupan otros, le transportan y por fin él puede relajar la atención. No ha visto al tío que se ha sentado a su lado, que le da unos golpecitos en el hombro para que se vuelva y le tiende una mano sólida al presentarse, Alex. Soren le acerca la mano de mala gana y gira de nuevo la cabeza hacia el cristal, pero el otro le palmea otra vez el hombro, tres golpecitos secos tap tap tap, yo sé, sé quién eres, nos conocimos en Anchorage. Soren se sobresalta —nadie puede verlo, pero yo sé que su corazón se sobresalta como si se asfixiara y luego arranca de nuevo en tromba—, responde lentamente, no, te equivocas, tío, yo nunca he estado en Anchorage, soy de Ashland, Kentucky, pero el tipo se aprieta de pronto contra él hasta tocarle el hombro con el suyo y baja la voz, no vamos a perder el tiempo, Soren Cry, no vamos a contarnos chorradas, ¿vale? A continuación, delante del otro que está a punto ahora de vomitar de terror, el tío suelta a toda pastilla con una voz falsamente serena tú tuviste un problema en Anchorage, Soren, una historia de una chica y un oso, un rollo muy chungo. Soren se ha levantado, catapultado recto sobre las piernas como un resorte, déjame, tío, nunca he estado en Anchorage, yo soy de Ashland, te confundes, pero el otro se levanta al instante para obligarle a sentarse con la palma brutalmente plantada sobre el hombro, escúchame bien otro aviso más y

puede que acabes donde los maderos, estarán contentos de echar el guante al asesino del oso, créeme, todo el mundo está estremecido allá, ¿me oyes, eh, me oyes? Soren baja la cabeza, el reverso del gorro negro le cubre las cejas y los globos oculares vibran en la oscuridad, extrañamente líquidos, de acuerdo, el tío le pega violentamente la mejilla contra la suya como para una diagonal de un tango y le sopla a la cara un aliento de chicle de nicotina, vamos a hablar, oye, tengo una misión para ti, una movida que no puedes rechazar, y si no pum —ha apretado el índice y el corazón cruzados juntos contra la sien de Soren y ha soplado encima como el profesional después de la ejecución limpia del contrato—, y él se ha puesto rígido en su sitio, acorralado: por otra parte, es lo que está, acorralado. Cuando el otro se aparta por fin para bromear como si nada con los chicos sentados en los asientos delanteros, Soren vuelve la cabeza contra la pared de cristal: microscópicos islotes de luz y ruido —letreros eléctricos, ventanas amarillas oro impregnadas del calor de la cocina, rescoldos de tabaco en los ceniceros de los coches, el halo azulado de los televisores, perros que ladran, corredores solitarios que resoplan y golpean el asfalto al ritmo del *jogging*, bicis que cierran con cremallera la noche— perforan la oscuridad urbana, barrios de viviendas que se estiran, donde la gente se estrecha, donde sueña, todo lo cual no es para él, que no conocerá nunca descanso, parece ser, nunca jamás. Soren conoce la carretera, faltan todavía unos minutos para llegar a la miseria dispendiosa de las aceras, al vientre anaranjado de la ciudad, Soren está vacío y mientras los barrios discurren por la ventanilla, su pasado se desenrolla como un gran carrete, negro y sombrío por igual, y con unos pocos destellos lineales ha regresado a Anchorage.

Desde el aeropuerto había temblado, tenso a tope por el cansancio del viaje y el espectáculo de los despojos expuestos en los pasillos. Una magnífica colección de especímenes naturalizados de las faunas terrestre y acuática de Alaska, animales que se había tomado el tiempo de mirar, impresionado por el brillo de sus pupilas —cómo mirabany el fulgor de los dientes humedecidos de barniz —tenían hambre—, entre los cuales un alce de Canadá de cuernos planos, pezuñas hendidas, ojos dulces, el extraño animalillo anfibio, vagamente prehistórico, solitario e independiente, que vadea los ríos anchos y paca con la cabeza debajo del agua, un muflón blanco de cornamenta gruesa ambarina retorcida en forma de arcos como el peinado de rulos de Madame Bovary, y por último un oso pardo erguido sobre las patas, colosal —tres metros de altura por un millar de libras como mínimo—, a Soren le fascinan el poderío y la violencia —dos nombres que le parecen extrañamente sinónimos, los confunde alegremente desde la infancia— que subsisten en esa carcasa velluda, exhibida de ese modo en la zona de tránsito. Un hermoso comité de bienvenida. Material para pesadillas, y posteriormente las tendrá, la fiera cobraría vida sobre las baldosas.

Tras lo cual había habido que construir el barco, con un casco de acero de treinta metros de carpintería metálica, que Soren y otros tres tíos armaron durante unos meses: el propietario, un rico hotelero de Anchorage, monta un negocio de caza y quiere transportar a treintenas de cazadores y pescadores hacia los *lodges* que posee en Kodiak, Seldovia o Eagle River. En esa obra es donde Soren tropieza con su primer oso, un joven macho hambriento que pulveriza las botellas de cerveza consumidas durante la pausa y huye cuando él se acerca. Unos días más tarde, cuando lo ve reaparecer, Soren decide prepararle a partir de entonces una gavilla de bayas, raíces y pescado seco, la coloca en la parte trasera del hangar, por donde suele pasar el animal; actúa a hurtadillas: está prohibido domesticar a un oso en el lugar de trabajo. Diez días después, cuando vuelve a mirar detrás del hangar, no queda nada del haz, pero son bien visibles las huellas de las patas en la nieve. Soren sonríe, se estremece de alegría. Unos días más tarde, lo oye gruñir de nuevo detrás de la empalizada, corre hacia allí y llega a tiempo de ver cómo devora la gavilla enorme que ha introducido en la obra con tantas precauciones y el oso, al verle, se queda inmóvil, se miran, Soren observa la mancha rojiza que le nimba la parte superior del ojo, la cosa dura dos o tres segundos, no más, y luego el animal desaparece detrás de un muro de bidones.

Terminado el casco, Soren encuentra otro empleo en una fábrica donde se congela toda la jornada de pie delante de unas cubas de pescado que hay que desescamar antes de embalarlo. Prosigue, no obstante, su domesticación, una o dos veces al mes, hasta la noche en que encuentra la gavilla intacta: el oso ya no viene. Este abandono le afecta profundamente: Soren vagabundea, se emborracha los fines de semana, siente que zozobra. Cuando le hablan de ese puesto de conductor de autobús que queda libre, aprovecha el chollo, en un gesto de confianza postrera empieza a explorar la naturaleza y encuentra a la chica que va a volverle loco.

Por mucho que no crea en la relación entre ellos —la chica es universitaria, ha viajado y habla francés—, se deja engatusar porque los dos tienen un metabolismo común, son dos solitarios independientes y matutinos, dos individuos mudos y desangelados a los que fascina el salvajismo. Al principio, a Soren físicamente no le gusta mucho la chica, es una muchacha de miembros cortos, rostro cerrado, pelo apagado, pero a él le agrada su lado arisco y los gruesos pechos bajo el anorak marino, pechos de los que le permite gozar y que él amasa, chupetea, mama; además, él reconoce que ella no es pegajosa, no le hace preguntas y su apetito de sexo le conviene. Cuando ella se deja caer por la casa de Soren por una avería de calefacción en su pisito, él le abre gentilmente, le especifica sonriendo: te advierto que es temporal, pero está tan transfigurado por el hecho de que una chica llame a su puerta que es como si le propusiera que se quedase para siempre, y entonces la chica hace su entrada, majestuosa y deseada, y he aquí que pronto Soren aguarda su regreso cada noche, organiza los paseos nocturnos por la naturaleza, conduce a la chica, la guía y le cocina quiches. La conclusión del estudio que ella realiza sobre los lobos —la

comunicación dentro de las manadas: desciframiento de los gritos y aullidos— señala el de su especie de luna de miel. La chica vuelve a la universidad y de repente le mira por encima del hombro, no se digna responder a las preguntas que él hace, se aburre visiblemente, no tarda en llevar tíos a casa de él por la tarde, estudiantes un poco pencos pero ricos que vienen con sus cervezas y su calentador de agua. Sorprendentemente Soren lo tolera y no dice nada, cuenta con el paso del tiempo, y después la chica le humilla cada vez más a menudo, ahora se niega a acostarse con él, no le deja tocarle los pechos, se burla de su ortografía —eres disléxico o qué, hay que consultar, amigo mío, no siempre estaré yo aquí— o de su trabajo, sale todas las noches con las piernas desnudas bajo la rejilla negra de los leotardos nuevos, con los pechos extravertidos, y vuelve al amanecer como una cuba para tirar los preservativos usados a la basura común, y él le pide finalmente que se vaya; ahora tiene miedo de pegarle, se conoce a sí mismo, ella debe largarse. Pero la chica se le rebela, declara que espera un giro de su padre, Soren ciego de rabia responde fríamente me la suda, esta noche te piras, pero esa noche ocurre lo que sea, vuelven a acostarse juntos y Soren lo vive con tal intensidad que ya no sabe lo que quiere. Esta vez también la chica ha gritado mucho de placer, está reluciente de sudor y los mechones de pelo se le pegan a las sienes, lo mira un largo rato con los ojos brillantes, su boca es cruel, desdeñosa, Soren, ya es hora de que te informe de que no soy una perra, una yegua, una cabra: soy una mujer, un ser humano, ¿lo recordarás? Después se vuelve hacia la pared suspirando, sofoca una risita sucia y, arqueada, le ofrece otra vez el culo, al que Soren retorna. Esa misma noche reaparece el oso de la obra, hurgando entre los matorrales del traspatio del inmueble. Soren está desorientado, la chica duerme bocabajo. Como no sabe de qué modo desahogar la violencia sexual que le corroe, y notando que pierde pie, se viste y baja a las basuras, con las llaves en la mano. Ahí está el animal, resplandeciente, lustroso, nogalina bajo una luna enorme, el oso tiene ciertamente ese cerco rojizo alrededor del ojo, es él, Soren alucina, maravillado, llama suavemente a la fiera que se acerca, se desplaza lentamente a cuatro patas, ahora contoneando todo su cuerpo enorme y caliente, es mágico, Soren sube la escalera caminando hacia atrás, peldaño a peldaño, enseñando la bolsa de basura al oso que avanza despacio, sin hacer más ruido que el de su masa móvil en la escalera glacial, el de su aliento, el roce de su piel contra las paredes en la curva, y en cuanto llega al rellano Soren abre la puerta del piso a toda velocidad, deposita en el interior la bolsa, a unos dos metros del umbral, deja la puerta abierta y sale al descansillo para apostarse más arriba en la escalera: apenas el oso entra en el apartamento, Soren gira la llave en la cerradura con una mano febril, encierra en el piso al oso y a la chica.

Los hombres acaban de apearse de la lanzadera. Alex se ha colocado de inmediato detrás de Soren, reacio a caminar, en este aprieto, y le empuja hacia delante a empellones sucesivos en el hombro, se internan en un barrio centelleante y aceitoso a

lo largo de callejuelas estrechas, entran por fin en un bar cualquiera donde el Francés les espera. Sentaos. Bajo las bombillas fosforescentes que iluminan el local, Soren descubre sus caras, la de Alex le intriga, la reconoce vagamente. Como si la conversación empezada no fuese más que un interludio sociable entre gente de buenos modales, el Francés les apunta a los dos con un índice giratorio, ¿qué vais a tomar? Los minutos que siguen son exactamente como la mano que aprieta la garganta. El Francés zorro plateado, de nariz prominente, afirma: vas a recibir un paquete a la hora del relevo de medianoche, te lo llevará Alex, ojo, él no entra en la obra, tú se lo coges fuera y luego lo guardas en tu taquilla y después tendrás todavía tiempo de pillar el autocar y de ir a tomar un trago con los muchachos. Es todo. Soren se mira las manos que tiemblan encima de la mesa: ¿y después? Después esperas las instrucciones. Soren no dice ni pío, baja otra vez la cabeza, el ojo se le refleja en su cerveza dorada, sopla: ¿qué hay en el paquete? En ese instante, Alex vuelve a arrimarle el hombro y le lame a medias la oreja murmurando chitón, mientras el Francés le levanta la barbilla con un golpe de la sortija de sello, escucha bien, no hagas ninguna pregunta, espera las instrucciones, todo irá bien. Pero Soren insiste, con lágrimas en los ojos que parecen pegamento: ¿y si me niego? ¿Si te niegas? Si te niegas quizá nosotros también busquemos un oso y te encerramos con él.

Ralph Waldo está de paso en Coca durante veinticuatro horas, es lo que le dice a Diderot a mediados de enero por teléfono, con una voz suave e internacional. Como el Boa se ha ido a Dubái, Diderot y él se verán a solas. Cita en el bar del Four Seasons, último palacio abierto en Coca y local de moda, establecido en la antigua cárcel, a semejanza del de Estambul: las celdas de los indios refractarios y de los peores bandidos de la comarca han sido transformadas en suites de lujo a dos mil dólares la noche, previo raspado de las paredes para borrar para siempre los grafitis de rebeldía, los insultos racistas y las amenazas proferidas contra los jueces —a la salida te vas a comer los cojones—, y tras decapar las caricaturas que relegan a la noche las caras de esos mismos jueces con mejillas colonizadas por patillas tupidas, pelaje de la corrupción o de la intransigencia; los locutorios se han convertido en salas de seminario equipadas con todo tipo de tecnologías para las videoconferencias, los talleres en Business Center, el refectorio en vistoso Lounge Bar, y el patio del trullo en jardín tropical con piscina de mosaico y arriates de rosas inmarcesibles.

Diderot llega tarde, con una hora de retraso por lo menos, pero Waldo le sonrío, cincuenta años, alto y delgado, ni un gramo de barriga, manos espléndidas — muñecas finas pero singularmente anchos el pulgar y la palma, fuselaje de dedos musculosos— posadas en las caderas, apartando con los codos hacia atrás los faldones de su chaqueta, cráneo bola de billar nimbado de una gloria mordaz porque es juvenil: cuentan que ganó el concurso del puente de Coca dibujando un puente delante del tribunal, con lápiz y goma en ristre, un doble decímetro en el bolsillo, no necesito nada más, dijo para empezar, mostrando uno tras otro sus parcos utensilios como el mago que muestra al público el fondo de su sombrero antes de extraer de él un vuelo de tórtolas, solo necesito una idea y una *strong philosophy*, Luego, el oral de presentación, prueba temible, se había transformado en una clase magistral, Ralph Waldo inició su intervención con murmullos cuchicheados al auditorio como si reflexionase en voz alta: ¿cómo se inventa un puente? ¿Cómo surge su forma? ¿Se deduce del contexto o se afirma según las necesidades? Entonces había acometido una demostración de virtuoso a semejanza de sus manos, que de pronto ocupaban todo el espacio, y de su voz, que comentaba cada rasgo en el tablón, permitiéndose, con todo, tanteos, titubeos, para arrancar mejor las hojas blancas del gran tablero, pantomima del genio violento e inspirado, y si bien falso y hasta groseramente hipócrita, aquel *work in progress* tuvo cierta insolencia que subyugó a los jurados: premiaron esta coreografía, tan bien montada como un número de las Bluebell Girls.

Luz whisky y moqueta musgosa, con chicas lianas cimbreado entre las mesas, oscuridad dorada, los hombres empiezan a beber. De entrada hay que hablar del puente: ¿cómo va la obra, Georges? El hombre escruta a Diderot detrás de sus finas gafas redondas de policarbonato, va vestido de negro —polo y traje de corte italiano—, calza zapatillas de deporte con suelas de caucho refinadas a la última moda.

Diderot se quita la cazadora, masculla, avanzamos, hemos dragado medio millón de metros cúbicos de cieno y sedimentos, toda una mierda que hemos arrojado al océano, nada bonito de ver, no estoy seguro de que cumplamos las normas, más vale que los ecologistas no se nos echen encima, y luego ha habido que romper las piedras en el fondo de un canal, aplanar los bajíos del río, hemos preparado la cama donde acostar al monstruo, la fase Anchorage se acaba, levantamos las torres, estamos dentro del plazo previsto.

Ralph Waldo sonríe. Su pregunta solicitaba una impresión general, una emoción, interioridad, y no un informe técnico. Sigue un diálogo de sordos: cuando Ralph extrapola la cuestión del puente, alude a la estética, a la experiencia íntima de la travesía y de la naturaleza —él es el hombre que vuelve de lejos, el que inventa la forma—, Diderot la circunscribe, le da un tratamiento técnico, la cuantifica, la dimensiona y por último da a la travesía su versión gradual, rectilínea, este puto puente, similar a toda clase de obras, no es más que el calibrado de una forma perfectamente conocida, y hablar de ella es siempre aislar el problema para después descomponerlo, descomponerlo siempre, una y otra vez, y es así, dispuestas en una serie, como se elaboran las respuestas adecuadas, es su método, su manera de pensar.

Ralph Waldo *versus* Georges Diderot. Dos hombres cara a cara, hundidos en los sillones, y el alcohol se les sube a la cabeza, el bar cierra, última consumición, reinciden en vaciarla de un trago, salen, se arriman bajo la lluvia, Ralph Waldo se tambalea con las gafas en la mano, mi ambición es siempre intervenir lo menos posible, grita con el brazo extendido hacia lo que cree que es la dirección del puente, siempre se trata de encontrar la forma más ligera, la más pura, la más moderna, una interpretación del paisaje —enseguida se le caen las gafas a la acera mientras trastabilla en la cuneta—, es lo que hago, interpreto el paisaje, chorrea y se desgañita, feliz en ese momento, y Diderot visualiza mentalmente la mecánica gigantesca de la obra, el despliegue de las fuerzas, el desgaste físico de los hombres, demacrados y sucios al final de la jornada, el ruido ensordecedor de las máquinas, los fajos de billetes contados y recontados uno por uno por los dedos mugrientos antes de doblarlos en pequeños cuadrados para guardarlos en el fondo de carteras de cuero, los accidentes que amenazan y los que acontecen, las caras cerradas de los indios y los gestos violentos de los hombres de Detroit, cuando de pronto divisa a Summer Diamantis concentrada en sus hormigones y a Sancho minúsculo al pie de las grúas, y abarca todo ello con Katherine en pleno centro al volante de su vehículo, se deja embargar por la emoción —una interpretación del paisaje—, una risa silenciosa le sacude mientras el arquitecto camina a zancadas hacia el río, con el torso oblicuo inclinado hacia el suelo como si penetrara en una borrasca adversa. Diderot se aferra ahora a la voz de Waldo, que corta el viento y grita: ¡un tercer paisaje, no la soldadura de dos zonas, Georges, un nuevo paisaje! Waldo ha pasado un brazo por debajo del

de Diderot y así enganchados se encaminan hacia el río, borrachos, llenos de ímpetu, avanzan imantados por las orillas, el paseo arbolado, los banquitos, los arbustos, pronto hipnotizados por el rugido de las aguas, los signos curvilíneos trazados en la superficie, los filamentos burbujeantes —mensajes con tiza ilegibles en una pizarra— que se deshacen en unos segundos.

El puente inacabado y macizo en la noche, una presencia monstruosa, muy negra, Waldo la mira fijamente en voz baja, la iluminación nocturna no debe ser demasiado fuerte, demasiado espectacular, Georges, no quiero un sable de llama, haces que esculpan, bombillas que apoyen, toda esa porquería de grandilocuencia, las torres no se alumbrarán hasta la cima para que se pueda pensar que se prolongan en la noche, el piso será un simple rasgo como una línea de fuga, y ajustaremos el equilibrio entre las sombras, entre las diferentes calidades de sombra, haremos que se toquen las materias, el río, la ciudad, la selva y, para el puente, quiero solamente que se sienta la fuerza en los cables. Diderot escucha la voz del arquitecto filtrada en el rumor de Coca y de la selva, y sujeta a Waldo, que se inclina peligrosamente por encima de las aguas, a fuerza de no ver nada, hace que dé media vuelta con suavidad para regresar juntos y le desliza en el oído, para la iluminación nocturna no hay problema, para eso también tengo los planos.

A Sancho le quedan unos minutos antes de que la jornada arranque, antes de descifrar las señales de los obreros que prepararán y equilibrarán las cargas que hay que levantar —gestos que poseen su normativa plasmada en reglas profesionales, lengua oficial del gruista aprendida de memoria y siluetas con casco dibujadas sobre hojas blancas el día del examen—, y antes de izar luego por brazadas las barras de acero que habrá que colocar con una precisión de centímetros. Unos minutos para gozar de la situación. Sancho se vuelve hacia Coca, su mirada recorre la ciudad, se detiene en una encrucijada donde unas siluetas se apresuran, se dice que de buena gana giraría la flecha para aproximarse a esa torre que flanquea el río, treinta pisos de un azulado aguamarina, y quizá tocase con la punta del brazo telescópico la ventana de la chica que le había acogido en Coca, presentador descuajaringado y espléndido en el baile de la vida.

Primeras horas formidables de su llegada a Coca, la espingarda que levanta su nombre en una pancarta, el coche que rueda disparado hacia la ciudad y la radio a todo volumen que emite pop internacional. Esta impresión de velocidad loca y de luz que salpica, este sentimiento increíble de que la vida se embala. Shakira que canturrea, sube la voz al atacar los estribillos, sacude la cabeza, enseguida despeinada, golpetea con las manos el volante y al mismo tiempo pisa el pedal del acelerador de tal modo que se propulsan al ritmo de la música, fuma Dunhill rojos, mira de reojo un sms y, una vez solos en medio de la llanura, le dice a Sancho con una voz rugosa, irónica, *don't worry sugar*, me encanta conducir con tacones, y él esboza una sonrisa de circunstancias, una sonrisa de pánico y de júbilo que habrá que elucidar, ahora tiene la boca seca, la reverberación del sol le fatiga los ojos hasta el punto de que acaba bajando el espejo del parasol, se dice que tendrá que comprar un sombrero cuanto antes, que elegirá uno negro, un Stetson con un cordón de cuero, se promete no reparar en gastos, luego la autopista que corta una zona desértica de suelo polvoriento, tan blanco como un lago de sal, ocupado aquí y allá por barracones unidos, hienas sedientas —Sancho las imagina rondando alrededor de los pozos de petróleo— y cactus de brazos separados como Cristos con aureola. De pronto tiene delante el espacio abierto, un *scope* lateral, las colinas lejanas en los dos extremos del llano, formas umbrías flotando sobre las brumas de calor, azules, adormecidas como dinosaurios, mientras que ahí, justo al lado de Sancho, la chica es otra montaña que regula el aire acondicionado y vigila las vibraciones de su móvil, a Sancho le asombra que compartan este bóldo mercurial, tiene un escalofrío, se frota las manos, sonrío otra vez con la misma sonrisa que gusta en él, con la cabeza recta delante del parabrisas, se dice en ese segundo «mira, estoy sentado en un Mercedes último modelo al lado de una rusa con unas piernas de locura, tengo veintisiete años, soy un gruista que acaba de viajar quince horas en un avión para llegar a esta obra, mi primer puente, pero sé como todo el mundo que el que quiere construir un puente tiene que

hacer un pacto con el diablo», y, delante de él, la autopista es como un embudo fatídico donde se mete de cabeza con ella.

Llegan más tarde al final del altiplano, la autopista se termina brutalmente al borde de un precipicio allende el cual resplandece, agazapada en el valle, la ciudad de Coca: un fásmodo, piensa Sancho, que estira el cuello hacia el cristal del parabrisas, es por la noche cuando se dejará ver. En pleno día, el cielo refleja su gramática serena en las fachadas de las torres y el paisaje entero se absorbe en ellas cuando unas grúas, centenares de grúas plantadas muy juntas auguran su poder futuro. Enfilan una vía ancha pero recubierta de un asfalto agrietado carcomido por la grama; después la chica traza al costado de la meseta curvas amplias cavadas groseramente en el suelo calcáreo y ya en el valle se infiltra en los cruces y otras vías rápidas, igual que se desliza un pelo blanco en una cabellera todavía vigorosa. Más tarde, cuando llegan al corazón urbano, la mano grande de Shakira Urga le muestra las riquezas de Coca con gestos de deferencia excitada y la cara tensada por un rictus febril. No deja de reducir la velocidad al pasar por delante de acuarios gigantes dentro de los cuales fulguran bólidos de lujo, ¡mira! Ferrari, Mercedes, Porsche, allí están todos, Sancho menea la cabeza, serio, y esto complace mucho a Shakira, que lanza las llaves del Mercedes a un sombrío portero filipino plantado como un espectro ante la puerta de un restaurante al pie de una torre espejo, hace siete años que se le puede ver en este sitio, con la levita rígida y la gorra con galones echada hacia atrás, siete años hace que emigró a Coca, siete años, hay que imaginarse una secuencia así y contar con los dedos, con la cara de la mujer y los niños blanqueando en el fondo del pasaporte, un giro mensual enviado al pueblo y las migajas del sueldo para pagar un chamizo sin ventana en un entresuelo cualquiera, una mujer muy de vez en cuando y las tangerinas azucaradas que chupa delante del televisor, pronuncia treinta palabras al día pero cien veces las mismas.

Almuerzan rápidamente en cuanto Shakira ha depositado el móvil en la mesa y llamado al orden al camarero que ha servido la mesa vecina antes que la suya: le habla con un tono duro, el semblante severo, la uña del índice dando golpecitos en la esfera chapada en oro de su reloj suizo. Vista de frente, vista de cerca, su figura adquiere un relieve que Sancho examina con la nariz al ras de los espárragos, sube y baja, es una carretera que desenrolla su bucle negro hacia atrás de la mesa donde la chica devora su plato, ciudadana de Coca, nueva y empedrada en su cuerpo irreprochable, cuidada como un instrumento de precisión, detrás de esta avenida donde trabaja para el municipio, detrás de esa torre donde duerme con el director de la poderosa cámara de comercio y además dueño del Mercedes, carretera que mitiga las estaciones sucias y el miedo de que la maten, en la trasera de camiones tapados con lonas donde chocaba con otros como ella, las bodegas, los maleteros de automóviles, los retretes de los trenes, las rapiñas, la alegría de encontrar una botella

medio llena en el fondo de un cubo de basura, de topar con un jersey, la muerta de frío y mugrienta. Y en su espalda abombada, en esa espalda que ya ha encajado tanto, se debate, se remueve, grita, en la espalda lleva Rusia, la guerra, es Yuri, el hermano pequeño, el soldado, el que ha hecho campaña en Chechenia y al que ella no ha esperado. El que partió de muchacho sin saberlo, no un trueno de guerra, no, más bien un chico perezoso como una culebra y astuto como un mono, que partió sin saberlo en enero de 2000, como quien se levanta para desentumecer las piernas, y que ahora entra en los barracones sospechosos de la barriada de Grozny derribando las puertas a patadas, con la metralleta bien sujeta contra la cadera y apuntando al interior hacia hipotéticos cuerpos enemigos escondidos en los recodos oscuros, apostados bajo los escombros o recubiertos de barro, y que se inmoviliza delante de las habitaciones y aguarda, escucha, acecha, y al menor ruido escupe balas a fondo, las escupe a muerte, barriendo todo el espacio del cañón, tac tac tac tac, dispara como un enfermo, y al cabo de poco ni siquiera se toma la molestia de aguzar el oído, ni siquiera la de echar una ojeada, derriba la puerta y ametralla sin más, sin esperar, de tanto miedo que tiene, de tantas veces que ha visto agonizar a sus camaradas, pillados por sorpresa en emboscadas, con la garganta degollada a continuación sobre el cadáver caliente, de tan aterrado que está, roto, hundido, de tan majaras que están los tíos que tiene enfrente, aviesos y fanáticos, de tanto que quieren su pellejo, y forzosamente hay restos, hay manchas, incluso babea, joder esto chorrea, sangre y tripas, hay gritos, lloros, las viejas, los niños, por fuerza Yuri hace allí una puta carnicería, se pasa el tiempo ametrallando, es el kamikaze del escuadrón, no sabe hacer otra cosa, y cuando se detiene es para cocerse con otros chicos que han partido como él sin saberlo, es para ir al burdel —pero ya no se le empina, hay demasiados ruiditos en el cuchitril, demasiadas respiraciones sospechosas— o para escribir a Shakira, su bella hermana. Shaki, espérame, espera a que vuelva a Moscú, saldremos adelante, tendré los bolsillos llenos. Y Yuri le sopla por detrás en el cuello un aliento fraternal, un asqueroso tufo de pólvora y sangre caliente.

Después de comer, Shakira se aleja para redactar un mensaje en el teléfono y después cambia de opinión de pronto, decide dar una vuelta por una playa acondicionada a lo largo del río, al norte de la ciudad, y Sancho se deja llevar aunque la idea misma de una playa le parece absurda ahora —¡una playa!—, ni siquiera se le había pasado por la cabeza, hasta entonces de Coca solo había visto un conjunto de torres dispuestas sobre un catastro geométrico.

En el trayecto se cruzan con otras berlinas igualmente potentes y orillan otros inmuebles igualmente deslumbrantes, pero inacabados. Shakira resume: aquí la norma es sencilla, ¡si tienes dinero entra, si no *bye-bye!*; sus manos sueltan el volante para representar con gestos las palabras: válvula abierta, válvula cerrada, y Sancho, asombrado, contrae las nalgas sobre el asiento porque el coche va a su máxima

velocidad por una vía rápida a la orilla del río.

Aparcamiento a flor de agua, cafés nuevos, terrazas, parasoles publicitarios, sonorización alegre y pop siempre, temas clásicos interpretados por teclados electrónicos. A esta hora un sol pródigo barniza la superficie fluvial y la arena de la playa centellea como azúcar. Caminan hasta la ribera. Es el único sitio donde me siento feliz, Shakira respira a pleno pulmón, manda a paseo sus chinelas de una patada, avanza hacia el agua, se remanga el vaquero hasta medio muslo, entra en el río, llama a Sancho, ¡ven, ven!, y él tiene la impresión de que las cosas se aclaran. Se aclaran de una forma extraña porque su mirada abandona a la chica para dirigirse más lejos, hacia Edgefront y la orilla de enfrente: todo tipo de verdes mezclan allí sus matices en una barrera vegetal profusa y sonora que se alza hasta la altura de un hombre, algunos tejados de chapa emergen aquí y allá, cabañas, motoras amarradas bajo los ramajes, barcas y pontones flotantes sobre neumáticos y, más allá, en la profundidad de campo, una elevación de montaña forestal devora el cielo con gran resonancia. Después, de nuevo la voz de Shakira, ¡ven, ven! Le sonrío desde la orilla y él le devuelve la sonrisa, diciendo al mismo tiempo no con la cabeza, las manos en los bolsillos y removiendo con los pies los guijarros minúsculos, y además transpira debajo de la camisa, tiene sed, se enjuga las comisuras de los labios. Entonces la rusa cogió agua en las manos y caminó derecho hacia Sancho a grandes zancadas, con los muslos chorreando los cabellos flotando como plumas, se detuvo ante él, le ordenó desvístete y, desafiado, Sancho se frotó el torso con una mano indecisa: le horrorizaba defraudar. Ahora se pregunta si tendrá que ejecutar los gestos lúbricos adecuados a la situación —o sea, reunidos en un perímetro restringido y sometidos a una temperatura elevada, él, una rusa y el agua verde que baña una ciudad entregada con la boca abierta a un puente futuro—, si ha llegado el momento de, si le observaban, si esta tiarrona salida de la taiga era una prueba, una trampa, se desabrocha el cuello, se afloja la corbata, de repente ve a un tipo que rastrilla la arena con ayuda de un detector de metales, advierte a la chica, tenga cuidado que va a detectarla... Shakira emite una risa de yegua estupefacta, recoge sus sandalias, Sancho se enjuga la frente y abandonan la playa.

Antes de arrancar el Mercedes, Shakira se había ocupado de desprenderse la arena pegada a los pies mediante pañuelos de papel deslizados entre los dedos que luego aplastaba con una presión seca y tiraba por la ventanilla uno por uno, la caja entera gastada enseguida. Sancho había seguido con la mirada los kleenex blancos que flotaban en el aire, revoloteaban blandamente, deformados por el menor soplo, y que por fin volvían a depositarse en el suelo, manchando poco a poco todo el paisaje.

La sirena, Sancho ocupa su puesto. En el suelo se agolpan carpinteros, soldados y operarios que fijan los pernos, desembarcados de las lanzaderas fluviales. Llevan el casco en la cabeza y se preparan con los pies pesados. Pisan sin avanzar. Al segundo

pitido de la sirena, permanecen agrupados, se les mueven los hombros, una onda anormal, y de pronto sale un tipo del grupo y se coloca al margen, los demás le rodean, habla un largo rato, blande el puño, dice «no» con la cabeza y parece que los otros le aprueban. Sancho llama a un ingeniero en la plataforma, el walkie-talkie crepita, hay mucho ruido abajo, estallidos de voz, remolinos de cólera, ¿qué ocurre? Un timbre circunspecto le responde, la cosa se pone fea, se pone fea, los chicos no obedecen, la comunicación se interrumpe. Sancho se pega contra el cristal para ver mejor, abajo reina una agitación anómala, a unos chicos que quieren avanzar hacia los cajones se lo impiden otros que les zarandean, les imprecán —destacan las caras: bocas que se abren de par en par, cejas circunflejas, rubores—. La aglomeración se convierte en un cuerpo sacudido por espasmos, Sancho se dice que hay muchachos que van a acabar en el agua que está helada, no comprende nada y decide bajar. Una vez en tierra, le sorprende el furioso alboroto, el tumulto. Al tipo que se había destacado del grupo le cuesta restaurar la calma, es un hombre blanco, con el torso grueso como una baza que jugar, los hombros en curva, puntiagudos, es tipo gitano, levanta los brazos nudosos para imponer silencio, eh, eh, dos patillas negras avanzan como puñales árabes hacia sus mejillas afeitadas a cuchilla, y cuando sus labios finos, oscuros, una raya, acaban abriéndose, martillean las palabras una por una: nadie ocupa su puesto, nadie, queremos un aumento del jornal, mientras no lo tengamos no empezamos. Su voz se enroscó en el silencio breve que siguió y después rebrotó, juguetona por primera vez, no nos dieron la prima de Navidad, pues bien, vamos a conseguir algo mejor.

Algunos forman ahora un cordón de seguridad de una parte a otra de la plataforma, se encadenan, se trenzan unos con otros con los brazos en jarras y luego se alinean con gravedad. Sancho se desplaza entre los obreros, curioso, un tití que ha bajado de su rama para pescar informaciones, irresistible y desagradable, todo sonrisas por fuera, no pasa inadvertido. A fuerza de moverse entre la multitud acaba topando con el hombre que ha hablado, le interroga, ¿qué pasa? El otro le escruta con una mirada suspicaz, lo que pasa es que queremos que nos paguen en cuanto ponemos un pie en la obra y no a partir del momento en que atornillamos el primer perno, ¿te enteras? Sancho asiente con la cabeza y el otro prosigue, articulando como si escupiera a impulsos de la furia, nos descuentan de la paga el tiempo que tardamos en llegar aquí, pero hay que tener en cuenta que desde que fichamos en la plataforma hasta que llegamos aquí pasan treinta y a veces cuarenta minutos, y si los multiplicas por dos, ir y volver, tienes como mínimo una hora de más al día, y eso calculando por lo bajo: no van a explotarnos. El hombre tiene frío, se frota las manos, mira un reloj de abuelo sobre su puño tatuado con un alambre de espino, de todos modos será mejor que no esperemos mucho tiempo porque si no la gente de detrás va a ponerse nerviosa. En ese instante un grupo de obreros se aproxima, inquieto, pero no quieren jaleo, no es cuestión de perder el empleo, y el hombre de patillas les cizalla fríamente uno tras otro, las mandíbulas laten bajo su pelambre, beeee, beeee, ¿así que somos

ovejas? Beee beeee —gesticula, con cólera aterradora—, Sancho escucha este diálogo con una atención febril, se pregunta cómo acabará todo esto, quiere ya participar en este asunto cuando de pronto el tío de las patillas le interpela, con un gesto del mentón: ¿tú eres directivo? Sancho asiente sin pestañear, precisa como si se disculpara, no tengo un contrato local, el otro le mira socarrón, total, que te lo has montado, concluye, después se vuelve hacia el grupo compacto de obreros, que estampan los pies contra el suelo, algunos se soplan como para calentarse las manos en forma de corneta a la altura de la boca. Sancho está allí plantado, espantosamente solo.

Ahora los obreros quieren organizarse, hablan de defender sus intereses, las lenguas se sueltan: ritmo insostenible, seguridad mínima, un sueldo de mierda. Sale a relucir la historia de los veinticinco cajones al día por cada puesto de trabajo, es decir, tres cajones ensamblados cada hora de trabajo en el ruido ensordecedor, la incomodidad y el frío glacial: los chicos protestan de que los cajones han sido mal ensamblados en los talleres de prefabricación, que con excesiva frecuencia tienen que recurrir a la soldadura para garantizar la continuidad de las piezas mecánicas, homogeneizar sus características técnicas, comprobar su condición de estancas, y que esto reduce la cadencia —sobre todo porque no todos tienen formación para la soldadura moderna, una técnica sofisticada, un trabajo de orfebre. El hombre de las patillas circula entre ellos, se presenta, es carpintero, procede de Ontario y se llama Seamus O'Shaughnessy. De vez en cuando echa un vistazo a su reloj y luego siempre vuelve hacia Sancho, así que si eres directivo llama a la dirección y diles que se espabilen, tenemos frío. Sancho asiente, se aparta —feliz de ser el emisario—, llama a Diderot que descuelga, escucha, dice que le concrete el número de obreros, las causas del paro —se adivina que tuerce la boca y se acaricia la barbilla— y concluye: voy.

La llegada de Diderot al tajo de Edgefront Tower suscita un silencio impresionado, mezcla de reticencia y curiosidad. Conocen de memoria su silueta, se apartan para dejarle pasar. ¿Quién es el portavoz? Al decir estas palabras el silencio se intensifica y luego Seamus O'Shaughnessy sale de la fila, con los labios tan crispados que solo son una incisión en su cara inquietante: yo. Los dos hombres se calibran. Seamus replantea la reivindicación, siempre esta misma formulación contrariada, los labios que se retiran descubren las encías: un aumento de salario de una hora por jornada de trabajo. Diderot observa a los muchachos, declara que no es posible: una hora al día son seis a la semana, veinticuatro al mes, etc., multiplicado por el número de sueldos, no hace falta que te lo ponga por escrito, es inviable. ¿Ah, sí, cómo que es inviable? Seamus se tensa, su cuerpo solo expresa un puño apretado en el fondo de un bolsillo y Diderot, secamente, nunca conseguiréis eso, y entonces Seamus se vuelve hacia los demás, vale, pues entonces vamos a votar si se hace huelga: si no hay aumento,

dejamos de trabajar. Los chicos a su alrededor se acaloran, evolucionan suavemente como un colectivo —es bastante bonito de ver— y ahora algunos se dirigen directamente a Diderot sin más protocolo, algunos le tutean —Diderot no dispone de superpoderes, solo de dos brazos y dos piernas, de un casco en la cabeza y él también tiene en este instante las manos en la mierda—, repiten que quieren que se les pague el tiempo del transporte al lugar de trabajo, sus voces se solapan y se fortalecen, un tipo encarece, sí, y ocupamos la obra. Se reaniman en las miradas la corta llama de la cólera, la certeza de una fuerza, sí, nos quedamos aquí, el puente somos nosotros. Sancho se ha subido a una caja, se ha establecido una relación de fuerza, se estremece, excitado, observa a Diderot que pondera la situación, sopesa la magnitud de la crisis, sabe que debe decir algo cuanto antes, encontrar la solución. Declara, con una lentitud casi solemne: en principio estoy de acuerdo. Algunos hombres gritan, aplauden, levantan en triunfo a una mujer por la cintura, se empujan unos a otros, Seamus les lanza una mirada enfurecida, ¿qué les pasa a esos? No estamos aquí para festejar la generosidad de Papá Noel, sino para presionar a un patrono. Diderot enfría al auditorio anunciando de inmediato con un gesto de la mano, esperad, ahora habrá que hacer números. Ráfaga de silencio y reflujo de la euforia en quienes se le han enfrentado, ni hablar de que nos den tres migajas más, ni hablar de que nos espanten, se envalentona la mujer a la que acaban de alzar triunfalmente.

Ahora Diderot acelera, señala a Sancho, ven conmigo, se vuelve hacia Seamus O'Shaughnessy, le pide que él también elija a un testigo, será Mo Yun, petrificado en primera línea y cuyo casco de una anchura excesiva tapa a medias sus párpados excitados. Tras lo cual Diderot expone su método: ajustad los relojes, vamos a recorrer juntos el trayecto, las condiciones climáticas son normales, vamos a cronometrar el tiempo exacto del recorrido de los vestuarios al lugar de trabajo, y solo después iremos a negociar.

El cuarteto embarca en la lancha que zarpa hacia la plataforma Pontoverde, se aleja dejando desamparados a los obreros, y algunos les hacen señales con la mano como si partieran para un largo viaje. Al cabo de unos instantes, Seamus puntualiza a Diderot que la lanzadera en que viajan es una embarcación rápida, no como la fluvial que transporta a los operarios por el río, de una punta de la obra a la otra —precisa, crispado, lo digo porque tenemos que ser rigurosos—, Diderot asiente, es cierto, y le pide al piloto que adapte su velocidad a la de la chalupa de los obreros.

El estrave surca el pasillo fluvial transitado esa mañana por otras embarcaciones, la capa de hielo no ha vuelto a formarse y se oye el impacto del agua contra el casco, nadie habla a bordo, como si todos pensaran únicamente en el transcurso del tiempo que materializa esta espuma espesa, blanca, que estalla en gruesos encajes y luego se descompone lentamente en filamentos grisáceos. Diderot reflexiona: no es la primera vez que afronta una crisis, que la huelga amenaza a una obra, pero las veces

anteriores la gente estaba organizada, representada por sindicatos, las negociaciones seguían un protocolo oficial, las conversaciones avanzaban sobre raíles, etapa por etapa con arreglo a un calendario prefijado, cada emisario disponía de alguna concesión que hacer. Ahora bien, en Coca —que es, de todas formas, el culo del lobo—, los equipos incluían varias nacionalidades, los trabajos exigían distribuir a los obreros en emplazamientos alejados unos de otros y además todo estaba pensado para evitar que unieran sus fuerzas: la mitad de los empleados, como mínimo, tenían contratos cortos que duraban una semana y que, aunque se renovasen automáticamente de una semana a otra, creando presencias lineales idénticas, establecían en el fondo profundas diferencias de situación entre los trabajadores de la obra y generaban en unos un sentimiento de precariedad, el de una tarea que se podía abandonar en cualquier momento, y en otros, entre los cuales algunos disfrutaban de un contrato de un año, el sentimiento de un privilegio, de una seguridad que había que proteger a toda costa, la convicción ingenua de estar sentado sobre un saco de oro, y que no había que dar pasos en falso, tranquilo, colega, no era cuestión de tirar por la borda aquella suerte increíble. Por eso el conflicto había adquirido de entrada un cariz primitivo —un golpe de viento que abofetea, un fuego que se vuelca, un puñetazo en el estómago—, ahora de repente era confuso, aleatorio, completamente condensado en un deseo de justicia que ardía ante las caras; y era precisamente esto lo que trastornaba a Diderot.

Quince minutos de trayecto ya. Con el rostro vuelto hacia la proa del barco y deleitándose con esta frontalidad que le azota la cara, Sancho se prepara para vivir su primer conflicto —contentísimo en este instante por hallarse en el corazón de la acción, rememorando todo lo que puede los grandes momentos del movimiento obrero que le había enseñado el hombre de Nuakchot durante las noches en que pillaban una cogorza juntos—, mientras que Mo Yun, poco acostumbrado a que le distinguan dentro de un grupo, se muestra circunspecto. Al llegar a la plataforma Pontoverde, se dirigen hacia el barracón de los vestuarios, atravesando la explanada con un paso tan absurdamente normal que Sancho tropieza a fuerza de controlar sus tobillos. Llegados delante del edificio, cada uno lee la esfera de su reloj en voz alta, con el codo alzado horizontalmente, y Diderot sentencia: el trayecto ha durado veintiséis minutos, ¿estamos de acuerdo? Los demás asienten. Bien. Las negociaciones pueden empezar.

Otra vez la sala sobrecalentada, de nuevo la mesa y las sillas escolares, de nuevo la tensión que traza una división doble, el campo de los patronos —Diderot, Sancho— frente al de los obreros: O’Shaughnessy, Yun. Comienzan. Seamus, resueltamente, replantea la petición de aumento: cincuenta y dos minutos de paga adicional calculada a prorrata de una hora de sueldo y multiplicada por el número de días trabajados. Sancho, que se ha brindado a actuar como secretario de la sesión, anota

escrupulosamente la reivindicación y, unos minutos más tarde, Diderot pulsa la tecla del altavoz del teléfono y empieza a leer esta hoja a los de la Sede que, ulcerados, se turnan en la respuesta —hay que saber contener a las tropas, Georges, le regañaba con acritud el director general, un aumento así es impensable, te recuerdo que la obra ha estado parada durante tres semanas a causa de esas historias de gorriones gilipollas —, y de golpe no hubo nada más idiota en el mundo que aquellas voces, pequeños gznates autoritarios que las intermitencias de la conexión por satélite volvían vulnerables y hasta temblorosos, entremezclados con el chisporroteo y los ecos intempestivos, el desfase del satélite, y hasta pareció alucinante la idea de que aquellos paquetes nebulosos de ondas vocales tuvieran algo que decir en este asunto, que les otorgasen un margen de maniobra, y todavía más demencial que les obedecieran, todo aquello era irrisorio, y por otra parte Diderot intentaba contener un ataque de risa. A continuación, al resumirles el conflicto, se limitó a lo esencial: la mano de obra se paga por ocho horas de trabajo en vez de por casi nueve horas de presencia, así que aflojan la mosca o cambiamos de reloj, en cualquiera de los casos decidan algo porque si no los chicos no vuelven al tajo, a mediodía votarán si hacen huelga y después se perderá la jornada completa.

Dan las dieciocho horas en Bécon-les-Bruyères, una célula de crisis se reúne a toda prisa y ya los directores financieros se oponen violentamente, los partidarios del aumento aducen que una reducción del tiempo de trabajo supondría pagar por el retraso al municipio de Coca penalizaciones mucho más onerosas todavía, y los partidarios de la reducción del horario laboral se asustan ante la idea de que el presupuesto del puente estalle si abonan esa hora adicional. Las calculadoras de bolsillo se calientan entre sus manos impecables. Algunos, afanosos, frenéticos, evalúan el coste del despido fulminante de los alborotadores, acompañado del traslado in situ de obreros de confianza, y otros prevén lo peor: ¿y si todo esto corriese como un reguero de pólvora y contaminara al conjunto de la obra? Están tan agitados que olvidan que la noche ha caído como una funda sobre la torre Héraclès, mientras que a miles de kilómetros, en otra latitud más próxima al Ecuador, un sol de invierno se abre paso ahora por detrás de las nubes, lavando su blancura sucia, forcejean en vano en la sala de reunión, donde pronto será mediodía.

Sentado a su escritorio, Diderot hace desfilar por enésima vez la retroplanificación. Alza la nariz hacia los otros tres y dice de pronto: muy bien, vamos a arreglarlo entre nosotros. Seamus se sobresalta, desconfía al instante de ese «nosotros» que apesta a embrollo, a connivencias mafiosas, a acuerdo secreto, a tejemanejes conocidos, a todo lo que le asquea, y hace bien en recelar: Diderot no es el defensor de los obreros del puente, no conoce la mala conciencia, y si pronuncia ese «entre nosotros»

igualitario lo hace por pragmatismo, para encontrar la solución que ponga a todo el mundo a trabajar cuanto antes. Seamus resiste, exige un acuerdo limpio, una rúbrica oficial, garantías: no hay nosotros que valga, señor Diderot, queremos nuestra hora de más, es todo. A su lado, Mo Yun sacude la cabeza como un autómatas, preocupado por la idea de que esta confrontación pueda ocultar envites que su inglés sumario no sabría captar, de que se convierta en un tribunal, en cuyo caso está convencido de representar el papel de acusado que confiesa en público antes de acabar arrojado a un agujero con una bala en la nuca, se acuerda de Datong y de todos a los que vio desfilar por la gran plaza del Pueblo, con un bonete de asno en la cabeza y un letrero en la espalda, y por mucho que reflexione no comprende cómo ha podido hacerse notar, él que baja la cabeza, tartamudea y tiembla —y busca un pretexto para salir de la sala mientras que enfrente de él Sancho contiene la respiración—, su primer conflicto social no puede pasarle por delante de sus narices, tiene que implicarse un poco en el asunto. En ese mismo momento Diderot se levanta, macizo, se inclina hacia delante con todo su peso y planta las manos encima de la mesa —así expuestas, enormes, con los dedos separados entre sí, son como palas—, y apoyado de este modo mira a Seamus a los ojos, con las cejas tan alzadas sobre la frente que se pierden entre los pliegues de las arrugas. Habla con una voz segura, sin gritar: la relación de fuerzas no está a mi favor, la obra se ha retrasado, imposible permitirse una huelga, pues bien yo entrego a tiempo, siempre he entregado dentro del plazo, es una cuestión de principio. Lo siento, no es mi problema, sacude O’Shaughnessy negativamente la cabeza, y él también adelanta el busto por encima de la mesa, mi problema es un sueldo justo. Posa en Diderot una mirada inflexible y permanece tenso cuando el otro le responde los de la Sede no moverán un dedo, vais a empantanaros; yo propongo el acuerdo siguiente, lo tomas o lo dejas: prima de indemnización por el tiempo de transporte, es decir, por obrero, veintiséis minutos multiplicados por dos y multiplicados por cien, ahora corre de vuestra cuenta enfrenaros a Pontoverde. ¿Por qué cien?, preguntó Seamus recelosamente, porque dentro de cien días habremos acabado de montar esas putas torres, Diderot se levanta para abrir la ventana. ¿Y si la obra se eterniza? Al oír a su espalda la voz de Seamus, Diderot se vuelve: respecto al sueldo no conseguiréis nada, ellos pueden aguantar semanas y vosotros no, y yo tampoco. Voy a hablar con los muchachos, ellos decidirán, Seamus ya se ha levantado de la mesa y sale de la sala llevando en la mano la propuesta escrita que Sancho, sumamente emocionado, acaba de entregarle.

Dos horas después, cuando Diderot telefoneaba a la Sede para comunicarles el acuerdo y el importe de la prima —un hecho consumado que delataba el régimen excepcional de que gozaba dentro del consorcio y proclamaba su poder, ni un solo dirigente rechistó, había que saber lo que se quería—, los hombres de las torres aclamaban a Seamus y a Mo Yun y les ametrallaban juntos con sus móviles, Mo Yun

ahora totalmente empavorecido, tratando de huir, debido a su agorafobia, de los brazos que le transportaban, las manos que le tocaban—, y Sancho aplaudiendo por lo que él llamaba la victoria de los trabajadores: conflicto explícito y bautismo de fuego donde según él se leían muchas promesas futuras.

A principios de marzo, una delegación de Pontoverde se presenta en la obra para una visita oficial, comentada por Ralph Waldo en persona, escuadra de directivos superiores de gran potencial a la que el Boa añade su propio contingente de fieles y algunos consejeros de la oposición a los que quiere neutralizar, y a los que encabeza, una veintena de hombres, tres mujeres, y ya con el casco puesto esta banda deambula de un lado para otro del emplazamiento después de que Diderot haya saludado a cada uno con un apretón de manos, haya ofrecido café y galletas en la sala de reunión del barracón principal; algunos se asombran de la desnudez de los locales, de la insipidez del café, pero aprueban la buena calefacción, que examinan como si fueran los compradores potenciales de un local cuando en realidad se dejan arrastrar, porque fuera el clima continental de Coca sigue dando muestras de brutalidad, un frío salpicado de ventisca picotea las mejillas, agrede el cuero de los zapatos, se infiltra en los guantes: saldrán a paso de cangrejo.

Para Diderot, estas visitas son solo un coñazo, escrutarán su manera de actuar, le harán preguntas, le tenderán trampas: el tema de la prima de transporte sigue presente en todas las memorias, un hecho consumado que todavía no le habían perdonado, porque Héraclès ha tenido que convencer a las otras sociedades que componen Pontoverde —la Blackoak Inc. y la Green Shiva— de que se palpen la faltriquera, lo cual le había perjudicado, y los indios, entre otros, que se regodeaban malévolamente burlándose con una risa socarrona de estos disturbios, habían amenazado con enviar inspectores.

Proponen a la delegación que se desplace rápidamente al lugar de trabajo porque ahora hay algo que ver, las torres, y se ponen en marcha. Los autóctonos, bien abrigados con su ropa apropiada —tejidos sólidos, guantes de piel, zapatos forrados e impermeables—, se distinguen al punto del resto de la tropa, relajados, con su soltura de gestos y la sonrisa en los labios. Por su parte, los directores generales del consorcio comparan sus chaquetas marinas, sus cascos verde botella o azul marino con el cuello de pana de canutillo, impermeables pero no muy calientes, con los que en verano hacen regatas en veleros de familia, costeando la Trinité-sur-Mer, se soplan en las palmas, patean el suelo con sus calzados altos para desprenderse de un fino polvo terroso, pegado a las suelas durante excursiones pascuales por senderos pirenaicos, cuando iban animosamente de refugio en refugio con un bastón en la mano, arrastrando tras ellos a una chiquillería que mendigaba su Coca-Cola en cada pausa, sin admirar nunca nada de las cumbres sublimes, los muflones y la belleza incomparable de las flores silvestres. Apenas los directores han embarcado en la lancha rápida que hiende la borrasca, se les enrojecen a simple vista las extremidades del cuerpo, sobre todo la nariz, mientras que los labios reproducen exactamente el color de la berenjena, se les hundén los cercos de los ojos, sepultándolos en el fondo de las órbitas, pero ni uno solo se atreve a mitigar la temperatura glacial, la virilidad

lo exige, y los obreros, sin embargo, trabajan a la intemperie.

Cuando la gruesa lancha llega delante de las torres del puente, algunos hombres silban, dando a entender que la obra está bastante más avanzada de lo que ellos habrían creído y, tranquilizados, hacen gestos de contento. Todo esto adquiere forma, sentencia uno de los asesores jurídicos de Héraclès. Es verdad que las torres ya impresionan, finas y vigorosas, astas sin más banderas que su verticalidad escarlata. Como su altura progresa a un ritmo constante, bromean de buena gana que se fabrican ellas mismas, como si su forma, su corte solo fuesen la consecuencia de un movimiento congénito, como si, en definitiva, se desarrollaran desde el interior. Ahora bien, detrás de las paredes de acero hay un mecano demencial que prolifera en altura, laberinto de cajones donde se extravían los obreros, a los que les cuesta encontrar el que dejaron la víspera, hay el estruendo de las soldaduras multiplicadas por el eco, los tímpanos taladrados por los olores de metal calentado, hay la atmósfera explosiva de un incendio.

Pero para los habitantes de Coca, la cosa más singular no era tanto la construcción de las torres como su súbita presencia en la ciudad. Un acontecimiento que afectaba tanto al tiempo como al espacio. Una frontera. Ya no habría vuelta atrás. A partir de entonces, «nunca» y «siempre» aparecían en las conversaciones de oficina, en los pasillos y vestíbulos, y cuanto más altas eran las torres más se borraba algo, relegado al pasado, y tanto más engullido, tanto más perdido cuanto más próximo e íntimo era aquel pasado, tanto más irrecuperable porque aquel pasado era ayer, era la ciudad «de antes de las torres» que pronto sería la de «antes del puerto»; algo había vivido, y qué importaba entonces la idea del progreso vinculada al trabajo, qué importaba la modernidad, el deber de pertenecer a tu época, pensarlo te asestaba un buen trompazo.

Habitarse a aquellas torres rojas, metálicas, no era algo automático, nada en su forma o en su materia propiciaba que se fundiesen con el paisaje, que se infiltraran suavemente. Allí se desunían, superestructuras, a pesar de que —paradoja sobre la que pasaban horas conjeturándose enmarcaban allí con una simplicidad desconcertante, casi enigmática, a la manera de los elementos de un decorado guardados durante mucho tiempo entre bambalinas hasta que llegaba el momento de mostrarlos en el escenario, y que se elevaban en el punto exacto en que dos cruces sobre el suelo les habían indicado su sitio seguro, indiscutible. Emergían del agua y los habitantes se mecían, perdidos sin más referencias, y eran numerosos los que urgentemente se ponían a contar anécdotas que adaptaban la historia de su vida a la de la zona, recorriendo a contrapelo la temporalidad urbana para que resurgieran en ella itinerarios perdidos, las lenguas se desataban, eran lugares de citas que no existen, tiempos de trayecto acortados, comunicaciones a pie hoy peligrosas, líneas de transbordadores hoy desaparecidas, y muy a menudo hablaban de caballos;

después parpadeaban hacia el puente y con un hermoso movimiento de apetencia alegaban de repente que era como si aquellas torres que se erguían en el fondo siempre hubieran estado donde estaban, o al menos como si siempre las hubiesen estado esperando y ellas no hubieran venido a ocupar, en suma, nada más que la huella en vacío de su volumen, y qué raro era todo aquello.

Entre esta gente, un grupo de refractarios se manifiesta cada vez con más frecuencia, habitantes de vieja cepa que alegan la ancianidad de su presencia en Coca como una legitimidad superior, individuos que conocen la zona de memoria, y recuerdan en el preámbulo de cada intervención pública —cabildo, editorial de prensa, asamblea de sus asociaciones— que de niños han corrido por campos extensos como océanos, apartando las hierbas altas que les arañaban la frente pálida, que se han bañado en cada anfractuosidad del río, son capaces de citar el nombre de las rocas y las del más mínimo pasto antes de que lo convirtieran en terreno edificable, que sus abuelos han mezclado el polvo de su cuerpo con el de la tierra. Esta gente, entre la que hay terratenientes, viejas familias de comerciantes, explotadores de barcazas —por ejemplo, el Francés—, forman la esencia de la oposición municipal, les trastornan esas torres que les dan a conocer en el mundo, añadiendo el nombre de Coca a los de los objetivos potenciales del terrorismo, como si después del atentado contra el World Trade Center su imaginario estuviera contaminado por la amenaza y en lo sucesivo, al ver afirmarse en su cielo unas líneas verticales, no pudieran evitar pensar que esas masas se desploman, se reabsorben ellas mismas en una nube morbosa, paranoia difusa cuyo corolario, en materia de arquitectura, se resumiría en una simple frase: no queremos historia.

En la motora, el descubrimiento de las torres ya altas suscita numerosos comentarios técnicos —¿fijación con pernos-remache o soldadura?—, financieros —coste de las migraciones fluviales (combustible + tripulación + coeficiente de usura de los barcos) — y por último estéticos —el rojo, definitivamente, no encajaba—. Cuando se acercaban a la torre Edgefront, un miembro de la oposición municipal, un hombre tajante, de pelo gris cortado al cepillo, muy arropado en su cazadora de cuero con cuello de piel, aprovechó un intersticio de silencio para criticar aquel proyecto arrogante, una provocación que suscitaría la venganza y los funestos designios de los terroristas. Silencio embarazoso en la embarcación que ahora reduce la velocidad, al aproximarse a las estructuras. Ralph Waldo asoma la cabeza por debajo del tejadillo para ver mejor las vértebras del puente y después admite que efectivamente —se posó una palma abierta sobre el pecho—, como la mayoría de los puentes, este encarnará, además de la excelencia tecnológica, una determinada idea de la democracia, elaborando un territorio más amplio, más rico, más abierto, integrando zonas

desiguales y hasta ahora mal enlazadas, aumentando el volumen y la velocidad de las comunicaciones: creaba un nuevo espacio comunitario, un espacio fuerte, donde los reflejos victimistas y las predicciones apocalípticas —orador en este instante en defensa de su obra, con los ojos hundidos en sus órbitas pero rebosantes de intensidad— ya no tendrían lugar. Luego, aliviando su flema y vitrificando de un golpe a la asamblea estupefacta, declaró: lo que tienen delante de los ojos es un bloque de energía bruta, la parte de un impulso creativo cuya sola realización erradica las ideas negras que ensucian el trabajo de los arquitectos, ennoblecerá a la ciudad con un optimismo vengativo, una afirmación nueva; un señor discurso, el Boa bebe leche impresionado, Diderot se enciende un Lusitania. Acto seguido los directores de Pontoverde visualizan el avance de la obra estirando el cuello hacia fuera, parpadeando durante un breve instante bajo la nieve derretida que ha empezado a caer del cielo, y después la motora atraca al pie de la Edgefront Tower.

La delegación es conducida a la torre, sube a los cajones para observar el trabajo de soldadura por arco y felicitarse por la excelente productividad de esta técnica —uno de los directores, para causar impresión, pregunta por el espesor del metal añadido y Diderot le responde secamente, cortando de raíz la perplejidad del operario, que vuelve a ponerse la máscara para proseguir su tarea—, se interesa por la seguridad, los cascos y arneses, los cables —una mujer de la delegación declara en voz alta que el incumplimiento de las normas de seguridad entraña aquí un despido fulminante por falta grave, simple cuestión de seguridad, y todas las cabezas aprueban la intransigencia de un procedimiento semejante—, estrecha manos al azar, manos que muchas veces se hacen esperar —Seamus O’Shaughnessy se niega a interrumpir su trabajo y mantiene la suya enguantada, no estamos en el zoo, mierda—, y además, la verdad, hace un frío que pela, las bocas de los oficiales se hunden en los cuellos, bajo las bufandas, y deciden dar media vuelta para volver a la plataforma. En el camino, el adversario de la construcción interpela a Diderot, me gustaría conocer su opinión sobre este puente que está construyendo, dígame algo concreto: tiene un aspecto voluntarioso, los dientes muy blancos, alineados a cordel, aire de coronel norteamericano jubilado. Diderot le mira y después articula muy claramente no contemplo esas amenazas hipotéticas, no tengo tiempo para esos fantasmas, me preocupo solo por la ejecución del trabajo y la seguridad de los hombres, apremiados por los plazos delirantes, el pliego de condiciones insostenible, el clima de mierda, la puta rentabilidad de todo este follón.

En realidad, Diderot se inquieta por Katherine, a la que no ha vuelto a ver desde la noche en que se sentaron cara a cara en aquel bar vulgar, en el chaflán de Colfax con Arapahoe, instalados en bancos cortos de moleskin sangre de toro entre los cuales, franca, cuadrada, hospitalaria para los codos y las palmas, y como creada para el diálogo, estaba la mesa, superficie champán de esquinas redondeadas, de la anchura de un brazo extendido, ese brazo que habría que extender precisamente, desplegar horizontalmente, para que se adelanten los cuerpos a la espera detrás, enmangados en el lugar del hombro, y que se acercan suavemente, ese brazo carnal que hará de cabestro y que ahora es la medida incluso de lo que les separa: queda, pues, algo que franquear, y es esta mesa, que sigue siendo un río, y Diderot llama ya a la camarera, Katherine necesita comer algo enseguida para desembriagarse.

Ahora bien, en este bar de una evidencia insulsa donde chisporrotea una máquina de discos, sobre este linóleo de color gamuza sombreado de aureolas, entre estos cristales sucios, emborronados de pinturas, bajo estos globos de luz blanca dispuestos en el techo como los puntos en el seis del dominó, no lejos de ese mostrador donde se secan *cupcakes* fluorescentes y donuts de hace tres días, donde aguardan taburetes de moleskin veteados como la carne picada, la mesa de formica es su mejor aliada. La mejilla en plenitud de su poder cotidiano, igualadora de jerarquía —sexo, edad, clase social—, campo de maniobras igualitario que equilibra las presencias —y si lo hubieran pensado habrían agradecido esta mesa, habrían besado su tablero con resabios de grasa y de amoníaco, sobre el cual habían desplegado el presente—. Hablan allí de tú a tú, como rodando juntos en pleno centro de un claro, o como se abalanza uno contra alguien —impulsos que mezclan sus acordes sin más melindres —, cortocircuitan las presentaciones, Katherine, directa, se quita el jersey, y Georges observándola los encierra juntos en el meollo del asunto: los únicos retrocesos que se permitirán son los del trayecto que les ha llevado a Coca. Ella parte una rebanada de pan, anuncia, límpida, vivo con mi marido y mis hijos en Edgefront, tengo dos chicos y una niña, Georges asiente sonriendo, lo sé, me crucé con toda la tropa el otro día, ella alza los ojos hacia los suyos, sí, eso es, son ellos, ahora unta el pan de mostaza, ¿y tú? Georges vuelve la cara hacia el sur, yo vivo en el Cherry Creek Valley, cerca del río, del lado de Coca, solo, sin hijos, Katherine sonrío, ah, es bonito aquello, estás a la orilla del agua, él asiente con la cabeza, sí, mientras dure la obra, él también límpido, anunciando el color. Justo en ese momento la camarera deposita las bebidas en la mesa —una cerveza para Georges, un café americano para Katherine—, desviando así el impacto de estas últimas palabras, les ofrece de paso algunos gestos que hacer —él agarra el vaso, ella se zambulle hacia la taza—, y después Georges continúa, siempre tranquilo, tres hijos dan mucha guerra, eh, pero la mirada de Katherine enfoca al hombre con gorro blanco y delantal sucio que va a su encuentro ahora, los panqueques y patatas al horno, amigos, mi especialidad, ella se pasa una mano por delante de la cara como para zanzar el tema y Diderot entonces aparta la barriga de la mesa: han traído los platos. Y, después, ¿sabes adónde vas?, le interroga

Katherine al mismo tiempo que examina el contenido del plato, ¿después? Después me marcho, responde él, ya veremos. No queda mucha gente a su alrededor a esta hora, la camarera pasa la bayeta por las mesas, el viejo barbudo masculla, el binomio de polis ha reanudado su ronda, Katherine rocía los panqueques con sirope de arce, cuenta —obstinada en este instante, con la frente abombada muy blanca a la luz del globo—: Lewis, mi marido, tuvo un accidente el año pasado, una caída desde siete metros, cubría el techo de unos particulares en el sur de San Francisco, el seguro no pagó; apura su café de un trago. ¿Por qué?, la interrumpe Georges, y ella, con la frente inclinada sobre el plato de patatas que rebaña hasta la última gota, articula con una voz átona, había bebido unas cervezas en la comida, dijeron que estaba borracho. Ella no trabajaba desde que nació Matt, no era rentable con lo que costaba el canguro de los niños, y tuvo que buscar algo cuanto antes y, bueno, ella también, la obra, un chollo, le gustaba, sí, de verdad. ¿Y después?, pregunta Georges, Katherine levanta las palmas hacia el techo e inclina la cabeza sobre el hombro, ¿después?, repite, después ya veremos, vamos de aquí para allá. ¿Así que somos parecidos?, murmura Georges mientras los dos miran de reojo la misma cerveza, *yes*, parecidos, sonrío Katherine.

Ahora están solos en la sala, dos torres reflectantes una frente a la otra, y fuera es de noche. Una alegría sistólica late en el pecho de ambos, dolorosa, y traza en un mismo movimiento lo que se eleva entre ellos y lo que cae en picado, la aparición del presente y la desaparición de su vida anterior, están febriles y vagamente tristes: es el amor que les desgarrar. Estás mejor, ¿no? Serio como un papa, Georges señala a Katherine el plato que destella y ella se ríe con falsa vergüenza, se forman arrugas sol fruncido en los rabillos de sus párpados hinchados de cansancio, en ese momento la camarera se presenta tiesa, con su asquerosa bayeta de fregar en la mano y dice que por favor, cerramos dentro de cinco minutos. Entonces Katherine se inclina hacia Georges, con la frente pálida debajo de la masa de pelo color tabaco, y ahora con los iris oscuros y relucientes, casi negros, y de pronto extiende el brazo, estira una mano hacia él, se la posa bien abierta en la mejilla —qué gesto más raro, piensa Diderot, conmovido— y dice que deben irse, los minutos están contados, pero entonces él le coge la mano, la repliega como un puño dentro de la suya, la voltea, hop, un beso: tenemos toda la vida por delante.

Fuera, el frío cortante les ha hecho titubear al principio —de hecho, súbitamente privados de la mesa, están descentrados, se bambolean como peonzas—, después les ha puesto rígidos frente a frente, estatuas de carne. ¿Te esperan en tu casa? Georges se sube el cuello de la chaqueta y Katherine la cremallera de su parka sin responder, con las mejillas incendiadas, y tiritando ya, quieres decir que tengo que volver, ¿no es eso? Ahora sería, a la defensiva, echa a andar por la acera, crees que no tengo bastante sentido del sacrificio, vagamente agresiva cuando, sin embargo, está

cansada, a punto de mandarlo todo al cuerno, pero Georges la interrumpe, firme, yo no creo nada, eres tú la que sabes, vamos.

Tres manzanas más allá, el Niagara Motel de Colfax y, trivial, una habitación cuya luz no encenderán. Llegan allí sin aliento: han corrido. Una carrera de cien metros, Georges indica de pronto a Katherine la línea de meta —¿ves allá la puerta con un neón rojo?—, y los dos se colocan juntos, con una rodilla en tierra entre sus manos enguantadas y posadas en el asfalto, no ganas nada dándote ventaja, ha murmurado Katherine, y luego Georges ha gritado ¡ya! sin avisar y los dos han salido como corredores —trapatista infernal de suelas sobre el macadán nocturno, siluetas ya no muy jóvenes embutidas en ropas pesadas, el grandullón y la despeinada, sofocados por el esfuerzo—, él en cabeza, ella le da alcance a la altura de la segunda manzana, y después corren de frente, exagerando las zancadas, con los brazos como campeones olímpicos, y después ella le rebasa, toca finalmente la primera la puerta de la recepción, y Diderot llega tres segundos más tarde, sacude la cabeza, las manos a los costados, y escupe no lo entiendo, me llamo Carl Lewis, y Katherine tranquila, con la mano extendida por encima del escritorio del portero para recuperar la llave, simple cuestión mental querido, y sin dejar de resoplar, deambulan en la oscuridad entre los edificios hasta encontrar el suyo, y luego recorren las puertas hasta su número, una habitación que es una más entre otras, absolutamente parecida a las demás, exactamente como ellos, que son un hombre y una mujer entre millones, y apenas entran la sensación de una agitación ritmada, se desvisten en silencio, cada uno está sentado en un lado de la cama pero se siguen mirando por encima del hombro —se tarda mucho en quitarse todas estas ropas, estas capas de camisetas, en desatar estos cordones, cada gesto libera olores de epidermis sobre los que prevalece el que emana la obra, como un fluido común—, ya están desnudos, y su piel que la oscuridad fusiona adquiere incluso la misma temperatura y los mismos matices carbono, se tienden una mano hasta tocarse por encima de la cama, hasta aproximarse uno contra otro, y entonces se producen los grandes tanteos, la ópera táctil, y los cuerpos de fragmentación múltiple se desenvuelven perfectamente en la penumbra.

Desde entonces no han vuelto a verse, ni al día siguiente ni las semanas siguientes, él sabe que ella trabaja en las obras de explanación de los accesos viarios, en lugares alejados de la plataforma, mientras que él tiene que estar en el emplazamiento de las torres. Por otra parte, sentado en la motora potente de la dirección de la obra entre los jefazos de Pontoverde, a él le inquieta menos volver a verla, tocarla o recogerle de nuevo los mechones sobre la frente —no se añoran y se tienen confianza— que saber cómo hace ella para mantener sus vidas —esos territoriosjuntas.

Aquella noche él estaba singularmente tranquilo y sereno cuando ella le

cuchicheó, ahora quiero irme. Él estaba tendido de espaldas, la distinguía buscando su ropa en la oscuridad, contestó te acompaño; era tarde, habría pocos autobuses, la dejaría en Edgefront. Se vistieron, bromeando con la idea de intercambiarse la ropa, y después otra vez el espacio del motel, Colfax, el coche helado y el corazón de Coca, muy nerviosa como todas las noches hacia las dos de la madrugada; franquearon el río helado, venoso, inestable, y en la otra orilla del agua ella dijo: para, me bajo aquí. Georges aparcó sin comentarios y, abreviando la separación, Katherine se apeó al instante, luego se encorvó en la portezuela, nos vemos, él asintió, cuídate. No arrancó de inmediato, sino que la observó subiendo la avenida, muy fina ahora, no tan grande, una silueta que no guardaba proporción con la pelambreira mal cortada, la siguió con los ojos hasta que ella dobló la esquina de la manzana y hasta que su sombra desapareció en la calle desierta, y muy luminosa, convencido de que la oía caminando ahora por otro territorio, un espacio que se cerraba tras ella con cada uno de sus pasos y que le era propio, y donde se sentía a gusto, y admiró un instante esta facultad de regresar, de pasar a otra cosa mientras ella aligeraba hacia su cabaña prefabricada cuyo enlucido se pudre en las rinconeras, preparándose para abrir la puerta tan delgada de su hogar, segura de que los niños duermen, respirando bien calientes bajo los edredones de motivos chillones, pero también de que Lewis aguardaría su regreso delante de la tele, con los globos oculares fijos, la enésima botella de cerveza en la mano, avivaba el paso, embargada por un placer singular, y quizá incluso hasta sonreía dulcemente con la cabeza gacha dentro del cuello de su chaqueta que crujía como un fuego con cada uno de sus gestos, porque todo sucedía como si ella ya se recrease.

El accidente ocurrió unos días después del deshielo, el tiempo apremia y los hombres de las torres aceleran el ritmo. Algunos de ellos solo se atan una vez a su puesto, para ganar tiempo durante el ascenso, que se hace más lento si llevas atado el cable de seguridad. Ahora bien, las ascensiones y los descensos son tránsitos delicados, una especie de horas punta que exigen orden y vigilancia; los descensos, sobre todo, inquietan: los hombres se empujan en las pasarelas, en las escalas, se apresuran para no perder la primera lanzadera de retorno a la plataforma Pontoverde, tanta prisa tienen en acabar la jornada de trabajo.

Aquel día, la subida de la temperatura había alegrado al ejército de obreros que habían trabajado con los brazos desnudos, en buzo o en camiseta. Desde la barca fluvial, algunos habían delirado en voz alta sobre el retorno de las chicas de falda corta, silbado a las que hacían *jogging* a lo largo de las orillas, y las escasas mujeres de los equipos les habían imitado, gritando con descaro a los corredores que hendían el aire en *shorts* lustrosos que les esperaban, cuando tú quieras, cariño. Este alborozo nuevo congestionaba sus gestos, todos mascullaban los movimientos más ordinarios, se excitaban imaginando un paseo por la bahía o una sesión de pesca en los brazos del río arriba de la ciudad, pasaban apelotonados de un cajón a otro, vociferando por encima de los ruidos de las soldadoras, y a la hora de la comida hubo muchos que se agolparon en las pasarelas para despachar la tartera, y allí cada uno se ocupó de lo suyo, la transparencia del aire removía las lenguas invernales del mismo modo que abajo, a unas decenas de metros, el río espesaba su curso lento y untuoso, las últimas placas de hielo enganchadas en los ramajes de las orillas se habían disuelto desde hacía mucho en el agua muy verde, y aquí y allá, espirales enigmáticas curvaban la superficie de las aguas, el sello de algunos gastrópodos nacarados, genios del río que se agitaban en los remolinos, era de nuevo la gran movilidad líquida.

Así que la luz ya ha vuelto. Brinca en el recodo de una viga, de un cajón, rebota en los remaches, y cuando un rayo de sol atraviesa los maderajes y golpea los rostros los deslumbra, el cuerpo vacila. El accidente fatal aconteció por culpa de esta especie de espejeo: era un poco más de mediodía cuando, avanzando sobre la pasarela después de haber bebido y comido, con el cable de seguridad desenganchado mientras ejecutaba como un mimo la carrera en la bolera que le había conducido al *strike* —tres pasos seguidos de un cuarto deslizado, con el brazo que transporta la bola doblado hacia atrás a la altura del hombro—, un hombre de unos cincuenta años, deslumbrado por el sol, resbaló hacia un lado, su rodilla derecha chocó contra la plancha de metal al tiempo que la otra quedó suspendida en el vacío, con el peso del grueso zapato en la punta de la pierna, no encontró asidero para las manos —tanto más porque la izquierda, que supuestamente sujetaba la bola invisible, colgaba del lado malo con el resto—, y como por allí no había ninguna red, ninguna cuerda que pudiese retenerlo se escoró hacia el costado, voló en el aire como un saco grande —y, al observar la escena, se podría haber pensado en esas historias de piratas, en esos tipos a los que lanzaban por la borda después del abordaje, atados dentro de una

manta o una sábana, los cuerpos casi paralelos al tablazón del barco en el momento de volcar: un grito como de gasa que se desgarran, el cielo que se entreabre, el ruido del agua que se perfora, un plaf acallado por la distancia: pocos obreros pudieron percibirlo, había demasiado jaleo allá arriba, demasiadas chanzas.

El accidente se había producido a la velocidad del relámpago, un reflejo en el ojo, un batir de párpados, una pulsación de morse, y muchos diálogos prosiguieron después del plaf, los obreros hundían la nariz en sus fiambreras y luego levantaban maquinalmente la cabeza, y entonces guiñaban los ojos, ellos también deslumbrados o demasiado atónitos para creerlo, hasta el punto de que transcurrieron algunos segundos antes de que reaccionaran, y de repente los que se reían un segundo antes de ver al hombre ejecutando de nuevo su *strike* en la bolera, se quedaron inmóviles como estatuas de sal, y luego, tras asegurarse de que llevaban el arnés, se acercaron al borde, encadenados unos con otros, y uno de ellos vomitó al instante su comida, lívido, tuvieron que transportarlo a tierra, otros tenían calor, la cabeza les daba vueltas o tenían miedo de bajar, por último accionaron la sirena. A media tarde encontraron el cadáver río abajo de Coca, encajonado bajo las raíces y las zarzas que festonean la orilla en el lado de Edgefront. Desenredarle fue una tarea delicada.

Como se trataba de un accidente de trabajo, habría una investigación. Comenzó el día siguiente, y la cuestión del cable de seguridad desenganchado a la hora de la comida fue la primera que analizaron: resultó que era la práctica habitual, porque la falta de rigor o el exceso de confianza predominaban entre los obreros de Edgefront Tower, los responsables del lugar hacían mal su trabajo, en su registro no constaba multa alguna, ninguna reprimenda, se dijo sin reírse que los hombres tenían la brida al cuello, que había que imponer sanciones, diagnóstico que provocó la cólera de los que trabajaban allí —Seamus O’Shaughnessy moduló otra vez sus puñales de vello negro en su cara hundida y prometió que volvería a hablar de ritmos infernales si a un obrero, a uno solo, le jorobaban en la investigación—, alegaron que era un accidente aislado cuando Diderot, por su parte, sacó a colación ante los investigadores el argumento climático, el aumento de la temperatura, la luz y, por último, para quedar bien, y a modo de arreglo, decretó fríamente la prohibición de alcohol en todos los tajos de la obra, y advirtió por última vez que todo aquel que fuera visto sin casco y sin arnés sería despedido de inmediato.

Diderot no conocía al hombre que había caído, no representó la comedia del duelo, hizo solamente lo que había que hacer, el envío de una corona funeraria a la familia, gente de Missouri a la que expidieron el cuerpo recompuesto en la bodega de un avión con las siglas de Pontoverde, pero le afectó aquel accidente que resumía en su fatal trayectoria la confusión de la obra. Aquella maraña de cuerpos y de materias

que luchaban juntos en un frente inestable, aquella mezcla de relajaciones y tensiones, aquel calendario parcelado, aquellos procedimientos compuestos, aquella fragmentación, en suma, que era el meollo de su trabajo y cuyo tratamiento era el método de Diderot, todo aquello de pronto le pareció insuficiente, precario, infinitamente frágil bajo el corte del puente que se elevaba cada día más alto y sólido que la víspera, pero cada día más monstruoso, y las noches que siguieron a la desgracia creyó oír de nuevo el grito de Jacob «¡cabrón!», «¡cabrón!», y cuando se levantaba para abrir la ventana y buscar fuera aire para respirar, solo percibía en la negrura un paisaje tormentoso, ojos desorbitados continuamente tumefactos de aluviones, y su caudal sonoro que no tenía fin.

Eran las quince horas y cincuenta minutos de aquel 13 de mayo y la torre Coca alcanzaba ya doscientos catorce metros. Duane Fisher y Buddy Loo llevan el casco puesto y el arnés, pero nada puede contener sus ganas de jugar. Más de diez minutos antes de la sirena, tienen en los brazos ocho horas de trabajo y se asfixian dentro de los cajones, transpiran bajo las máscaras.

Han aprendido a soldar en tres días, hacía falta un refuerzo en las alturas, contrataban para ello a tipos jóvenes, fuertes, con buena capacidad de trabajo, y aún se decía que los indios no sufrían de vértigo, que un gen específico que solo ellos poseían les exoneraba del miedo a trabajar a alturas increíbles, funámbulos de músculos de hierro que recorrían rápidamente las viguetas metálicas. Se contaba todavía la leyenda de los mohicanos, acróbatas del cielo descubiertos en 1886 por los capataces de un puente viario sobre el Saint-Laurent, estupefactos al verles caracolear verticalmente, y desde entonces *ironworkers* selectos, importados por hornadas desde las reservas del noreste de los Estados Unidos o de Canadá para engrosar el contingente de los constructores de rascacielos, entre ellos el Empire State y el edificio Chrysler de Nueva York, recordaban incluso que tras la destrucción de las torres del World Trade Center unos mohicanos volvieron al lugar devastado para desmontarlo todo, y es cierto que preferían tanto más distinguirles del modo en que les habían rebajado más bajo que el suelo. Duane Fisher y Buddy Loo ignoraban esta elección, no eran mohicanos sino ohlones, y sin embargo ellos también sintieron la embriaguez cuando les mandaron allá arriba.

La primera vez que se encontraron en la cima de la torre Coca, les sorprendió el gigantismo del cielo, recibieron una bofetada violenta, el aire estaba irisado, rápido, millones de gotitas microscópicas difractaban el movimiento de la luz, euforizaban el espacio que de repente se dilataba a toda velocidad, y se rieron, borrachos. No tardaron mucho en descubrir la manera de azuzar al peligro como se azuza a un perro, pronto hallaron el modo de infringir la ganga de prohibiciones dentro de las cuales ejecutaban gestos repertoriados. El vacío con el río abajo, la pasarela roja que seccionaba el paisaje, los otros que remachaban, todo aquello era teatral, enunciaba un campo de acción donde estallaba su deseo de gozar, y entonces comenzaron a hacer acrobacias. La primera vez Duane había revisado su arnés, poco antes de las dieciséis horas, y había vuelto la cara hacia Buddy, con los dientes ebúrneos y las pupilas anís, le había dicho a bocajarro: eh, ¿te apuestas a que salto?, y Buddy, con la mano formando visera encima de los ojos, había echado un vistazo abajo, midiendo la altura, sí, yo te sigo, vamos a hacer como los paracaidistas, sí, somos guerreros, somos *Indian warriors*, lanzó un grito que Duane imitó antes de añadir, vamos a enseñarles cómo nos divertimos a esos mocosos... y no hay duda de que tenían miedo. Era el momento de la pausa, los muchachos salían de los cajones, Duane aguardó a que se congregaran, se puso en posición de partida como un paracaidista en

la carlinga, con una pierna flexionada hacia delante y la otra tensada hacia atrás, lanzó un grito —el clásico de Tarzán— y se arrojó al vacío, mientras el cable se desenrollaba tras él a una velocidad loca, como un lazo de ganado, como un lagarto en la pared del tiempo, el arnés chirriaba en sus oídos a la vez que su grito se perdía, desnudo, sin más eco, y el paisaje entonces se precipitó sobre él, le desgarró el pecho, le cortó la respiración, y después chocó contra el cielo sin rebotar —el cable no era totalmente elástico—, pero su cuerpo volvió violentamente contra la columna y tuvo que doblar las piernas, las rodillas contra el abdomen y los pies verticales para amortiguar la colisión en el momento del choque contra la estructura, y repelió la pared metálica del mismo modo que los alpinistas sueltan cuerda y se apartan de la montaña, una, dos, tres veces, y después hubo un suave balanceo sin más amplitud, se quedó suspendido en el aire, aturdido, alzó el cuello hacia lo alto de la torre donde se apretujaban los obreros del equipo mirando hacia abajo, un collar de cuentas negras en el contraluz, no les vio la cara pero oyó sus aplausos, y a continuación Buddy saltó, y él también el choque y el grito de guerra, él también la incorporación al cielo.

Estas caídas se convirtieron en atracciones cuya noticia se divulgó por la torre — es indudable que Diderot se enteró de su existencia, y quizá ya desde el primer salto, los rumores circulaban deprisa en la obra y bien habían podido informarle algunos ribereños del lado Coca que se pasaban todo el día apostados en la ventana y veían muy bien lo que ocurría en la torre, se complacían en redactar informes para la dirección de la obra, en confirmar el índice de contaminación y el horario de las obras, y en formular quejas contra la suciedad, el ruido, la plena recrudescencia de los robos con tirón, que ellos atribuían a la mano de obra—, y a partir de entonces lo aplazaban hasta el final de la jornada, cuando los jefes entraban en su oficina improvisada al pie de la torre, es para pasarlo bien, decían, para pagarse unas cervezas y unos discos de la máquina, porque la obra vivía horas paradójicas: el abatimiento causado por la muerte del hombre de la Edgefront Tower se envolvía ahora en una tensión nueva, la preparación de los cables, la colocación del tablero, los chicos lo llamaban el *catwalk*.

Están allí arriba, la sirena sonará dentro de diez minutos y a Duane y Buddy les basta un simple intercambio de miradas para decidirse a realizar un salto. Se sitúan en la pasarela estremando la relajación, sacuden las cervicales, giran la pelvis como si bailaran con un hula-hoop, el chicle canturrea en sus bocas jactanciosas, no han oído la motora de la dirección de la que desembarca Diderot, no le han visto subir los pisos de cajones utilizando pequeños ascensores arcaicos, y en cuanto los obreros se han aglomerado para el espectáculo, se lanzan coreados por los gritos, los vítores, las voces que también oye Diderot, que se apresura y en cuanto llega a la última pasarela, pasmado, se acerca al borde de la estructura, se abre camino entre los cascos aglutinados y su cabeza es ahora una cuenta adicional en el collar que corona la torre.

Nadie le ha visto llegar —los obreros estaban de espaldas a él—, pero todos se sobresaltan y exclaman: ¡coño! Se apartan al momento, luego retroceden, dejan que Diderot afronte solo a los dos muchachos que se balancean y que bien a gusto se encenderían un pitillo allí, puesto que están fuera de la obra, puesto que se columpian, puesto que son unos valientes. Diderot se vuelve hacia los obreros amontonados detrás, ¿y después?, hay que izarles, ¿no? Sí, eso es. Diderot se inclina una vez más, los dos muchachos han girado hacia él su cara radiante, se asombran de que su público haya desaparecido, salvo esa cara, una cara que no reconocen, gritan, ¡eh, oh, subimos! Diderot se endereza y ordena a los demás obreros que desciendan, desalojad, no quiero a nadie aquí, se observa un lento movimiento, arrastrar de zapatos de obra en dirección a las escaleras, una chica se preocupa, asoma por encima de su hombro una cara angustiada, ¿no irá a dejarles así, eh? Diderot no responde. Está loco de furia. Despejada la pasarela, se inclina de nuevo hacia Duane y Buddy, que se inquietan al oír ruidos de pasos en las escaleras de la torre, al ver a los compañeros que descienden y les gritan, al llegar a su altura, está Diderot arriba, está el jefe. Los dos chicos piensan mierda, luego oyen la voz de Diderot que les grita, tenéis cinco minutos para subir antes de que suene la sirena, apañaos.

Los dos se miran, calculan espantados la longitud del cable: más de treinta metros, como mínimo. Entonces, sin decirse una palabra, se ponen en movimiento. Se sirven de la fuerza que le queda a su oscilación para cobrar impulso, para aumentar la amplitud de su balanceo, tocar de nuevo la estructura y apoyarse en ella para subir, lo consiguen y cuando tienen los pies bien firmes contra la placa de metal oscura incluso a esta hora, carmesí casi negra, tensan a tope los músculos de los brazos y se izan centímetro a centímetro, suben toda la pared, es largo y agotador, se licúan en el esfuerzo, crisan el rostro y endurecen el vientre, trepan con ayuda de pequeños salientes para ganar alguna longitud de cuerda, y al izarse hasta la mitad del vientre y la altura de la pasarela, con el pelo aplastado por el sudor contra su frente terrosa y las manos ensangrentadas, se agarran al primer barrote en la base del parapeto y resoplan unos instantes, con la mejilla posada en el suelo metálico todavía tibio, y luego la sombra de Diderot se alarga sobre ellos y les refresca, les tiende la mano, con un gesto poderoso les levanta una última vez, a uno primero y después al otro, y se quedan desplomados unos segundos, exhaustos, náufragos sobre una playa, supervivientes, con los párpados cerrados, conteniendo la respiración, mientras Diderot les comunica secamente que están despedidos, que vayan a recoger sus pertenencias en la taquilla y que después pasen por el barracón administrativo para que les entreguen un sobre con el finiquito.

Demasiado tarde. Soren ve a Alex, que le espera delante de las puertas, le reconoce en la penumbra, intenta retroceder hacia la explanada, lanza ojeadas laterales para encontrar una zona donde refugiarse en la oscuridad, pero es demasiado tarde, el otro le ha visto y se acerca, le mete el saco en los brazos cuchicheándole no me digas que te habías olvidado de nuestro asuntillo, eh, es mañana, tienes las instrucciones aquí dentro. Soren da traspies de inmediato, a causa del peso del saco, y lanza un grito, da media vuelta hacia los vestuarios pero en ese instante una mano le agarra del cuello: un consejo, no hagas chorradas. Soren se zafa con un movimiento del hombro y luego se apresura hacia el barracón de los obreros, se cruza en sentido contrario con algunos que menean apenas la cabeza, nadie le pregunta. Ya en el interior del edificio, corre a su taquilla, abre el cerrojo, deposita el saco dentro, en el último momento abre la cremallera, hunde dentro la mano, tantea una hoja blanca doblada en cuatro, se la mete en el bolsillo, vuelve a cerrarlo todo y corre hasta el coche que le espera fuera. Más tarde, sentado solo en el asiento trasero, con la cabeza contra el cristal, recobra el aliento —cómo ha podido creer que habían renunciado al sabotaje—, se sirve de la lamparilla para leer la hoja escrita en el ordenador, empalidece, el saco contiene cuatro cartuchos de dinamita de siete kilos, provistos de ventosas —ninguna exudación de nitroglicerina, los explosivos están estabilizados, son seguros—, habrá que pegar los cartuchos contra los cuatro lados del pilar de arriba de la torre Edgefront, allí donde la base se adelgaza, con objeto de que toda la torre se quede coja, vacile totalmente, y la explosión se realizará accionando desde la orilla un detonador programado —nada de sistema de encendido secuencial ni de sistema de relojería— en forma de mando a distancia, lo que permite actuar en cualquier momento.

Evidentemente, piensa en huir —nada más sencillo, vuelve a su cuchitril, lía el petate, coge la pasta y desaparece en un autobús nocturno, que vaya hacia el sur, el que sea, y nadie sabrá nada—, pero desiste, convencido de que le encontrarán, esos tíos encuentran siempre a todo el mundo y si le encuentran le matarán, está avisado. Por eso, esa noche —hermosa, por lo demás, los olores de cieno y de tierras detríticas recordaban ahora que Coca estaba construida sobre una terraza aluvial, un vivero rebosante de gusanos y de coipos— no cambia en absoluto sus costumbres, va a jugar al billar en un café de Edgefront y vuelve a casa.

Es difícil describir la jornada siguiente porque cada gesto, cada palabra, cada intención es anulado por el proyecto del sabotaje inminente, la convicción de una precariedad tan grande que ya nada tiene verdadera importancia, el agujero del cigarrillo en la película, disgregando el tiempo. Soren flota, algodonoso. Con el fin de estar solo en el vestuario, ha llegado a la plataforma Pontoverde media hora antes de que suene la primera sirena. Cuando abre la taquilla, el saco le salta a la cara como una fiera feroz: es una pequeña mochila de excursión de color negro, pesa lo que un

niño de ocho años. Embute dentro una tartera, un jersey y se dirige al muelle de partida de las lanzaderas, esforzándose en que su silueta no se encorve bajo el peso, y procurando que esta masa gibosa en la espalda no altere su forma de andar y no le cambie la expresión del semblante.

Es casi de noche en el tajo de Edgefront y Soren aguarda a que desaparezcan las últimas luces de la lanzadera que regresa hacia la explanada. No necesita pretextar un olvido cualquiera dentro de un cajón y decir a los demás que no le esperen, que subirá y cogerá el próximo barco, no, no ha dicho nada porque aquí nadie le pregunta nada; y lo más probable es que el propio Diderot, que pretende conocer a cada hombre del puente, sea incapaz de llamarle por su nombre y hasta de reconocerle si se cruzaran fuera de la obra. Nadie tampoco se ha fijado en el saco del que ha sacado visiblemente un bocadillo y una botella de agua durante la pausa, dejando ver dentro de la mochila un revoltijo de ropa oscura. En ese momento, Soren tiene frío. Tirita bajo el pilar, unos pasos más atrás, y la naturaleza ruge, la marea está alta, la columna de metal que se yergue detrás de él amplifica cada sonido. Una sola vez, mientras los responsables de las obras vuelven a su cabina —un Algeco con hervidor— y se conceden un respiro esperando a la hornada siguiente de trabajadores, Soren, ahora totalmente vestido de negro, empieza a colocar los cartuchos de dinamita alrededor del pilar, que a esta altura es de hormigón armado, procura permanecer pegado contra las paredes, a la sombra de la torre, mientras que el resto del lugar está iluminado como una verbena, guirnaldas de bombillas, no ha ejecutado nunca estas acciones pero ha estudiado los esquemas en la hoja, y de hecho es facilísimo. En menos de tres minutos las ventosas de los cartuchos se adhieren al pilar, Soren jadea bajo su capucha, recoge la mochila, se la carga al hombro y, silueta camuflada que ya huye, se encamina hacia la orilla pardusca, de aspecto grumoso: hay que recorrer cincuenta metros hasta el río. Una rotura en la explanación del pilar, una muesca de un metro de anchura, Soren se acuclilla en ella para introducirse en el agua con sigilo, aterrado por la idea de que el ruido de sus salpicaduras específicas —un cuerpo de hombre que entra en un líquido—, multiplicadas en este lugar, pueda alertar a los responsables de las obras que dentro de unos instantes volverán a ponerse sus cascos con lámpara de espeleólogos y saldrán a recibir al nuevo contingente de obreros, mientras que al otro lado del río, en el piso veintisiete de un inmueble ribereño, el Francés y su camarilla descorchan ahora botellas de champán, llenan las copas de cristal y se aproximan al ventanal, preparados para los fuegos artificiales.

Soren entra en el río hasta la cintura, el agua está tan fría que un calambre le ha aplastado las tibias, penetrado en el hueso, y está seguro de que ha llegado a la médula, minando sus fuerzas, se sofoca, ya no puede moverse y permanece un

minuto largo sin poder soltarse, sin poder activarse. Son las voces que oye detrás de él las que le precipitan en el caudal fuliginoso, cae en él, reprime un grito gracias a un esfuerzo gigantesco, se mantiene con la cabeza fuera del agua pero sin coordinar realmente sus movimientos, como un perro aterrorizado que se ha caído por la borda, después consigue calmarse, se acostumbra a la temperatura y recupera sus facultades, estabiliza la respiración sobre las acciones del cuerpo, empieza a nadar hacia la orilla en silencio, sumergiéndose a intervalos regulares en la corriente que le transporta río abajo. Es entonces cuando la excitación y el miedo, el hecho de estar engullido pero consciente, le inducen a creer que un animal de gran corpulencia nada a su lado, percibe su mole y su potencia formidables, son nuevas corrientes submarinas las que le acompañan, saca la cabeza del agua sin ver nada más que el río regaliz que le envuelve y, a lo lejos, las luces de la lanzadera que vuelve con los equipos nocturnos —y sin duda que a bordo hacen el ganso, fuman un último pitillo, sueñan despiertos—, se sumerge otra vez pero de nuevo aparece la fiera, que le escolta y le roza con su pelaje muy tupido, un animal colosal que bien podría ser un oso, el oso de Anchorage, es una fiera salvaje, tiene hambre, caza para alimentarse, delira Soren, y acelera, sin poder volverse o mirar de reojo al costado, hasta tal punto le paraliza el terror, oye un gruñido en el cuello y falta poco para que se hunda —no hay miedo peor que el de una mandíbula abierta a tu espalda—, la orilla se acerca rápidamente y las luces de Edgefront esparcen por el agua grandes tragaluces dorados de los que surge al mismo tiempo la ganga vegetal que crece en el río: altas plantas rígidas, erizadas, negras y afiladas como lanzas, forman una barrera, retienen inexorablemente a Soren más acá de toda vida humana, acelera hasta tocar tierra, empuña una raíz, sale del río y se desploma sobre una anfractuosidad de barro, el oso ha desaparecido, respira, escupe, medio muerto, y todavía tiene que sacar el mando a distancia de su estuche estanco y apretar la tecla que va a volarlo todo, está sin aliento, hay forraje en la mochila, babea bilis, no ve nada, unas gotas perlan de estalactitas la brecha del arco ciliar, le obstruyen los orificios nasales, le taponan los oídos, se activa, con el cuerpo sacudido por informaciones opuestas —está vivo, está muerto—, los dedos entumecidos de repente contra la cajita de plástico seco, tiritan violentamente —sacudidas que le dislocan—, centra la mirada en el pilar donde todavía no hay movimientos. La barca de los obreros ha rebasado el meandro, aparece de frente, empieza a reducir la marcha. En la obra de Edgefront Tower, que sigue muy iluminada y como alegre, tres hombres salen negligentemente, avanzan hasta el extremo del muelle, cruzan los brazos sobre el abdomen y se quedan allí, combados a la espera, como actores sorprendidos por los reflectores de un teatro, Soren nunca ha oído el sonido de su voz pero puede ver sus mejillas rosadas, el vapor que sale como una nube de sus bocas, tres buenos trabajadores que llegan al borde del río, el barco está aún a sesenta metros, hay que pulsar, ahora.

Al otro lado del agua

Es una niña de apenas tres años, la pequeña Billie, la que descubre el cadáver de Soren cinco días más tarde, en un erial que hay detrás del campo de fútbol de Edgfront, y lleva un peluche en la mano, abandonada a sí misma.

A Billie le gusta mucho este yermo herboso, abollado, de lindes sucias, la reclama cada vez más a menudo, y esta mañana, cuando Katherine la viste de pie delante de la mesa de la cocina antes de partir a la obra, mientras se ajusta el elástico de su faldita amarillo canario, la niña le coge la cara entre sus manitas tan suaves y le dice: quiero ir al jardín, tan resuelta que Katherine suspende sus movimientos, admirada, la mira y después la aprieta contra ella, susurrándole al cuello: prometido, sapito, hoy irás al jardín. A continuación deja a la niña en el suelo y entra en la habitación de los chicos, Liam ya se ha ido al colegio pero Matt duerme: una vez más, volvió tarde anoche. La habitación apesta, un olor de ganado. Katherine se sienta en la cama y zarandea a Matt por el hombro, ¡despierta! Él lanza un largo gemido y, como ella sigue sacudiéndole, la rechaza, con los ojos cerrados —Katherine nota que ya casi es tan fuerte como ella—, luego se vuelve hacia la pared, pero entonces ella se obstina, va a la ventana y descorre la cortina, raudales de sol barren el dormitorio, exponen a la vista montones de ropa arrugada, indistinta, zapatillas de deporte gastadas, calzoncillos sucios, libros y cuadernos escolares mal cuidados, envoltorios de galletas, botellas de soda vacías y migas cubriéndolo todo, y Katherine al descubrir este desorden, esta mugre, se sobresalta, se pregunta desde cuándo no ha entrado allí y recuerda como un bumerang que Liam hace ahora sus deberes en la mesa de la cocina y solo entra en la habitación para dormir. El sentimiento de su culpabilidad, más aún que esta pocilga, la enfurece. Vuelve al borde de la cama, zarandea de nuevo a Matt, esta vez fuerte, una sacudida en la que pone toda su ira, ¡despiértate, cabrón! Solo obtiene un ronquido profundo. Desencadenada, corre a la cocina a llenar una jarra de agua fría y al volver a la habitación la vierte sobre la cabeza de Matt, que se incorpora de golpe, gritando ¡ajj! ¡Putá, me estás jodiendo! ¡Loca! Chorrea, apoyado en los codos, con las ojeras cerosas, la boca gris, la tez nublada, pasmado al ver a su madre que se mantiene erguida e inmensa al pie de la cama, con la jarra en la mano, y al oírla ametrallarle con estas palabras: tienes diez minutos para levantarte y después me vas a ordenar esta pocilga donde tu hermano ni siquiera puede estar, cuando yo vuelva esta noche quiero que esto resplandezca, y esta tarde, en lugar de hacer novillos, vas a hacer algo útil, te llevas a Billie al jardín después de la siesta, quiero que te ocupes de ella y que le hables, que juegues con ella, ¿está claro? El chico se sienta en el borde de la cama, con la cabeza entre las manos, rezonga blandamente sí, ¿y si no lo hago? Katherine vacila y luego, mandando a paseo la razón maternal y sus deberes de pedagoga, responde entre dientes: Matt, si no lo haces te rompo la crisma. Cierra de un portazo, consulta su reloj de una ojeada y va a buscar a Billie, que ya está viendo la televisión en el sofá cama de su padre dormido, le pasa una mano por los rizos del pelo, me voy, corderito, Matt te va a llevar al jardín a jugar. La pequeña, absorta en la pantalla, no responde nada y maquinalmente le acerca una mejilla que

su madre besa. En el momento de cruzar la puerta de su casa, Katherine siente que titubea, le queman los ojos, le flaquean las piernas. Da media vuelta e ingiere un vaso grande de agua en la cocina, respira largamente con los brazos extendidos a ambos lados del fregadero y luego vuelve a la habitación de Matt, empuja con suavidad la puerta, el chico está de pie con el torso desnudo, vistiéndose. Su cuerpo cambia, se le ensanchan los hombros y tiene ya un torso de joven, ya no es un niño. Matt, empieza, Matt, lo siento mucho. El chico se pone una camiseta sin mirarla. Me he puesto nerviosa. Él le vuelve la espalda, va a abrir la ventana. Te dejo diez dólares para la comida, ¿vale? Da un paso hacia él, le posa una mano en un hombro. Su olor también ha cambiado. Matt se aparta, la mano de Katherine cae. Entonces habla con una voz más segura, de acuerdo, cuida a tu hermana. Y cuando está en el umbral oye al chico que masculla está bien, no te preocupes. Más tarde, en el autobús que se bambolea, Katherine rompe a llorar sin pensar en nada, y a su vecina, que la interroga con la mirada —una mujer muy joven y solícita—, le responde simplemente estoy cansada.

Cuando Matt llega al erial hay una chica allí, tendida en la hierba, que le espera con unas cervezas. ¿Qué es eso?, dice, señalando a Billie en el cochecito, canario con gafas rosas en forma de corazón. ¡Eso es mi hermana pequeña! Matt desata a Billie, que salta del cochecito. La chica tuerce el gesto, contrariada, pensaba que estaríamos tranquilos, los críos no me gustan demasiado, y Matt se apresura a contestarle, tranquila, no da el coñazo, ya verás, y ya la besa con los ojos cerrados mientras le palpa los pechos, y Billie se aleja en silencio.

Al principio, la niña se pasea, recoge colillas, bebe las últimas gotas de las botellas de cerveza tiradas por el suelo, se acuclilla para coger dientes de león. No se sabe lo que se cuenta a sí misma, parece que habla sola, vagando al sol, sorteando los armazones de bicis oxidados, los bidones de gasolina agujereados por disparos de carabina. Pronto está toqueteando una suela, desata un zapato, tira de un calcetín, rasca con un palito la piel que aparece —se afana, su pequeña lengua rosa asoma por entre sus labios fruncidos—, al tiempo que espanta a las moscas en su vuelo estacionario, aquí son numerosas y ruidosas, detrás de la pierna ve después otra con el mismo zapato y el mismo calcetín, y al levantar la vista descubre el resto del cuerpo. Se queda de pie un rato largo, encima de la cabeza de la que ha desaparecido la mitad de la cara bajo una costra negra. Billie, asombrada, se inclina para preguntar, ¿eh, estás durmiendo? Duermes, ¿verdad? Al no obtener respuesta se pone a peinar la cabeza, que mueve de derecha a izquierda para despegarla del suelo y aferrar los mechones de la nuca, pero al despegar el primero un enjambre de moscas se espesa, muy denso, y la encierra como las mallas de una red, la pequeña se tapa la cara, se mira los dedos llenos de una pasta parda, no comprende nada, y justo en ese momento Matt, desaliñado, la atrapa por el puño y exclama ¡Oh, mierda! Retroceden. El chico espantado observa el cuerpo, después mira a su hermana, la pequeña da asco, con las

manos ensangrentadas, llama a la chica que se ha quedado en la otra punta de la linde, date prisa, y cuando ella llega a su vez donde el cadáver, Matt le grita, coge a la niña, cógela, pero la chica, al ver las manos de Billie da un grito y se aparta, estás loco, ¡está llena de sangre! Entonces Matt sienta brutalmente a Billie en el suelo: límpiate las manos, no te muevas, quédate aquí, ¿entendido? De inmediato, a Billie se le saltan las lágrimas, luego la cara se le deforma lentamente, empieza a gritar mientras Matt se acerca de nuevo al cuerpo, también él espantando a las moscas, es una carnicería, solo las piernas están intactas, mientras que la cabeza, el abdomen y toda la espalda están destrozados, desgarrados, qué estrago.

La bomba no había explotado. A no ser que, finalmente, nadie pulsara el detonador. Cortocircuito en el mando a distancia, mal montaje eléctrico o defeción en el último minuto. Los cartuchos de dinamita se quedaron pegados contra el pilar hasta que los vieron poco después los hombres del tercer turno horario. Desde lo alto de su edificio, colocados en fila a lo largo del ventanal y mirando sus relojes, al ver que no sucedía nada los instigadores asociados se habían impacientado y por último el Francés había exclamado, cojones, el tío me ha jodido, y mientras que Alex asumía su fracaso, culpable por haber elegido a semejante primo y haber dirigido la acción, él había lanzado la caza.

Al pie de la torre Edgefront, tras un breve momento de pánico, una vez neutralizados los explosivos, los obreros habían llamado a Diderot, que al instante se había presentado en el lugar, antes de pasar el resto de la noche examinando el mecanismo, ¿qué coño es esto? La cantidad de dinamita era asombrosa, pero el sistema de encendido rudimentario. Un trabajo de aficionado, concluyó.

Soren, por su parte, se había largado pitando hacía mucho, tiritando con su ropa demasiado pesada, empapada de agua fangosa y de barro, asustado, sin saber ya si había pulsado o no el botón del mando a distancia, sino solo que había arrojado el estuche al río y había corrido a buscar un cobijo para pasar la noche, seguro de que si volvía a su casa el Francés le encontraría en ella, había corrido hasta quedarse sin resuello en dirección al bosque, último refugio a su medida, allí sabría sobrevivir, una revelación, cautivado por el olor de la foresta, avanzaba a lo largo de una carretera a oscuras, cada vez más rápido a medida que se acercaba a la espesura, cada vez más feliz de encontrar su lugar, pero de pronto en el lindero del macizo se encienden unos faros, le capturan unos haces, hay delante unos hombres que le cierran el paso. Resuena un gruñido salvaje. Se ha escapado un oso del zoo de la ciudad.

Hacia mediados de junio hubo que apretar todavía más el ritmo. Diderot se acariciaba la mandíbula delante de los calendarios y planes de trabajo, y el interior de la boca se le llenaba de llagas. Los hombres de Pontoverde le hostigaban ahora con llamadas telefónicas diarias y mensajes anunciando que habían rebasado las previsiones de fechas y que el único medio de no perder dinero era reducir la duración de la última fase de las obras.

Las torres estaban terminadas, sólidamente ancladas en el lecho del río, poderosamente mantenidas en sus fundas de hormigón, pero por muy altas y rojas que fueran —una pintura acrílica elaborada para respetar las normas de la calidad del aire—, eran estúpidas, no significaban nada más que la ausencia del puente futuro, lo que faltaba era lo principal: el tablero que permitiría ir andando desde Coca a Edgefront.

¡Hay que ir allí ahora, hay que pasar al otro lado del agua! Era lo que se oía cuando aguzabas el oído en las oficinas de la plataforma, en los recorridos de *jogging* habilitados a lo largo de las orillas —los corredores los aprovechaban para resoplar, con las manos en las caderas, colorados, algunos seguían dando brincos como poseídos por el baile de San Vito, y hablaban del progreso de las obras entre dos aspiraciones—. Pero en el fondo, más que la urgencia, más que los plazos impuestos, era la inminencia de la última fase de la obra, la del cableado y la colocación del tablero, lo que excitaba a los hombres del puente, la población de la ciudad y a algunos cronistas de la Costa que lanzaban de vez en cuando un vistazo a lo que sucedía en Coca: todo cobraría pronto un sentido, todo se realizaría, por fin. Para Diderot, en cambio, no era ninguna terminación: esa fase ocupaba su lugar como una experiencia nueva, una vez más se trataba de ir hacia delante, de correr sin riesgo, en un solo impulso, y los cables encarnaban de maravilla esa situación inédita.

¡Vamos a poner en marcha un juego fenomenal de tensiones, un sistema mágico de transmisión de fuerzas, vamos a tocar la delicadeza misma! Diderot filtra estos comentarios entre dientes mientras dibuja esquemas en la pizarra, traza flechitas dinámicas (\rightarrow y \downarrow) sobre F mayúsculas, las cuales enseguida se convierten en eslóganes expresados con voz clara: el puente suspendido es el no va más del ingenio humano, de la maestría, una cuestión de reparto de las potencias y las masas, el genio del equilibrio sin el cual solo hay fatiga y desgaste, tirones, derrumbamientos, fealdad. Desborda de apetencia, los ingenieros adoran —se acuerdan de los años de matemáticas especiales, los problemas y las pegas, los experimentos con jergones helados, el agua fría y sucia al fondo de los lavabos, la blusa gris, ven todavía el halo de su lámpara de escritorio sobre las copias dobles de cuadrados, ese círculo amarillo recortado en la oscuridad de su leonera, la cabeza inquieta de su madre en la puerta entreabierta, ¿te sale? ¿Acabarás pronto?, ¡acuéstate!, y la fiesta que representaba resolver el problema en la noche cerrada, la percepción súbita de su inteligencia

desnuda cuando pillaban la curva del puente suspendido, definían la famosa catenaria, el coseno hiperbólico, se frotaban los párpados después de haber establecido la fórmula—, y todos tienen de repente la sensación de estar perfectamente en su sitio, todos, incluidos Sancho y Summer, que asisten codo con codo a esas reuniones y se lanzan miradas cómplices, burlonas, ante los gestos de comicastro de Diderot.

En realidad, por mucho que Diderot celebre la flexibilidad de una hamaca y la ligereza de un nido, sigue siendo una labor penosa. Una matanza. La alta tecnología reeditando la gesta arcaica de las hilanderas de rueca, ya que en suma consistía en hilar los tensores exactamente como se hila en el torno, una tarea específica de los cableadores que duraba ya varias semanas. El arquitecto preveía que dos cables principales que pasaban por la cima de las torres, como la sucesión de dos crestas gigantes, ligarían la estructura con cada orilla del río. Por tanto, había que crear dos cuerdas titánicas, cada una compuesta de veintisiete mil quinientos setenta y dos hebras de acero galvanizado, distribuidos en sesenta y un haces de hilos y reunidos mediante torsión en hélice alrededor de un eje longitudinal. Se junta todo, se tuerce y después se comprime para redondearlo. Una vez terminado, el enorme cable trenzado tiene, sin embargo, cerca de un metro de diámetro y mide dos kilómetros y medio, es un lazo capaz de capturar a la Osa Mayor —un periodista del *San Francisco Chronicle* establece que esos hilos de acero, extendidos uno junto a otro, pueden circunvalar tres veces la tierra a la altura del Ecuador, y esta relación, esta escala de proporciones, era la que inspiraba en adelante la política municipal del Boa. Exultaba, la redcilla del puente era la red en la que había envuelto a la ciudad, una tela de arácnido en la que cada nudo reorientaba su influencia, aumentaba la presión de sus deseos y ambiciones, preveía grandes fiestas para la inauguración y contaba ya los días.

De nuevo los equipos llenos de acróbatas en donde los indios se llevan la parte del león, de nuevo las agencias internacionales que criban sus ficheros para seguir enviando a Coca una mano de obra específica, calibrada, de obreros equilibristas, hombres todopoderosos a los que cuesta manejar en cuanto llegan —se crecen con el desafío, se enfrentan a la muerte con la inocencia turbia de seres para los que operar en estas alturas era tan sencillo como beber un vaso de agua o lavarse los dientes—, pero trabajan como dioses, tienden en el puente con exactitud primero las dos largas cadenas principales, después los doscientos cincuenta pares de tensores verticales, uno cada veintiún metros, pinzas de la ropa impresionantes, elaborando al paso de las semanas un sistema asombroso de tirantes de una masa total de veinticinco mil toneladas, y capaz de soportar, estabilizándola, una pasarela que pesaría ciento

cincuenta mil.

Se presentan reporteros, chicos maliciosos que también quieren captar la imagen espectacular, la nena con casco en sujetador que se broncea en la pausa, con una cerveza en la mano, sentada sobre el vacío, el tío que desenvuelve su bocadillo y mira al objetivo, mosquita eufórica bajo la campana del cielo, hileras de zapatos en primer plano con el río a lo lejos abajo, resquebrajado como una pintura al óleo, el vidriado de una cerámica, pero ya no era momento de hacer tonterías, de hacer el indio, ahora Diderot vociferaba, furibundo, los contadores giraban, aún había que aguantar varias semanas, seguid concentrados —mientras él mismo busca a tientas en un esfumado de fotografías sepias y de añicos de rondelas: siempre el cabo Sizun y los acantilados, los paseos dominicales, las elegantes con sombrero fustigadas por el viento, y un jubilado de la armada nacional que las acuna en sus brazos, las levanta encima del vacío en un lugar concreto de la pendiente rocosa y las mantiene allí el tiempo que necesita su acólito, detrás de la cámara fotográfica, para captar la imagen aterradora y engañosa, un asuntillo que da buen resultado, el grito de las mujeres entrelazado con el de las gaviotas, y Diderot en pantalón corto que observa ese guirigay detrás de un montículo de barro herboso, listo sobre todo para ir a recoger el sombrero de la dama.

Pronto una pasarela une la orilla de Coca con la de Edgefront, una suspensión provisional cuya línea operaba en el aire como el alma del cable trenzado, el hilo interior alrededor del cual se desplegaría la construcción. La noche en que la instalaron, unos obreros partieron desde las dos riberas del puente, como era costumbre, y descorcharon botellas en cuanto se produjo el encuentro de los respectivos equipos, no se lo creían, la suspensión se movía, el viento zumbaba debajo de los cascos, pero coño, ahora se podía atravesar, hubo gritos y después cada uno se volvió por donde había venido, la mayoría titubeando.

Esa misma noche, feliz, Georges llama a Katherine: ven, vamos a hacer una travesía. Su voz se pierde en el silencio que devuelve una respuesta sin convicción, de acuerdo. Se citan en el lado de Edgefront, en el lugar en que se habían separado la última vez. Diderot, al volante del Impala, espera a Katherine que por fin llega, caminando deprisa, con la cabeza gacha, un aspecto nervioso que no es propio de ella, ocupa su sitio en el automóvil y sin mirarle siquiera ordena ¡adelante, vámonos pitando! Se aproximan al río y llegan a Coca atravesando el viejo Golden Bridge, que vive sus últimos días. ¿Estás bien?, pregunta Diderot, cuando Katherine baja la ventanilla y se asoma fuera. Las cenizas revolotean dentro del coche, que se dirige hacia la obra. ¿Qué pasa? Diderot insiste, acerca la tarjeta al portal electrónico y más tarde, cara a cara por encima del capó, distingue finalmente la de Katherine: una aureola oscura traza una media luna desde el pómulo hasta el arco de las cejas. Él no dice nada pero le posa una mano en los riñones, la conduce al muelle. El trayecto les parece interminable, pasan delicadamente por debajo del puente y cruzan la entrada a

Coca de la pasarela, escalando las orillas, altas en este lugar, y encofradas en placas de hormigón entre las cuales han instalado una pequeña y tosca escalera. Diderot descerraja la puerta doble enrejada y recorren el *catwalk* provisional. Es de noche, sus pasos resuenan en el tablero amovible de listones metálicos. Entonces, ¿enseguida acaban?, pregunta Katherine, y Diderot contesta, sí, esto irá rápido ahora, habremos acabado a mediados de agosto. Ella no reacciona, le interroga sobre la próxima colocación del tablero, y Diderot precisa técnicamente, había dos soluciones distintas, siempre la famosa controversia *hormigón versus acero* y al final habían adoptado la solución de un tablero ortótropo de acero liso con dos pulgadas de asfalto epoxi de nivelado, pues la cuestión del peso de la pasarela era crucial. Falsamente jovial, Katherine asiente, está en otra parte. Diderot se impacienta: bueno, ¿se puede saber qué pasa? Por debajo de ellos, las últimas barcazas faenan de una orilla a la otra, repletas de siluetas laboriosas y apretujadas. Lo nuestro no va a ninguna parte. Ella se mira los pies. Diderot marca un compás de espera, esperaba cualquier cosa de esta mujer, se esperaba todo menos que se desinflara de esa forma, le señala la extremidad del puente, yo tenía más bien la sensación de que íbamos a alguna parte. La cara de Katherine que se ilumina —él puede verla, incluso de noche—, sí, es verdad, confirma, vamos hacia Edgefront y allí está mi casa. Diderot se dulcifica, ¿y entonces? Podemos dar una vuelta, hacemos lo que queremos, ¿no? No, se planta Katherine, yo no hago lo que quiero, yo no vivo así. Lo sé, Diderot se encoge de hombros, lo sé, pero ella se cierra, dura, no creo que puedas saberlo. Están inmóviles. ¿Es por tu marido, tus hijos? Está agresivo, furioso contra ella en este momento, furioso por haber pronunciado estas palabras. Ella no se ha movido, dice simplemente, nada que ver, soy libre, mira por dónde, y me gusta mi vida. Saca un cigarrillo que Diderot le enciende con un gesto seco, una ráfaga se estampa contra la pasarela, él no la mira, se apoya en el parapeto, bueno, ¿qué hacemos?, de repente con prisa por terminar con ella, deseoso de evitar el empantanamiento, las conversaciones interminables perforadas de silencios pegajosos, la banalidad triste, todo esto mientras están juntos en el puente, joder, no en cualquier sitio, y de pronto, al cabo de un largo silencio, declara, jugador, vale, ven a vivir conmigo. Ella se ríe al instante, una risa radiante, mala elección, soy un bicharraco, él siente que la reencuentra, de la alegría la toma entre los brazos, la atrae hacia él, estoy al corriente, le pasa un pulgar por la sien tumefacta; la víspera no pudo esquivar la grapadora de metal que Lewis le lanzó a la cara cuando ella salió en defensa de Matt, a quien su padre acusaba de haber robado dinero, esa manía que Lewis tiene de coger los objetos a su alcance y tirárselos a la cara, pero esta vez había aparecido Liam, amenazando a su padre con un cuchillo, voy a matarte, de inmediato neutralizado por Matt, los dos gritaban como locos, y tras haberse aplicado un trapo de agua fría contra la sien en el cuarto de baño microscópico, Katherine había vuelto para decirles, ahora nos calmamos, no somos víctimas, había repetido, lanzando una mirada firme a Lewis, no hay ninguna víctima en esta habitación, y más tarde, mientras ella fumaba bajo el

tejadillo de la cabaña en una mecedora al borde de romperse, mientras Billie vestía a su muñeca para un baile, Lewis le había dicho con mucha calma que era libre de marcharse si quería, y ella le había mirado a los ojos encogiéndose de hombros, ya lo sé.

Diderot y Thoreau empiezan a andar, me has asustado, le murmura él cuando llegan a Edgefront, yo también me he asustado, responde Katherine.

Entre Market y Colfax está California, vía paralela más estrecha y concentración, en su zona mediana —a la altura del ayuntamiento—, de pubs, boleras, bares, y también salas grandes con pantallas gigantes colocadas en lo alto contra falsos entablados de caoba, siempre la misma oscuridad con resplandores de *cherry*, Es en este perímetro donde Sancho aparece hacia la una de la madrugada, las noches en que trabaja. Empuja la puerta de La Scala o de Sugar Falls, divisa el travesaño de un taburete sobre el que auparse, estirando el cuello como un periscopio, y, tras haber localizado la mesa, se reúne con Seamus y Mo, y dos o tres más; y a veces incluso Summer. Ha esperado este momento durante toda la jornada.

Cerveza, chicas, una máquina tocadiscos, ¡el paraíso! Diciendo esto, Seamus había tomado posesión de la mesa la primera vez que entraron, apenas unas horas después de que los obreros votaran a favor de la prima, hacía ya casi tres meses de aquello, y Sancho, situado detrás, había admirado su negligencia viril, la autoridad sexual que emanaba de su cuerpo, la gente se apartaba frente a Seamus, un movimiento de retroceso apenas perceptible que acusaba su aura, y en aquellos locales superpoblados nadie se habría atrevido a buscarle las cosquillas, había muchos, por el contrario a los que, igual que a Sancho, les habría gustado compartir su mesa, bautizada al final de una noche la «mesa del irlandés», aunque Seamus estuviese ahora acompañado de Mo.

Sancho corre hacia la mesa, zigzaguea en la sala llena y húmeda, entre las frentes que sudan, las bocas humedecidas de alcohol y alegaciones débiles, acude como quien se precipita de cabeza en el cofre del pirata para palpar el tesoro, hacer que su piel reluzca con el brillo de las piedras preciosas y tantear su filo sobre la yema de los pulgares, tiene calambres en el estómago y le duele el abdomen a fuerza de impaciencia y de aprensión, y apenas ha saludado a la redonda, con el corazón exaltado bombeando fuerte en el pecho, tira de una silla y se sienta, observando ya a los circunstantes, jubiloso como un enfermo por estar en su compañía, desarraigado, arrancado entre estas cabezas únicas en el mundo, para estar junto a sus pies callosos, Seamus, el zorro de los libros infantiles, con las mejillas crespas, las uñas largas, amarillas, espesas, la piel recia, un antepasado desembarcado en Nueva York hacia 1850 —hambruna irlandesa, cadáveres humanos pudriéndose en racimos en el peralte del talud, aldeas que se vacían y que se abandonan—, sin educación, sin talento, sin dinero, y que emigra hacia el norte con una brújula rudimentaria en el estómago, encontrar algo para vivir, una subsistencia, nada más, ni un destino ni siquiera un recomienzo, solo algo que beber y comer, algo con que abrigarse y vestirse, algo con que ocupar la fuerza de los brazos, y después la dispersión de una descendencia, las ausencias genealógicas, los huecos en los formularios, los nombres con faltas de ortografía que sedimentan en su concha, al cabo de lo cual esta cara alerta, ese algo hirsuto e irreductible y esos pies que pronto reanudarán la ruta, avezados a la

aceptación de la pérdida, definitivamente excéntricos; y, pegado a su hombro, Mo el inteligente, que se obnubila ante la pantalla como una división posible en esta pluralidad de medios y de pistas, un espacio de descanso para tomarse un pequeño respiro, relajar el esfuerzo, una chica ondula allí con la melena inflada por una brisa artificial y la piel abombada en los confines del biquini, es muy rubia, muy saludable, Mo la escruta impasible, se apresta a darse el piro en un segundo, a largarse a otra parte, por qué no a África; y a veces, pero más raramente, y convencida por Sancho de que se una a la mesa al cabo de largos minutos de negociaciones telefónicas, está Summer y su coleta sujeta por una triple vuelta de la goma, Summer la de los pies fríos que se emborracha con método —que va allí para emborracharse, no sabe muy bien qué hacer cuando no trabaja—, se pone roja como un tomate cuando la llaman en broma «Miss Hormigón», se recuesta en el respaldo de la silla cuando Seamus le acerca la cara rugosa y la obliga a ver el interior negro de su boca, para, le dice ella sin sonreír, pero pronto es ella la que se inclina hacia delante en busca de esa misma boca que la asusta, una oscilación que la marea más aún que el alcohol y pugna por romper el roncal invisible que la liga con su país natal, esa cuerda tensada a tope que Sancho había cortado brutalmente, en un gesto tanto más súbito cuanto el proceso para ejecutarlo había sido lento.

El detonante es un intercambio regular, aunque convenido, que dura todo el otoño, son cartas acompañadas de llamadas telefónicas, su madre —y su padre detrás de ella— le solicita invariablemente respuestas positivas a preguntas que a él le son indiferentes: ¿comes como es debido?, ¿te respetan?, ¿has escrito a Augusta?, ¿ahorras? Preguntas, preguntas, siempre preguntas. Como si su lenguaje común no pudiera liberarse del régimen de interrogatorio, indagar rubricando el recuerdo de su buen derecho materno, de su legitimidad imprescriptible para ser informada de su vida, para poseerle, responder rubricando del mismo modo la prueba de su amor filial. Pronto Sancho, que conoce su conversación antes incluso de haber descolgado, y que ya no puede más de que le exhorten a ser positivo, se vuelve agresivo, se burla, abronca, pero siempre choca contra ese muro que tiene por nombre la inquietud radical de su madre, esa insensata idea preconcebida que ella tiene de él. Estalla en diciembre: a pesar de sus esfuerzos por hablar a sus padres de esta obra, una y otra vez, irrevocablemente, le reconducen al surco cada vez más estrecho y pobrecito de tranquilizarles. Se le bloquea la mandíbula, cuelga y a partir de entonces ya no descuelga, demasiado agitado para inventar la frase que expresaría sin brutalidad aunque solo fuese la más mínima parte del placer tan violento que experimenta viviendo aquí, lejos de ella, lejos de ellos. Sufre remordimientos, tiene mala conciencia: la lectura del nombre de sus padres en la rúbrica de mensajes de móvil, el descubrimiento de una carta o un paquete en el buzón le oprime de repente el pecho, la saliva se le vuelve espesa, transpira, espantado: pero no siente ni una pizca de

pesar. Algo se ha roto. Es la vida, piensa a veces, durante los trayectos cotidianos que le llevan a su casa.

Sin embargo, un día de marzo van a buscarle a los vestuarios mientras Seamus le habla de la obra a la que piensa ir después de Coca, una mina de uranio en Canadá, y Sancho, contrariado, sigue al mensajero a contrapelo hacia el barracón administrativo, ¿quién es? El tipo responde, no lo sé, es una mujer, y Sancho supone lógicamente que se trata de la propietaria de su estudio, que le persigue hasta su lugar de trabajo por una historia de un escape de agua que a él no le concierne, hace muecas, el mensajero se inclina sobre el teléfono, se lo paso, y Sancho coge el auricular y reconoce, muy nítida, como si la emitiera a un paso de él, la voz de su madre: Sancho, ¿eres tú? Sancho se queda paralizado, sin contestar. Su madre está allí. Ha hecho el viaje. El suelo se abre bajo sus pies, abismo de domingos pegajosos y viscosidad de tapetes de encaje sobre el televisor, la voz repite, ¿Sancho? Sancho, soy yo, soy mamá, ¿eres tú? Una vez más tendría que responderle que sí —sí, mamá, sí, soy yo—, pero ya no quiere más preguntas, no quiere decir más «sí», y entonces dice sin temblar, no, no soy yo, pero la voz contraataca, a la vez más fuerte y más frágil, ¿Sancho? ¿Eres tú, Sancho?, y él recupera por última vez la respiración y articula muy claramente, acercando la boca al teléfono y modulando casi a su pesar una voz concluyente, no, señora, no, no la conozco, corta la comunicación con el índice, cuelga lentamente, se da media vuelta y corre por el pasillo tropezando con gente al pasar, baja la pequeña escalera, atraviesa la explanada, corre hasta perder el aliento hacia los vestuarios, corre con toda su alma, nada es más urgente en este momento concreto que reunirse con Seamus, con Mo y con los otros chicos de la obra, y cuando divisa sus siluetas de espaldas, abandonando la plataforma, acelera aún más hasta subirse al autobús y mezclarse con ellos, muy excitado, con el cerebro como una cuba llena en un barco que se balancea, una cuba de metano o de petróleo, una cuba altamente inflamable en cualquier caso, y ya se gesta en él la intuición nueva de que va a sucederle algo extraordinario, algo que va a producirse dentro de unos días o de unos segundos: ahora nada es irrevocable porque ya no hay cepa, todo está al alcance de la mano.

Lo que le sucede, lo que se le pone al alcance de la mano al regreso del buen tiempo, bien podría ser Shakira, por ejemplo, ella también ave nocturna, ella también con los pies poderosos y el cuerpo idóneo, que va a la ciudad como una bola de nieve, cada día más espesa y quebradiza que la víspera. Cuando desembarca una noche de mayo en La Scala o en Sugar Falls, no necesita auparse al travesaño de un taburete para ver quién está allí, le basta un vistazo para distinguir las siluetas agrupadas, entre las cuales reconoce a Sancho, se acuerda del aeropuerto y del baño en el río: no es a él a quien busca y al que quisiera matar en este instante, pero su mesa ofrece un objetivo al que sumarse y se dirige hacia ella. Sancho está a punto de caerse al suelo cuando la

ve avanzar del mismo modo que se abre lentamente la tapa del cofre, aquí está, el tesoro del pirata.

Summer camina en dirección a los muelles, avanza a buen paso en el alba plena, la piel brillante, la nuca fresca, hija optimista que desborda de apetito este día me pertenece y yo bailo por él, blablablá, ella es gente normal, no fuerza la marcha, atraviesa encrucijadas en diagonal para no desviarse de su primera idea: hoy pasa al otro lado del agua.

Ha llegado a la ribera en menos de veinte minutos: de pronto el cielo es ancho, espacioso como una pila, el clamor domina y la luz blanquea. Summer llega al embarcadero, allí hay un distribuidor automático, compra una botella de agua que vacía de un trago con el codo empinado en vertical, ha transpirado, ocupa su puesto en la cola breve de los que aguardan para comprar el pasaje, y una vez abonado el precio de la travesía franquea a su vez el portalón de chapa, salta a la barca y, en pos de los pasajeros que circulan, se encuentra en una sala grande, ligeramente húmeda y sonora, de cristales sucios, techo bajo y olor denso. La mayoría de los que han embarcado con ella se desperdigan por los bancos y se recuestan en las paredes, con el mentón en el pecho y los brazos doblados en forma de almohada, cierran los ojos en el acto, han trabajado de noche en los bares, hoteles, casinos, garitos y clubs de la ciudad, se desplomarán pronto en una cama deshecha, tiritando, con la camisa arrebujada al pie de la cama; el cuello mugriento, la corbata anudada recién aflojada y pasada por encima de la cabeza, los puños desatados con una mano cansada.

La sirena berrea, la embarcación se despega del muelle, Summer se levanta, recorre los bancos, los que no dormitan le lanzan una mirada hostil, llega al puente, busca un punto de observación, lo encuentra en la proa delante de una furgoneta cargada de neumáticos gastados, dos tipos —indios, achaparrados, con sombreros de fieltro negro de ala ancha, alhajas— fuman pitillos y parlamentan en voz baja, indiferentes a los motores ensordecedores, indiferentes al olor a podrido —madera, pescados, fruta— que reina en el barco. Summer quiere aprovechar el espectáculo, es decir los quince minutos para pasar de una orilla a la otra, lo sabe. A esta hora el río es malva, lánguido, de pliegues anchos y aceitosos, ningún espejeo. Mira la ciudad que se aleja suavemente, revelándose entera a medida que empequeñece, se inclina sobre los remolinos grisáceos que cuajan y se disuelven contra el casco mientras justo delante, con un movimiento opuesto, la selva sube, sube gruesa y negra, devora todo el espacio. En el momento preciso en que Summer cruza la mediana del río, de repente cercano a nada, lejos de todo, el corazón se le encoge, las lágrimas le afluyen a los ojos durante un puñado de segundos, el olor del combustible apesta, piensa cerrando los párpados, me va a dar dolor de cabeza, y de pronto se le corta el aliento y está a punto de caer de espaldas. Un miedo inmenso. Lo conoce. Es domingo en el lago de la puerta Dorée, en el lindero del bosque de Vincennes. A media tarde. Tiene cinco años. Son cuatro en una barca. Su padre, su madre, su hermano y ella. Es el fin del invierno y luce un sol frío. Se pasean en bote. Rebasan templos, grutas, fábricas,

rotondas. La luz sobre el agua es espléndida. Su madre tiene reflejos dorados en la cara y cierra los párpados sonriendo por encima de su chal. Su padre es el activo. Se inclina hacia delante y hacia atrás, a medida que repliega y luego extiende las piernas, los remos están firmemente sujetos en el anillo de los escálamos. Avanzan despacio. Ligeras salpicaduras revolotean en el aire mientras el agua se alisa a ambos lados de la embarcación. Todo parece fácil, bonito. Hay risas dulces en el aire. La postal perfecta de una felicidad familiar. La barca se llama *Marianne*, como su madre. Se han puesto contentos por disponer de ella, es una señal, querida, ha dicho el padre al tender la mano a su mujer para que embarque. La *Marianne* es roja con una banda azul, trazada con esa pintura espesa que deja ver la huella de las pinceladas y las escurriduras solidificadas a lo largo de la borda. De improviso el padre se levanta en mitad del lago. La barca se balancea bruscamente, la madre lanza un grito, el padre se ríe a carcajadas y agarra por la cintura al hijo pequeño. Lo levanta y le suspende encima del agua. La madre abre unos ojos inmensos y balbucea, qué haces, detente. El padre ríe, juega, qué tonta eres. La barca se mece con sacudidas bruscas. El niño gesticula, sus pantorrillas flaquísimas y sus zapatos de cordones patalean en el vacío, el padre lo columpia por encima del agua como si fuera a arrojarle a ella. La pequeña está petrificada, pegada a su madre que ahora grita, grita al padre que está loco, mientras él se mantiene en su sitio, delante de ellos, inmenso, con las piernas bien separadas en el fondo de la barca. Se ríe abriendo de par en par la boca. Entonces un remo se desliza del escálamos y cae al lago. El padre deja al niño de cualquier manera, jura, mierda, y se inclina sobre la superficie con los brazos extendidos sin conseguir atrapar el remo. El pedazo de madera flota un momento y después desaparece. Se dirigen en silencio hacia el embarcadero. El sol se ha puesto y hace frío. Todo está oscuro. En las orillas, los árboles desnudos encorvan hacia ellos ramajes helados. El padre se sofoca gobernando el bote con un solo remo. Se fatiga. La pequeña tiene miedo de no llegar nunca. Una vez en tierra firme, su madre prorrumpe en sollozos y balbucea palabras incomprensibles. El padre suspira, la tarde es un desastre.

La otra ribera desconcierta a Summer. La gran plaza que da al muelle sigue sumida en la sombra, y allí hace mucho más frío y hay más humedad que enfrente al final de mayo. Una pequeña multitud de pobres —sobre todo indios— va y viene entre puestos miserables, frutas y verduras abolladas, bragas con perendengues, herramientas de ocasión, facas y machetes picados de herrumbre y expuestos sobre pequeños tapetes trenzados, falsas botellas de agua mineral, todo ello ahogado en un olor de col hervida, de pescados grasos y de jabón. Aquí y allá remueven despojos en grandes ollas de hierro colado calentadas sobre estufas de fortuna, los cuecen a fuego lento en una salsa especiada y luego los meten en una funda de pan grueso rociado de limón, qué asco, piensa Summer, con repugnancia, y atraviesa la explanada, entra en el primer figón —un mosaico de botellas de Coca-Cola aplastadas tapiza la fachada

—, pide un café, el tío detrás del mostrador la mira sin simpatía y después vierte maquinalmente un zumo amargo en una taza de plástico, le da la espalda y reanuda la lectura del periódico. Summer mira su reloj, son casi las siete. Echa una ojeada por encima del hombro y observa por la puerta entornada la barcaza que ya se dispone a regresar. La excitación de esta travesía «al otro lado del agua», como todos dicen aquí, ha decaído de golpe, tiene frío, qué idea haber ido hasta allí sola, sin un plan, sin nada que hacer. Indecisa, bebe a sorbitos el café pronto tibio y mientras cuenta con la cabeza gacha las monedas en la palma abierta, el tipo del bar la interpela, ¿busca usted algo? No, nada, está bien, voy a coger el barco, se pone el bolso en bandolera, se vuelve hacia la puerta y el tipo, a su espalda, prosigue, ¿no le dice nada esto, no le gusta? Sonrisa guasona —esmalte translúcido al borde de unos dientes muy amarillos y perfectamente parejos— que enturbia una mirada glacial, transparente como una canica, a disgusto Summer se dispone a marcharse, cambia de idea y dice simplemente, busco las fuentes de Sugar. El tipo se le acerca en el umbral del figón, al fondo de la plaza tuerza a la derecha, siga la carretera en cuesta, es todo derecho hasta el final del asfalto, allí hay un mirador, doble a la izquierda por el camino forestal, camine un poco y allí es. Su voz se mezcla con los ruidos de la plaza, que se han agudizado tanto como ha crecido la multitud, van a abrir el mercado. Summer pregunta ¿está lejos? Una hora y media andando, el doble si ha llovido. Ah. Summer mira su reloj. Tiene prisa, señorita, ¿eh? La examina, sarcástico, malo. Usted es del puente, ¿verdad? Ella mueve la cabeza. Él saca del bolsillo un paquete de tabaco acartonado, lía a toda velocidad entre el pulgar y el índice un pitillo flacucho y lo enciende, se lo mete en la boca y le suelta salga de esa obra, tómese el tiempo de ir a verlas, le sacudirá la identidad, Miss del Puente Caníbal.

Ha comprado naranjas, Coca-Cola y pan, sube la carretera en cuesta, con la selva a la espalda, el bosque delante. Los pequeños inmuebles de través y edificios de piedra que bordeaban la plaza del mercado han desaparecido, recorre ahora casas de madera encabalgadas unas sobre otras, algunas de forma y ambiciones complejas —pagodas chinas, chalet suizo, choza del país de Auge—, la mayoría de cartón piedra *western*, con los tabiques de través pero con un lujo de detalles decorativos. A esta hora, los niños dan portazos y corren por la carretera con sus carteras brincando en la espalda, mujeres en chanclas ajadas les vigilan levantando una cortina de punto y, suspicaces, observan a Summer que pela una primera naranja, se oyen ladridos de perros detrás de los setos, el aire huele a colada y a bebés.

Pronto el sol aprieta, el asfalto calienta debajo de las zapatillas de deporte, las casas se alinean cada vez más pobres, ventanas tapiadas o baldosas rotas, y la chatarra amontonada por doquier en jardines yermos. Pronto los camping-gas inamovibles en las ventanas polvorientas alternan con cabañas toscas de madera, mejoradas con neumáticos o lonas recubiertas de alquitrán, y siempre ingeniosas, la

ducha exterior provista de una espumadera rutilante, un tejado de planchas clavadas, una o dos Solex deshuesadas en la hierba, juguetes de niños de plástico rojo, amarillo y azul, un ambiente de barracas al borde del desguace, un olor de hierro hirviente, los insectos sorprendidos rebotan sobre ejes viejos, instantáneamente achicharrados, se acabaron los niños, los gritos. Ahora está en el primer tramo del camino. Deshabitado a primera vista, no se ve un alma, pero la selva es como un fuelle, las raíces de árboles jóvenes perforan el asfalto, la hierba se infiltra por todas partes y los helechos a la altura de la cintura cubren los arcones de la carretera, las últimas cabañas, una revista porno surcada por una huella de neumático, olvidada sobre un rellano pedregoso, los últimos desechos, más botellas, una camiseta hecha un rebujo, zapatillas reventadas, por último una pancarta indica la terraza del mirador y Summer llega a un banquito con grafitis de pollas e insultos sexuales, y uno o dos números de teléfono. Se sienta con el corazón palpitante, sin resuello, y de pronto descubre Coca que se platea bajo el sol juvenil al otro lado del río, el centelleo metálico del Financial District, la blancura resplandeciente del ayuntamiento y la obra del puente, le cuesta esfuerzo agrupar el paisaje, un ligero sofoco se apodera de ella, un malestar que reconoce, se obliga a respirar lentamente, desfilan imágenes —el Tigre que ya no da señales de vida y cuyo rostro se borra, las Rubias que se divierten en Skype dando grandes meneos al pelo, su padre—, respira cada vez más fuerte, pensando tengo que recuperarme, sin lograrlo, sumergida por su cacofonía interior, desplazada, incapaz de adaptarse a lo que la rodea, se inclina hacia delante, escupe en el suelo, por último cierra los ojos. Después levanta la cabeza, mira Coca, mira el lindero. Y de repente entra en la selva.

Primero el sotobosque perforado por multitud de pozos de luz, la frescura que cae en el espacio indistinto, después la oscuridad.

Es de noche allí dentro, una noche verde y húmeda, un clamor de feria. Summer se asombra de que el camino sea tan ancho y la tierra esté tan bien aplanada, huellas de neumáticos, de patas, de suelas, pronto se cruza con dos niños en patines uno detrás de otro, ¿esto es la autopista o qué? Ahora se siente bien, de nuevo en pie tras el episodio de las piernas flojas en el mirador. A su alrededor, secoyas como estacas gigantescas, masas compactas de helechos, musgos fluorescentes que tapizan raíces, juncos amplios, acerados, y por todas partes, en los taludes, agujeros negros: sobresalto de Summer que imagina que hunde en ellos la mano al instante atrapada por una fiera prehistórica, mezcla de jabalí y de nutria de ojos rojos, una especie de ornitorrinco al que habría despertado. Poco a poco la selva se densifica, la luz ya no traspasa el techo vegetal, uno se creería en el fondo de un acuario, por otra parte Summer oye rumores de agua, viraje, una roca en forma de huso que le recuerda las del bosque de Vincennes y, de inmediato, el olor acre de un fuego sobre un rellano del río, se acerca, dos individuos, de pie con un palo en la mano, vigilan una placa de

tierra perforada por agujeros que dejan escapar el humo, el olor es intenso, se ve una carne ensangrentada en algunos puntos bajo la capa de tierra: Duane Fisher y Buddy Loo ahúman una pieza de caza y mastican tabaco de su cosecha propia.

Reconocen a Summer, que no les reconoce pero ve al instante en su piel oscurecida la brillante pulsera amarilla que llevan en la muñeca, una cinta de plástico con el código de barras que lleva las siglas de la empresa y que pita cada mañana a la entrada de la obra, un salvoconducto. Los dos chicos intercambian miradas de entendimiento, ¿qué se le ha perdido aquí a Miss Hormigón? ¿No puede quedarse en su casa, «al otro lado del agua»? ¿Tiene que presentarse aquí como una flor, de turista? ¿Qué capricho le ha traído? Van a sentarse como budas alrededor del fuego y a despachar juntos un buen pedazo de carne contándose chistes como si no hubiera una chica y dos tíos, una blanca y otros dos, un negro y un indio, una jefa del puente y dos obreros ni siquiera cualificados a los que asignaron directamente la limpieza del canal, dicho de otro modo, una ingeniera y dos desbrozadores, ¿y qué, quiere venir a verlos de cerca? ¿Desde cuándo las blancas van a comer con negros en este país? Buddy Loo es prudente. Ya ha tenido problemas: en enero de 2006, una noche de viernes, a quince grados bajo cero, hay una chica con una cogorza de muerte en el aparcamiento de una bolera de Colfax, Woody's, Buddy la recoge, la chica ha vomitado sobre su anorak crema, tiene los ojos en blanco, la sube a su coche, inclina el asiento, reflexiona, hay que llevarla al hospital, ningunas ganas de meter en mi chamizo a esta nena en pleno coma etílico, más tarde, en el hospital, firma los registros y se larga pitando, pero, a la mañana siguiente, los polis se presentan en su casa cuando él está en el instituto, registran su cuchitril, faltan veintisiete dólares en el monedero de la chica, a Buddy le detienen cuando vuelve a casa, le mandan a chirona, prisión preventiva, comprueban que la chica no ha sido violada, no, nada, a Buddy le endosan un mes de reformatorio y trabajos en beneficio de la comunidad por robo, tiene dieciséis años, se jura encontrar a la chica y desvestirla realmente, una vez en libertad reanuda sus entrenamientos en la bolera, una noche la furcia en persona cae por el local, acompañada de un coloso con cuello de toro y ojos vacíos, Buddy contiene el deseo de asestarle un bolazo a la chica que, por supuesto, no puede reconocerle, brota de la penumbra entre dos cochazos, saca una pistola, les amenaza a los dos, la chica se lo toma a broma y después llora cuando les ordena que se desvistan, pero por compasión no os quitéis los gayumbos, no quiero ver vuestros culitos de blancos, vuestro culo de pijos, vacía los bolsillos, oh, cuarenta y tres dóoolares, hace un lío con la ropa encima del cual deposita los dos pares de zapatos, lo rocía todo con éter de petróleo, arroja una cerilla y les deja desnudos y pobres, con los pies en la nieve, se había dado a la fuga y no había vuelto nunca a la bolera de Colfax, ya que, al parecer, el tipo de cuello de toro y ojos vacíos había ofrecido una recompensa por su pellejo. Así que limitar los contactos, se dice. Summer intercepta sus miradas, carraspea, pregunta dónde están las fuentes de Sugar —por preguntar algo, porque no sabe qué decir, no hay nada que decir—, emite toses, el humo le irrita

los ojos, Buddy Loo le indica el fondo de la selva con un gesto blando, sin mirarla siquiera, mientras que Duane Fisher le da la espalda y tira piedras al agua con rudeza. No es que haya sido bien recibida, no, la verdad. Buddy Loo ya no se mueve y ventila en silencio la placa de tierra con ayuda de una inmensa hoja de ruibarbo. Summer vuelve a mover la cabeza, *bye*, da uno o dos pasos hacia atrás y luego gira sobre sus talones y se va por el camino, continúa porque ya no puede retroceder, las fuentes están allí, las oye.

Disociar la luz del ruido del agua. El claro es vasto, bañado en una blancura eléctrica, tan viva que Summer necesita unos segundos para tamizar el revoltijo de sus percepciones, distinguir la cascada que espumea, la hierba alta de un verde intenso — un campo de fútbol iluminado de noche—, discernir a los niños con el torso desnudo, armados de pistolitas de agua de plástico amarillo, a las mujeres, los hombres más escasos, todos ellos indios. Camina hacia las cascadas, los pequeños acuden, les brillan los ojos, se ríen, se hablan en una lengua que Summer no comprende, la escoltan hasta la cuenca de piedra, echa una ojeada a los adultos que la observan, saluda con la cabeza. Luego se acuclilla para beber, hundiendo varias veces las manos en el agua, se refresca el cuello, la frente, los antebrazos. No se oye una palabra en el claro, la algarabía ha cesado. Al advertir un letrero grande que reza Sugar Falls, se incorpora para ir a leerlo, pero enseguida una voz a su espalda la retiene, no se tome la molestia, es propaganda, ella se vuelve, es un hombre blanco, el único aquí. Se miran. ¡Sugar Falls! ¡Qué gilipollez! El hombre ironiza, después le informa, no debería haber bebido el agua de estas fuentes, es especial aquí. Summer le responde simplemente, tenía sed. Observa el espacio que ahora se precisa, perfectamente esférico, pero ya no localiza la entrada al camino por donde ha llegado. ¿Dónde estamos?

El agua de las cascadas no estaba azucarada, ni siquiera un resabio. El joven monje franciscano que fundó la primera misión española no había obrado el milagro de convertirla en jarabe, contrariamente a lo que estaba escrito en algunas guías turísticas o en otros libros que daban a los niños. Pero para los indios estas fuentes eran un beneficio, una zona poblada de espíritus, les gustaba reunirse allí durante los solsticios, los más pudientes dejaban entonces sus 4×4 relucientes a la entrada del macizo, a la altura del mirador, y terminaban la ruta a pie. Todos conocen la existencia del camino. El tipo, por tanto, lógicamente había elegido este claro para enseñarles la arqueología, la botánica, la farmacopea y su idioma. Prestaba un interés particular a las mujeres, las más regulares, algunas atravesaban todo Coca para ir a escucharle. Tenía su teoría: formar a los indios para que fuesen sus propios arqueólogos y pudiesen reapropiarse de sus tumbas —diseminadas por miles de

riberas de la Bahía en los confines de los altiplanos, bajo los aparcamientos de los supermercados, a lo largo de las autopistas, en los cimientos de los edificios— y volver a dar nombres a su territorio, utilizar las tecnologías que les marginaban para dar la vuelta a la situación. Se había sublevado y a la vez estaba roto, unos altibajos dientes de sierra que alternaban la euforia con la depresión, su fervor virulento dirimía en el ambiente apacible del claro, en el carácter pacífico de aquel picnic indio. Durante las sesiones de instrucción, escucharon al hombre atentamente, algunas chicas se levantaron para dar testimonio, desplegaron pancartas, circularon documentos. No dejaron de llevarle a Summer a cada rato café negro, bocadillos de cheddar, le ofrecieron galletas y pitillos. Unos niños se derrumbaron sobre ella a la hora de la siesta, y uno de ellos posó incluso la cabeza en sus rodillas, ella observó la comisura interior de sus ojos, plana y lisa como el interior de una concha, se preguntó una vez más cómo funcionaban sus párpados, ebrios de emociones, y tranquila, con una soledad ahora absolutamente porosa, se quedó simplemente donde estaba, escuchando a aquel hombre cuya voz prevalecía sobre la cascada, somnoliento cuando evocó a los estúpidos de la universidad que habían decretado la extinción de las tribus de la selva —ohlones, muwekma—, de su lengua, sus ceremonias, y despabilándose cuando concluyó su discurso: queremos recuperar las tumbas para comparar el ADN de los muertos y los vivos —señaló a los niños que se perseguían salpicándose—, ¡y se verá que todavía existen! La cara se le crispa de repente y Summer reconoce al tipo con quien se había cruzado en la obra, el que había herido a Diderot.

Decidió regresar antes del anochecer y hubo niños que la acompañaron, ellos también volvían a Edgefront, los padres regresarían más tarde. A lo largo de todo el camino daban vueltas a su alrededor, intensamente juguetones, cambiaban de paso sin cesar, paraban un largo rato para darle alcance luego, atravesaban los haces de luz dorada que acuchillaban el bosque, silbaban en las rayas de cebra que les ocultaban y les delataban a la vez. Ella veía una cabeza, un brazo, a veces una silueta entera, la apuntaba con el dedo, ¡te he visto! Cuando se alejaban más en la espesura, seguía oyendo sus exclamaciones, sin saber muy bien si se reían o se insultaban, pero enseguida comprendió de nuevo su lenguaje: su lengua india se difuminaba a medida que se aproximaban a la ciudad y Summer admiró la manera que tenían de estar en sintonía con el mundo.

Estamos ya en la semana cuarenta y dos, cabrillas sobre el río, el cielo se desploma, anochece. Coca se ilumina poco a poco, Sancho la contempla desde la altura de su grúa, no se cansa de mirarla, cincuenta metros, verdaderamente es una altura que le complace. Tablero de mandos en reposo, chivatos en verde y palancas levantadas, un litro de Jack Daniel's, pasteles secos, un lector de CD, Sancho está en la pasarela y aguarda a Shakira.

La ha llamado antes de comenzar su turno a las dieciséis horas —más exactamente, le ha enviado un mensaje, prefiere los sms, signos lapidarios cuando no una broma desnuda y frontal, distancia conservada, dominio de los riesgos, ¿tienes vértigo? No, ha respondido ella al cabo de veinte segundos. ¿Cita a medianoche? Ok. Tras descolgar de inmediato, Sancho se ha frotado las manos porque necesitaba hacer algo, temblaba de emoción, después tres pasos de carrera rodillas pecho, un giro sobre sí mismo, demonios, ha dicho sí, es esta noche y poco después, más rodilla pecho, se había ido a comprar whisky en un tugurio contiguo al supermercado que había enfrente de la obra, y de vuelta, al cruzarse con Diderot, que se disponía a marcharse al volante del Chevrolet, le había comunicado a través de la ventanilla bajada que se quedaría hasta tarde esa noche para comprobar tres o cuatro cosas.

Ahora está encaramado en la noche, las estrellas y las luces eléctricas se confunden. Pero Sancho procura evitar cualquier febril imaginación que pueda distraer su atención y mantiene los ojos clavados en el río que serpentea hacia él, una vía punteada de halos claros, polvorientos, sobre los que se mueven largas hojas relucientes, una vista fantástica desde tanta altura, ese río que dentro de menos de cuatro horas llevará a Shakira al pie de la grúa; llegará puntual, a las veintidós cincuenta y cinco, ante la entrada principal de la plataforma Pontoverde, la recogerá en la puerta un contacto retribuido que la conducirá desde la diagonal de la explanada hasta el muelle, donde otro cómplice se ocupará de ella, embarcarán en la motora de la dirección y llegarán a la torre Edgefront a todo gas, y allí Sancho, que la acechaba, la llamará por el móvil para guiarla sobre el pilar hasta la puerta del ascensor, y mientras la motora da media vuelta para regresar a toda velocidad sin cruzarse con la lanzadera grande del equipo nocturno, Shakira ascenderá hasta donde está Sancho a lo largo de la grúa iluminada, un saliente amarillo oro, y en cuanto dé un paso en el interior de la cápsula, Sancho se asombrará: ese corpachón engrandece la cabina, le hace sitio.

La maquinaria del ascensor se ha puesto en marcha, zumbido mecánico de cables y de promesas, y cuando por fin se abren las puertas correderas, he aquí que Shakira franquea el umbral, una belleza sobrehumana con los zapatos de tacón en la mano, asidos por las tiras de cuero, y en cuanto entra en el habitáculo se gira sobre sí misma, sorprendida por la inmensidad tan próxima, hago una visita de reconocimiento, curiosa, me tomo el tiempo de mirarlo todo, los indicadores, los botones, las

palancas, los autoadhesivos, los pequeños objetos, los discos y cada movimiento de su cuerpo aumenta el espacio de la cabina, es bonito esto, concluye, ¿es peligroso? Sancho la devora con los ojos, analiza exhaustivamente el problema con las grúas: es el viento. Las ráfagas de viento súbitas, las borrascas. Detesto los cambios de estación, hay momentos violentos en que arrecia el viento que sopla del océano, tormentas que se gestan en las mesetas, se inflan y después pasan por encima del río, explotan contra los bosques, y entonces los pájaros huyen y el agua empieza a girar como en un circo, imita los gestos: estira los brazos para representar a los pájaros, gira el índice para expresar el circo. Como ella le escucha, él fuerza aún más el rasgo: las grúas se balancean sobre las gabarras, las flechas sufren el tembleque, las poleas dan vueltas como péndulos en el extremo de los cordajes, y cada operación de elevamiento se convierte en un riesgo que debe evitarse cuando la carga es de ciento cincuenta toneladas y el contrapeso de doce, yo estoy aquí para eso, para no correr ese riesgo; señala el anemómetro: cada mañana controlo la velocidad del viento, cualquier operación se suspende a partir de setenta y dos kilómetros por hora, y sobre todo observo, ¡lo veo todo! Ha terminado de hablar. El silencio se espesa.

Shakira se quita el abrigo, que cae al suelo, y descubre en su vestido el cuerpo de terciopelo negro, una forma y una materia que acentúan la silueta como una copa de champán, después el contorno de los pechos enormes —¿han crecido aún más o qué?—, de talle ultrafino, la platina química de la cabellera y las presiones serenas de la piel muy blanca, está casi desnuda y más que desnuda, diosa y un poco puta, se dirige hacia el cristal, observa intensamente el exterior, amusa los ojos como si buscara fuera puntos de referencia geodésicos, se multiplica ahora sobre los cristales, reflejos precisos de los rostros contra la noche inestable, después se vuelve de repente hacia Sancho, ya ves, no tengo vértigo, estoy muy bien aquí, avista la botella de whisky, y me tomaría una copa de algo. Beben. Sancho se coloca a su lado, él también aparece ahora en las paredes de cristal, hay cantidad de gente aquí, ¿no? Sonríe, se siente guapo a su lado, le gusta que esta chica le invada del mismo modo que el exterior invade la cápsula, se abisma en ella, reconfigura su presencia y flexibiliza sus movimientos al mismo tiempo que la libre circulación de sus fantasmas, le gusta la relación entre sus dos cuerpos que se agrandan y empequeñecen como en un cuento mágico a medida que se tocan, a medida que traban ahora los gestos banales de una primera vez y que la cabina de cristal, por su parte, se convierte en la escena siempre renovada de las intrigas. Le pasa la mano lateralmente por debajo del cabello y la atrae hacia él mientras con la otra mano le sube el vestido desde abajo, a lo largo de su piel tan concreta —era fantástico tocarla, como la primerísima constatación de la existencia de Shakira y, más aún quizá, de su propia existencia, como si el tacto creara los cuerpos—, ella se inclina para besarle agarrándole de la garganta, después se desvisten mutuamente sin chocar una sola vez, por el contrario la cabina es exactamente a su medida, sus paredes les sirven de apoyo, les ofrecen un punto de sostén o de palanca: ella se separa del tablero de mandos lo justo para que él pueda

deslizarle la braga por los tobillos, levanta los brazos justo lo suficiente para que él le despoje del vestido por la cabeza —y entonces ella toca el techo—, él retrocede lo bastante para que ella pueda desabrocharle el vaquero y curvarse sobre sus piernas para bajarle el calzoncillo hasta el suelo, después echa hacia atrás los hombros lo suficiente para que él se pase por los brazos las mangas de la camisa, una gincana que acelera la cadencia de la respiración de ambos, aumenta su transpiración, y pronto los cristales de la cabina se empañan de vaho, el gas carbónico que expelen y el efecto Joule de sus cuerpos desnudos les envuelven en un vapor de sauna, nube de condensación que les oculta a la mirada de los búhos, murciélagos y polillas, a la de los aviadores que vagan por la noche sobre el tejado de los edificios, una aureola que les mantiene juntos, al abrigo en el corazón de las tinieblas, mientras sin embargo la cabina se dilata, móvil, plástica, zona erógena ilimitada; ahora se han puesto de pie y cara a cara —ella, no obstante, se ha derrumbado un poco—, y cuando llega el momento de penetrarla, el acto se complica todavía bastante—, de todos modos tiene que poder abrir las piernas tan largas, y para ello pegar la espalda contra el cristal para echarse totalmente hacia atrás y alzar el sexo, él a su vez tiene que colocarse a la altura justa para lograr deslizarle las manos por la espalda, posárselas en los riñones y encontrar la amplitud necesaria para acercarla hacia él; para que tengan que piratear soluciones nuevas.

Cada vez que Diderot se lava, topa con la cicatriz del cuchillo de Jacob, un trazo oblicuo en el costado de cinco centímetros de largo. Hace casi diez meses que vive con ese segmento carmesí que le grita «cabrón» en cuanto descansa en él la mirada, y señala el día en que Katherine Thoreau se cruzó en su camino. A veces se dice que sin esa cuchillada no habría encontrado nunca a esa mujer, y roza la marca con la yema de los dedos. Pero el insulto le persigue. Se promete no abandonar Coca sin haber encontrado al hombre con el que rodó por el polvo.

Pero de momento la obra le apremia. La colocación de la parte plana del puente sigue exigiendo la búsqueda de soluciones. Hay que evitar los efectos de dilatación térmica de las placas de acero que constituyen el tablero; en Coca, las variaciones de temperatura son grandes, como impone el clima continental. Bajo el efecto de la canícula, que hincha los aceros, la longitud del tablero podría aumentar en setenta centímetros para una viga de mil novecientos metros y encoger posteriormente. Colocan, por tanto, juntas de dilatación cada cincuenta metros, optando previa discusión por un sistema de juntas a base de láminas que permiten movimientos de cualquier amplitud, en las tres direcciones, y rotaciones sobre los tres ejes. Durante algunos días, la definición de su intervalo sigue ocupando a los constructores. Estas exigencias técnicas, absolutamente nítidas, apasionan a Diderot, que encarga pruebas, evalúa, compara y decide. Ahí está en juego el propio movimiento del puente, su carácter flexible y vivo, en la pura realidad del acero, y se enfrasca en esta cuestión con el ardor que uno pone en terminar un trabajo. Los equipos de metalúrgicos faenan horizontalmente y ensamblan la viga, placa tras placa, mil novecientos metros de largo por treinta y dos de ancho, es un trabajo mecánico, soldar, atornillar, atornillar, soldar. Seamus y Mo forman equipo y trabajan sin hablarse, han regulado con precisión sus movimientos, es una coreografía. Trazan en cabeza, y pronto han concluido su banda y han franqueado el río. Ellos también sienten que se acercan al final. Una relajación que inquieta a Diderot, siempre se hacen más estúpideces los últimos días, tened cuidado, les previene, sobre todo porque el calor es tórrido desde hace unos días, a los muchachos se les calienta el cráneo protegido por los cascos, y hay poca sombra donde hacer un alto, el metal quema como el asfalto que recubre ya toda la pasarela, la obra se ha convertido en una zona infernal y los hombres se reaniman durante los trayectos por el río, se proyectan ya en el futuro, hacen planes. Seamus se adelantará a la inauguración del puente y partirá a finales de agosto al noroeste de Canadá, a Cigar Lake, el futuro está en las nucleares, bromea, compara la paga que le proponen con la de los obreros que trabajan en otros tajos, y los chicos del puente hacen muecas, para mí el uranio ni hablar, nunca, no tengo ganas de volverme radiactivo. Mo mira desfilar las orillas, duda si irse con él. Seamus le asegura que se trata de un contrato interesante, pero él tiene una pista en Zimbabue, en una mina de platino donde trabaja ya un primo suyo con el que ha contactado en Internet, aquí somos centenares, le ha escrito. Mo no sabe todavía lo que hará, lo que es seguro es que siempre se las ha apañado, él quiere ver la inauguración del puente,

las iluminaciones, el júbilo general. Faltan tres semanas.

Y entonces, una mañana, Summer llama a la puerta del despacho de Diderot y, por un golpe de suerte, él está allí, levanta la cabeza de la pantalla de su ordenador: ¿qué tal, Diamantis? Él sabe que Summer será la última en trabajar con ahínco en la habilitación de los accesos, que comprenden seis vías que habrá que empalmar desde una punta a la otra del puente con la red viaria, lo que implica una producción todavía muy elevada de hormigón.

En el lado de Coca, la autopista del puente se insertaba perfectamente en el sistema, pues convergía hacia una encrucijada que, después del peaje, redistribuía las vías en todas direcciones, dos de ellas sorteando la ciudad para ascender directamente a la meseta; pero en el lado de Edgefront, más allá del peaje, las seis vías continuaban unidas, luego la zanja de treinta metros de ancho se estrechaba para adoptar la forma de una simple carretera que orillaba el río hacia arriba. Summer debía preparar los accesos futuros: la vía del macizo, una vez abierta, afectaría de arriba abajo al barrio de Edgefront, dividiéndolo en dos partes iguales antes de llegar al bosque. Es una estupidez esa autopista forestal, suelta Summer sin ambages sentándose en la silla delante del escritorio, con el casco en las rodillas. Ha dudado un largo rato antes de llamar a la puerta de Diderot: va a hacer un año que le trata, y aunque respeta y admira la manera que tiene de realizarse en la acción humana, conectada a una materialidad que existe fuera de él, también desconfía de este hombre para el que vivir equivale a insertarse en el flujo del mundo, en su movimiento. Diderot se recuesta en su butaca: ¿qué ocurre, Diamantis? Esa autopista, repite ella, la autopista que quieren hacer va a desbaratarlo todo. Diderot, seco: eso no nos incumbe, Diamantis. Pero Summer sacude la cabeza, no estoy de acuerdo, los accesos y el empalme a la red son también de mi incumbencia. Un silencio y luego Diderot asiente suavemente: es cierto, pero no existe todavía una red en Edgefront, todo se reduce a empalmar la vía de la orilla, a descongestionar la plaza grande. Después, como el aire es sofocante en el pequeño despacho, Summer abre la ventana, se vuelve, he encontrado al hombre que le hirió en noviembre. Diderot se sobresalta, su cicatriz le quema debajo de la camisa, ¿ah, sí? Sí. Dos minutos más tarde se ponen en marcha.

Blindados dentro del Impala, silenciosos, zigzaguean entre los vehículos, asumen los mismos riesgos que fugitivos perseguidos y en cuanto llegan a la ribera de Edgefront recorren la carretera hasta el mirador, un camino que Diderot descubre, es Summer la que le guía. Tras apearse del coche, él no se toma el tiempo de contemplar Coca, maravillosa, donde los edificios perforan la bruma del calor, no, entran al instante en la selva y es cierto que los sotobosques impresionan a Diderot, le desorientan,

fragmentarios, y como la luz ocupa allí la misma proporción que la oscuridad, camina un largo rato sin saber si está dentro o fuera, incorporado al frenesí vegetal, Summer avanza silenciosa a su lado, y más adelante, cuando la sombra prevalece, la luz se desperdiga en resplandores, y una silueta se presenta al final del camino, fantasmal pero encarnándose a medida que se precisa, Jacob sale a su encuentro.

Se queda inmóvil a unos metros de ellos, que también se detienen, y luego el silencio se infla, bulle, un vivero. A los tres les cubren las mismas manchas de luz, la ropa y la piel, transfigurados. Es la cita, dice simplemente Summer, que se queda rezagada mientras Diderot sigue caminando. Los dos hombres están ahora frente a frente, separados por cincuenta centímetros. Se conocen de memoria. Hay tanto ruido que Jacob tiene que alzar la voz, sabía que vendrías, y Diderot responde lentamente, arrastrando las sílabas, quería romperte la crisma y después quería también darte las gracias. El timbre de ambas voces es átono, se miden, sin afecto. Jacob declara, salta directamente al agradecimiento, con los brazos cruzados sobre el abdomen. Bichos de todas clases pueblan los discos luminosos, moscas rosas, mariposas amapola, escarabajos de bronce, después todo se calla y la voz de Diderot vibra, muy bien, gracias por la cuchillada. Jacob descruza los brazos, descansa las manos en las caderas y da un puntapié a una hoja, Diderot duda si lanzarle un puñetazo seco en la cara, el otro no tendría tiempo de protegerse, le alcanzaría en la nariz, le haría mear sangre, la selva gira a su alrededor, ella acelera, él sonríe.

Summer, por su parte, no se mueve de su sitio. Una mariposa revolotea a su alrededor, delicada y eléctrica, la sigue con la mirada un largo rato y acaba acuclillándose para observarla cuando se introduce en la corola de una flor desconocida, Summer se concentra. Es una *mission blue butterfly*, Una especie archiprotegida. Habían tenido que plantar zonas enteras de arriates en las orillas del río para que aquellas mariposas pudieran alimentarse, y decretar un límite de velocidad de las embarcaciones y de los vehículos de diez kilómetros por hora de marzo a junio. La selva se ha salvado. Summer desborda alegría, con los ojos cerrados. Luego levanta la cabeza y se suelta la goma de su coleta, es la primera vez, cambia de repente de aspecto y de cara, increpa a los dos hombres, ¿se ha acabado la guerra? Tengo que volver al trabajo.

La víspera de la inauguración se sigue trabajando en el puente. La electrificación de la estructura exige instalar ciento cincuenta y dos lámparas a lo largo de la pasarela, y otras dieciséis más potentes en las torres, cada una de las cuales estará coronada por un faro aéreo rojo, siguen desenrollando kilómetros de cables. Los accesos apenas se están terminando, el hormigón volcado aún está fresco sobre la calzada del puente. Por eso se limpian los metales, se vigila a los pájaros, cuelgan suspensiones a lo largo de los pilares para eliminar cualquier suciedad. De una parte a la otra del edificio, se alzan cadenas erizadas de banderas que chasquean al viento, e instalan delante de la puerta de Coca un estrado gigantesco rodeado de tribunas laterales y sobrevolado por un capitel de merengue, al día siguiente actuará allí una orquesta que tocará la fanfarria cuando el Boa venga a cortar la cinta mágica, cuando pose la punta de la suela en la calzada espléndida, y desfilará hasta Edgfront, solo delante del pueblo, distendido, triunfal, exhibiéndose a la vista de todos, con los brazos a los costados del cuerpo y la mandíbula paralela al suelo, incluso quizá con una rosa en la mano, seguido veinte minutos después por dos mil invitados que también atravesarán a pie, íntimos seleccionados a voleo, entre los cuales Shakira, y se espera que Mo también haya conseguido infiltrarse en el grupito de privilegiados, se pondrá una camisa blanca y un pantalón de tela gris que le estrechará las caderas, sentirá un placer loco al atravesar ese puente que es suyo, sin casco, con el sol en plena cara. Al otro lado del agua el recibimiento será triunfal: suelta de palomas, chicas con pompón, malabaristas, danzas folclóricas indias, desfile de guardias municipales y reparto gratuito de camisetas con las siglas de una fórmula mágica: $c=0\%$, $m=69\%$, $y=100\%$, $k=6\%$, la definición del bermejo de la estructura. Se han adoptado medidas de seguridad draconianas, Jacob y los indios, incluidos Buddy Loo y Duane Fisher, están detenidos bajo vigilancia en un motel con una pantalla gigante sobre Colfax; la juventud está excluida de los festejos, Matt se propone seguir la ceremonia desde el mirador, Liam acudirá también, llevarán a Billie, su padre ha declarado que no quería ver nada, de todos modos tenía la tele.

Es el final de la tarde y por última vez va a aparcar su vehículo en el aparcamiento, da palmadas en la base de su asiento —¿cuántas horas habrá pasado ahí sentada?—, recoge la foto de los niños arrinconada en el parabrisas, la botella de agua, el par de guantes y después, al pasar por los vestuarios, retira las pertenencias guardadas en su taquilla —jabón, toalla, camiseta de repuesto—, antes de ir a devolver su casco y su candado en el barracón administrativo. No perder agilidad, acompañar los movimientos.

Diderot la espera fuera de la plataforma, hundido en su Impala que pronto avanza río arriba, hacia el meandro, donde ya no hay pueblos sino solamente algunas cabañas y remansos. No es la última vez que se ven, no hay una última vez, nadie está todavía muerto en este automóvil, y la única idea de los dos es ahora encontrar un rincón para

ambos, aún hace calor, eligen las cañas salvajes y la hierba arenosa, se descalzan, les pican las ortigas. Tienen los pies bonitos, Katherine los tobillos finos y los talones anchos, ligeramente ensanchados en los bordes, Diderot los dedos de los pies delgados y apenas curvados. Caminan por la orilla levantando mucho las rodillas, su piel se difumina en el agua parda y habitada. A lo lejos, el puente, y delante de ellos, muy agitada, la ribera trabajada por fuertes corrientes que generan espuma en la superficie, ya solo un paisaje a su alrededor, ¿vamos? Se desvisten corriendo, arrojan la ropa salpicada a la orilla y bajan el río a grandes zancadas, gritando, apartan ramas que flotan a su paso, un envase de cartón de Campbell Soup, una chancleta rosa, y después detectan un flujo y se alejan nadando a braza.

La autora da las gracias a Ewa Z. Bauer, Robert E. David y Alan Leventhal en San Francisco, y a Paul-Albert Leroy en París.



MAYLIS DE KERANGAL (Toulon, 1967) ha trabajado en el mundo editorial y es autora, entre otras, de las novelas *Je marche sous un ciel de traîne*, *La Vie voyageuse*, *Corniche Kennedy* y *Tangente vers l'est*, y del libro de relatos *Ni fleurs ni couronnes*.

Notas

[1] *Trépassés* significa «muertos, difuntos». (N. del T.) <<

[2] *Cripplecrow*, en inglés, significa «cuervo lisiado». (N. del T.) <<